

ISABELLA MARÍN

maldito ex:

diario de una ruptura



MALDITO EX

Diario de una ruptura

Isabella Marín

~Índice~

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros trabajos de la autora](#)

© Isabella Marín, febrero 2020

Diseño de la portada: Adyma Design

Primera edición: febrero 2020

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Fase I:
La vendanza

1

Sábado, dos copas de más.

BAH.

Juan Pablo y yo rompimos hace una hora en un restaurante de Plaza Castilla. Casi se me atragantó el cordero cuando me dijo que me dejaba. Y yo que me pasé la noche convencida de que el tío se estaba armando de valor para pedirme matrimonio...

Menuda cara de tonta se me quedó cuando, después de estar media mañana fichando vestidos de *Rosa Clara* (mientras ignoraba mis responsabilidades laborales y los soporíferos e-mails de los jefes), descubrí que había sido de golpe despachada al inestable mercado de los *singles*, con el sello de producto defectuoso/no lo bastante bueno como para pasar los severos controles de calidad de la familia Sánchez Del Moral. Me imaginé a mí misma como a una triste e imperfecta caja de bombones arrastrada por una cinta mecánica en dirección al... ¡cubo de reciclaje! ¿¿Qué?? ¿¿Yo?? ¡¡¿¿Por qué??!! Si no he hecho nada...

Más tarde, esa misma noche, telefoneé a mi amiga Noelia para desahogarme con alguien, pero ella, lejos de reconfortarme, me echó en cara que cómo no lo había visto venir. Noelia es igual de cariñosa que un alacrán del Serengeti.

Y, según el alacrán, la culpa era mía, ¡encima!, por no enterarme de algo que a ojos de los demás era una evidencia. Lo que faltaba.

—¡Ay, tía, ni que fuera yo Nostradamus! —exclamé, atacada de los nervios.

Las señales indicaban todo lo contrario. Toda mujer que ha cumplido ya los treinta sabe que ningún hombre te invita a uno de los mejores restaurantes de Madrid si no es para pedirte que te cases con él.

A ver, ¿en qué cabeza cabe romper con alguien delante de un plato de cordero asado, unas habas (pellín amargas para mi gusto, pero aun así, ¡habas, joder!) y un delicioso milhojas, aliñado con jarabe de arándanos, nata y azúcar glas? ¡Eso es casi un sacrilegio! Es lo mismo que romper con tu pareja mientras hacéis el amor, mientras ella te presenta a sus padres o mientras da luz a vuestro primer hijo. ¿Había un momento peor para partirle el corazón a una mujer? Un poco de respeto por el pobre cordero fallecido, ¿no?

—Si es que es pijo hasta para cortar conmigo. ¿No podría haberlo hecho en un Burger King? Al menos así se me habrían quitado definitivamente las ganas de volver a comerme un doble Wooper con extra de beicon y queso. Imagínate el tipito que se me quedaría en un par de meses.

Noelia soltó una risotada. Yo no estaba como para reírme. Tenía ganas de cargarme a alguien. Ni novio ni tipito. Mi vida no podía ir peor.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Te tendrás que cambiar de piso...

—¿QUÉ?

En mi cabeza se encendieron todas las señales de alarma. PELIGRO NUCLEAR. PELIGRO NUCLEAR. Me quedé sin habla. Ante una amenaza inminente, nunca sé cómo reaccionar.

—Vamos, digo yo. Porque vivir los tres juntos y montártelo con JP cuando ella no está en casa no creo que sea una opción.

Puff. ¡Mudanza! Ni siquiera había caído en eso. ¡Qué estrés! Odio a los hombres. ¿La chica que no amaba a los hombres? Sí. Presente. Aquí. Soy yo. Me vi a mí misma como a Beatrix de *Kill Bill* y sonreí maliciosamente.

Una Beatrix con un ligero sobrepeso, tuve que admitir un segundo después, lo cual hizo que la sonrisa cayera de mis labios.

—¡Es que no me lo creo, vamos! —me encabroné otra vez—. ¡Soltera después de haber elegido el estilo del vestido y haberme tomado las medidas en el baño del trabajo! Era un vestido de corte emperatriz, por si te lo estabas preguntando.

—No, la verdad es que...

—Tenías que haberlo visto, Noe —la interrumpí, presa de una repentina excitación—. Era preciosísimo. Uf. Con qué gracia habría caminado hacia el altar... Como un copo de nieve que apenas roza el suelo.

—Pero si tú sueles caminar más bien como un ejército de siberianos borrachos.

Hice caso omiso de su comentario maligno y proseguí con mi fantasía, sin poder retener un suspiro melodramático. Mi vida, tal y como la había imaginado, habría sido maravillosa.

—Incluso había elegido el ramo, peonías, que son difíciles de encontrar. ¿Se puede ser más gilipollas?

La carcajada de Noelia me arrancó de mi ensoñación y fui devuelta a un mundo en el que mi perfecta boda había quedado reducida a pequeñas esquirlas de hielo.

—Nena, tú reinventas el concepto de gilipollez. Todo el mundo sabía que JP nunca iba a casarse contigo.

—¿Lo sabían? —susurré, preocupada por la firmeza de esa afirmación.

—Pues claro. Los pijos ricachones de Aravaca se casan con *otros pijos ricachones de Aravaca* —hizo hincapié, para que se me metiera bien en la cabeza.

—Pues yo no lo sabía, ¿vale? Creí que el amor estaba por encima de esa gilipollez de las clases sociales.

Supongo que me desconcertó lo bien que fluía la velada, la conexión que parecíamos tener JP y yo. Nos comimos el primer plato en un ambiente destensado, haciendo los típicos comentarios que hacen las parejas cuando van a restaurantes pijos y piden la especialidad de la casa.

—El cordero está un poco pasado —por parte del quisquilloso de Juan Pablo.

—¿Pasado? Hala, hala, no inventes. Este es el mejor cordero que me he *jalao* nunca. Estoy salivando y *to'* —esa pueblerina observación, evidentemente, me pertenecía, ya que mi educación era igual (o peor) que la de un burro.

¡Pero eso era lo que a él le gustaba de mí! Decía que le encantaban los contrastes y que nadie le hacía reír como yo. Lo de reír es importante en una relación, ¿no?

En medio de las bromitas, fuimos pidiendo más vino, y otra vez *ji ji ja ja*, hasta que llegó la hora de pedir la carta de los postres. Todo tan normal.

Aunque, con retrospectiva, he de decir que yo notaba un poco serio a JP, mandíbula rígida, tirantez en la sonrisa, prisas por acabarnos la comida... Se comportaba como si quisiera decirme algo y no tuviera suficiente valor. O cojones, como solemos decir en Extremadura. Se estaba meneando todo el rato en la silla y no dejaba de mirar la hora. Parecía un demonio de Tasmania con incontinencia urinaria.

Pero vamos, que tampoco me comí yo el tarro en ese momento. Preferí distraerme con la

fantasía de una boda de trescientas personas. Había que hacer encaje de bolillos para sentar a mis padres lo más lejos posible el uno del otro. Me preocupaba que uno de ellos le clavara el cuchillo de carne al otro.

Mientras esperábamos el milhojas, me pregunté si iba a encontrar el anillo dentro. Habría estado bien. Una anécdota divertida para contársela a nuestros hijos. Eso si no me atragantaba, claro. Porque tener que expulsar un pedrusco como el que yo me imaginaba, vaya telita.

Abrí los ojos en un gesto de horror al colármese dentro de la cabeza una imagen demasiado gráfica y me agarré con las dos manos a las esquinas de la mesa. Ugh. *Será mejor que no llegues a tragártelo*, me aconsejé a mí misma con aires de gran sabiduría.

—Lo que quería decirte, Cristina, es que estoy enamorado —fue por fin al grano JP.

Sonreí triunfal hacia mis adentros y solté con mucha discreción la mesa. «¡Sí, sí, sí! *Este hombre tan guapo y maravilloso me quiere*».

Pero, vamos, que eso yo ya lo sabía, ¿eh? La que lo ignoraba por completo era su querida madre, que no nos había dado ni medio año juntos. Por lo visto, yo era demasiado *ordinaria* como para que JP se enamorara de mí más allá del calentón inicial. Ay, qué ganas de ver la cara que se le iba a quedar al viejo *gollum* en cuanto le enseñara mi enorme pedrusco.

—Estoy *muy* enamorado, de hecho.

—¿Ah, sí?

Mis labios se torcieron en un gesto de indiferencia. La actitud de mujer inabordable siempre queda bien en las películas. Visualicé a Greta Garbo y decidí imitar sus movimientos. ¿Pegaría ella saltitos encima de la mesa? Noooo. Entonces, yo tampoco iba a hacerlo, por muchas ganas de saltar que tuviera. Afrontaría mi compromiso con clase y distinción. Sería la Kate Middleton de la península Ibérica. Haría que mi príncipe estuviera orgulloso de mí.

—No es solo eso —siguió declarando el perfecto padre de mis futuros hijos—. Es que... estoy pensando en matrimonio, hijos, la casa en la playa... El Cantábrico, ya sabes que no me gusta nada el Mediterráneo —se dio prisa por aclarar.

—Claro, claro. No, ni a mí.

Mentira cochina. Las mejores cogorzas de mi vida me las había cogido en Benidorm. Las cosas, como son. Me encantaba el Mediterráneo, el sol, el calor, las playas abarrotadas de tíos cachas (que destacaban un montón entre alemanes con sandalias y calcetines), lo barato que salía el alcohol, el pescadito frito que entraba de maravilla con una caña bien tirada y fría como el Polo Norte antes del calentamiento global...

¿He dicho ya que el alcohol era muy barato, que los alemanes llevaban calcetines y que las emisiones de CO² lo han jodido todo?

—El caso es que no puedo dar un paso hacia esa vida si sigo contigo.

Mi sonrisa se mantuvo intacta, aunque me asaltó la terrible sensación de que parecía un tanto forzada. Empecé a notar la musculatura de la mandíbula un poco tensa de tanto estirarla.

—Ya. Noooo, claro que no —me apresuré por darle la razón—. Lo entiendo perfectamente.

No entendía una mierda. ¿Quería eso decir que ya *no iba* a pedirme matrimonio?

—¿No me odias, verdad, por haberme tirado a otra a tus espaldas? Juro que no fue premeditado. Una debilidad. Y luego otra debilidad. Y otra. Y me temo que otra... Ay, Cris, ¡dime que no me odias!

Juan Pablo me miraba con ojillos de cachorro apaleado.

No, no te odio, hijo de la grandísima ¡¡PUTA!!

¡¡TE DETESTO!!

DESEARÍA QUE NUNCA HUBIERAS NACIDO. ¡MALDIGO EL DÍA EN EL QUE TU MADRE SE ABRIÓ DE PIERNAS PARA TRAERTE A ESTE MUNDO! ¡¡OJALÁ SE TE SEQUE EL RABO Y NO PUEDAS FOLLAR CON ESA ZORRA NUNCA MÁS!!

—Desde luego que no —aseguré en el mundo real, con la serenidad de un psicópata—. Somos adultos, esto pasa a diario. Las relaciones se enfrían y... a la verga, boludo. ¡MÁS VINO! La... ¿conozco?

«¡¿Por qué estás hablando como si fueras argentina?! Contrólate, joder. Y no grites como una desquiciada».

Juan Pablo se calló al ver que el camarero se acercaba con una botella sin abrir. Me dedicó una sonrisa tensa y los dos esperamos a que descorcharan el vino antes de seguir hablando del tema de su infidelidad.

No correspondí a su sonrisa y lo seguí mirando como una psicópata. La tensión chisporroteaba en el aire.

El camarero debió de olerse algo raro, puesto que llenó deprisa nuestras copas y se dispuso a retirarse.

—Deje la botella —gruñí, agarrándolo por la manga del uniforme.

Mi tono no admitía contradicción.

JP me miró ojiplático y esta vez sí intercambiamos una sonrisa rígida. El camarero dejó la botella encima de la mesa y se retiró con una leve inclinación de la cabeza. Nadie respondió a su gesto. JP se mantuvo tenso en la silla y yo lo seguí mirando implacable.

—No, no creo —dijo por fin—. Se llama Cayetana. Nos conocimos en la iglesia. Trabaja de voluntaria en el comedor social.

Claro que sí. Una buena samaritana del agrado de sus conservadores padres. Nadie quiere de nuera a una desquiciada de lengua viperina, que se va de fiesta hasta las tantas, llega a casa en un deplorable estado de embriaguez y al día siguiente tiene demasiada resaca como para dejarse ver en la iglesia.

Y, si se deja ver (con las gafas de sol puestas, eso sí, porque ¿a quién se le ocurre poner la misa en un DOMINGO, después de un SÁBADO?), se duerme durante el sermón y se pone a roncar como un cerdo ibérico en mitad de la liturgia.

No, ellos quieren a *Cayetana*, la servicial voluntaria del comedor social. Ugh. Cómo la odio. *Cayetana*. ¿No había nombre peor?

«*Pero da igual*», me serené mientras me valía del tenedor para atribuirme la custodia del postre. ¡Compartir y una mierda! Ese tío había cortado conmigo después de dos años de relación, así que el milhojas me lo quedaba yo en concepto de *daños morales*.

Mientras lo atravesaba furiosa con el tenedor (el milhojas, no a JP, aunque eso último me hubiese complacido mucho más), decidí afrontar nuestra ruptura con clase y distinción.

A fin de cuentas, yo aún era joven (porque se es joven a los 32, ¿no?, aunque la Comunidad de Madrid —cabrones, cabrones, cabrones— te haya retirado el Carné Joven), estaba buena (dentro de la media general) y tenía grandes perspectivas de futuro (dejar de ser auxiliar administrativo y convertirme en *oficial* administrativo). Joder, lo tenía todo. ¿Y a mí qué si un gilipollas estirado cortaba conmigo? Había otros mil millones de gilipollas estirados con los que poder casarse, tener hijos, llevar a los hijos a misa todos los domingos...

Puff, qué pereza. ¿No podrán empezar la misa a la una o a las dos de la tarde? Así uno no madruga ni se queda dormido durante el sermón.

Resolví enviar mi propuesta al buzón de sugerencias de la Iglesia Católica. Luego me pregunté si la Iglesia Católica tendría un buzón de sugerencias. Esperaba que sí. ¿Cómo si no les iba a escribir la gente? ¿O es que la gente que tiene fe no sugiere y solo acata?

Me pareció una reflexión tan interesante que me quedé absorta durante un buen rato. Cualquier cosa era mejor que afrontar el tema de la ruptura.

—¿Me das un poco? —se materializó JP en medio de mi debate sobre los buzones de sugerencia de la Iglesia y la cuestión de la fe en general—. Tiene una pinta riquísima.

Sí, hombre. Lo llevas claro.

Empleé otra vez el tenedor para alejar el plato de sus invasoras garras.

—¿Qué?, ¿esto? No, no. Ahora que te vas a casar, tienes que guardar la línea. Estás un poco *fofisano*, macho.

Juan Pablo, aterrado, metió tripa y enderezó la espalda. Estaba buenísimo, el *jodio*. Y de *fofisano* nada.

Pero, vamos, que no tenía sentido que me fijara. Con el millojas yo ya me daba por servida. ¿Quién necesita a un tío bueno si hay azúcar glas y crema pastelera?

—¿En serio? ¿Crees que he engordado?

—Uf, sí. Bastante. Y juraría que empiezas a tener entradas —le dije con la boca llena y las comisuras de los labios salpicadas de azúcar glas. (Me vi reflejada en la pantalla del móvil).

El pobre Juan Pablo salió disparado hacia los servicios para mirarse las entradas.

—¡Y canas! —grité detrás de él, para acojonarlo aún más.

Sola en la mesa, me zampé el millojas de tres bocados, me bebí tanto mi copa de vino como la suya y, sustrayendo la botella porque, de todos modos, ya estaba pagada, *o casi*, me largué mientras JP se seguía contemplando en el espejo como un Narciso enamorado de su propio reflejo. El camarero se me quedó mirando atónito al ver que me marchaba tan ancha, con la botella de vino en la mano.

—No me estoy haciendo un *sinpa*—lo tranquilicé de inmediato—. Yo cuando me voy, me voy con la cabeza bien alta, ¿eh? Dígale a ese capullo adúltero que lo mínimo que puede hacer es pagar la puñetera cuenta.

El camarero empezó a parpadear histéricamente. Le dediqué una sonrisa adorable y empujé la puerta con el hombro. Todo tan normal. Si es que yo soy muy razonable cuando quiero. Buena como el queso. Nunca la lío ni hago locuras. Las rupturas tampoco tienen por qué ser tan traumáticas, ¿no? ¿Que las cosas ya no funcionan? Bueno, pues no pasa nada. Adiós y tan amigos.

Fuera del restaurante, me encendí un pitillo, me envolví en la americana y, embargada por esa sosegada dignidad, eché a andar bajo la llovizna en dirección al Bernabéu. Quería llegar más tarde que él a casa, para que pensara que me había ido de fiesta por ahí o, peor aún, que me había arrojado desde un puente.

—Eso, eso, que se sienta culpable, el muy hijo de perra. Su conciencia católica cargada de pecado y penitencia. Jaja ja jaja.

Mientras yo me reía como Cruella de Vil en plena Plaza Castilla, pasó un coche demasiado cerca del bordillo y arrojó hacia mí una enorme tromba de agua y barro. Ay, no. Mi precioso vestido nuevo, que me había comprado especialmente para mi supuesto compromiso, estaba de pronto destrozado.

Me quedé mirándome la ropa, boquiabierta, y me asaltó otra idea terrible: ¡me había convertido en un perfecto cliché de película romántica! El abandono, la lluvia, el vestido lleno de barro...

—¿En serio? —exigí explicaciones a alguien ahí arriba—. ¿Tenía que llover precisamente hoy? ¡¿En el PUTO país más seco de Europa?!

Pero, vamos, que no iba a llorar ni nada, ¿eh? Yo no soy de esas mujeres patéticas que necesitan a un tío para ser felices. Yo me basto y me sobro conmigo misma. ¿Juan Pablo? ¿Qué Juan Pablo? ESA es la pregunta.

Tropecientas copas más tarde

¡¡¡Me quiero morir!!!

No puedo seguir aguantando esta desesperación. ¡Juan Pablo no ha vuelto a casa!

Seguro que se está follando a la Cayetana esa. Fuera y dentro, fuera y dentro.

Aaaayyyyyyyyy. ¿Por qué, por qué, ¡¡por qué!! no puedo sacarme esa imagen de la cabeza?

En mi mente, Cayetana es una rubia de piernas larguísimas y acento pijo de *o sea*.

—*O sea, tía* —la imito, haciendo muecas en el espejo del baño.

La perfecta, guapísima y rubia Cayetana, poniendo cara de asco, como si alguien se hubiese tirado un pedo demasiado cerca de ella. Los pijos siempre ponen esa cara. Es su signo de distinción. Es como el pelo de los jóvenes militantes del Partido Popular. Seguro que en la peluquería esos tíos van y piden el *corte pijo* y los peluqueros saben perfectamente de lo que están hablando.

El pitido del microondas interrumpe mis reflexiones sobre moda capilar entre los hombres de derechas y me recuerda que estoy haciendo burritos. O lo que viene siendo su versión congelada.

Ya cansada de hacer muecas en el espejo, salgo del baño, voy a la cocina, abro el microondas (no he usado un plato, con lo que está todo asqueroso ahí dentro) y me zampo el burrito de un solo bocado. Es casi grotesco ver mis mejillas deformadas y el esfuerzo que hago por empujar todo el burrito dentro de mi boca.

Mientras mastico y observo mi reflejo en la puerta del microondas, empiezo a indignarme otra vez. ¿Cómo ha podido dejar a una mujer capaz de comerse un burrito de un solo bocado? Eso tiene mucho mérito. Y todo para liarse con una piba llamada Cayetana.

Anda que llamarse Cayetana...

Seguro que tiene un Fiat 500. Casi puedo verlo aparcado en la puerta de su casa de Aravaca. Y seguro que es de color rojo, ese rojo Ferrari que tan bien imitan los de Fiat.

—¡Yo siempre he querido tener un Fiat 500 rojo! —estallo, y me lanzo a los pasillos del piso como un alma en pena, poseída por sentimientos contradictorios que empiezan en depresión y acaban en asesinato.

—Maldita zorra, tiene todo lo que yo quería, el Fiat, a JP, la casa en el Cantábrico... ¿Y qué tengo yo? ¡Ja! Celulitis, un hámster que me da pánico y, ¡anda, mira!, ¡las comisuras de los labios manchados de helado de chocolate! —me indigno delante del espejo del pasillo.

El hámster me lo regaló JP en nuestro primer aniversario. Nunca tuve el valor de decirle que me dan repelús los roedores. No puedo ni tocar al bicho. ¿Quién va a darle de comer ahora que JP y yo hemos roto? ¡Se va a morir de hambre!

Ay, qué tragedia más grande, Dios mío. ¡Pobre bichito! Si él no ha hecho nada. Es una víctima colateral de la maldad de JP y Cayetana. Está claro que vive en un hogar completamente desestructurado. No puedo con tanta crueldad animal.

Y no estoy siendo para nada una *drama queen*, ¿vale?

Me limpio la nariz con la manga del pijama, me envuelvo en una manta (las rupturas siempre

me dan escalofríos) y me voy a la nevera a ver si encuentro otra tarina de helado en el congelador.

Lo revuelvo todo, los chuletones, los salmones (¡qué bien alimentado está el señorito!), los filetes de pollo... Nada. Me he comido todo el helado que quedaba. También me he ocupado de vaciar las botellas de alcohol que encontré abandonadas en un armario, restos de alguna fiesta, quizá de Año Nuevo, ¿a quién le importa? El caso es que ahora no tengo nada que hacer. ¡¡Salvo morirme!!

Me entra un ataque de pánico cuando comprendo que solo me queda el culín de una botella de J&B y yo ¡odio el whisky! ¿Qué voy a hacer ahora? Esto es terrible. ¡A estas horas no queda nada abierto para conseguir más alcohol!

Sollozando e hipando al mismo tiempo, peino el salón con la mirada en busca de algo que me ayude a sobrellevar este terrible momento de congoja.

Mis ojos dan una vuelta circular y aterrizan sobre el florero que nos regaló la madre de JP cuando nos fuimos a vivir juntos. Puto florero. Siempre lo he odiado.

—Sería una lástima que *alguien* lo tirara por error —me digo a mí misma.

Una sonrisa de *gremlin* malo aflora en mis labios al imaginar las caras de consternación de JP y su madre.

Desde luego, si se rompiera sería una verdadera pena, porque resulta que es un florero de autor. Por motivos que soy incapaz de explicarme, vale un pastizal.

Cuando nos fuimos a vivir juntos, aparte del florero, también recibimos unos chorizos de Montesierra, que tan generosamente nos hizo llegar mi madre por MRW. Ahí yo noté la abismal diferencia entre las dos clases sociales. La gente de bien regala chorizos. Los pijos, gilipolces que no sirven *pa'na*.

Me acerco de puntillas a la mesa del salón, contemplo el florero frunciendo los labios (el arte hay que contemplarlo siempre con cara de estreñido) y le doy un capirotazo, así, como quien no quiere la cosa.

El florero se tambalea, cae y, ante mi mirada impasible, se estrella contra el suelo y se hace añicos. Qué lástima. Le diré a JP que ha sido el hámster.

Animada por la maldad, desenrosco el tapón de la botella de whisky (a malas malísimas, me puedo apañar incluso con esto) y doy un trago mientras pienso en qué otra lindeza podría hacer antes de largarme.

¡El congelador! Seguro que ahí hay más de 200 € en comida. Me hará falta una bolsa de basura de las grandes. Creo que compré sacos la última vez que llevé el enredón a la lavandería. ¿Dónde los habré guardado?

Corro a la cocina, busco bajo el fregadero, esparciendo por el suelo botes y botecitos de productos de limpieza, y:

—¡Ajá! Se va a enterar este capullo.

Me parece a mí que me estoy enfrentando a la primera fase de una ruptura: la venganza. ¿Pero quién tiene tiempo de psicoanalizarse hoy en día?

Doy otro trago a la botella para armarme de valor y me remango el pijama para ponerme manos a la obra. Cuando uno abandona una casa, tiene que limpiarla, ¿no? Lo mío no es despecho. ¡Es civismo!

Lleno medio saco de congelados y me pongo a pensar en qué más regalos dejarle a JP. Se me ocurren unos cuantos: el contenido de los armarios de la cocina, las sábanas y las toallas del Corte Inglés, sus estúpidas botas Timberland... Seguro que hay gente necesitada ahí fuera. Soy cívica y generosa. Un prodigio de mujer. ¿Por qué me habrá dejado? Está claro que ese gilipollas

repeinao no sabe lo que se pierde. Voy a grabar un vídeo para que vea el partidazo que ha dejado escapar por un estúpido calentón.

Allá voy.

¡Ay, nunca sé cómo va esta mierda de móvil! ¿Será qué hay que pulsar este botón?

—Probando. Probando.

Doy golpecitos en la pantalla y me veo a mí misma, toda despeluchada, dando golpecitos en la pantalla. Funciona. Estupendo.

—Holaaa, JP. Soy Cris, el amor de tu vida, aunque tú, capullo narcisista, no lo sepas aún. Fíjate lo que estoy haciendo. Limpieza general. *Mindfulness*, *congeleitorfulness* y *armariofulness*, o como coño sea que se diga eso en inglés. Ay, y lamento decirte que el florero de tu madre ha pasado a mejor vida. ¡Ha sido el hámster! —Intento sofocar la risa; se supone que tiene que parecer auténtico—. Malvada criatura. Mira que le he regañado y todo, pero nada. No se arrepiente de nada. —Me acerco mucho a la cámara, miro a derecha e izquierda como para cerciorarme de que nadie me escucha y susurro—: Creo que es un sociópata.

Ta-naaan. Falta la musiquita dramática. ¿Se podrá editar el video?

Después de vaciar el culín

Arrastro los tres sacos fuera del ascensor y salgo a la calle. Hay que joderse el frío que hace. Espero encontrar a alguien a quien donar todo esto, aunque no parece demasiado probable dado el mal tiempo y la llovizna.

Para no tener que cargar con cosas a lo tonto, dejo los sacos apilados en la puerta del portal y decido dar una vuelta de reconocimiento por el vecindario.

Salvo un puñado de gatos vagabundos, no hay nadie. Si mal no recuerdo, en uno de los sacos tiré dos botes de caviar. Regreso corriendo junto al edificio, me doblo sobre la basura y lo revuelvo todo hasta que consigo localizar el caviar, un pequeño bote que acerco a la luz de una farola y achino los ojos para leer la etiqueta.

Del caro. Vaya, vaya. Este JP tiene muy buen gusto. Salvo para las mujeres, claro. Esa Cayetana es un zorrón. Hacen una pareja espantosa. Sus hijos serán tremendos.

—Ven, gatito misimisimisi. Aquí, gatito, pis pispis. ¿Quién se va a comer un buen plato de caviar?

Al ver que el gato me está toreando, abro el bote y esparzo su contenido por toda la acera.

—A ver si corres ahora, so cabrón. Hala. Atrévete a dejarme plantada.

El gato se quiere acercar, pero desconfía. Empiezo a impacientarme. ¡Hace frío, coño! Gato del demonio...

—Vamos, gatito. ¿A qué estás esperando? Yo ya no estoy para más rechazos, te lo digo.

Al final, el instinto de supervivencia del gato es más fuerte que el miedo y se acaba acercando al caviar.

Me siento en el bordillo de la acera y lo observo mientras come.

—Está rico, ¿eh?

Su majestad se detiene para relamerse.

—Sí, ya lo creo que está rico.

Complacida, me levanto, agarro los sacos y los arrastro hasta los cubos de basura más cercanos. Una pena que no haya podido donar las botas a nadie. Las dejaré fuera del cubo, por si pasara algún necesitado por la zona. Están nuevecitas.

Los congelados los tiraré, no vaya a ser que alguien los coja mañana en mal estado y se envenene.

Hay que ver cómo acaban las relaciones. Dos años de tu vida, amontonados en tres sacos de basura. Vaya mierda.

2

Domingo, dos Cajas Rojas de Nestlé ingeridas y treinta y dos cajas de mudanzas trasladadas de Arturo Soria a Tetuán

No he podido poner orden en mis pensamientos en todo el día. He estado muy ocupada con esto de la ruptura y la mudanza. Menudo follón trasladar todas mis cosas al piso de Noelia. Si al menos Noelia viviera sola...

Pero no, comparte piso con Jaime, un tío insufrible que se gana la vida escribiendo novelas que nadie tiene tiempo de leer. A Noelia le encanta su amigo Jaime. *Ay, tía, es que es tan guapo, tan divertido, taaan creativo...*

No sé por qué le ve con tan buenos ojos. En mi humilde opinión, Jaime es un cretino con mayúsculas. No puedo ni verle. Me trata como si fuera una desquiciada. ¡A mí!

Lo cual me pone tan nerviosa que he de admitir que en su presencia me comporto como si fuera una desquiciada.

Lo siento. La presión me puede. Hablo sin parar, y hasta yo misma me doy cuenta de que no digo más que sandeces.

Si al menos él dejara de observarme con esa sonrisa condescendiente de tipo intelectual...

—¿Qué? ¿El pijo se ha follado a otra? —me intercepta el infame en la misma entrada del piso. Voy cargada con el hámster y la última caja de mudanzas, y él va en calzoncillos y con una taza de café en la mano. ¡Esas no son formas de recibir a los invitados! Además, de alguien como él esperaba al menos una bata y un puro.

—¡NOELIA! —aúllo, fulminando a mi nuevo compañero de piso con la mirada.

Mi amiga sube de prisa las escaleras y se planta en la puerta.

—¿Qué? —pregunta sofocada, apoyándose contra la pared para recuperar al aliento—. Joder, qué susto. Pensaba que se te ha caído la caja encima del pie.

—¿Qué le has dicho a este?

—Me ha dicho que tu querido JP se ha follado a otra —resume Jaime, que me dedica una sonrisa detestable cuando lo vuelvo a mirar.

—¡Tía!

El ovalado rostro de Noelia se tiñe de arrepentimiento. Aunque los arrepentimientos no excusan los hechos.

—Joder, es que me preguntó por qué lo habíais dejado.

Me vuelvo hacia la manzana de la discordia y le regalo una sonrisa de lo más falsa. Una sonrisa a lo Cayetana, que seguro que esa zorra roba-maridos sonrío así.

—No es asunto tuyo, Jaimito de mi alma.

—No, claro que no. Pero en cuanto empieces a ver películas de mierda en la tele del salón, se convertirá en *asunto mío*, princesa.

Le saco la lengua y entro en la cocina para poder apoyar la caja en alguna parte. Estos libros

pesan un montón. No sé para qué los tengo. Si, total, nunca leo...

—¿Y bien? ¿Cuál es mi cuarto? —le pregunto a Noelia, intentando parecer entusiasmada con todo este follón de la mudanza.

La otra opción sería tumbarme en el sofá y ponerme a lloriquear, y no pienso darle esa satisfacción al cretino de Jaime.

Para reforzar el entusiasmo y alejar de mí las ideas homicidas, recorro a la ayuda de una Kit Kat que me saco del bolsillo y mordisqueo con gran satisfacción.

—Bueno... Vas a tener que dormir con Jaime esta noche.

Se me indigesta el chocolate y creo que, además, me he atragantado con el último bocado.

—¿¿QUÉ?? —nos horrorizamos Jaime y yo al unísono, y luego intercambiamos una mirada confusa. Bueno, al menos algo tenemos en común: el horror y la confusión.

Noelia se hace pequeñita pequeñita y nos dedica una sonrisa de dientes apretados.

—Es que Sandra no puede dejar el piso hasta el día quince.

Sandra es la chica a la que han tenido que echar para que yo pudiera instalarme.

—¿Y por qué no puedo dormir contigo?

—Es que... Mark... está...

Pues claro.

—En pelotas, echándote los polvos de tu vida —termino la frase por ella—. Vale, lo pillo. Parece que últimamente sobro en todas partes.

Mark es el novio *british* de Noelia. Profesor de inglés y un tío majísimo. Me cae bien. Debe de ser el primer novio de Noelia con el que realmente tengo afinidad. Me encanta su manera de decir *bloody hell*, así, a lo Elvis Presley.

—No es que sobres, nena. Tú siempre serás bienvenida aquí. Lo que pasa es que ha sido todo tan precipitado...

—Y que lo digas. —Rompo un cachito de chocolate y se lo doy de comer al bicho. Eso sí, sin tocarle—. Las rupturas deberían venir con quince días de preaviso, como los despidos. ¿Crees que puedo demandar a JP por ruptura indebida? No me vendría mal una indemnización, ahora que hay que pagar alquiler y todo.

Jaime suelta una carcajada gutural.

—Oye, no es mala idea.

—No te lo he preguntado a ti, pedazo de cretino.

—Uy, uy, uy, esta está muy amargada —se le queja a Noelia.

Lo pulverizo con la mirada. Él, muy tranquilo, se acerca la taza a los labios y le da un sorbo al café. Me sonrío y todo. Finjo vomitar.

—Te prometo que mañana Mark se irá a su casa y tú podrás dormir conmigo, pero esta noche...

—Sí, sí, tranquila, dormiré con este pervertido, ¿qué se le va a hacer?

—Eh, eh. No nos apresuremos. Yo aún no he dicho que sí.

Le pongo mala cara. A él y a esa expresión burlona que reluce en sus ojos.

—Tío, soy la primera mujer que pisa tu cuarto desde el verano del 92. Los dos sabemos que estás encantado.

—Ja ja —ironiza, sin que mis acusaciones le hagan la menor gracia.

—Vamos, chicos, solo es esta noche. Seguro que os podéis llevar bien durante una noche. Sobre todo, porque vais a estar los dos dormidos.

Adoro el optimismo de Noelia. Creo que es su mejor cualidad.

—Vale —cedo malhumorada. ¿Qué otras opciones tengo?, ¿dormir bajo un puente?

—Pero vamos a poner un muro de cojines, que no me fio de ti. Estás soltera y desesperada.

La fulminante fuerza de mis ojos cae sobre Jaime y, aunque el hastío se me trasparenta en la cara, él no parece demasiado intimidado.

—Tranquilo, macho. Tu virtud está a salvo. No tengo el más mínimo interés amoroso en ti. De hecho, fíjate lo que te digo, si tú y yo fuésemos los únicos supervivientes de un apocalipsis zombi, dejaría que nuestra raza se extinguiera con tal de no tener que acostarme contigo. *Capicce?*

El muy capullo brinda por ello con su taza de café, me guiña el ojo y desaparece por el pasillo con una sonrisa socarrona de lo más irritante.

—Le detesto —gruño entre dientes en cuanto Noe y yo nos quedamos a solas.

—Es buen tío, te lo prometo. Un poco maniático, eso sí. No soporta el desorden y las películas ñoñas. Pero cuando se le llega a conocer, es un amor.

—Lo dudo. Además, ¿cómo pretendes que nos llevemos bien cuando yo soy la reina del desorden y de las películas ñoñas?

—Tú haz un esfuerzo, ¿eh? Ya verás cómo le acabas cogiendo cariño.

—Lo mismo dijiste del hámster, y ya ves que no.

—Bueno, pero Jaime es un tío, no un roedor. ¿También tienes pánico irracional a los tíos?

—¿Después de lo de JP? Quiero castrarlos a todos —declaro entre dientes mientras mi mirada se pierde a lo lejos.

Los psicópatas en la tele siempre se quedan con la mirada perdida cuando planean hacer el mal.

En la cama de Jaime, una frase que nunca pensé que diría...

Me he tapado hasta el pecho con la sábana, no vaya a ser que el perverso caiga en la tentación. Con lo buena que estoy, seguro que no consigue dominar sus impulsos.

A ver, *buena*, lo que se dice *buena*, tampoco es que lo esté, todo hay que decirlo. No corro a no ser que me persiga un perro, mi comida favorita es el doble Wooper con beicon y queso y ¿para qué beber agua si Dios ha sido tan amable de concedernos el vino? Vamos, que soy más bien normalita, tirando a cuerpo botijo de cuello para abajo. Pero para Jaime, que nunca sale de su madriguera, seguro que soy todo un pibón. No quiero que sucumba al acoso. Uf. Soy tan buena y noble que doy asco. No dejo de preocuparme por los demás. Uno de mis innumerables defectos.

Coloco la espalda entre dos almohadas y finjo leer con suma concentración una novela filosófica. Eso siempre da bien de cara al público. Paso un par de páginas con aire de entendida (no he comprendido una mierda de lo que he leído hasta ahora) y me aclaro la voz con un poco más de ímpetu del necesario.

Sin embargo y para mi desesperación, Jaime no me lanza ni una mísera mirada. Está de espaldas, tecleando deprisa en su ordenador. ¿De qué sirve leer una novela incomprensible si no tienes a nadie a quien impresionar? Mi mueca de entendida empieza a agriarse.

A ver, que no es que yo me pase la vida intentando deslumbrar a los demás con mi desarrollado intelecto y mi vasta (casi inexistente) cultura general. ¡Por Dios, no! Eso es algo que solo hago con Jaime. No puedo evitarlo, es algo superior a mí. Él y sus aires de escritor atormentado, él y sus comentarios sobre Ernest Hemingway y Arthur Miller (quién quiera que sean esos dos), él y su maldita sonrisa condescendiente de *no te estás enterando de nada, Cristina*. Por algún motivo, necesito estar a la altura, impresionarle. Es frustrante, dado que el tipo ni

siquiera me cae bien. Lo considero un desgaste inútil de tiempo y energías.

Pero, como acabo de decir, no puedo evitarlo.

—¿No vas a venir a la cama? —le pregunto, cuando ya no aguanto más mi soporífera lectura.

—Estoy escribiendo, ¿no lo ves?

—Ah —digo, y bostezo aburrida.

Se produce una pausa y luego escucho otra vez las teclas del ordenador. Me propongo dejar en paz a Jaime y dormirme de una vez. De todos modos, he tenido un día largo y muy duro y me hace falta descansar. Aún no he llamado a mi madre para decirle que JP y yo hemos roto. Menudo disgusto se va a llevar la pobre. Le encantaba JP porque vestía camisetas en las que ponía *Jean Paul Gaultier* y mi madre creía que ese era su nombre traducido al francés.

—Mamá, que se llama Juan Pablo Gutiérrez.

—Pues eso, hija. *Jean Paul Gaultier*. Es muy sofisticado que un hombre cosa su nombre en la camiseta. En francés, además. Fíjate qué nivel. La Reme se va a poner negra de envidia cuando se lo cuente. Ni Christian Grey es tan sofisticado.

Nada, no había manera de hacer entrar en razón a la buena de Puri, que a partir de ese día empezó a coser en su ropa *Purifiqueison*, la supuesta versión inglesa de su nombre. No se le ocurrió el correspondiente francés.

—¿Y qué escribes? —le pregunto a Jaime otra vez. Me aburro.

—Una novela —me gruñe. ¿Será que quiere que me mantenga en silencio?

—¿De qué va?

—De un asesino que se carga a todo el que le incordia.

¿Eso lo dice por mí? Pero si yo soy un amor. Yo nunca incordio.

—¿Puedo leerla?

—No la comprenderías.

—Por favor. Si yo leo a tíos mucho más listos que tú.

Jaime se vuelve con la silla y me dedica una mirada de puro escepticismo.

—Dime uno.

Echo un vistazo rápido al libro que he dejado en la mesilla.

—Nissan.

—Ese es un coche.

Vaya.

Luchando por mantener intacta mi expresión de tía lista, miro el libro de refilón e intento descifrar el nombre del autor.

Joder, tengo que ir ya a lo de la miopía. A lo lejos veo menos que un murciélago. Y la vista periférica nunca ha sido lo mío.

—Nie... niez...

¿Qué coño de nombre es este, de todas formas?

—¿Nietzsche? —me sugiere Jaime desconcertado.

—¡Ese!

—Claro. Te pega completamente leer a Nietzsche.

Sonrisa condescendiente. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

—Pues que sepas que me gusta el tal Nie... niet... niss... chhhhhh.

—Nietzsche.

—Justo lo que estaba diciendo.

—Ajá.

Más escepticismo. Maldito Jaime y su intelecto privilegiado.

—Lo digo en serio. Me gusta su planteamiento sobre...

—¿La media naranja? —me echa un cable al ver que me he atascado otra vez.

—Oh, sí, eso. Es muy romántico.

—Es de Platón.

Le pongo mala cara.

—Me enervas, tío.

Jaime enarca las cejas.

—¿Te pasa con todo el mundo, o solo con la gente más lista que tú?

—Que te follen.

—Con todo el mundo —se dice a sí mismo, conteniendo la sonrisa.

—Me voy a dormir.

—Fantástico. Hoy tengo mucha inspiración y me estás distrayendo.

Mosqueada, apago la lámpara de la mesilla y me hago un rollito de primavera con la sábana. Este tío me pone de los nervios. No sé por qué lo sigo intentando con él. ¿Y a mí qué si no le caigo bien? Que se joda. Tampoco tenemos por qué ser amigos. Con no acuchillarnos en el desayuno me vale.

Golpeo la almohada con ira para colocarla bien, cierro los ojos y me obligo a dormirme.

Pero resulta que, cosa curiosa, hay un sonido particularmente molesto que me lo impide. Unos deditos aporreando deprisa las teclas de un ordenador y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Una, y otra, y otra, y... ¡OTRA VEZ!

Doy una vuelta brusca en la cama para que se dé por aludido, gruño sonidos inarticulados y me subo la sábana hasta las orejas. Me dormiría, de no ser por ese ruido que...

—¡DEJA YA DE TECLEAR, COJONES, QUE SON LAS DOCE DE LA NOCHE Y YO MAÑANA TRABAJO!

El ruido se detiene en seco.

—Espera, ¿te molesta esto?

—¡Sí!

—Vale.

Y sigue tecleando, el muy capullo. Aaaarrrrrgggghhhhhh.

Abrazada a un torso desnudo

Me despierta el calor.

Por Dios, menudo sofoco.

¿Qué...? Ay, Juan Pablo me ha abrazado. Qué agustito. Hmmm, qué bien huele. Y qué áspera es su mejilla.

Un momento. ¿JP se está dejando barba? ¿Será que ha hartado de ser tan conservador? Como sea, me gusta el tacto de su barba al pasar los dedos por encima de su mejilla. Me parece muy masculino.

Mi mano recorre despacio una nariz recta y casi aristocrática, un labio inferior de una sensualidad capaz de mantenerte en vela toda la noche, una mandíbula firme y un tanto áspera... *Hmm, y qué musculatura tan plana*, pienso al bajar la palma por su pecho y sus brazos. Me estoy poniendo burra. Y cuando yo me pongo burra... Uf.

No voy a poder dormir con este calentón, y mucho menos si en la oscuridad JP tiene el aspecto

del maldito Gideon Cross, así que meto la rodilla entre sus piernas y subo despacio, hasta que me topo con una resistencia cálida y blandida. A ver si conseguimos que deje de estar blandita y se ponga dura. Seguro que sí. Se me ocurre una travesura.

Cuelo la mano entre nuestros cuerpos y rodeo su miembro con los dedos. Este reacciona, se estremece y me da un pequeño empujoncito que me hace sonreír en la oscuridad. Veo que *alguien* está por la labor.

Ejerzo más presión con la rodilla y arrimo los labios a los suyos mientras lo sigo estimulando con la mano. JP gruñe y, con la boca encima de la mía, corresponde poco a poco a mis pequeños besitos. Está despertando. Y, por lo que estoy notando, no es el ú-ni-cooo.

—Mira que te dije que había que poner un muro de cojines —farfulla con voz ronca.

Con una exclamación ahogada, abro los ojos con espanto y suelto de golpe sus labios y sus partes. ¡Ay, mierda! Esa no era la voz de JP. ¿Dónde... dónde...?

Enciendo deprisa la lámpara mesilla.

Me aparto.

Grito.

Todo un espectáculo.

—¡¡Ah!! ¡Me cago en la puta! ¡Tú!

—Pero sigue —me dice Jaime, que tiene una sonrisa lánguida y medio amodorrada en el rostro—. Me estaba empezando a gustar el acoso.

La puerta se abre de sopetón y Noelia y Mark aparecen en el umbral, despeinados y medio desnudos.

—*My goodness, Christine. What a scream! Are u all right?*

—*Hi, Mark. I'm fine, yes. How are you? And your family?*

Cruzo un brazo sobre el pecho, flexiono el otro para apoyar la barbilla en el puño cerrado y aguardo paciente su contestación. Es un momento embarazoso. Muy embarazoso. Y que yo intente afrontarlo con perfecta normalidad no lo vuelve menos incómodo.

—Déjate de historietas. ¿Qué ha pasado? He oído gritos.

—Tu amiga intentaba seducirme —se vanagloria el capullo de Jaime.

—¡Tía! —se horroriza Noelia.

—No es lo que parece —me defiendo yo, levantando las palmas para instar a la calma.

—¿No me estabas frotando la polla con la mano y besándome en los labios?

—Hombre, visto así...

Mark me mira boquiabierto. Está escandalizado, tan escandalizado como solo un británico podría llegar a estar.

—*Christine, are u a bad roommy?*

—*Very, very bad, Mark* —asegura Jaime de lo más solemne—. *Agareisen* la polla de uno *in the middle of the night*. No hay derecho.

—¡¡Tía!!

—No le estaba... Bueno, sí, le estaba agarrando la.... *¡Eso!* ¡Pero es que creía que era Juan Pablo!

—¿De verdad? Pues no sé qué es lo que ha dado pie a tamaña confusión. Yo no tengo ni un pelo de pijo. Fíjate. Todo el mundo dice que soy un tío de lo más campechano.

—Campechano los cojones —lo acallo con mala uva—. Noe, de verdad, te juro que no intentaba acostarme con él. Me desperté desorientada, y este me estaba abrazando y creí...

—Eh, eh, eh. La que me abrazó fuiste tú, para empezar. Si no te aparté fue porque no quería

despertarte.

—No me apartaste porque eres un perverso.

—Mira, princesa, la que me estaba metiendo mano eras tú. Así que de perversiones entenderás más que yo.

—¡Te metí mano porque creí que eras JP, pedazo de cretino!

—Sí, sí, sí. Eso es lo que dices ahora, que te han pillado *in fraganti*.

—Aaarrgggghhhh. ¡Le O-DIO!

—Pues ódiale mientras te duermes, que yo mañana tengo que madrugar. Por favor, menudo follón. ¡Y eso que acabas de llegar!

Noelia agarra a Mark de la camiseta, lo arrastra al pasillo y cierra la puerta con la misma mala leche con la que la ha abierto. Hundo la cara entre las manos y me deshago en un gemido. Qué vergüenza, Dios mío.

Jaime se me acerca hasta que su cadera roza a la mía y un delicioso olor masculino me envuelve como una caricia que no presagia nada bueno.

—Bueno, ¿tú y yo seguimos o qué?

—Vete a la mierda —rezongo, dándole un codazo en el pecho para que se aparte de mí.

—Vale, vale. Solo era una sugerencia. Jolines, qué carácter tiene la señorita.

Me revuelvo furiosa bajo las sábanas y me pongo de espaldas a él.

—¡Y no se te ocurra arrimar esa cosa a mi trasero! —advierdo en el acto, con todo el remilgo del que soy capaz.

Su risa sofocada sacude el colchón.

—Tranquila, doña Inés. Ya ha bajado.

—Encima, con problemas para aguantar la erección. Menudo fichaje.

Vuelve a reírse. Su risa es tranquilizadora. Cálida. A pesar del mosqueo, el sueño empieza a vencerme.

3

Lunes, maldiciendo como una demente

Ay, ay, ay. Menudo golpe me acabo de dar en el dedo gordo del pie. La puta silla de Jaime estaba en mitad de la habitación. ¿A quién se le ocurre dejarla ahí?

—Me cago en...

—¡Por Dios bendito! —gruñe, con la cara hundida en la almohada—. ¿Qué estás haciendo?, ¿desmantelando la casa?

—Como me haya roto el dedo del pie por tu culpa, juro que te demando.

—Demándame después de las doce. Ahora tengo demasiado sueño. Tu acoso nocturno me ha dejado sin fuerzas.

Frunzo los labios como un conejo furibundo y salgo dando un portazo.

Me detengo un momento junto a la puerta, pego la oreja a la madera y sonrío, complacida por su retahíla de maldiciones. Que se joda. Si yo madrugo, ¿qué derecho tiene él a seguir holgazaneando en la cama?

En la cocina, Mark y Noelia se están haciendo arrumacos y carantoñas. Ugh. Mi estómago no puede con esto a las 7 am.

—Buenos días —rezongo, de camino a la nevera.

—Hola.

—*Hello, Christine.*

—*Hello, hello.* ¿Qué tal habéis dormido? Poco, por lo que estoy viendo.

Cojo un cartón de zumo de naranja, me vuelvo de cara a ellos y empiezo a beber a morro.

Veo que Noelia pone cara rara, se le dilatan los ojillos como a una rana a punto de ser disecada, pero no entiendo nada hasta que escucho una voz a mis espaldas, una voz cavernosa que parece retumbar desde el mismísimo más allá:

—Dime que no estás bebiendo a morro de mi zumo.

Ops. Sé ve que Jaime no tiene muy buen despertar. Desearía no haber dado ese portazo.

Me giro con una sonrisa de niña buena y agito el cartón delante de sus narices.

—¿Es este tu zumo?

—Sí —gruñe, con cara de exasperación.

—Entonces no puedo decirte que no he bebido a morro, porque es evidente que lo he hecho. ¿Quieres un poco? Todavía queda un culín. ¿Lo compartimos?

Se cruza de brazos y me pulveriza con la mirada. En vez de ojos, tiene rayos láser, como los de *La Guerra de las Galaxias*. Vaya...

—No. No quiero. Todo tuyo.

—Vamos, tío. No seas tan tiquismiquis. Te prometo que no tengo ninguna enfermedad contagiosa —intento apaciguarle.

—Y si la tienes, lo mismo da. Ya me la pegarías anoche, al besarme.

—Y dale. Que no te besé, gilipollas. Estaba...

—Buenos días.

Me callo de golpe y miro a la damisela rubia que acaba de entrar en la cocina. Debe de ser Sandra. Una gloriosa imagen para mis retinas. Y para las de Jaime. Ugh. ¡Pervertido!

—Hola —farfullan los demás.

—*Hi* —dice Mark.

—¿Qué hay? —saludo yo titubeante.

Ella nos sonrío, va a la nevera y retira una jarra cuyo contenido no tiene muy buen aspecto.

Con tranquilidad, se sirve un vaso y lo vacía de golpe.

—¿Alguien quiere? —nos ofrece, al ver que la miramos todos tan eclipsados. ¡Está buenísima la niña! No me extraña que el perverso de Jaime esté salivando.

Todo el mundo se da prisa por rehusar y por apartar la mirada, así que hago lo mismo.

Sandra nos sonrío y sale de la cocina, con su pantaloncito corto y su camiseta/sujetador de tirantes. Unos segundos después, se escucha el cierre de la puerta de la calle.

Un encuentro breve y enriquecedor.

—¿Adónde ha ido? —le pregunto a Noelia. Esa chica estaba medio desnuda. No creo que vaya a trabajar vestida de esa guisa.

—A correr.

—Vaya. Qué... saludable. ¿Y lo que bebía...?

—Puerro, lima y judías verdes —esclarece Jaime, quien está preparándose un *colacao* en un rincón de la encimera.

Pongo cara de grima y me sacudo.

—Ugh. ¿Por qué alguien bebería eso habiendo vino?

Jaime se carcajea.

—Fíjate, eso mismo me pregunto yo.

Me mira. Lo miro. ¿Estamos teniendo un momento? ¿Jaime y yo? Estoy confusa. Seguro que tengo cara de estar confusa. ¿No estamos todos muy confusos aquí dentro?

—Para estar guapa. Parece mentira que no lo sepáis. Intenta ponerse en forma, ahora que está soltera —me explica Noelia, ajena a mi confusión.

La miro horrorizada. ¿Eso es lo que debo hacer yo, ahora que estoy soltera? ¿Es lo que se espera de mí? ¿Debo correr todas las mañanas e ingerir cosas raras para que un hombre se fije en mí? Ugh. Ni hablar. Necesito encontrar novio cuanto antes. El mercado de los solteros es demasiado competitivo. Me entra pereza solo de pensar en todo lo que tiene que hacer una hoy en día para pillar cacho. Quitarse el bigote. Quitarse la celulitis. Quitarse la piel muerta de todas las partes del cuerpo. Ellos, sin embargo, con echarse gomina ya van estupendos. El mundo es muy injusto.

A este ritmo voy a tener que comprarme ese vibrador del que habla todo el mundo. Creo que lo venden en Amazon. Podría usar la cuenta de JP. Aún me sé su contraseña. Sería como un regalo de despedida. Hum.

Me acabo de dos tragos lo que queda de zumo y anuncio que voy a darme una ducha, por si alguien quiere usar el baño antes. Nadie dice nada, así que paso por la habitación de Noelia para coger ropa limpia de las cajas y me meto en el baño.

Estoy enjabonándome la cabeza, cuando escucho la puerta abrirse.

—¿Noe? —grito por encima del ruido del agua.

—Soy yo.

—¡Aaaaaahhhh! —chillo al ver a través de la cortina una silueta que parece la de Norman Bates. Solo le falta el cuchillo.

—Cálmate —me dice Jaime desde el otro lado de la cortina—. Solo vengo a lavarme los dientes. Tú a lo tuyo.

Increíble.

Cierro el grifo con ira y asomo la cabeza por detrás de la cortina. Él, tan ancho, se está lavando los dientes delante del espejo.

—Oye, tío, ¿tú por qué no te has lavado los dientes antes? Ya te he dicho que me iba a la ducha.

Escupe la pasta de dientes en el lavabo y me dedica una mueca seca a través del espejo. Agarro la cortina con una mano para cubrir mejor mi desnudez y le sostengo la mirada. Tengo un ojo cerrado por culpa del champú y el otro a punto de cerrármelo como no me aclare de inmediato la cabeza.

—Antes no me había tomado el colacao —responde, como si fuera obvio.

—Pues haberte esperado, entonces.

Le veo entornar los párpados.

—Por si no te has dado cuenta, *princesa*, estás en un piso compartido. Y en un piso compartido, no echar el cerrojo a la puerta supone una clara invitación a entrar.

—Discúlpame si no me he leído el manual de instrucciones del piso.

—No tienes que leértelo. La norma es sencilla: si no quieres que entre, echa el pestillo. De todos modos, no tienes nada que no haya visto antes.

—Claro, claro, porque tú ves mujeres en pelotas todos los días de tu vida.

—Ayer mismo vi a Sandra, que está mucho más buena que tú —replica desdeñoso.

Y con su sonrisa detestable, se mete otra vez el cepillo eléctrico en la boca y se frota impasible las encías. Achino los ojos e imagino que lo estoy pulverizando con mi mirada láser. Esta noche, cuando se vaya a dormir, le echaré cayena en el cepillo. Y, si me da tiempo, también en el Cola Cao.

Perdiendo el tiempo miserablemente...

A mi alrededor, todo el mundo teclea de forma frenética. Yo también tengo trabajo que hacer, pero seguro que puedo dejarlo para otro momento. No estoy en condiciones de trabajar hoy. Después de una ruptura, los jefes deberían ser más comprensivos y no machacarte mientras dure el período de luto.

Es más, deberían darte un par de días libres para que te recuperes del trauma y encuentres el equilibrio interior.

Y otro novio.

Días concedidos por matrimonio: 15

Días concedidos por mudanza: 1

Días concedidos por el fallecimiento de una relación: 52

Alguien debería incluirlo en el convenio.

Hoy por la mañana me he dicho a mí misma que no miraría el Facebook de JP en busca del perfil de Cayetana, pero a mediodía las convicciones matinales empiezan a debilitarse y acabo abriendo el Facebook mientras me como el bocadillo de las doce. Lo curioso de esta ruptura es que no me ha quitado en absoluto el apetito. Al contrario. Tengo hambre a todas horas. ¿Será cosa

de la ansiedad?

Se me ocurre una teoría curiosa. Si mi repentino ingreso entre las filas de los solteros de Madrid me produce ansiedad, y la ansiedad me produce sobrepeso, y el sobrepeso impide que abandone las filas de solteros, ¿no es mi entera existencia como una puñetera serpiente que no deja de morderse la cola?

Estoy meditando. El ordenador se me ha quedado pillado y no me abre el Facebook.

—Cristina, ¿has enviado los gastos del mes pasado a la gestoría?

Pego un brinco en la silla y escondo el bocadillo en el cajón de mi mesa.

Martinator, mi jefe, está delante de mi mesa, ¡y yo con el puñetero ordenador bloqueado en Facebook! Joder, joder, joder.

CTRL ALT DELETE. CTRL ALT DELETE.

CTRL ALT DELETE. ¡¡CTRL ALT DELETE!!

¿¿Por qué coño no va??

—Sí, Martín, está todo enviado —aseguro, con una sonrisa que demuestra que lo tengo todo bajo control.

Mierda, mierda, mierda. Espero que no llame a la gestoría.

—Estupendo. ¿Te queda mucho del informe que te pedí el viernes?

—Prácticamente nada.

Ni lo he empezado. Estuve ocupada con la nueva colección de Rosa Clara.

—Maravilloso. Avísame cuando lo tengas.

—Claro.

Sonrisa profesional, pestañeo nervioso, sonrisa profesional.

Martín sonrío y da media vuelta. Uf. Menos mal. Vaya, ¡ahora se desbloquea el puñetero ordenador! ¡A buenas horas!

—Oye, Cristina.

El corazón, que empezaba a calmarse dentro de mi pecho, rompe a galopar otra vez. Me doy prisa por minimizar el Facebook.

—¿Sí?

—Te veo diferente. ¿Te has hecho algo en el pelo?

En un acto reflejo, me paso la mano por la melena que me corté y alisé el viernes, antes de la cena del horror. Quería estar guapa el día de mi compromiso. Han sido los ochenta euros peor invertidos de toda mi vida. Si llego a saber que tengo que volver al inestable mercado de los alquileres, ni se me ocurre gastarme ese pastizal en un corte de pelo.

—Sí, me lo he cortado.

—Te sienta bien. Estás guapa.

—Ya.

Pongo cara de suspicacia hacia mis adentros. ¿Estamos coqueteando?

—¿Cómo está Juan Pablo?

No, no estamos coqueteando.

¿Y por qué la gente no deja de preguntarme por ese cretino? Intento olvidarle.

«Dijo ella mientras miraba su foto en el Facebook...»

Me enervo conmigo misma por ese pensamiento.

—No lo sé. Hemos roto.

Martín hace pucheritos.

—Ooooh. No me digas. Vaya, Cris, lo siento mucho. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? Ahora soy libre de follarme a todo lo que se menea.
Mi jefe abre los ojos de par en par y se atraganta con la saliva.
Dios mío, he dicho eso en la oficina, delante de mis compañeros. Aquí son todos del Opus.
Estupendo. Arderé en el Infierno.
Martín se ha ruborizado. Su pobre mentalidad cristiana.
—Oh. Claro. Bien visto. Bueno, voy a...
No sabe cómo hacer para salir corriendo. Esto me divierte.
—Voy a...
Lo miro y aprieto los labios de forma apremiante. ¿Vas a...?
—¡Al baño! —clama desquiciado—. Es una emergencia.
El *jefísimo* sale pitando y yo me arrellano en la silla y estiro la espalda.
—Lo de follar iba en serio —les digo a las compañeras que me miran boquiabiertas.
Se apresuran todas a regresar a sus quehaceres. Sonrío complacida y sigo con lo que estaba haciendo.

Asqueada tras un interminable día laboral

Menos mal que no hay nadie en casa. Noelia trabaja hasta las ocho, Sandra no está y Jaime parece que por fin ha abandonado su cueva y ha salido al exterior, como las moscas en primavera. Qué raro en él.

Pero bueno, que a mí me importa un pito lo que haga o deje de hacer el tío este. Es más, me alegro de que se haya largado. Así puedo ver alguna peli ñoña en la tele del salón.

Con una bolsa de patatas con sabor a jamón en la mano, me hundo en el mini sofá color mostaza del Ikea y enciendo el Netflix de alguien. Por las horribles sugerencias, sospecho que es el Netflix de Jaime. Solo me recomienda películas de acción y documentales extraños que ningún interés despiertan en mí.

Tras unos quince minutos de búsqueda desesperada, encuentro una película aceptable. Va de una niñera que se enamora de su jefe. Perfecta para pasar la tarde.

Me meto un buen puñado de patatas en la boca y le doy al *play*.

Llorando a moco tendido

—Te dije que esto iba a pasar.

—Ay, Jaime, es que la pobrecita está hecha polvo después de lo de JP. Sé un poco más comprensivo, hijo.

—¿Comprensivo? Mírala. Ahí está la joya, moqueando el sofá y viendo Netflix con mi cuenta. ¿Tienes idea de lo que eso supone?

—¿Qué vais a ir a medias en la factura? —propone Noelia esperanzada.

Jaime bufó.

—Significa que, a partir de ahora, ¡en mi perfil me recomendarán películas estúpidas como esa!

—Bueno, pues haz caso omiso de las recomendaciones. Si tú eres un tío con criterio. ¿Qué necesidad tienes de que nadie te recomiende nada?

—Pero ¿por qué tengo que aguantar yo a la tía esta?

Si no estuviera tan destrozada por el giro dramático que ha dado la película, le cantarías las

cuarenta a Jaime, pero no me apetece enzarzarme en una pelea sin acabarme antes la historia. Espero que los protas se reconcilien, que no aguanto más rupturas en mi vida.

Noelia y Jaime se siguen peleando en la puerta del salón. Finjo no oírlos y me centro en la película. Ay, que la niñera y el jefe van a darse una segunda oportunidad. El guionista, bendita su alma sureña, sabe que a nadie le gusta los finales infelices. Menos mal, porque en caso contrario habría destrozado la tele y me parece que es de Jaime. No creo que le hiciera demasiada gracia. La misma que le hará a JP cuando se percate de que me he comprado un vibrador con su dinero...

También he encargado un ejemplar de un libro llamado *Cómo vengarse de un ex novio*. Creo que el título manda un mensaje.

¡OH... DIOS... MÍO!

Hoy me he despertado de muy buen humor. El *Satisfyer Pro* es una maravilla. Menudo regalo me ha hecho JP. ¿Quién necesita un novio teniendo este vibrador? AY. Cada vez que lo pienso, me empiezan a temblar las rodillas y me pongo a ronronear como los gatos. ¿Por qué no lo habré comprado antes? Ah, sí, ya lo sé. ¡Porque tenía novio!

Entro en la cocina canturreando y me dirijo a la nevera, con un espíritu navideño un poco fuera de lugar, dado que estamos en octubre. La culpa la tiene el Corte Inglés. Ni hemos llegado a Halloween y ya está todo lleno de turroneos.

—*'Tis the season to be jolly. Fa la lalala, la la la llll...*

Me detengo en seco, como un disco rayado, arrimo la cara a la nevera y abro los ojos de par en par. Alguien ha pegado en la puerta una lista de normas. *Excusez moi?*

Leyendo por encima, me doy cuenta de inmediato de *quién* ha sido. Transcribo las normas:

- No tocar el zumo de Jaime.
- No tocar la tele de Jaime.
- No entrar en el cuarto de Jaime.
- No tocar *nada* que sea de Jaime (véase las etiquetas en las que pone Jaime).
- No hacer ruido antes de las doce de la mañana.
- No agarrar las partes íntimas de Jaime.

«¿En serio?».

—Pedazo de cretino —refunfuño disgustada.

Abro la nevera con ira, agarro el zumo y me lo bebo a morro.

—Hmmm, muy rico, el zumo de Jaime —vocifero para que me escuche todo el que quiera.

Espero unos segundos, por si las moscas. No. No me ha oído. Pues nada, tendré que hacérselo saber de otra manera.

Busco un bolígrafo dentro del bolso (solo encuentro el delineador de ojos, nunca llevo bolígrafos) y regreso a la nevera.

En la misma hoja de las normas, junto a la primera norma, la de no tocar el zumo de Jaime, apunto: *el zumo estaba delicioso. Muchas gracias.*

Ya está. Puedo irme al trabajo bien satisfecha. Le acabo de demostrar a ese imbécil por dónde me paso yo sus estúpidas normas.

Nada más meter la llave en la cerradura

Estoy horrorizada. Jaime está sentado en el sofá, con mi bata de satén puesta, las piernas desnudas y peludas y la cara untada de mascarilla verde.

—¿Qué... coño... estás... haciendo? —pregunto en medio de la conmoción.

—Bueno, como tú tocas mis cosas, yo toco las tuyas.

No me lo creo. Es que no. No, no, no. No puede ser tan mezquino.

—Dime que esa no es mi mascarilla purificadora.

—Lamento decirte que lo es.

—¡Tíooooo! Vale un pastón. ¿Y cuánto coño te has echado?

—Medio bote. Y puede que el otro medio se me haya caído accidentalmente adrede en el lavado. Y en el retrete. Y puede que un poco en el suelo del baño...

—AAAARRRRRRGGGGHHH. ¡Noeliaaaaa!

Jaime cruza las piernas como una maruja y sonrío con el aire satisfecho de un felino.

—Noelia no está. Solo estamos tú y yo, princesa. ¿Tienes laca de uñas? Aún no me he hecho la manicura.

—Por favor, devuélveme mi bata —suplico con una paciencia que no siento.

—Vale, pero que sepas que no llevo nada debajo. Tú misma.

—Aaaaarrrrggggghhhh. Me estás diciendo que mi delicada bata de satén está rozando ahora mismo ¡¿tu peludo culo?!

Sonriendo, Jaime empieza a restregar el culo en el sofá. Ay, no puedo ver esto. Tendré que quemar la bata. Primero desinfectarla y luego quemarla, por el bien del medio ambiente.

—¡Vale, para!, ¡no volveré a tocar tus cosas nunca más! ¡Lo prometo!

Satisfecho, se pone de pie y se quita con tranquilidad la bata. El muy capullo llevaba pantalón corto por debajo. Increíble. Es alucinante lo rastrero que puede llegar a ser.

Me lanza la bata y yo la engancho rechinando los dientes. Embustero.

—Nunca más —me recuerda, apuntándome con el dedo.

Asiento de mala gana y lo sigo con la mirada por el pasillo.

—Ah, por cierto. —Se detiene y se gira con una sonrisa de lado—. Me mola tu vibrador. He oído maravillas de ese trasto. ¿Es tan bueno como dicen?

Chhhhhhhhh. ¡Por ahí sí que no paso!

Fase II:
Los michelines navideños

Viernes, de vuelta a la cueva

Viernes. Bendito, bendito viernes.

Tras un viaje de cincuenta minutos en el abarrotado metro de Madrid, donde todo es gris y deprimente cuando te estás enfrentando a una ruptura, llego por fin a casa, más cargada que Papá Noel en Nochebuena. Tengo que hacer contorsionismo para poder meter la llave en la cerradura sin tener que soltar ninguna de las bolsas. Mi plan para el fin de semana no podía ser más atrayente: sofá, tele y atiborrarse como los pavos. He comprado de todo. Esta tarde al salir del trabajo me he dicho a mí misma: *Cristina, con el estómago lleno las desgracias ya no parecen tan grandes*, y luego me he gastado cincuenta euros para minimizar los infortunios. Ojalá hubiese tenido en cuenta el factor sorpresa.

—Hola —saludo disgustada al factor sorpresa, el cual se me ha adelantado y se ha hecho con el control del sofá y del mando a distancia. Mecachis. El plan anti-rupturas empieza a tambalearse.

—Hola —me dice sin mirarme. Está distraído por un programa sobre momias egipcias que echan en la tele.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Noelia no está?

—No.

—¿Y Sandra?

Esta vez me mira, aunque desearía que no lo hiciera. Ni siquiera parpadea. Parece un lunático.

—A ver. ¿Qué parte de *estoy solo* no has entendido aún, Cristina?

—Tampoco hay que sulfurarse tanto. Era por hablar.

Entorna los párpados, eleva el volumen de la televisión y me vuelve la espalda. Está rezongando por lo bajo, probablemente una maldición.

—Bueno. Pues voy a guardar la compra.

Silencio. No se digna a replicar. La única respuesta que me concede es un soplido irritado.

Uf. Qué desastre. Jaimito y yo solos en casa, y yo me vuelvo a comportar como una desquiciada en su presencia. Menos mal que traigo provisiones. Sin una sobredosis de azúcar no veo cómo podría aguantar tanta presión.

Decidida a no permitir que este *pequeño* estorbo de metro ochenta de altura estropee mi perfecto fin de semana *single*, cojo aire en los pulmones, me dirijo a la cocina y coloco la compra dentro del armario. Cuando ya no me puedo entretener más con la misma tarea, meto una bolsa de palomitas en el microondas y espero a que se hagan.

Inclinada sobre la encimera, apoyo la barbilla contra los nudillos y observo a través del cristal

la bolsa que aumenta de volumen con cada grano de maíz que estalla. Así es como estalló mi corazón, un añico y luego otro y luego otro...

Pero nada de melodrama hoy. Si hace falta echar mano del disco de Gloria Gaynor, lo haré. No puedo permitirme otro fin de semana de llantos.

—*I will survive* —me digo a mí misma para envalentonarme.

Asiento y, con aire resuelto, vacío la bolsa de Lacasitos en un bol para ensaladas, la de palomitas en otro bol para ensaladas, y, guardándome una botella de Coca Cola bajo el brazo, regreso al salón haciendo malabares para no perder nada por el camino.

El programa de las momias ha acabado y ahora Jaime, hundido entre los cojines, hace zapping con cara de aburrimiento. Le doy un golpecito en el brazo para que me haga sitio a su lado en el sofá. Necesito encontrar una forma de hacerme con el control del mando a distancia.

—¿Qué hay? —digo mientras me siento. Estoy preparando el terreno. La amabilidad abre más puertas que los insultos.

Me dedica una mirada huraña, se cruza de brazos y se vuelve a repantigar.

—Nada. ¿Qué va a haber?

Se me borra la sonrisa. De todos modos, muy auténtica no era.

—Era un decir.

—Un decir bien tonto.

Puffffffff. Qué tío más irritante.

—¿No escribes hoy? —No se nota mucho que me lo quiero quitar de encima, ¿no?—. ¿Tío, te quieres sentar como las personas?

Jaime, displicente, baja los pies de la mesa para complacerme y me vuelve a lanzar una mirada antipática. Al estar tan cerca de él, me fijo en que sus ojos, más que azules, son de color turquesa. Creo que nunca había visto unos ojos tan peculiares. Son bonitos. Su mejor atributo. Aparte de los labios. Que no es que yo le haya estado mirando los labios a Jaime. Solo me fijé de paso, sin darle mucha importancia. ¡Que sí, hombre, que sí!

—Ya que tanto te interesa el asunto, te diré que jamás escribo durante el fin de semana. Tengo que dejar que se me asienten las ideas. No sé, conectar, conmigo, con el universo, con las musas... Pásame el bol de las palomitas, anda. —«¿Qué? Ah, mierda»—. Y el de los Lacasitos, ya que estás.

No puede ser. ¿Es que no va a irse? Le lanzo una mirada de lo más elocuente. Él corresponde con una sonrisa inocente. Increíble.

—La mejor de las combinaciones, sobre todo si hay Coca Cola de por medio. ¿Quieres?

No, no va a irse.

Bajo los párpados con gesto hastiado y suspiro resignada.

—Sí. Trae. Me pierde el chocolate y el salado. JP decía que es un disparate. Que o comes palomitas o comes Lacasitos. ¿Para qué quieres comer las dos cosas al mismo tiempo? ¿Para engordar el doble?

—¿Bromeas? ¡Si no hay nada mejor en el mundo! Yo cuando voy al cine solo compro palomitas, Lacasitos y Coca Cola.

Una expresión de sorpresa arquea mis cejas.

—Ya lo creo. Sí, yo también. Siempre.

—¿Has probado las pipas de Piponazo, la bolsa roja, con Lacasitos?

—Síííí. Me encantan, tío.

—Es lo mejor.

—Sí que lo es.

He de admitir que siento un poco de simpatía hacia él. Muy poca. No puedo evitarlo. ¡Tenemos algo en común!

Me mira, lo miro, y diría que en este momento ya no me es tan antipático. Estoy desconcertada.

—¿Quieres que pongamos una peli y finjamos que estamos en el cine? —me propone de repente.

Ante mi mirada estupefacta, sus cejas se alzan de forma traviesa.

—¿Qué? Podemos ver una peli juntos sin estrangularnos. ¿No?

Hombre, no sé yo...

—Solo si puedo elegirla yo —repongo después de unos momentos de reflexión.

Mi contraoferta le hace entornar los párpados.

—Vale —concede malhumorado—. Pero que no haya niñeras de por medio.

Tengo que bajar la mirada para ocultar la sonrisa que empieza a elevar las comisuras de mis labios.

—Vale. Sin niñeras. Tú mandas.

Cojo el mando a distancia y enciendo la televisión directamente en Netflix.

Tardo medio minuto en darme cuenta de que Netflix ¡no va!

—¿Qué? —grito horrorizada y pulso varios botones a la vez—. ¿Error de conexión? ¡Dios mío, tenía la llegada de este día! ¡Es aún peor que la separación de NSYNC! ¿Qué vamos a hacer ahora con nuestras vidas? ¡Esto es una tragedia!

Jaime me mira con las cejas en alto. Juraría que le cuesta horrores contener la risa.

—¿En serio? ¿Una tragedia? ¿Es que no se te ocurre nada que hacer cuando no funciona Netflix? ¿En qué mundo vives tú?

—¡En un mundo 4G! —respondo a gritos.

—Pues lamento decirte que hemos regresado a la época analógica —me dice, con la risa en los ojos—. Antaño, la gente se entretenía con algo tan sencillo como... charlar.

—¡Charlar?! —La mera idea llena mi rostro de espanto—. Charlar sobre ¿qué? Tú y yo no tenemos nada en común.

Me dirige una mirada más exasperada que de costumbre.

—Bueno, mujer, algo habrá.

Frunzo los labios con escepticismo y lo pienso unos segundos.

—No, no se me ocurre nada de lo que hablar contigo.

Jaime hace una mueca.

—Pues nada. Nos mantendremos calladitos.

¿Por qué tengo la impresión de que se ha mosqueado conmigo?

Lo miro de refilón, pero no hay mucho que se pueda sacar en claro de un rostro gélido e inexpresivo, así que me muerdo el labio por dentro y fijo la mirada en el círculo que gira en la tele. Falta de conexión. La peor noticia que le pueden dar a una en un viernes por la tarde. ¿De qué puedo hablar con él? ¿Del tiempo? Sería muy ridículo. ¿De los alquileres? Eso sería deprimente, vistos los precios de Madrid. Ay. Este silencio me desespera.

—Una vez intenté escribir un libro —comento de sopetón.

La idea le divierte. Sonríe y todo, como si se le hubiese olvidado su anterior rabieta.

—No me digas. ¿Tú?

Intento no sentirme ofendida por su perplejidad.

—Ajá. Tenía nueve años.

—Una niña prodigio.

—Ya lo creo.

—¿Y de qué trataba tu libro?

—Era una historia de amor.

—Previsible.

—En una nave espacial.

—No tan previsible —se ve obligado a admitir.

Me encojo de hombros.

—Eran los noventa. El mundo entero era una nave espacial. Mi madre, Puri, me estuvo acosando durante dos semanas para que le confesara de dónde lo había copiado.

Jaime frunce el ceño.

—¿No te creyó cuando le dijiste que era tuyo?

—Nop. ¿Cómo iba a salir una niña lista de dos cabezas huecas como mis padres?

Se ríe. Su risa es tan contagiosa que acabo riéndome también. ¿Jaime y yo riéndonos juntos? ¿He entrado en un universo alternativo? ¿Y si nada de esto es real? ¿Y si JP nunca cortó conmigo? Podría ser una posibilidad, ¿no?

—Nunca pensé que diría esto, no a ti, pero estoy impresionado, Cristina.

Mis desvaríos cesan de golpe. Un momento. ¿Impresionado? ¿Conmigo? ¿Por qué? Esta vez ni siquiera me lo he currado. No he fingido leer a Nissan, o como se llame ese señor de nombre impronunciable. Me he ceñido a la verdad.

—¿Impresionado? ¿Estás seguro de que *esa* es la palabra?

—Sí, bastante seguro. No sabía que tuvieras esa clase de inquietudes. Tu interés en la escritura demuestra que eres una persona con una sensibilidad especial.

—¿Yo? A ver, Jaime, échame el aliento.

Se ríe y me aparta.

—Que no he bebido, joder. Estate quieta. Voy en serio. ¿Has vuelto a escribir algo alguna vez?

¿Por qué, de repente, me mira con otros ojos? No con irritación o... exasperación o... mosqueo. Sus ojos rezuman curiosidad, atención, un interés puro y sorprendente. Hum. Sienta bien que me mire de esta forma, para variar. Refuerza mi autoestima.

—¿Aparte de mi diario? Nop. Lamento decepcionarte.

Se vuelve en el sofá para estar totalmente de cara a mí.

—¿Llevas un diario?

Su interés parece ir en aumento. ¿No debería estar decepcionado, porque está claro que he perdido mi *sensibilidad especial*?

—Sí, bueno, he leído en alguna parte que escribir es terapéutico.

—Lo es. —Hace una pausa para engullir otro puñado de palomitas con Lacasitos y su mirada se vuelve más concentrada. Me quedo paralizada mientras él me evalúa en silencio. Esto es raro, me siento un poco expuesta. ¿Por qué frunce tanto el ceño? Y, lo más importante de todo, ¿me depilé ayer el bigote? Desde que tengo el *Satisfyer* ya no sé lo que hago ni lo que dejo de hacer—. Yo empecé mi primera novela cuando me dejó mi ex —desvela por algún motivo. Pues menos mal que no se ha fijado en mi bigote, ¿no?

—¿De verdad?

¿Jaime tiene una ex? Qué curioso es el mundo.

—Sip. De hecho, todo lo que escribí en esa época gira en torno a esa relación.

Dejo de comer y centro toda mi atención en él. Este tío es una caja llena de sorpresas.

—¿Has escrito una novela en la que ella es la zorra egoísta que no te quería lo bastante y te puso los cuernos con su entrenador personal? Hala, yo quiero eso.

Jaime se ríe, se muerde el labio inferior y hace un gesto de negación con la cabeza.

—No, Cristina. He escrito una novela en la que ella es la esposa casta y pura cuyo asesinato sumerge al héroe en el eterno conflicto entre el bien y el mal, y le hace saltarse unas cuantas normas a lo largo de su cruzada contra el mundo.

Parpadeo desencantada.

—Ah. Vaya. Qué abstracto. Yo la habría retratado tal y como es: la zorra egoísta que no te quería lo bastante y te puso los cuernos con su entrenador personal.

Jaime vuelve a reírse.

—¿Así es como defines a tu ex en tu diario?

—Más o menos —admito, un poco abochornada.

—Crees que podrías... no sé, ¿mostrármelo algún día?

—¿Mi diario? Tío, ¡no seas perverso! No voy a mostrártelo. Pero ¿qué dices?

—Solo quiero leerlo desde un punto de vista profesional, lo prometo.

—Por favor. Lo que quieres saber con quién fantaseo mientras me lo hago sola en el baño.

—¿Te lo haces sola en el baño?! —clama Jaime abriendo los ojos de par en par.

—Y por cosas así no puedes leer mi diario.

—Has sido tú la que lo ha sacado a relucir, y ahora me inquieta no poder dejar de pensar en lo que pasa ahí dentro cada vez que echas el pestillo. ¿Por eso no quieres que entre?

—¡No quiero que entres porque no me siento cómoda estando desnuda delante de ti! —exclamo irritada.

—Por lo que pude ver el otro día, no tienes nada de lo que avergonzarte —declara y, cuando lo miro, tuerce los labios en una mueca apreciativa y asiente para reforzar sus palabras.

Abro la boca en un gesto contrariado.

—Miraste, ¿verdad?

—Estabas en pelotas. ¿Qué querías que hiciera?

Niego con incredulidad y achino los ojos para pulverizarlo con la mirada.

—Eres un capullo.

Se encoge de hombros como diciendo *eso no te lo discuto* y hunde la mano en el bol de los Lacasitos.

—¿Y si me hicieras una selección? —me propone de repente.

—¿Tus diez mejores *capulladas*? —repongo con las cejas en alto.

—No —dice, riéndose—. Escenas de tu diario que no tengan nada que ver con fantasías en la ducha.

—¿Por qué estás tan empeñado en esto de mi diario?

—Los diarios son los auténticos tesoros de la literatura. Fitzgerald usaba el diario de Zelda, su mujer, y, según dicen, sacó de él algunas de sus mejores ideas.

—¿Quieres plagiar mi diario?

—¡No! —exclama, bastante ofendido—. No soy tan mezquino. Lo que quiero es comprobar su potencial. Imagínate que eres una gran escritora y nadie lo sabe. Si eres buena, es tu deber patriótico compartirlo con los demás, ¿no crees?

Es una auténtica locura. ¿Escritora? ¿Yo? Venga ya. No, de ningún modo.

Pero ¿y si...?

«Imagínate que escribes un libro tan bueno que triunfa y Netflix decide hacer una película

basada en él. ¡Con Zac Efron en el papel protagonista! ¡¡Podrías conocer a Zac Efron!! ¡¡Y tirártelo!!!»

Mis ojos, que se han ido dilatando conforme avanzaban mis pensamientos, se abren ahora con un chasquido. ¿Tirarme a Zac Efron?

Pongo el bol de palomitas en el regazo de Jaime con tanta prisa que vuelco la mitad de su contenido en su camiseta y brinco del sofá como si alguien me hubiese dado una descarga eléctrica en el trasero.

—Pero ¿qué haces? ¡¿Adónde vas?!—

—A traerte el diario. Te lo daré a cambio del mando de la tele durante todo un mes.

Oferta dos por uno: Zac Efron y acceso ilimitado a Netflix. El universo me sonríe. Quiere compensarme por todo el mal que me han hecho. Ya iba siendo hora, ¿no?

Jaime se lo piensa. Frunce el ceño. Se lo vuelve a pensar.

—Hecho.

Le sonrío complacida y me marcho del salón dando saltitos. *«Zac Efron, ¡allá voy!»*

Regreso en un santiamén con el diario en la mano y se lo ofrezco. Jaime me evalúa en silencio, con una expresión de desconcierto cobijada entre sus cejas.

—¿Y si contiene material obsceno?

—Imposible. Este es el diario de mi ruptura.

—Espera, espera. ¿Escribes el diario de tu ruptura?

—Pues claro. Así la próxima vez que me entren ganas de enamorarme, podré recordar lo mal que se pasa cuando te dejan plantada prácticamente en el altar.

Juraría haber detectado un destello de compasión en sus ojos. Pero no dice nada. Coge el diario de entre mis manos, y yo me vuelvo a sentar a su lado en el sofá.

Sobreviene un largo momento de silencio, aunque esta vez no me resulta molesto. Estoy muy ocupada intentando elegir nombre para los tres hijos que pienso tener con Zac Efron. ¿Brian, Brianna y Brienne, por ejemplo? JP tenía unos amigos muy pijos cuyas hijas se llamaban Sara, Silvia y Sonia. Siempre he querido ser como ellos.

—No todos los hombres son tan capullos, ¿sabes?

Me meto todo un puñado de palomitas en la boca y mis ojos se giran hacia los suyos.

—¿Qué? Ah. Ya. La gente no deja de decírmelo. Me encantaría conocer al que se sale de la regla.

Espero que Zac Efron sea diferente. A fin de cuentas, vamos a ser familia numerosa.

A punto de abrir el diario, Jaime se lo piensa mejor y desiste. Dejo de comer al ver la gravedad con la que me está observando. ¿Qué le pasa? Tiene los labios apretados en una línea fina, y noto que está a punto de decirme algo. Su ceño está más fruncido que nunca, tanto que incluso le da un aire atormentado. Un aire a lo Zac Efron. ¿Será que se ha fijado en mi bigote?

—Yo no te hubiese puesto los cuernos —declara después de un largo titubeo—. Poner los cuernos no es mi estilo.

Le dirijo una mirada de puro aburrimiento.

—Tú no eres relevante. Me refiero a los tíos sexualmente activos. A ti no te ha tocado una mujer desde... ¿qué?, ¿tu último examen de próstata?

No puede evitar la risa, y yo reparo en que, aparte de los ojos, también tiene una risa muy bonita. Espontánea. Natural. Por algún motivo, me la grabo en la memoria. Creo que me gusta cómo suena su risa.

—Tú lo has hecho —me recuerda guasón.

—Pero fue por error —me defiende de inmediato.

—A ver, que me pica la curiosidad. ¿Por qué motivo das por hecho que yo no mojo nada aparte de las magdalenas?

Me lo pienso unos segundos.

Veamos. Feo no es. Es decir, es alto, está en su peso, tiene un rostro bastante simétrico si una se fija con más atención, rasgos bonitos, unos ojos espectaculares...

(Y a juzgar por lo poco que noté la otra noche, que no digo que haya notado algo, tampoco es que esté mal dotado...)

Pero, no sé, es tan repelente a veces, con sus comentarios de tío listo y su actitud de *ninguno de vosotros, mortales, estáis a mi altura, porque no sabéis quién coño es Kafka ni entendéis una mierda de su obra o sus ideas existencialistas...*

—Nunca sales de tu cuarto —opto por decirle.

—¿Y?

—¿Cómo vas a ligar si nunca sales de tu cuarto?

—¿No te suena Tinder?

—¿Usas Tinder?

—Todo el mundo usa Tinder.

—¿En serio? ¿Tinder?

—¡Sí! ¡Tinder!

Dejemos ya de decir Tinder, ¿no? Parecemos idiotas.

—Yo *jamás* usaría algo tan frío para ligar.

—Y eso es lo que te pierdes.

—¿Cómo funciona exactamente?

Jaime está cómicamente escandalizado. Para usar términos tan definitivos como *jamás*, tengo yo demasiada curiosidad en conocer el funcionamiento de la aplicación.

—¿No sabes cómo funciona Tinder? ¿En qué mundo vives tú?

—¿En el de las parejas estables y el miedo a la clamidia? —le propongo.

Niega con reprobación, pero noto que contiene la sonrisa.

—Es fácil. Eliges a la gente con la que te quieres acostar, te acuestas con ellos y adiós muy buenas.

Apoyo la barbilla en una mano y paseo la mirada por todo su rostro. Debe de ser la conversación más larga que hemos mantenido nunca. Cuando se le llega a conocer, resulta que es un tío agradable, lo cual me sorprende mucho. Siempre pensé que no era más que un capullo. ¿Será que desde que nos enfrentamos el otro día por lo del zumo y mi mascarilla purificadora le respeto más? Hum. Es una teoría interesante.

—¿Y no echas de menos lo demás? —indago, después de una corta pausa.

—¿Lo demás?

Me encojo de hombros. Es obvio, ¿no?

—El romanticismo, la complicidad, la estabilidad...

Jaime reflexiona y se frota la barba con el dorso de la mano. Cuando le conocí, hará un año y medio, se afeitaba a diario. Ahora lo hace una vez cada tres o cuatro días. Está más guapo así. Parece más... interesante. Mucho más masculino. Si a eso le sumas el surco semipermanente que se forma entre sus cejas, el resultado es... perturbador.

—Puede que algunas veces —resuelve, mirándome con repentina seriedad.

—Yo no podría renunciar a lo demás.

Asiente despacio y me sonrío, un gesto cálido que, de algún modo, resulta reconfortante. En este momento siento que hay una conexión entre él y yo. Es raro.

En medio de un inesperado silencio, abarco la habitación con la mirada y suspiro hondo. Al mudarme aquí, estaba horrorizada por tener que compartir piso otra vez, pero ahora me doy cuenta de que es mejor así. Si viviera sola me sentiría aún peor. Me sentiría como un perro al que acaban de abandonar en una estación de trenes. Al menos aquí tengo a alguien con quien hablar, incluso si ese alguien resulta ser, sorprendentemente, Jaime. Qué retorcido es el mundo.

—Bueno, me tengo que ir —me dice, y esta vez emplea un tono de voz tan suave que mis ojos se giran de golpe hacia los suyos, atraídos por algo, quizá por ese brillo cálido que envuelve su mirada—. Mañana te diré algo del diario.

Compongo una sonrisa triste.

—Vale.

—Vale.

Asiente, apretando los labios, se levanta y cruza el salón sin volver a mirarme. Lo sigo con la mirada. Es curioso. Se me está acelerando el pulso y tengo sentimientos contradictorios.

Por un lado, no quiero que se vaya. No me apetece estar sola ahora mismo.

Por el otro, sé que si le pido que se quede sería muy raro. Probablemente me arrepentiría, porque esto solo es un bajón, ¿no?

—Jaime —lo detengo, después de un momento de titubeo.

Sorprendido, se gira lentamente desde el hueco de la puerta y nuestras miradas se encuentran a través del aire. Es la primera vez que digo su nombre sin rastro de irritación o mofa.

—¿Sí? —susurra al ver que enmudezco.

Me dispongo a abrir la boca, sin saber muy bien lo que voy a decir, cuando la tele empieza a funcionar de golpe y el sonido de una película de ciencia ficción me hace brincar en el sofá.

Mis ojos se desplazan confusos hacia la pantalla y después vuelven a buscar el contacto de los ojos de Jaime. Trago en seco al comprender que lo que iba a decir era una tontería.

—¿Puedo ver Netflix con tu cuenta? —musito, después de una pausa bastante larga.

También es la primera vez que pregunto si puedo tocar algo que es suyo. Estoy impresionada conmigo misma. Creo que está a punto de bajarme la regla. Si no, no me explico por qué estoy siendo tan considerada con él.

Se hace el silencio y, por unos segundos, su rostro se contrae por la confusión, como si hubiese esperado que le dijera otra cosa.

Mientras aguardo, me centro en su mirada. En sus labios. Sus ojos me miran de manera absolutamente hipnótica, y me descubro conteniendo el aliento.

—Total... Desde el otro día no me recomiendan más que películas sobre rupturas. —Su voz contiene una nota de burla e indiferencia que, de algún modo, consigue nublar mi expresión—. Además, un trato es un trato, Cristina.

Lo miro con el ceño fruncido y él me da la espalda y se marcha.

Desvió la mirada al suelo y suelto el aire en un soplo. ¿Qué demonios me acaba de pasar? Creo que me hace falta una copa.

5

Sábado, roncando como un delicado cerdo ibérico

—Deberías escribir un blog.

Pego un brinco en el sofá, me limpio las babas y abro un ojo con grandes esfuerzos. Jaime, en camisa y vaqueros, está inclinado sobre mí. Me ha parecido escuchar mis propios ronquidos. ¿Es eso físicamente posible?

—¿Qué...? ¿Qué...?

Uf, creo que ayer tomé un par de copas de más. Noto la lengua pastosa y los ojos de Jaime hacen estragos en mí. Sin duda, sigo borracha.

—Te has quedado dormida en el sofá —informa Jaime con tranquilidad—. Dolor de cervicales asegurado. ¿Has oído lo que te he dicho?

—¿Que me he quedado dormida en el sofá y que tengo asegurado el dolor de no sé qué? — balbuceo, intentando enderezarme.

Ay, ¡sí que tengo dolor de algo! ¡AY!

—He dicho que deberías escribir un blog —. Agita el diario delante de mí—. Anoche me lo leí del tirón y lamento decirte que no tienes material para escribir un libro.

—¿Y por qué me despiertas entonces?

Me siento estafada, como las hermanastras de Cenicienta. ¿Si el príncipe quiere a otra, para qué levantarse?

—Porque resulta que sí tienes suficiente material como para escribir un blog. ¿Es que tú no escuchas?

—Ehhh, ¿no?

Jaime niega frustrado.

—Da igual. Lo que intento decir es que me ha gustado lo que llevas escrito hasta ahora. Es divertido, espontáneo, completamente burdo y sin pulir...

—¿Eso último es bueno?

Lo dice como si no lo fuera...

—Desde luego —me tranquiliza con una sonrisa—. A la gente le gustará. Es muy alocado y tiene chispa. Te felicito, Cristina. A mí me has hecho reír, y ten en cuenta que no soy de risa fácil. Me ha gustado lo de comprarse un vibrador con su dinero. Bien hecho. Que se joda.

—¿En serio? Pues qué buena noticia. ¡Por fin me pasa algo bueno! ¿Y cuánto pagan por eso del blog?

Su carcajada incrédula me hace fruncir el ceño. ¿Qué es lo que le resulta tan divertido?

—Si los escritores cobraran un sueldo decente por su labor, ¿crees que viviría en un piso compartido a los treinta y cinco?

—¿No? —me atrevo a suponer.

—¡No! —me grita él, haciéndome brincar en el sofá—. De momento, lo harás por amor al arte.

Mi entusiasmo se estrella de golpe contra el suelo. Vuelvo a ser una hermanastra de Cenicienta.

—Ah. Puff.

—Puff ¿qué? ¿Qué significa puff? ¿Qué quieres decir con puff?

—Es que... para moverme del sofá, yo necesito algo más que eso. El arte como que no me llena, ¿sabes?

Lo que pasa es que no estoy motivada. Con un blog nunca llegaré a tirarme a Zac Efron. Entonces, ¿para qué molestarse?

—¿Qué tal una ocupación que te impida pensar en tu ex novio? —me propone Jaime.

Mis labios se tuercen en un gesto de desdén.

—Ya. También podría pintarme las uñas.

O fantasear con Zac Efron.

—Vale. A ver... Lo tengo. ¿Qué tal si lo haces por ayudar a otras personas que están pasando por lo mismo que tú?

—Eso sería muy altruista por mi parte.

—¿Verdad que sí? ¿Lo harás entonces?

—Nop. Me va más el egoísmo.

Jaime me dedica una mirada entre exasperada y homicida. ¿Por qué está tan empeñado en esto del blog? Me da pereza. Quiero seguir regodeándome en la miseria y curar mis heridas a base de chucherías, películas ñoñas y fantasías con Zac Efron. ¿Por qué no me deja en paz de una vez?

—¿Qué tal por la única, irrepetible y alucinante posibilidad de retratar a JP como el capullo egoísta que no te quería lo bastante y te ha puesto los cuernos con tu entrenador personal?

Mis ojos se abren con un chasquido.

—Hostia puta, eso sí que es bueno. Imagínate lo que pensarían sus amigos de él. ¡O el cura! Es tronchante. Es el plan de venganza perfecto. Además, JP siempre ha tenido cierto aire afeminado. Colaría perfectamente. ¿Cuándo empezamos, Jaimito?

Mi entusiasmo mueve las alas otra vez, como un gorrión atraído por el sol primaveral.

—Esa es mi chica —se jacta Jaime, el cual se está frotando las palmas enérgicamente y sonrío con aire satisfecho.

Un poco homicida

Lo del blog es una mierda. No me estoy enterando de nada. Y si tampoco sirve para conocer a Zac Efron, ¿por qué lo estoy haciendo? ¿Solo para poner en entredicho la sexualidad de JP? Anda y que le den.

—Jaimito, ¿qué tal si hacemos una pausa y salimos a comer algo por ahí?

Jaime me dirige una mirada confusa.

—¿Tú y yo?

«Sí, tío, a mí también se me hace raro. No somos amigos y ni siquiera estoy segura de si me caes bien o no. Pero yo no pongo esa cara, joder».

—Como ahora eres mi mentor y todo eso...

Dejo la frase en el aire y me encojo de hombros para restar importancia al asunto. No quiero que piense que le estoy pidiendo una cita.

—A ver, que yo no soy tu mentor, no te hagas líos. Si te estoy ayudando es solo porque quiero tenerte entretenida como a los niños. Así incordias menos.

—Jaja —ironizo, sin que me haga la menor gracia. Él despliega los labios en una sonrisa

seductora y me lanza un guiño—. ¿Qué pasa? ¿Que te cuesta admitir que, en el fondo, te caigo bien?

Jaime tiene aspecto de estar divirtiéndose mucho.

—De momento, solo puedo admitir que no me caes del todo mal.

—Por algo había que empezar —me consuelo a mí misma.

Como no me apetece seguir viendo su sonrisa socarrona, elijo centrarme en esta tontería del blog y olvidar por completo nuestra conversación anterior.

—No puedo ir a comer —suelta de repente. Su sonrisa ha desaparecido y se pone serio al añadir—: He quedado.

No puedo evitar lanzarle una mirada escéptica.

—Tú.

—Yo —corroboras. No le ha ofendido mi mueca de perplejidad.

—¿Con quién?

—Con una chica.

—¿Tú? —insisto, aún más perpleja.

—Yo.

—¿Del Tinder?

—Nop. Esta es especial. La conocí en el súper. A los dos nos chifla el brócoli.

—Pues qué romántico —refunfuño, sin poder suavizar el tono corrosivo.

Unos dientes blancos y perfectos asoman por debajo de su sonrisa.

—Venga, sigue practicando con el blog. Acabarás haciéndote con él.

Le pongo cara de pocos amigos. Él, ensanchando la sonrisa, me da dos palmaditas de consuelo en el hombro, abandona la silla y se encamina hacia la puerta que da al pasillo. Ugh. Me ha tratado como a un tío. Como a uno de sus colegas. Ugh.

Disgustada, vuelvo la mirada hacia la pantalla del ordenador y resoplo. Puff. Hay demasiadas cosas que aprenderse. Estoy desbordada.

—¡Esto es una mierda, Yoda! —grito tras él.

—Sigue practicando —insiste desde el pasillo.

—Practicaría mejor con una caja de Ferrero Rocher —me digo a mí misma. Si es que soy tan sabia a veces que doy miedo.

Hmm. Acabo de recordar que tengo *panettone*. Panettone y melodrama.

Uy, qué buen título para mi primera incursión en la blogosfera. Será todo un éxito.

De repente, estoy muy animada. ¡Qué coño! Voy a hacer esta mierda del blog.

¿Eminem seguirá soltero?

Nunca había tecleado tantas palabras tan deprisa. *Martinator* estaría impresionado. Dice que para la mecanografía tengo la destreza de un manco y la rapidez de una tortuga. Está claro que no se me valora en mi puesto de trabajo. Pero no importa. Lo mismo da. Ahora soy bloguera, la Chiara Ferragni del mundo literario. En breve seré millonaria y me casaré con un raperero muy cachas y lleno de tatuajes. Mi vida es motivo de envidia en los cinco continentes.

O lo será, en cuanto haya lanzado este ingenioso relato al mundo de la blogosfera y millones de seguidores hagan cola para seguirme. Lo que estoy diciendo es muy realista, ¿vale? No hace falta que mis dos únicas neuronas sensatas pongáis esa cara de *no te lo crees ni tú, bombón*.

—¿Qué estás haciendo?

Levanto la mirada del portátil que Jaime tan amablemente me ha prestado y me doy cuenta de que ya es de noche. ¡Y de que Noelia ha vuelto!

—Noe, tía, que me he convertido en escritora. Es alucinante. ¿Te lo puedes creer? ¡Yo! Mira, tiemblo y todo. Soy como Carrie Bradshaw, pero mucho más guapa y auténtica. Un pelín más gorda —me veo obligada a admitir.

—Veinticuatro horas a solas con Jaime y ¿esto es lo que hace de ti?

Mi entusiasmo se prepara para el aterrizaje. Hay algo en la expresión de Noelia que invita a la desilusión.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que pensé que te echaría un polvo de despecho, coño, no que te animaría a escribir chorradas.

—Oh, qué péfido por tu parte. ¿Te has ido adrede para que yo me acostara con Jaime?

Estoy escandalizada. ¡Y ofendida! ¿Cómo que chorradas?

—Como la otra noche os interrumpimos Mark y yo...

—¡Y dale! ¡Que no tengo ningún interés sexual en Jaime, cojones!

—Y, por algún motivo, has sentido la necesidad de gritarlo a los cuatro vientos. Bieeen.

—Hombre, Jaime. —Mierda. Me ha escuchado, justo ahora, que empezábamos a odiarnos menos—. Lo siento. Es que Noelia me saca de quicio a veces.

Jaime entra en el salón suspirando.

—A ver. ¿Qué os pasa? Pero si vosotras sois muy amigas.

—No me apoya en mi trabajo —me quejo, como en esos *reality* de la tele.

Noelia suelta una carcajada maligna.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo? Solo has escrito dos chorraditas y ya me vienes con aires de escritora incomprendida.

—¡¿Escritora incomprendida?! —le grito poniéndome de pie para estar a su altura—. ¡Eres una capulla!

—Y tú, ¡una gilipollas!

—Y tú, una...

—Chicas, pero ¿qué os pasa?

Las dos miramos a Jaime con cara de incompreensión. Es verdad. ¿Qué nos está pasando? ¿Por qué nos estamos peleando? Si somos amigas. Nosotras nunca nos hemos peleado.

—Nada —farfullo arrepentida.

Miro a Noelia con las cejas arqueadas en un gesto de apremio. Ahora es cuando ella dice que ha sido una tontería y nos abrazamos y nos vamos de cañas hasta las tantas. Por Chueca, quizá, que hay más ambiente.

¿A qué está esperando para disculparse? ¡Vamos a perdernos la *happy hour*!

—Pues esta noche duermes con Jaime. Hala, princesa. Te lo has ganado.

Separo los labios en un gesto contrariado y la miro como si no la conociera.

Noelia me desafía a que diga algo y, al ver que sigo mirándola pasmada, se marcha a su habitación.

—Capulla —siseo al oír la puerta cerrarse de golpe.

Jaime se mantiene un segundo en silencio y luego suelta un silbido burlón.

—Menuda bronca. Creo que te hace falta salir a dar una vuelta, señorita escritora. Me parece que has pasado demasiado tiempo encerrada en esta casa.

—Todo esto es culpa tuya —acusó, y le dirijo una mirada severa y un poco resentida.

Jaime está perplejo. Y ceñudo. No deja de parpadear.

—¿Cómo que es culpa mía?

—Si a ti no se te hubiese ocurrido la tontería esta del blog, nunca me habría peleado con mi amiga.

—Acojonante.

—Es culpa tuya.

Jaime niega y mira al cielo con gesto exasperado.

—Muy bien. Si quieres culpar a alguien, pues nada, culpame a mí. Te espero en la cama. Y procura no meterme mano esta noche, Cristina. No estoy por la labor.

—Primero tendría que congelarse el Infierno —escupo con maldad.

Jaime se marcha cabeceando y resoplando, y yo me dejo caer en el sofá con brusquedad y fijo la mirada en la pantalla de la tele. Me parece increíble que vuelva a odiarle tan pronto.

Me cruzo de brazos y me obligo a permanecer enfurruñada con él. Pero, pese a mi mosqueo, tengo que admitir algo insólito: mientras estaba escribiendo, no he pensado en JP ni una sola vez. Y eso se lo debo a Jaime. Me ha dado un nuevo propósito en la vida. Vaya. Qué fuerte. Jaime es como un gurú de las rupturas. ¿Debería darle las gracias?

Pero primero ve a publicar la entrada. Todavía existe la posibilidad de que te cases con un rapero cachas. O con Zac Efron.

¡Ay, estoy tan emocionada! Voy a ser famosa.

¡Ya soy bloguera!

Entro en el cuarto de Jaime de puntillas. La luz está apagada y creo que está dormido. No quiero despertarle, así que avanzo por la habitación a trompicones y consigo deslizarme bajo la manta sin armar demasiado follón. Me quedo quieta unos segundos, pendiente de su respiración, y luego me remuevo bajo las sábanas y me deshago en un suspiro. Me siento rara aquí, en su cama, dado el modo en el que nos hemos despedido esta noche. *¿Debería decirle algo? ¿Un lo siento por echarte la peta, estúpidamente, por algo que no tiene nada que ver contigo? ¿O quizá arrimarme a él y dejar que ese gesto hable por sí solo?*

En el fondo, ni siquiera sé por qué me he cabreado. ¿Quizá por resentimiento, porque no ha querido salir conmigo esta tarde? Ay, no, eso es una tontería. No, no estoy cabreada por eso. No. *«¡Que no, joder!, que no, que a mí Jaime no me gusta y punto. Qué manera de insistir, chica».*

Enervada, entorno los párpados, cierro los ojos y me exijo a mí misma silencio mental. Voy a dormirme. Ahora mismo. Si yo siempre me duermo cuando quiero. Soy como un bebé. Cierro los ojos y me quedo frita. Si tan solo consiguiera acallar mis molestos pensamientos...

Cambio de postura, inspiro hondo y me obligo a dejar de pensar en tonterías.

Aun así, no consigo conciliar el sueño y, tras unos quince minutos de estar tumbada a su lado en el colchón, me arrimo poco a poco a él, hasta que pego los pies contra los suyos.

Vale, sí, lo admito. No es por hacer las paces. Me mueven motivos puramente egoístas. La verdad es que no voy a poder dormir si no consigo entrar en calor.

Soy de esas criaturas que, de octubre a mayo, necesitan a un hombre para que les calienten los pies.

—Deberías ponerte calcetines, Cristina.

Ay, ¿cuándo se ha despertado?

—Ahh, hola. Lo siento. No quería despertarte. Es que... tenía frío —murmuro mientras retiro

los cubitos de hielo en los que se han convertido mis pies y, muy avergonzada, los devuelvo a mi lado de la cama.

Jaime mete la mano bajo la sábana y noto que sus dedos me rodean los tobillos.

Su caricia me deja tan petrificada que contengo el aliento. Huelo una leve insinuación de colonia masculina al mover él el brazo y, de pronto, la atmósfera se vuelve eléctrica, tan repleta de expectación que empiezo a respirar de forma acompasada.

—Trae —me dice con voz baja y ronca—. Te calentaré.

Dios mío, creo que ya lo está haciendo.

¿Pero...? ¿Pero...? ¡No puede ser! ¡Es Jaime! ¡Jaime no puede ponerme cachonda! ¡Para eso me compré el jodido *Satisfyer*!

«¿Qué demonios te pasa, Cris? Ni que fueras una damisela victoriana a la que nunca le han tocado los tobillos. Ya ves tú qué zona tan erógena, el tobillo».

«La regla. Seguro que es la regla», me digo a mí misma para calmar mi incipiente ataque de pánico. «Un par de días antes de que se te baje siempre te pones como las motos».

—¿Sabes qué? Ya se me calentarán solos.

Mis palabras han sonado más frías de lo que pretendía. Da igual. Es demasiado tarde para rectificar.

—Pero...

—Buenas noches, Jaime.

—Vale. Como quieras.

Me ha parecido distinguir una nota seca en su voz. Y, de algún modo, eso duele.

En medio de un silencio bastante tenso, le vuelvo la espalda y me quedo quietecita, hasta que escucho otra vez su respiración ralentizarse. Solo entonces me permito el lujo de hacer una mueca de interrogación en la oscuridad. «¿¿Qué demonios??», me grito mentalmente, y luego me abofeteo por ser tan gilipollas.

No soy capaz de comprender por qué al rozarme la piel desnuda, algo se ha incendiado en mi estómago, algo tan primario y desconocido que no puede suponer nada bueno.

Ya no soy bloguera...

Estoy hundida. Nadie ha leído ni seguido mi blog. ¡Ni siquiera mi madre! Tengo cero seguidores. Soy una escritora nefasta. Nadie me quiere. Necesito chocolate y un nuevo propósito en la vida.

Junto las palmas por debajo de la barbilla y me pongo a rezar delante del ordenador.

—Universo, si estás ahí, mándame una señal. Dirige mis pasos a través de esta oscuridad. Dime lo que debo hacer.

—Cristina, te toca limpiar el baño —desvela la voz. No la del universo, sino la de... ¿Jaime?

Abro un ojo y lanzo una mirada cruzada al cielo.

¿En serio? ¿Esta es la señal? ¿Limpiar el váter es mi nuevo propósito en la vida? Pues vaya mierda. Nunca mejor dicho.

—¡Cristina!

—¡Te he oído!

«Gilipollas».

Asfixiada por la lejía

—Jaime, no puedo respirar.

—Tú frota un poco más. Ahí te has dejado un cacho.

Estoy arrodillada junto al váter, con unos guantes amarillos que me llegan hasta los codos, y sé que muestro el aspecto apacible de una persona que planea... ¡estrangular a otra!

Por lo visto, el baño lo tengo que limpiar bajo la atenta supervisión de Jaime, al cual le preocupa que yo no me aplique en mi puesto de trabajo.

—Es que la lejía y yo...

—Sin lejía no hay limpieza.

—Pero...

—Chiss. Tú frota. Mira. Ahí. Ese trozo. No le has dado bien.

Es que no me lo creo. ¿En serio? ¿Cuántas veces al mes me toca limpiar el baño?

—Tres veces durante la semana que te ha sido asignada —desvela Jaime cuando se lo pregunto.

¿Tres veces? ¿Es que nos hemos vuelto locos o qué?

—El resto de los días solo le tienes que echar lejía y pasar la escobilla.

¿¿Qué??

Voy a palmarla como siga limpiando con lejía

Jaime se ha ido a atender una llamada telefónica y yo hago lo que hace todo el mundo cuando no está el supervisor delante: escaquearme.

La nube toxica que he creado en el baño es un innegable peligro para mi salud y lo más sensato que puedo hacer es arrastrarme por debajo y salir de aquí cagando leches antes de que cruce al otro barrio. En el trabajo nos obligaron una vez a asistir a un taller de riesgos laborales y lo único que recuerdo es que, en caso de incendio, hay que arrastrarse para no acabar asfixiado.

Así que yo me arrastro por el suelo como un gusano de seda, hasta que unas zapatillas de color azul marino se interponen en mi camino y me frenan el paso.

—¿En serio? ¿Se puede ser más teatral?

«¡Qué fastidio!»

Con los labios estirados en una sonrisa abochornada, levanto despacio la mirada hacia Jaime. Ay, mierda, no parece demasiado divertido. Tiene la mandíbula tensa, los ojos chispeantes y los brazos en jarras. No me había fijado hasta ahora, pero cuando se enfurece está mucho más guapo.

«Zzzzztttt. Vade retro. No pienses en eso».

—Soy alérgica a la lejía —alego en mi defensa.

—Mientes.

Es verdad. No soy alérgica a la lejía.

—No miento —sigo mintiendo—. No la aguanto.

—No aguantar algo no es lo mismo que ser alérgico. Vuelve ahí dentro y acaba el trabajo.

Esto es ridículo. ¡Estoy tumbada en el suelo! ¡Está claro que no estoy en condiciones de limpiar! Además, ¿quién se ha muerto y le ha puesto a él al mando?

—No —lo desafío, poniéndome de pie.

—¿No?

—No.

Jaime abre y cierra la boca sin saber qué decir. Creo que es la primera vez que alguien con quien comparte piso se niega a limpiar. Estoy orgullosa de mí misma. Soy la Mahatma Gandhi del

movimiento anti-higiene de los pisos compartidos.

—¡Es tu semana! —me grita, enfurecido.

—Sí. Y he limpiado.

—¡De puntillas!

—Lo suficiente como para que nadie enferme de cólera —repongo con tranquilidad.

—¡Cristina, entra ahí dentro y acaba el trabajo de una vez! Sé una adulta.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no. ¿Qué?, ¿estás sordo? ¡No voy a dejar que sigas explotándome, despótico hijo de puta!

En el apogeo de mi rebelión, se despierta Noelia, a la que no veo desde nuestra trifulca de anoche. Está despeinada y tiene cara de mala leche.

—¿Se puede saber por qué estáis pegando estas voces a las tantas de la mañana?

—Se niega a limpiar el baño —me delata el chivato de Jaime.

—¡Tía!

—No me niego a limpiar. Ya he limpiado. El problema es que este tío tiene un trastorno obsesivo compulsivo MUY GRAVE y nada le parece bien.

—No ha frotado bien el váter. Lo ha pasado de puntillas. ¡Sin aclarar la bayeta! ¡La he visto! Te he visto.

—¡La bayeta estaba limpia, pedazo de cretino!

—¡Ya vale! —zanja Noelia, y tanto yo como Jaime nos callamos de golpe—. Si vas a vivir aquí, vas a tener que respetar a todo el mundo —me dice. *A mí.*

—Pero si yo respeto...

—A Jaime le gusta la limpieza. Acostúmbrate.

—¿Qué quiere decir eso?

Noelia enarca las cejas y me dedica una mirada elocuente que es imposible pasar por alto. ¿Pero a esta tía qué le pasa? ¿Es que ya no folla con Mark? ¿Debería regalarle el *Satisfyer* para su cumpleaños?

—Ya has oído a tu amiga, Cristina.

No doy crédito. ¿Ahora están los dos compinchados en mi contra? ¡Este piso es un nido de víboras!

—Cuanto más dejes que se seque la lejía, más vas a tener que frotar después —me recuerda Jaime apremiante—. Se forman unas rayas naranjas que cuestan un huevo quitar. Hay demasiado óxido en ese baño. ¿Sabías, Cristina, que el óxido es mortal?

Rechino los dientes y miro los rostros de mis compañeros, ¡mis amigos!, en busca de apoyo o comprensión. No hay nada. Pues muy bien. Ya estarán ellos solos y hundidos, ya. Ya verán lo que se siente cuando todo el mundo te abandona a la intemperie.

Echando chispas, agarro la bayeta del suelo y regreso a mi puesto de trabajo. Esta vez froto con un ímpetu que complace incluso al cretino de Jaime. Vaya mierda de vida. Sin novio y teniendo que hacer limpieza a fondo tres veces a la semana. ¿A quién puteé yo en mi anterior vida? Miro al cielo enfurecida y vuelvo a frotar de forma compulsiva la taza del váter.

Alivio absoluto

Por fin se me ha bajado la dichosa regla, lo cual significa que ya puedo dejar de comportarme

como una gata en celo. *Bien por Cris.*

Y puesto que ya no estoy tan hinchada, decido pesarme en el baño (reluciente de tanto frotar). Esta tarde he ido a comprar chocolate con churros y me he tenido que poner unas mallas. Los vaqueros no me cerraban. Probablemente hayan encogido con las lavadoras, pero, por si acaso.

—¿¡Sesenta y siete kilos?! —chillo horrorizada.

—Cris, ¿todo bien ahí dentro?

Sandra, la niñata guapísima y delgadísima, ha vuelto de donde sea que haya estado este fin de semana. ¡Ay, cómo odio a esa anoréxica hija de puta! Y el hecho de que Jaime crea que está más buena que yo no tiene nada que ver, ¿vale?

—¿Cris? —insiste. Encima es maja, la cabrona.

—Ehhh, sí. Todo bien. Es que... me he pillado el dedo.

«*No me jodas. ¿Solo llevas una semana soltera y ya has engordado tres kilos y medio? Dios mío. ¿Y si no sales del mundo single en todo un año? ¿Cuánto acabarás pesando?*»

Levanto la mirada hacia el espejo y me contemplo a mí misma interrogante, aterrada, como ese gif del ratón que circula por Facebook.

No quería llegar a estos extremos, pero me temo que voy a tener que llamar a Puri. Ella podrá ayudarme a sobrellevar esta ruptura antes de que mi médico de cabecera apunte *obesidad mórbida* en mi ficha de paciente. Mi madre siempre sabe lo que hay que hacer en estos casos. Es una profesional.

Fase III:
Sesiones de vudú y espiritismo

6

Lunes, buscando a Nemo Puri

Uno pensaría que la estación de Atocha es lo suficientemente grande como para que dos usuarios tarden un rato en encontrarse. Eso es porque no conocen a mi madre. Puri es como un elefante en una cacharrería. La veo a kilómetros de distancia, tan pronto como baja de su tren procedente de Extremadura. Va toda vestida de color púrpura, embutida en un conjunto dos piezas de falda y chaqueta que le queda pequeño, y arrastra dos enormes maletones por el andén. Como se haya traído los chorizos, juro que la mato. Desde ayer estoy a dieta. Me he tenido que poner *leggings* para ir hoy a trabajar, porque ninguno de mis vaqueros me cerraba por la mañana.

—¡Mamá! —grito, agitando la mano para que me vea.

Puri no va sola. Hay todo un grupo de señoras de mediana edad siguiéndola. Mi madre es como el Mesías. La gente siempre hace caso a todo lo que dice.

—¡Cristinita, hija! —aúlla desde el otro lado del andén—. Quédate ahí, que llego en un ratito.

Pongo los ojos en blanco al ver que se detiene para intercambiar su teléfono con las buenas señoras que la cercan. Seguro que son potenciales clientes. Mi madre es bruja.

A ver, no bruja como Sabrina, sino bruja como la bruja Lola. Es numeróloga, mística, adivina y, si el cliente paga lo suficiente, hace espiritismo e incluso exorciza demonios. Hay que ver a mi madre en medio de una sesión de espiritismo. No tiene desperdicio. Se pone un turbante y ropa holgada manchada de purpurina y se mete completamente en su papel de médium. Ya ni siquiera la voz que emplea es la suya, de algún modo se convierte en una tonalidad mucho más grave y acompasada. Hay veces que incluso habla con acento *ruzo*. O sea, que las eses se convierten en zetas. Dios sabe por qué.

Un claro ejemplo de espiritismo en la consulta de Puri. Fue bastante bochornoso. Estábamos todos en un círculo, cogidos de la mano, cuando a mi madre le dio por hablar así.

—Noto una prezencia. Una prezencia que no ez de ezte mundo. Hay algo que noz quiere dezir. Ezpíritu, zí estáz aquí, mándanoz una zeñal.

El espíritu, por supuesto, no dio señales de vida. Más que nada, porque ¡estaba muerto!

Pero mi madre no se dejó acobardar así como así. ¿Que al espíritu no le salía de las narices enviar señales? Bueno, pues ella se las iba a inventar.

Así que puso los ojos en blanco un par de veces y anunció con voz muy grave:

—El espíritu eztá aquí. Dime un nombre, ezpíritu. ¿Cómo? ¿Juan? ¿Conoze uzted, zeñora, a un muerto llamado Juan? ¿Zu marido, quizá? ¿No? Ah, que no ez Juan, es Joaquín. Fallo mío. ¿No? ¿Ningún Joaquín? ¿Ernezto? ¿Miguel? ¿Carlitoz? ¿Alfonzo? ¿Hermenegildo? ¿Guztavo?

Mi madre tiene una larga lista de nombres corrientes. Se la ha sacado del censo municipal.

—Mi marido se llamaba Tesifonte —desveló por fin la enlutada señora, cansada de escuchar sugerencias de nombres que nada tenían que ver con su difunto amor.

Mi madre abrió un ojo y su acento falso se esfumó milagrosamente.

—No me joda, señora. ¿Y cómo pretende que adivine yo eso?

Así es mi madre. Un encanto de mujer.

A pesar de sus pequeñas estafas, los negocios no le van mal. Por lo visto, todo el mundo quiere saber qué le reserva el futuro. Según mi madre, un setenta por ciento de las consultas que le hacen tienen que ver con el amor. El resto, con los números de la lotería de Navidad. Así es el ser humano. O quiere follar o quiere hacerse rico. ¿A quién le importa la paz mundial pudiendo echar un quiqui en un yate de dos plantas?

Tras unos diez minutos de espera, llega Puri, arrastrando los maletones. Viene protestando, como siempre.

—¡Cinco horas y media desde Badajoz! Me habría venido andando, de no haber sido porque estas maletas pesan demasiado. Si al final se tarda lo mismo... —vocifera para que la escuche todo el que quiera—. Hija mía, qué delgada estás. Cómo se nota que te está consumiendo esta ruptura. Y menudo hijo de puta ese Jean Paul Gaultier. Siempre he dicho que no me gustaba para ti. A mí nunca me cayó bien, ¿sabes?

—Mamá, pero si le adorabas. Mira tu ropa. En tu chaqueta pone *Purifiqueison*.

—Sí, pero porque queda *cool*. Es mi marca personal.

Oír decir a mi madre palabras como *cool* me hace chirriar los oídos.

—Bueno, da igual. ¿Cómo estás? Te he echado de menos.

—Y yo, hija, y yo. Si es que nos vemos de Pascuas a Ramos.

Deja caer las maletas al suelo y me estrecha en un abrazo vigoroso. Uf. No puedo ni respirar.

Menos mal que un señor apresurado nos golpea por error con el codo, lo cual me concede la posibilidad de coger un poco de aire, puesto que mi encantadora madre se vuelve hecha un basilisco, dispuesta a echarle un mal de ojo al pobre hombre.

Claro que, al ver que el señor guarda cierto parecido con su querido Camilo Sesto, se ablanda y lo deja pasar.

—Estoy bien, estoy bien —asegura mientras se coloca la chaqueta con ademanes aún contrariados—. Es que creía que intentaba robarnos. Mira, mira, como alguien intente robarme, le meto una hostia que le mando *pa* Cáceres —vuelve a vociferar para que la escuchen los supuestos ladrones—. ¿Y tú cómo estás, hijita? ¿Cómo llevas esto de la ruptura? Bien, ¿no?

Cojo uno de los maletones y casi caigo al suelo por el esfuerzo. ¿Pero qué lleva dentro? ¿Rocas extremeñas?

—Estoy... bah. No lo sé. Estoy rara. Y gorda. Cómo pesa esto, ¿no?

—Anda, anda. Pero si estás en los huesos.

Comparada con mi madre, desde luego. Ella es curvilínea.

Comparada conmigo hace dos años, estoy hecha un bollicao. «*Vamos, Cris, que con tus sesenta y tantos kilos seguro que puedes arrastrar esta maleta*».

—¿Qué tal el viaje? —decido cambiar de tema mientras empleo todas mis fuerzas en arrastrar el maletón por el andén.

—Uy, un señor casi me pide matrimonio. Pero si yo me vuelvo a casar, me lo tienen que pedir en el *Farday* ese.

—*First Dates*.

—Eso, eso. Delante de toda España y de rodillas. Humillado como un gusano. Si es que todos los hombres son mala gente. Mira tu padre, el muy *desgraciao*, que se ha liado con Paqui, la de la consulta médica. ¿Qué?, ¿cogemos un taxi?

Ya hemos salido de la estación y mi madre se está encaminando resuelta hacia la fila de taxis

que aguardan delante de las puertas.

La sigo. Es lo único que se puede hacer.

—Mamá, pero no cojas el último de la fila. Coge el prim...

Bah, ni caso. Ya ha abandonado la maleta en la acera y se ha montado en el taxi que le ha salido de las narices.

El taxista, muy solícito, sale a guardar las maletas en el maletero. El pobre pone cara de estreñimiento al tener que levantar tanto peso. No me extraña. Me muero por descubrir qué hay dentro. Me puede la intriga.

Dejo la mía, le sonrío al conductor para envalentonarle, abro la puerta y me siento al lado de mi madre con un suspiro. Me acabo de ver reflejada en el cristal del coche y de repente ya no me extraña que esté soltera. Tengo la cara hinchada, me ha salido acné en la barbilla y se me ha encrespado el pelo con tanta humedad. Lleva lloviendo más de una semana. Dicen que es una ciclogéneis de esas. ¿Será que incluso el tiempo ha simpatizado con mi ruptura?

—¿Y dónde se supone que vives ahora? —me interroga Puri tan pronto como el taxista se pone en marcha.

—Con Noelia. ¿Te acuerdas de mi amiga Noelia?

—¿Una muchacha menudita de ojos azules y pelo rizado?

—No. Esa es Alba. Noelia tiene los ojos marrones.

—Sí, sí. Algo me suena. ¿Y estás a gusto ahí?

Omito hablarle de Jaime y de los sentimientos contradictorios que me produce. Sacaría conclusiones erróneas.

—Sí, mamá. Estoy bien.

Sonríe y me da unas palmaditas en la mano.

—Así me gusta, que esto no te afecte. Las mujeres de nuestra familia somos de carácter fuerte. No nos dejamos...

Estallo en llanto.

—Pero, Cris...

—Lo siento. No puedo evitarlo —farfullo como un alma en pena.

Estoy con la regla y eso trastoca todas mis emociones. Además, desde que JP rompió conmigo aún no he llorado como Dios manda. Hoy me apetece llorar, expulsar toda la carga que llevo dentro. Estoy con mi madre, y vuelvo a ser la niña a la que ella preparaba *colacaos* todas las mañanas antes de llevarla al cole, la misma niña a la que abrazaba y susurraba: *Tú y yo solo nos tenemos la una a la otra, Cristina. No hay nadie más a quien podemos acudir.*

—Me he venido abajo, como el trasero de Kate Moss —balbuceo entre sollozos.

—Pero, hija...

Puri, con aire de impotencia, me frota la espalda con la mano e intenta consolarme con palabras tranquilizadoras.

—Ya está, cariño. Ya pasó. ¿Quieres que vaya a darle una paliza a ese Jean Paul Gaultier? Porque sabes que soy capaz.

Mi llanto se vuelve aún más agudo y sollozante, como el chillido de una rata. Lloro por esa niña que en las audiciones de Navidad llevaba un jersey de lana tejido a mano en el que su madre había escrito *Ai luv jou*.

Y lloro por la Cris de ahora, que a los treinta y dos años sigue sin encontrar su lugar en este mundo.

Y lloro por mi madre, porque, aunque vaya de valiente, sé que su vida nunca ha sido fácil ni

justa.

Y lloro por todas las mujeres a las que los hombres (malditos, malditos, malditos) han hecho daño alguna vez a lo largo de la historia. Son muchas. Demasiadas. Todas.

Sencillamente no puedo dejar de llorar, y lo hago con tanta fuerza que tengo la impresión de que el coche se está sacudiendo al son de mis nada delicados sollozos. El conductor me mira aterrado.

—Estoy bien —farfullo, con el rostro arrugado por el llanto—. No te preocupes, mamá.

—Uy, uy, uy, tú no estás bien, hija. Vamos a tener que expulsar a ese Jean Paul Gaultier a patadas, me parece a mí. Menos mal que vengo preparada para lo peor... —se dice a sí misma.

Mi llanto cesa de golpe y la miro horrorizada. Mi madre me dedica una sonrisa que es de todo menos tranquilizadora. «¡Uy, la Virgen!»

Los odiosos lunes y el sospechoso contenido de los dos maletones

¿Cinco litros de aceite de oliva virgen extra?? La madre que la parió.

—Mamá, en Madrid también hay aceite de oliva. No hacía falta que vinieras tan cargada desde Badajoz.

—¡Aceite de oliva! Eso es *meao*, comparado con esto. Es de los olivos de Rogelio, primerísima calidad. ¿Te acuerdas de Rogelio? Te manda muchos saludos.

Miro a Puri con el ceño fruncido.

—¿Y por qué me manda, aparte de los saludos, cinco litros de aceite de oliva?

—Porque, hija mía, este aceite quita todos los males. Sobre todos, los males de amor.

Jaime tose para disimular una carcajada. Capullo.

—Toma, guarda estos chorizos —le reprende Puri al tiempo que le alarga una ristra de chorizo ibérico. Esta mujer no va a ninguna parte sin sus chorizos. Es alucinante.

Jaime, avergonzado por haber sido pillado *in fraganti*, se pone serio, coge el chorizo y se dispone a guardarlo en la nevera.

—Hostia, huelen muy bien.

—Mira, guapo, tú no has comido un chorizo como este en *toa* tu vida. ¿Pero qué haces, *desenderao*? —lo detiene, indignadísima—. Eso no se guarda en la nevera. ¡Hay que colgarlo!

—Ah. Disculpe. No... lo sabía.

Nunca había visto a Jaime tan cortado. Esto empieza a ser divertido.

Puri sigue sacando cosas del maletón número uno.

—Toma, Noelia, hija. Mira a ver dónde pones estos garbanzos, que mañana os pienso hacer un cocido *pa* chuparse los dedos.

—¿Cocido madrileño? —pregunta Jaime, con los chorizos aún en la mano. No sabe dónde colgarlos.

—¡Madrileño! —bufa Puri, y tan escandalizada está que deja de hurgar en la maleta para dirigir toda la fuerza fulminante de sus ojos hacia Jaime—. Extremeño, majo, extremeño.

—Mamá, si son iguales. Deja al chico.

—No lo son. El extremeño es mejor.

—Son iguales —le susurro a Jaime a espaldas de mi madre. Él enarca las cejas y yo afirmo con la cabeza para dar más fe a mis palabras.

Puri, que me ha debido de ver, me pone mala cara.

—Toma, ya que estás aquí *na'* más que incordiando, guarda estos botes de mermelada. Los he hecho con ciruelas de mi huerto.

Suspiro y cojo los cinco botes de mermelada sin saber dónde vamos a guardar todo esto. Por Dios, ¿cuántas cosas pueden caber en un maletón? ¿Y qué trae en el segundo?

Puri retira más cosas. Zanahorias. Cebollas. Patatas. Todo de la huerta. En Madrid no se

encuentra nada igual.

Tomates. Manzanas rojas. Nueces. Buenas para el colesterol.

Menos mal que ha pensado en el colesterol después de llenar la maleta de panceta ibérica, chorizo ibérico, morcilla y otros manjares extremeños. Adiós a mi dieta.

—Ay, que se me olvida el queso. Esto te lo manda la Reme. La he dado una pena a la pobrecita que rompieras con JP...

—El que ha roto ha sido él —le recuerdo mientras hundo el dedo en un bote de mermelada y lo chuperreteó como un gato. Pues sí, sí que está buena la mermelada.

—Detalle *p'arriba*, detalle *p'abajo* —me corta Puri, dando a entender que en el pueblo ha contado *su* versión de los hechos. Estupendo. Al menos así no sabrán que me han dejado plantada en el altar—. Eh, tú, guapetón. Tráeme la otra maleta, que pesa mucho.

Jaime hace buen uso de sus músculos y sube la maleta a la mesa. Puri la abre y, con aire satisfecho, empieza a sacar más cosas. ¿Dos litros de agua de grifo? ¿Se ha vuelto loca?

—Mamá, que los grifos tienen agua en Madrid.

—Que esto no es agua del grifo, *descerebrá*. Es agua bendita.

Mis compañeros de piso intercambian una mirada estupefacta.

—¿Que es qué? —pregunta Noelia, para asegurarse de que lo ha oído bien.

—¿Y tú para qué traes agua bendita?

—Para el exorcismo, ¿para qué va a ser? Ay, esta niña hace cada pregunta...

—Mamá, ¿a quién vas a exorcizar? —exijo saber, poniéndome muy firme con ella. Tonterías las justas, que nos conocemos.

—Al espíritu maligno, ¿a quién sino?

—¿QUÉ espíritu maligno?

—El que no te deja dormir por las noches.

—Pero si ella duerme. Debería verla roncar y babear. Es todo un espectáculo.

Le doy un codazo a Jaime, pero es demasiado tarde. Puri se ha enterado de todo. Es muy perspicaz cuando quiere serlo.

—Ah. ¿Es que vosotros dos dormís juntos?

Jaime se dispone a hablar, pero le piso el pie con tanta fuerza que se calla de golpe y su rostro se tiñe de rojo, como los tomates del huerto de Puri. No le sale humo por las orejas solo porque no estamos en un capítulo de *Tom y Jerry*.

—No, mamá. No dormimos juntos. Las paredes son de papel en este edificio. Se me escucha roncar desde la planta baja.

—Ah. Ya decía yo. Porque acabas de salir de una relación traumática, y meterte de cabeza en otra relación traumática con este guaperas... como que no.

—¿Cree usted que soy guapo? —se vanagloria Jaime con una media sonrisa bastante arrogante. Puri le pone mala cara.

—Sabes que lo eres. Y sabes que ella te gusta.

¿Que yo le gusto a Jaime? ¿Pero qué dice Puri?

¿Será verdad? Vale, no es que me interese, pero...

—Y sabes que a ella le gustas tú.

¡Ya está bien de decir tonterías, hombre!

—Mamá, ¡eso no es cierto!

—Fíjate, antes de que me lo chillaras, tenía mis dudas. Ahora lo tengo claro. Y es mala idea. Os lo digo a los dos. Cristina está muy vulnerable ahora, y eso de los polvos de recuperación

nunca funciona, que lo sepáis. Si no, que te lo cuente Rogelio —me susurra, torciendo la boca para disimular lo que me ha dicho.

Aaarrggg. ¡Esto es muy incómodo! No quiero hablar con mi madre sobre la estúpida idea de echar polvos con Jaime, DELANTE de Jaime. Así que hago lo más sensato que se puede hacer:

—Bebe cuando nadie la mira —les susurro a mis compañeros, y los dos asienten como diciendo *eso lo explica todo*.

Puri niega contrariada y vuelve a sacar cosas de la maleta número dos.

Un collar de ajos. Un manojo de albahaca seca. Un muñeco de plastilina.

—¿Qué es esto? —Noelia coge el muñeco para examinarlo con más atención.

Puri le golpea la mano para que lo suelte.

—No juegues con eso, niña. Es peligroso.

—¿En serio?

Noelia está intrigadísima. Todos lo estamos.

—Es *vudu*. Brujería muy oscura.

—Se dice vudú —la corrige Jaime, el sabelotodo del piso.

—*Se dice vudú* —le hace burla mi madre—. ¿Qué vas a saber tú? Anda, no me toques las narices, que ahora mismito hago un muñeco con tu cara.

—Mamá, ¿quién es este muñeco? ¿A quién le has puesto mal pensamiento ahora?

—¿Cómo? ¿No sabes quién es? ¿A quién se le parece?

Me lo pienso unos momentos.

—No lo sé. ¿A Puigdemont?

—¿A Puigdemont?! Hija, ves menos que un topo. ¿Qué pone en su camiseta?

Tengo que achinar mucho los ojos para verlo.

—J.... ¿Jean Paul Gault...? ¡¡Mamá!!

—Tiene que sufrir —asegura Puri convencidísima.

Jaime y Noelia me miran perplejos. Estupendo. Mi reputación está hundida. Antes era la que miraba películas ñoñas y moqueaba el sofá. Ahora soy la hija de la loca que hace muñecos a imagen y semejanza de Carles Puigdemont. Porque esa cosa ni de coña se le parece a JP. Quizá un poco en el pelo y en la nariz. Pero vamos, muy poco.

Bueno, vale, quizá si se le mira con más atención y desde otro ángulo, cierto aire sí que se da.

Ay, Dios mío, ¡¡mi madre ha hecho un muñeco vudú con la cara de JP!! ¿Debería llamar para avisarle? Neah, qué tontería. Si estas cosas casi nunca funcionan.

Horrorizando al Vaticano

Mi madre se empeña en exorcizar antes de irnos a la cama. No sé cómo voy a explicar esto a mis compañeros de piso.

—Solo es un ritual a través del cual ella bendice la casa en la que estamos —les digo, en un intento por dar otro enfoque al asunto.

—La bendigo y la purifico —apuntilla Puri, que ya se ha colgado su máscara severa de exorcista profesional.

—Y la purifica —añado de mala gana.

Noelia parpadea varias veces. Está en shock.

—A mí me parece bien —dice Jaime, quien sonríe a Puri con amabilidad—. Señora, empecemos por mi habitación. ¡Habrà ahí todo un cónclave de demonios!—se alarma mientras la

coge del brazo y se la lleva a su habitación—. Yo nunca he purificado, ¿se lo puede creer?

Puri, satisfecha, sigue a Jaime por el pasillo. Se gira antes de entrar en su cuarto para guiñarme el ojo. Suelto un suspiro de exasperación y me vuelvo hacia Noelia con aire preocupado.

—Verás. Ella...

Noelia levanta la mano para acallarme.

—Que haga lo que tenga que hacer. Yo dormiré en el piso de Mark esta noche, así podréis dormir las dos juntas en la habitación. Supongo que tendréis mucho de lo que hablar.

Le sonrío aliviada. Se lo ha tomado bastante mejor de lo esperado. En el colegio los niños me colgaban la etiqueta de rarita y no se me volvían a acercar, por si los transformaba en ranas. No es fácil ser hija de una bruja.

—Gracias. Por todo.

Me mira unos segundos sin decir nada y después su rostro se suaviza y se me acerca para envolverse en un abrazo.

—Oye. Siento haberme peleando contigo estos días. Es que... estoy un poco estresada en el curro y estallo cuando menos me lo espero. Mi jefe es un capullo. No tenía que haberla emprendido contigo.

—No pasa nada.

—Perdona, tía.

Le devuelvo el abrazo y nos quedamos así unos segundos más. Sienta bien abrazar a alguien.

—Está más que perdonado —aseguro al separarnos.

—Vale. Hasta mañana.

Nos sonreímos y sé que las dos hemos hecho borrón y cuenta nueva.

—Hasta mañana.

La acompaño hasta la puerta, cierro con llave y me preparo para lo que viene a continuación. Mi madre me mojará tres veces seguidas con agua bendita, recitará palabras en una lengua extraña y colgará la ristra de ajos en la ventana para que el espíritu maligno de JP no vuelva a entrar en mi vida nunca más. No es la primera vez que me tiene que arrancar a un ex amor a base de exorcismos. Ojalá sea la última. Es bastante traumático, la verdad.

—Cristinita, hija, se me ocurre una cosa. ¿Te acuerdas de que el año pasado te mandé un meme en Facebook y te dije que, si no lo compartías con diez contactos, ibas a tener siete años de mala suerte en el amor?

—Ehhh... ¿sí?

—Pues me da a mí que no lo has compartido.

«*Vaya por Dios*».

Currando como una hormiguita en verano

Ahora que tengo experiencia en teclear, escribo tan deprisa como mis otras compañeras. De hecho, estoy tan inmersa en mi trabajo que no levanto la mirada hasta que la insistencia con la que me está contemplando mi jefe se vuelve inaguantable.

—Cristina.

—Sí, ya tengo el informe.

Le doy a imprimir, me giro y espero a que la impresora escupa las cinco hojas de papel en la que he estado trabajando desde que he llegado. Lo del exorcismo ha funcionado, en cierto modo. Me siento más ligera, menos desdichada.

—No es eso.

Dejo de lado la grapadora con la que estaba a punto de grapar los papeles y miro a *Martinator*.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Es Juan Pablo.

Martín y JP son primos. ¿No he mencionado que es así como conocí a mi último gran error? Supongo que no lo hice. No es algo que una pretenda recordar después de una ruptura, lo guapo que estaba aquel día que entró por la puerta, lo embobada que me quedé yo cuando me sonrió y me dijo que, si no tenía nada que hacer después del curro, me invitaba a tomar un café... Ay, cómo sacudía esa melena de votante del Partido Popular...

—¿Me has oído?

—¿Eh? Sí, sí. Decías algo de JP. ¿Qué le pasa? ¿Se ha casado ya? Podía haberme invitado. Les habría hecho un buen regalo.

—No, Cris, no es eso. Es que... está en el hospital.

Mi mente me devuelve un *flash* con mi madre clavándole una aguja en la entrepierna al muñeco Puigdemont y diciendo *muere, cabrón, muere*. Mierda, ¡¿a que ha funcionado, como lo del meme de los siete años de mala suerte?!
Abro los ojos con un chasquido y miro demudada a Martín.

—¿Ha muerto?! —clamo horrorizada.

El ceño de Martín se arruga.

—¿Qué? No, ¡por Dios! ¡Solo se ha roto una pierna! ¿De dónde te has sacado lo de morirse?

Bochorno absoluto.

—Es que... te he visto tan serio y con ese aire tan grave que... Pues menos mal que solo es una pierna, ¿eh? Podría haber sido peor.

Podía haber sido la *entrepiera*...

—Hmmm —Martín no parece muy convencido, aunque intenta recomponerse—. Sí, podría haber sido peor.

—Entonces, está bien, ¿no? ¿Cómo ha pasado?

—Esquiando.

—¿Esquiando? Pero si estamos a veintisiete grados.

—No en Suiza.

—Ah. Suiza. Gran destino turístico. Siempre quisimos ir, pero él nunca...

Nunca tenía tiempo.

—Es que... Caye y él se han... eh...

—¿Ido de vacaciones?

—Prometido —Martín aprieta los labios al decirlo—. Han organizado un pequeño encuentro este fin de semana, nada sofisticado, solo un par de amigos.

—En Suiza —afirmo, con voz inexpresiva. En la jodida Suiza, el sitio al que me prometió que me llevaría para mi cumpleaños.

—Sí. ¿Estás bien?

No, no estoy bien. Siento mucho dolor, y es una mierda.

—¿Por qué no iba a estarlo?

¿Quizá porque me brillan los ojos como si me fuera a echar a llorar ahora mismo?
«*Contrólate, Cristina*».

—Bueno, como...

—Estoy perfectamente.

—Vale.

—Toma. Aquí tienes el informe.

—Vale. ¿Seguro que estás bien?

—QUE SÍ, COJONES.

Martín se sobresalta y echa el pecho hacia atrás, como si pretendiera alejarse de mí todo lo posible.

—Vale.

Coge el informe con suma cautela, da media vuelta y se aleja apresuradamente por el pasillo. Hundo la cabeza entre las manos.

—Cris...

—¡¡Que estoy bien!! —rujo, harta de que se me trate como a una mujer inestable a punto de estallar por algún lado.

—No es eso.

Levanto, exasperada, la mirada hacia la suya y aguardo con la paciencia de un santo, para demostrarle que no soy una desquiciada. Martín, por si acaso, evita acercarse y me mide con la mirada desde la puerta de su despacho. Ay, ni que fuera yo una cobra a punto de atacarle, por Dios.

—Es que... quiere verte.

Durante unos segundos, la sorpresa es tan grande que no soy capaz de decir nada.

—¿Disculpa?

A Martín le cuesta mucho seguir hablando. Lo noto en su rostro.

—Me ha pedido que... te diga que... le gustaría verte. Si a ti no te importa acercarte al hospital. Ha pedido el traslado a España. Lo han traído esta mañana.

No sé qué decir.

—Puedes tomarte el día libre, si quieres —se apresura a añadir—. De todos modos, no hay mucho trabajo hoy.

—Vale.

No es por nada, pero yo soy incapaz de decir que no a un día libre. Incluso si eso supone ir a visitar al hospital a mi impedido ex novio, que se ha roto la pierna después de que mi madre se pasara la noche entera haciéndole vudú.

«Ay, que soy una blandengue».

8

Martes, encuentro de tercer grado

Me he hecho la manicura y la pedicura, me he lavado y peinado el pelo en una peluquería del centro y me he cambiado completamente de ropa antes de ir al Hospital de la Paz para visitar a JP.

La faena me ha costado unos 289 euros.

289 euros que no tengo, por cierto. He hecho un uso indebido de la tarjeta de crédito. Miedo me da pensar en los intereses.

Ni siquiera sé por qué lo hago. ¿Por qué habré accedido a verle? El muy capullo no se lo merece. Al menos eso lo tengo claro.

Pero ¿y si su accidente en los Alpes suizos le ha hecho darse cuenta de que me quiere y que dejarme ha sido el mayor error de toda su miserable vida? ¿No debería darle yo la oportunidad de redimirse?

Aunque sé que es estúpido albergar esperanzas, no puedo evitar un cosquilleo de emoción en el estómago mientras el ascensor me traslada a la planta en la que agoniza JP.

Una de las personas que va apretujada junto a mí me sonrío, esas sonrisas medio incómodas que intercambia la gente en el transporte público o en el ascensor. Yo también le sonrío. Me siento generosa hoy.

La señora se da cuenta de que llevo una botella de vino en la mano y se le borra la sonrisa. Ops.

Vale, sé que no es muy ortodoxo traerle vino a un enfermo, pero ¿qué iba a comprarle? Llevar flores a un tío me parece ridículo, y los bombones acabarían en la basura, ya que a JP le preocupa mucho lo de estar fofisano el día de su boda.

Se mire como se mire, el vino es la mejor opción.

Y me da igual la forma en la que me mire una señora a la que no conozco de nada ni volveré a ver en la vida. Para dejárselo claro, le dedico una mirada a medida de mis pensamientos, y ella aparta la vista y contempla el suelo.

En esa atmósfera de silenciosa incomodidad, por fin llego a la planta de JP. Por desgracia, no soy la única que baja aquí. La señora me sigue. No será de la liga anti alcohol, ¿verdad?

Camino apresuradamente por el pasillo, mirando de vez en cuando por encima del hombro. ¡¡Sigue ahí!!

Aumento el paso y ella echa a andar detrás de mí. Está claro: ¡me está siguiendo!

Rompo a correr, entro deprisa en la habitación de JP, cierro la puerta de golpe y me apoyo contra ella con aire desbordado. Uf. Menuda carrera he pegado.

—¿Cris? ¿Eres tú o estoy alucinando?

JP, consumido por la agonía, intenta incorporarse en la cama.

—Chiss —lo tranquilizo, acercándome como la buena samaritana que soy—. No hagas esfuerzos tontos.

Me sonrío beatíficamente y me coge de la mano. Uf. El cosquilleo sigue ahí. Le echaba de menos. Es tan guapo... Menudo pelazo.

—Lo siento. Es que verte me hace tan feliz...

Ay, qué tierno. ¿Será que no ha visto el video que le mandé ni el extracto de cuenta bancaria?

—¿De verdad?

—No puedo dejar de pensar en que te he tratado muy mal y... ¿eso es vino?

—Mmm, sip—. Lo dejo deprisa en la mesilla y compongo una sonrisa tan beatífica como la que mostraba él antes de que se percatara de que he colado alcohol dentro de un hospital—. ¿Decías?

JP mira la botella de Viña Mayor parpadeando y luego me mira a mí. Una sonrisa lucha por hacerse notar en las comisuras de sus labios, y me percató de que hace todo lo posible por disimularla, como si no le pareciera bien divertirse conmigo a espaldas de su novia.

—Sí. Decía que te he tratado muy mal y que lo siento mucho. Me merezco esto por todo el daño que te hice.

—Oh, por favor. No digas tonterías. Ha sido un accidente.

—Causado por el mal karma que me he ganado contigo.

—Pero si tú eres cristiano. Los cristianos no creéis en el karma.

«*Tampoco en el vudú, ¿no?*».

—Tú, sí. Y puede que, de algún modo, haya atraído esas energías negativas.

No entiendo nada. ¿No me ha llamado para volver conmigo? Porque ahora mismo no tengo la impresión de que él intente volver.

—¿Por qué querías verme? —decido ir al grano. No estoy para más rodeos.

—Pues... quería disculparme contigo y pedirte que...

—¿Sí? —le apremio, y sujeto su mano con más fuerza.

«*¿Nos casemos?*».

«*Chiss, no hables ahora*», me regañó a mí misma.

—Me perdones y seamos amigos.

¿¿AMIGOS?? Me he gastado casi 300 euros para ser ¡¿AMIGOS?!

Lo miro de hito en hito.

Ya no hay lugar a dudas: esta noche convertiré al muñeco Puigdemont en un puñetero colador.

—Amigos —repito conmocionada.

Incrédula.

¡Homicida!

—¿Es mucho pedir? —me dice el moribundo JP.

Retiro la mano de golpe. Tengo ganas de darle una patada en los huevos. Una bien dolorosa.

—Claro que no.

«*¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?*

«*¿Por qué no puedes mandarle a la mierda y ya está? ¿Se puede ser más gilipollas?*».

—Cris, di que vendrás a mi boda —suplica, aferrándose a mi muñeca—. No podría ser completamente feliz si no te viera allí.

Este tío le está echando mucho morro, ¿no? Se está aprovechando de su condición de moribundo para obligarme a hacer cosas que no quiero hacer.

—¿A tu boda? ¿No sería raro?

—A Caye no le importa.

«*Ugh. Caye*».

—Y podrías traerte a alguien —añade JP, el muy considerado hijo de perra.

—No sé...

Su mano se agarra a la mía con más fuerza. Es como si intentara retenerme. Lo miro a los ojos y él me mira a mí. No parece feliz. No como alguien que está a punto de casarse con el amor de su vida. ¿Y si aún hay una esperanza para nosotros?

—Me haría mucha ilusión verte ahí —susurra. Lo dice en serio.

Me quedo absorta, mirando cómo mueve los labios.

De pronto, me imagino su boca, su sensual boca, encima de mi piel y me acaloro.

Con la respiración agitada, levanto la mirada hacia la suya y lo contemplo demudada. Sus ojos son oscuros, muy penetrantes. Sigue pareciéndome tan guapo como el primer día que le vi. Y sigue teniendo ese pelazo alucinante y esos rasgos delgados y tan magníficamente definidos, dignos de un actor de Hollywood.

—Vale —musito con un hilito de voz.

«¿¿Qué?? ¿Te has dejado impresionar por sus ojillos de cachorro apaleado?».

No me puedo creer que haya cedido tan fácilmente.

—Genial —JP está entusiasmado, por lo que me dedica una sonrisa de oreja a oreja y me suelta la mano. En vez de calor, ahora noto escalofríos.

—Sí. Genial —me sumo a su entusiasmo, aunque de mi tono de voz se deduce que no es tan auténtico como el suyo.

Mientras yo me regaño a mí misma por ser tan cretina, alguien abre la puerta a mis espaldas. Me giro y se me dilatan los ojos cuando cruzo una mirada con la señora del ascensor.

—Hola, enfermito —canturrea, acercándose a nosotros como si no me viera. «¡Ay, la botella!»—. Ya estamos aquí.

«¿Estamos?».

Me invade un parpadeo histérico. La buena señora no viene sola. A ver cuál es el término correcto para decirlo. ¿Pibón? ¿Pibonazo?

Una tía altísima, bronceada, guapísima, un tipazo alucinante, lo que viene siendo una chica con pedigrí, entra detrás de ella. Si es que se les nota. La que tiene clase, la tiene y no hay más que hablar.

Me temo que ahora lo comprendo todo.

—Hola, cielo. Cris, te presento a Caye y a Paula, su madre.

Paula gira la mirada hacia mí como si acabara de caer en la cuenta de que estoy aquí, yo, un mísero insecto en la punta de sus mocasines. Me dedica una sonrisa amable, pero la frialdad del gesto me hace sentir pequeña e insignificante.

—Cris. ¿De Cristina? —se interesa, con acento culto.

No, Cris de Cretina, tengo ganas de responderle.

—See —digo sin ningún entusiasmo—. Cris de Cristina. Esa soy yo.

Caye y su madre sonrían a la vez. Vaya. Son tal para cual. La misma sonrisa falsa y gélida que hace que te estremezcas.

Es el momento más humillante de toda mi vida. ¿Adónde voy yo vestida de Mango, cuando estas dos mujeres visten prendas de diseño y llevan bolsos de Vuitton y mocasines de vete tú a saber quién?

Y lo peor de todo es que Cayetana ni siquiera es rubia. Su pelo es del color del chocolate con leche, largo, liso, brillante y muy saludable, una melena de modelo de pasarela. Y yo con tres rizos despeluchados por el viento, como las señoras de pueblo. «*Qué asco, joder*».

—Hola, Cristina. —Cayetana me alarga la mano. Lleva manicura francesa. Yo llevo las uñas mordisqueadas—. Por fin nos conocemos. Juan Pablo me ha hablado mucho de ti.

—Hola —consigo decir a pesar de la conmoción. Cayetana me mira con una mezcla de curiosidad y diversión. No me queda otra que estirarme y estrecharle la mano. Mmmm. Qué bien huele, la jodía—. Encantada. Bueno, yo ya me iba. Adiós, *Juan Pablo*. Me alegro de saber que estás bien.

Es la primera vez que digo su nombre completo. Yo siempre lo he llamado JP. A él le gustaba.

—Pero... Cris...

Está desconcertado. Intenta incorporarse en la cama, pero su suegra lo retiene sin nada de delicadeza, lo cual me permite alejarme como una exhalación en dirección a la salida.

—Encantada, ¿eh? —farfallo mientras me precipito sobre la puerta como si me fuera la vida en ello.

Cierro de golpe a mis espaldas y me desplomo contra el muro con los párpados fuertemente apretados. Mierda. El dolor que golpea contra la boca de mi estómago no tiene pintas de querer calmarse en breve.

9

Martes, rota

Me he pasado la tarde deambulando por el centro comercial. No me apetecía irme a casa, porque mi madre habría advertido de inmediato que estoy rara y me habría echado la bronca por haber ido a ver al *capullo ese*, así que me ha parecido mucho mejor idea ir al Dunkin y atiborrarme de donuts que ahora me producen reflujo y remordimientos.

Maldito JP. ¿Por qué tenía que aliviar su conciencia conmigo? Yo casi lo había superado a base de exorcismos y vudú. Ahora, gracias a él y su perfecta novia supermodelo, estoy en el mismo punto de inflexión de antes, debatiéndome entre la depresión y la ira homicida.

Estoy asqueada conmigo misma, y no solo por haberme zampado los donuts. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas como para llegar a pensar, aunque fuese por un segundo, que JP y yo íbamos a volver? ¡A él le gustan las mujeres que calzan mocasines!

Desbordada por la crueldad de mis pensamientos, empujo la puerta del ascensor con el hombro, meto la llave en la cerradura de casa e intento girar. Sin embargo, y por mucha fuerza que haga, la llave no gira. Está cerrado desde dentro. Lo que me faltaba, tener que llamar al timbre cuando lo único que quiero hoy es pasar desapercibida.

El universo está conspirando en mi contra. Clarísimamente.

«*Pero me da igual, ¿me has oído, capullo? Sobreviviré. Soy tan fuerte como las cucarachas*».

Me recoloco la ropa con ademanes decididos, llamo por segunda vez al timbre y pongo mi mejor cara. La que me abre es mi madre.

—Madre.

—Hija. Menudas horas de volver. Te tienen *explotá* en ese trabajo.

—Ya. La tragedia de nuestra generación. Hola.

Le doy un beso en la mejilla y finjo no reparar en su expresión suspicaz.

—¿Estás bien? Traes mala cara.

—Estoy cansada. Mucho curro hoy.

—Anda, pasa, que se está enfriando la cena.

¿Cena? Tengo ganas de vomitar. Me he comido cinco donuts y dos helados. Voy a reventar. No puedo comer nada más. Ni siquiera yo.

Entro detrás de ella y la miro de hito en hito al comprender sus planes. Ha puesto la mesa del salón y lo que pretende que cenemos es ¡¡el cocido!!

—Mamá, no voy a cenar cocido. ¿Qué quieres?, ¿matarme? Ya me ha sentado mal la comida. Esto me remataría.

—¿No estarás *preñá*? Lo que nos faltaba ahora, un mini Jean Paul Gaultier.

Jaime, sentado ya en la mesa, aparta la mirada al ver que lo he pescado mirándome y finge prestarle mucha atención a una mancha en su tenedor, posiblemente imaginaria, que frota con

bastante ímpetu.

—Mamá, no estoy embarazada. Solo me ha sentado mal la comida. No le des más vueltas.

Lo de no dar vueltas va en contra de sus principios.

—¿Qué has comido, a ver?

—Pues... filete empanado.

—Claro, no habrán cambiado el aceite en dos años. Menudos sinvergüenzas.

—¿Puedo comer una manzana de tu huerto y luego irme a la cama? Creo que estoy incubando algo.

—Venga, va. Pero al menos siéntate un ratito. No te hemos visto en todo el día.

Uf. Tengo ganas de vomitar.

—Vale. Pero solo un ratito—. Cuelgo el bolso en el respaldo de la silla, me siento desganada y fuerzo una sonrisa—. Hola —le digo a Jaime, el cual sigue frotando el tenedor con la servilleta—. ¿Qué tal hoy? Espero que mi madre no te haya molestado mucho.

Me sonrío y se aparta para que Puri le eche cosas en el plato. Es muy generosa con los garbanzos. Uf. Pobre Jaime. Está claro que no sabe decir que no. Noelia se ha salvado por los pelos. Hoy también duerme en el piso de Mark. Y Sandra, desde que le dijimos que venía mi madre, no se ha dejado caer por aquí, la muy cobarde.

—Qué va —me responde cuando mi madre deja de incordiar con los dichosos garbanzos—. Puri y yo lo hemos pasado muy bien hoy.

—¿Que tú y mi madre lo habéis pasado muy bien?

Disculpad mi desconcierto. ¿He entrado en un universo alternativo, o qué está pasando aquí?

—Ay, hija, hemos ido al Retiro. Ojalá nos hubieses acompañado. Qué sitio tan bonito. Yeimi me ha llevado a pasear en barco. Casi volcamos. Fue muy divertido, ¿verdad, Yeimi?

Oh, no. Así es como empieza todo. Con la versión inglesa del nombre del susodicho. Y luego mi madre ya está bordando toallas con nuestras iniciales.

—Que habéis hecho ¿qué?

—Me parece una vergüenza que no hayas llevado a tu madre nunca al Retiro —me riñe *Yeimi*. Le dedico mi mueca de conejo fastidiado.

—Pues ya ves, nunca he tenido tiempo.

—Es que JP no era como tú, hijito. Era un *estirao* y un repelente. Solo estuve en su casa una vez.

—¿En dos años? ¿No permitía que tu madre viniera de visita?

—No es eso. Es que...

—¿Eras tú la que no quería? —me presiona al ver que me callo.

—Es que...

—Hija, ¿acaso te avergüenzas de mí?

—¡Joder, Yeimi! Digo, Jaime. No, mamá. ¿Cómo iba a avergonzarme de ti? Es que nunca se dio la ocasión. Tú estabas siempre ocupada con tus negocios, yo estaba ocupada con el trabajo, JP estaba ocupado con sus pijerías, ¡TODOS ESTÁBAMOS LA HOSTIA DE OCUPADOS! Nadie tenía tiempo de ir a ver a unos estúpidos patitos.

Cuando acabo mi alegato, me arde la cara de rabia y ellos dos me están mirando como si pensarán que se me ha ido la olla.

—Vale, vale, no te pongas así —me apacigua Puri—. Esta niña tiene un carácter...

—Y que lo digas —le da la razón su nuevo ojito derecho—. A mí me da miedito cada vez que se pone así.

En mi rostro se pinta una expresión asesina al ver la complicidad con la que intercambian una mirada. Les pongo los ojos en blanco a los dos.

—¿Y qué otra cosa habéis hecho hoy? —pregunto para cambiar ya de tema.

—Hemos comido sushi.

Miro a Jaime como si me estuviera hablando en chino.

«*En realidad, es japonés*», me corrijo a mí misma, sin poder evitar entornar los párpados otra vez.

—¿Sushi? ¿Has llevado a mi madre a comer sushi?

—Uf, cariño, menudo restaurante elegante. Paseaban los platos por encima de una banda mecánica y tú cogías el que querías.

No puedo contener la sonrisa. No me imagino a la señora de los chorizos ibéricos en un restaurante asiático. Sencillamente, no encaja.

—¿Y te ha gustado?

—Después de que me lo pasaran por la plancha, estaba bastante bueno, para qué mentir.

Mi carcajada acarrea una mirada divertida por parte de Jaime. Me fijo en que se le arrugan un poco las esquinas de los ojos. Intenta retener la sonrisa.

—¿Les has pedido a los japoneses que te pasen el sushi por la plancha?

—Es que el mío venía muy poco hecho.

Echo la cabeza hacia atrás y me río a carcajadas. Hace años que no me reía tanto, desde aquella vez que Noelia y yo dimos un par de caladas a un cigarrillo que no tenía mucha pinta de ser tabaco.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se ríe esta? ¿Qué he dicho?

—Bah, ni caso, Puri. Está como un cencerro. ¿Me pasas un poco de pan? El cocido está de muerte. Me recuerda al de mi abuela. ¿Cuál es tu secreto?

Eso distrae a mi madre lo suficiente como para que se ponga a parlotear otra vez.

Cuando consigo calmar mi ataque de risa, de hipo y prácticamente de llanto, me pongo a pelar la manzana y, aún risueña, niego con la cabeza. Esta mujer es todo un fenómeno de la naturaleza. Los japoneses habrán alucinado con ella. Y Jaime... ¿Cómo se le ocurre llevarla a un asiático?

Le lanzo una mirada oblicua a través de las pestañas y vuelvo a sonreír. Se le ve empeñado en acabarse el plato de cocido. Si hay que llevarle esta noche a urgencias por indigestión, me ofrezco voluntaria. A fin de cuentas, ha sido mi madre la que lo ha envenenado.

Me como la fruta despacio, lanzando miraditas de vez en cuando al otro lado de la mesa. En un par de ocasiones, intercepto a Jaime haciendo lo mismo, como si mis ojos atrajeran involuntariamente a los suyos. No puedo evitar pensar en que nos comportamos como si compartiéramos alguna especie de secreto. Es excitante.

—Bueno, pues yo, si eso, me voy a la cama, que he tenido un día duro. Vosotros sin prisa, ¿eh? Me echaré un rato y probablemente me duerma en un santiamén.

—Vale, cariño. Tú descansa, que mañana por la noche me tienes que llevar al tren.

—Sí, mamá. Buenas noches. —Me inclino sobre ella y le doy un beso en la mejilla—. Gracias por la comida. Siento no haber podido probarla.

—No pasa nada. Te congelaré un poco para el fin de semana. Oye, ¿llevabas esta ropa cuando te fuiste esta mañana?

Mierda. Y yo pensando que la había engañado...

—Es que... me he tenido que cambiar en el trabajo. Alguien me tiró el café encima en el metro.

—Hay que ver cómo es la gente.

—Ya. Unos cabrones. Buenas noches, Jaime.

—Buenas noches, Cris. Que descanses.

—Mm hm.

Me cuelgo el bolso del hombro y salgo al pasillo antes de que alguien más ponga en entredicho mi coartada.

Estoy a punto de entrar en mi habitación (la de Noelia en realidad, ya que Sandra se va dentro de un par de días), cuando unos dedos largos y fríos se enroscan alrededor de mi muñeca y me detienen junto a la puerta.

—Eh. ¿Estás bien?

Trago saliva y levanto la mirada hacia la de Jaime. Parece preocupado.

—Sí. He tenido...

—Un día largo —termina él por mí—. Te he oído.

—Pues eso. Buenas noches.

Me suelto de su agarre y presiono la manilla de la puerta con la intención de entrar.

—Vale. Como quieras. Solo quería que supieras que... no estás sola. Si quieres hablar...

Me detengo y lo miro otra vez.

Él, con los ojos taladrando los míos, se apoya contra la pared, hunde las manos en los bolsillos del vaquero y aguarda en silencio, por si me dispongo a hablar.

Desearía irme, entrar y cerrar la puerta, ponerla de barrera entre él y yo, pero hay algo que me impide moverme. Su expresión es tan concentrada que se me tensa la garganta, así que me rindo, suspiro y dejo caer la mano. Jaime no dice nada. Nos miramos en silencio. Hoy sus ojos parecen azules como el océano.

Cuando me mira así, es como si estuviéramos solos en el mundo. Como si lo que hay a nuestro alrededor no fuera más que insignificante ruido, e imágenes tan borrosas que el ojo humano ni puede ni quiere comprender. De algún modo, su presencia consigue aislarme de todo lo demás.

—Le has visto, ¿verdad? —habla después de toda una eternidad.

Sus ojos están tan aferrados a los míos que no puedo desviar la mirada, lo cual me está poniendo un poco nerviosa.

—¿Cómo lo sabes?

Me dedica una de sus sonrisas torcidas.

—¿Crees que no conozco esa expresión? ¿Que nunca me he sentido así?

Agacho la cabeza y luego lo vuelvo a mirar, una mirada larga que siento que desata alguna especie de intimidad entre nosotros.

—¿Volveré a sentirme completa alguna vez? —le susurro.

Su expresión se ablanda hasta volverse casi cariñosa. Hay compasión en sus ojos.

Asiente, y yo trago saliva y guardo silencio mientras recorro su rostro con la mirada.

Un gesto de confusión se instala entre mis cejas al encontrarse de nuevo nuestras miradas.

Me fijo en que lleva puesta una camisa de mangas arremangadas y tiene las cejas fruncidas en un gesto meditabundo. Su rostro parece más moreno de lo habitual. Han pasado un par de días desde que tendría que haberse afeitado. He notado que lo hace cada cuatro días y que hoy es el sexto día que no se afeita. Ni siquiera sé por qué me he fijado en eso.

—¿Cuándo? —demando saber.

—Cuando deje de importarte —me dice con un leve encogimiento de hombros.

Mis labios se tensan en un gesto pesaroso. Me escuece la garganta y quiero hacerme pequeñita pequeñita y que todo deje de importar. ¿Por qué me sigue doliendo tanto? ¿No se suponía que el

tiempo curaba las heridas?

—¿Es normal que aún eche de menos incluso las cosas más estúpidas de nuestra relación?

Jaime se pone delante de mí, me rodea el rostro entre las manos y me acerca a él. El corazón me empieza a latir desacompañado. No sé cómo es posible. Hace unos momentos estaba congelado. Debe de ser la mirada de Jaime, ese azul tan llameante que sería capaz de prenderle fuego a todo un océano de hielo. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué aprieta la mandíbula y sus ojos se oscurecen con cada parpadeo? Noto cómo algo se incendia en mi interior, algo primario que me contrae el abdomen y consigo que se me acelere al pulso.

—Pasaré, Cris —me susurra, con el rostro inclinado sobre el mío—. Te lo prometo. Algún día te despertarás y te darás cuenta de que ya no sientes nada. Solo tienes que ser paciente. Las mejores cosas del mundo requieren un poco de paciencia.

Lo miro. Me pierdo en su mirada, y tengo la impresión de que caigo y me hundo en ese infinito azul, de que nada importa en este momento, de que lo demás son nimiedades y la importancia reside en algo que todavía no soy capaz de comprender.

Jaime me sostiene la cabeza entre las palmas y su mirada desciende sobre mis labios. De repente, su gesto adquiere una connotación erótica y el fuego dentro de mí se descontrola ante la idea de besarle. Nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro. No deliberadamente. Yo nunca había sentido nada de esto.

—Ojalá hoy fuera algún día —murmuro, sin poder apartar los ojos de los suyos.

Me dedica una última sonrisa torcida, casi torturada, me pasa el pulgar por la mejilla y me deja a solas en el pasillo, con ese estúpido deseo al que no le encuentro ninguna explicación.

Permanezco inmóvil durante un segundo, mientras aspiro con avidez el aire que ha dejado atrás, y luego me apoyo contra la pared y bajo los párpados en un gesto vencido.

Tengo ganas de zandearme para apartar esta bruma que controla mi cerebro. No tengo ni idea de por qué me siento así. Es como si, de repente, el mundo se estuviera ralentizando hasta detenerse y yo solo puedo ser consciente de mi descontrolado aliento.

Miércoles, brotes de primavera

Hace media hora me he rendido y he aceptado un hecho insólito: no puedo dormir más.

Ni siquiera sé cómo reaccionar ante tamaña fechoría. Es la primera vez en toda mi vida que me tengo que enfrentar a algo así. Mis ojos se han abierto. Sin más. No hay ningún motivo que lo justifique.

O puede que sí.

Quizá haber visto ayer a JP y a Cayetana me haya producido insomnio. Si supiera que me produce también indigestión, hoy me pasaba otra vez por el hospital. Necesito perder de tres a cinco kilos antes de la fiesta de Halloween, de lo contrario no voy a entrar en mi disfraz de gatita sexy. Me lo compré antes de la ruptura, con la esperanza de sorprender a JP. Mira tú por dónde, la sorprendida he acabado siento yo.

Mi boca se tuerce en un gesto disgustado. El universo tiene un sentido del humor bastante retorcido.

Miro otra vez la hora en el móvil, resoplo irritada y decido levantarme, ya que aquí no hago más que dar vueltas y pensar en gilipolleces. Mi madre ronca a mi lado sin nada de delicadeza. Ya sé de quién lo he heredado.

Me deslizo con cuidado de la cama, me pongo los calcetines que tiré anoche en la mesilla y tapo a mi madre con la colcha. Ahora ronca como un cochinillo.

Salgo de la habitación de puntillas, antes de que ceda al impulso de hacer una foto y colgarla en su Instagram bajo el hashtag *bruja babeando*, y avanzo toda sigilosa por el pasillo a oscuras.

Justo cuando estoy a punto de resoplar aliviada, alguien abre la puerta del baño y me estrello como un mosquito contra el parabrisas. Plas. Con fuerza.

La puerta suelta mi nariz y se entorna, lo suficiente como para que pueda verle la cara a mi agresor.

Pego un grito.

Él también pega un grito.

—¿Qué coño...?

—¡Joder! ¡Mi nariz!

Me mira arrepentido. Lo fulmino con la mirada.

Va en calzoncillos. Yo voy en bragas.

«¡Mierda! ¡Joder!»

No tengo nada con lo que taparme, y sus ojos me recorren despacio de arriba abajo. Aprieto los labios en un gesto abochornado. No esperaba encontrármelo pululando por la casa a estas horas de la madrugada. ¡Voy medio desnuda! ¡Y estoy bastante gorda! Qué vergüenza. Yo, que siempre he intentado parecer interesante a sus ojos, ahora voy con todos mis encantos al aire.

¡Y esos encantos son bien escasos! Lo cual me fastidia mucho. Ojalá no me hubiese pasado el

último mes asaltando las máquinas expendedoras del trabajo y agotando las reservas de Kinder Bueno de toda la Comunidad de Madrid. ¿Qué me habría costado comerme un par de zanahorias?

—¿La próstata? —pregunto, en medio de un silencio bastante incómodo.

Por cómo se elevan las comisuras de sus labios, diría que intenta sofocar un ataque de risa.

—No. La piña.

—Oh. Ya. Eso es bastante diurético.

—¿Tú crees? Es la tercera vez que me levanto para ir al baño.

Aprieto los dientes en un gesto de grima.

—Uf. Lo siento. Pero bueno, al menos no es la próstata —intento reconfortarle.

Se ríe. Esta vez no puede evitarlo.

—Ya. Todo un consuelo. ¿Y tú? ¿Qué haces despierta a estas horas?

—La próstata —aseguro, toda seria.

Jaime me pone mala cara.

—Tú no tienes de eso.

—¿Ah, no?

Entorna los párpados.

—Sabes que no.

No lo sabía.

—Ya, claro. Es que... no puedo dormir.

Lo veo apretar los labios.

—Vamos —me dice, colocando la mano en mi espalda.

Uf, ¿por qué me estoy poniendo tan tensa?

—¿Adónde?

—A hacer café. No creo que vuelva a dormirme a estas horas. Te haré compañía.

¿Jaime y yo? ¿Juntos como personas normales? Nunca había tomado en cuenta esa posibilidad. Es... interesante.

Expulso todo el aire que llevo conteniendo desde que estoy notando la presión de su palma contra mi espalda, y me dejo empujar hacia la cocina.

—Vale, sí. Tomemos café. ¿Qué otra cosa íbamos a poder hacer a estas horas?

«Hombre, a mí se me ocurren unas...

¡No se te ocurre nada!».

Ajeno a mi pelea conmigo misma, Jaime pulsa el interruptor de la luz, me dedica una sonrisa escueta y se pone a preparar café. Yo no sé cómo funciona lo de los filtros. Normalmente es Noelia la que prepara el café, ya que es la primera en levantarse por la mañana.

—¿Quieres que haga algo? —le pregunto.

Estoy de pie en mitad de la cocina y me siento rara. Un poco fuera de lugar. No sé qué hacer con las manos. No sé si cruzarlas, juntarlas a la espalda, dejarlas caer a ambos lados de mis caderas... Uf, ¿por qué me resulta tan raro todo esto? ¡Si solo es Jaime, por Dios, no Zac Efron! ¿Estoy tan nerviosa porque estamos los dos en paños menores?

Jaime se gira, se apoya contra la encimera y se cruza de brazos. Evito mirar su fibroso cuerpo casi desnudo o el tatuaje que acabo de ver asomarse en la parte baja de su abdomen. No me parece bien observarlo tan ensimismada.

De modo que me centro en su rostro.

«Uf.

Lo que daría yo por una estructura ósea como la suya. Y es ceño tan fruncido le da un aire

tan interesante...».

—¿Sueles desayunar algo aparte de mi zumo? —dice por fin. Él también me ha estado observando. También a la cara. Supongo que no le ha parecido decente (ni atrayente) estudiar mis muslos celulíticos.

—Pues no. Solo café y zumo.

—Vale.

Me da la espalda otra vez y abre un armario alto, del que retira un paquete de galletas María.

Vaya. No tiene ni un gramo de grasa en la espalda. Ni un solo michelín. ¿Hará deporte? Y, en caso de respuesta afirmativa, ¿qué clase de deporte? No me vendría mal seguir su rutina.

Aparto la mirada justo antes de que se gire y decido sentarme en la mesa y distraerme con algo que no sea su musculatura plana. Como sé que eso me va a costar horrores, me siento de espaldas y miro la pared. Mucho mejor. Menos desconcertante. ¡Al rincón de reflexión!

Jaime tarda unos dos minutos en acercarse y ofrecerme una taza humeante de café. La cojo con una sonrisa tensa y le doy un sorbo.

—Gracias.

—De nada. Ten cuidado. Quema.

—Tranquilo. Me gusta el café caliente.

Levanta las cejas sorprendido.

—Ah. Yo no lo soporto.

—Sí... Tú y yo no tenemos muchas cosas en común.

Jaime frunce el ceño y yo me muerdo la lengua. En el futuro tengo que aprender a mantener la boca cerrada.

Se sienta en la mesa, estirando sus largas piernas hasta colarlas bajo mi silla, y empieza a devorar las galletas. Cinco a la vez. Y yo pensando que el cocido iba a producirle una indigestión...

—¿Trabajas hoy? —me dice mientras moja más galletas en el café. ¡Este tío es el monstruo de las galletas!

—Claro. Es miércoles.

—Pero tu madre se va esta noche.

—¿Y?

Jaime niega desconcertado y levanta la mirada hacia la mía. Algo se contrae dentro de mí. Su mirada es tan penetrante que no puedo eludirla.

Vale, está cachas y es bastante guapo y yo me estoy fijando en eso de repente. ¿Podemos fingir que no está pasando?

—¿No crees que deberías pasar el día con ella?

—Pero tengo que trabajar.

—Pues llama y pídete el día libre. Es lo que haría una buena hija.

Estupendo, ahora me siento culpable por no hacerle caso a mi madre. ¿Qué le pasa a este hoy?

¿¿Y qué es lo que me pasa a mí?? ¿Por qué sigo sintiéndome como una gata en celo si ya no estoy con la regla?

—Pero tenemos trabajo —alego a media voz.

—Tu madre te echa de menos, Cris. Me lo dijo ayer.

—¿En serio?

Asiente despacio y me sostiene la mirada. Uf, esos ojazos de color turquesa encajados en los míos...

—Siempre pensó que ibas a volver después de la universidad. Pero te quedaste aquí y ahora os veis, ¿qué? ¿Un par de veces al año?

—Es que el tren tarda mucho... —intento defenderme.

Jaime me dedica una mirada escéptica.

«No le mires el pecho desnudo. No le mires el pecho desnudo.»

¡¡Cristina!! ¿Estás sorda?».

—¿Y no crees que deberías aprovechar esta visita para pasar más tiempo con ella? ¿Ya que el tren tarda mucho?

«¿Eing?» Mierda. Tiene razón. He estado tan distraída con mis pequeñas miserias personales que no me he parado a pensar en mi madre ni por un segundo.

—¿Sabes qué? Le escribiré a mi jefe para decirle que estoy mala. Por la hora que es, cuela perfectamente. Si no es por enfermedad, ¿por qué si no iba a estar yo despierta a las cuatro de la mañana?

Jaime me apremia con una sonrisa y un gesto de las cejas, y luego vuelve a mojar galletas en el café. Se le ve satisfecho con su buena obra del día.

Me levanto de la silla y me voy a buscar el móvil. Me alegro de que me haya abierto los ojos. A mi madre le hará ilusión que hagamos algo hoy. Además, necesito una excusa para salir de esta cocina y dejar de ver a Jaime de una vez. Me está poniendo de los nervios.

Día de ajetreo

Mi madre se ha empeñado en que Yeimi pase el día con nosotras.

Y como Yeimi no tiene un trabajo serio, porque juega a los escritores, se ha acoplado. Ahora me alegro de que lo haya hecho, porque está claro que conoce la ciudad mucho mejor que yo.

En su recién estrenado papel de guía turístico, nos lleva primero al barrio de Malasaña, a tomar el vermut en una terraza de por ahí.

Sobre las dos, nos dirigimos a Lavapiés. Hemos reservado para comer en un indio paquistaní. Cincuenta por ciento de descuento con la aplicación de El Tenedor. Una ganga. Jaime es muy espabilado para estas cosas.

La comida está riquísima. Un poco picante para mi gusto, pero riquísima.

—Esta salsa de mango es una delicia, Jaimito. Pero la Virgen, cómo pica.

Jaime se ríe al ver los ojos dilatados de Puri.

—Un consejo sabio: si alguien de la India os dice que, en una escala de uno a diez, un uno de picante es muy poco y que, para que la comida os sepa a algo, debéis elegir un tres, vosotras ni caso. Un tres en la India es un doce en Europa.

—Ya, ya. Si lo hemos notado —comento después de vaciar todo un vaso de agua.

Jaime me sonrío socarrón, se limpia la boca con la servilleta de tela y se pone de pie.

—¿Me disculpáis un segundo?

Mi madre y yo asentimos con la cabeza y lo miramos embobadas mientras se aleja por el pequeño restaurante.

—Un hombre así te haría falta a ti, hija —me susurra Puri en cuanto nos quedamos a solas.

—Ay, mamá. No empieces. Si hace dos días dijiste que era mala idea enamorarme de otro guaperas.

—Hace dos días no lo conocía. Me equivoqué. Creía que era otro JP. Pero este está hecho de otra madera. Mira lo bien que trata a la gente. Ahí le tienes, bromeando con los camareros. Este es

de los nuestros.

De los nuestros. Como si fuésemos de la mafia.

—¿Pobre, quieres decir?

Mi madre hace una mueca.

—No es cuestión de ricos o pobres. El que es un señor, lo es. JP no lo era. ¿Te imaginas tú a JP paseando con tu madre por *to* Madrid?

La verdad es que no.

Me dispongo a abrir la boca para defender a mi ex, pero regresa Jaime con una sonrisa enérgica y tanto mi madre como yo nos llamamos de golpe.

—Bueno, ¿listas para seguir o qué?

Las dos componemos una sonrisa encantadora. Quizá un poco forzada.

—Claro, Yeimi. —Mamá me dedica una mirada elocuente y nada discreta y se pone de pie—. Anda que no tengo yo ganas de seguir pateando la ciudad. En el pueblo no hay mucho que hacer. Oye, Cris, deberías traértele un día. Le podemos llevar a ver los olivos de Rogelio.

—Gran destino turístico, mamá —refunfuño a sus espaldas.

—Yo, encantado. Nunca he ido a una cata de aceite.

¿En serio? ¿Por qué es tan majo de repente? No se ha burlado de mí ni una sola vez desde que está mi madre aquí.

Le dirijo una mirada de suspicacia. Él, tan normal, abre la puerta y nos la sujeta con una sonrisa. Lo que faltaba. Tengo que pasar por delante de él para salir a la calle. Estupendo. Lo único que quería hoy era evitarlo, y ahora voy a tener que acercarme a escasos centímetros de su campo magnético. Porque seguro que este tiene un campo magnético. De lo contrario, no me explico por qué de repente me atrae tanto. Cada vez que tropiezo con sus ojos, me quedo sin aliento. Eso no es muy normal.

Sonrío incómoda y me deslizo con cuidado, para evitar rozar su pecho.

—¿Lo ves? —Puri me agarra del brazo para cuchichear sin que él nos escuche—. Nos ha abierto la puerta y *to*. Este se muere por tus huesos, ya te lo digo yo.

Pongo los ojos en blanco y niego mosqueada. Mi madre siempre anda buscándome novio.

—Y ahora vamos a visitar la Plaza Mayor, señoras —nos informa Jaime, el cual se sube la cremallera de la chaqueta vaquera y se nos acerca—. Hoy hace viento, ¿no?

Mi madre y yo volvemos a componer una sonrisa encantadora para disimular que estábamos hablando de él.

—Sí, hijo, hay que abrigarse. Cristina, ciérrate el abrigo.

—Sí, mamá. Lo que tú digas, mamá.

Malhumorada, me cierro el abrigo y camino a su lado en silencio. Aunque ya nadie está de humor para comerse el típico bocadillo de calamares, vamos igualmente a la Plaza Mayor y paseamos por la Gran Vía hasta el Palacio de Cibeles con el propósito de hacer la digestión. Jaime nos cuenta la historia del palacio y hacemos fotos y nos reímos un montón con las tonterías de mamá.

A la hora de la merienda, hacemos un esfuerzo para comernos unos churros en San Ginés. Eso sí, de pie y apretujados contra un grupo de turistas noruegos. Después, nos vamos en metro a visitar un parque en San Blas, la Quinta de los Molinos, del que ni siquiera había oído hablar hasta hoy. Jaime nos cuenta una historia preciosísima sobre una marquesa viuda que recibió la finca de regalo (insinúa un amor imposible con un hombre casado y toda clase de escándalos en tiempos de la Segunda República) y mi madre y yo le escuchamos embobadas. Este hombre tiene

un don innato para la narración.

Al salir, me acerco al panel en el que dan una breve descripción del lugar y descubro que la finca perteneció a un arquitecto y que nadie menciona a la marquesa viuda por ninguna parte.

—Un momento. ¿Nos acabas de contar una trola?!

Jaime se encoge de hombros con expresión culpable.

—Pero admite que es mucho más interesante que la historia verdadera.

—Pero ¿no es cierto!

Él se vuelve a encoger de hombros y hace un gesto impotente con la mano. No me lo puedo creer.

Mi madre se echa a reír.

—Ay, este chico. Es más *salao* que un bacalao. Y yo que me lo he *tragao to*.

Niego con la cabeza y lo sigo mirando pasmada.

Jaime se me acerca con expresión apaciguadora, me pasa una mano por los hombros y me arrima a su costado. Uf.

—¿Te has enfadado?

Le pongo mala cara.

—¿Para qué? Si me enfadara por cada cosa que haces, viviría amargada toda la vida.

Suelta una carcajada.

—Vamos, compi, no te pongas así. Era una mentirijilla bien intencionada.

Niego y expulso un suspiro teatral que hace que Jaime vuelva a reírse.

—¿Qué hora es, a todo esto? —me pregunta al tiempo que suelta mis hombros y se aparta de mí.

Respiro hondo y miro el reloj.

—Las siete y diez.

—Perfecto para una última parada antes de llevar a Puri a Atocha.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Adónde vamos a ir ahora?

—Ah, una sorpresa. Espera y verás.

Sus ojos azules desvelan un destello de diversión que me resulta de lo más sospechoso. No me fio de él. ¿Qué está tramando? Lleva dos días derrochando encanto, como si se hubiese propuesto enamorarnos tanto a mi madre como a mí. O quizá pretenda demostrar que es mejor que JP, lo cual no tendría absolutamente ningún sentido.

—Cristina, ¿adónde vas? El metro está por ahí.

—¿Te encuentras bien, hija? Llevas rara desde por la mañana.

Fuerzo una sonrisa y doy media vuelta para seguirlos.

—Estoy bien, mamá. Es que estaba... pensando en la historia de la marquesa.

—¿A que era una buena historia? —se vanagloria Jaime—. Quizá deba escribirla.

—Ay, hijo, si la escribes, me tienes que enviar un ejemplar firmado. La Reme se va a poner negra de envidia. Más quisiera ella conocer a un escritor.

Hago una mueca y los sigo escaleras abajo.

Goya. La parada, no el pintor.

Entramos en un bar petado de gente, y eso que estamos entre semana. ¿Cómo se pondrá este lugar un sábado a las ocho?

Aunque hay demasiado ruido, las cañas se sirven muy deprisa y, por la pinta que tienen, diría que están bien frías y bien ricas, así que no me puedo quejar por la elección de Jaime.

—¿Conocías este lugar?

Al haber tantísima gente, me tiene que hablar al oído para llegar a entendernos. El día se me complica cada vez más, porque tenerle cerca me aturde. Me habla con los labios pegados a mi oreja y tengo la impresión de que sobre el bar ha descendido alguna especie de neblina sensual que me deja un poco descolocada. No sé cómo puede haber neblinas sensuales en un bar de cañas. Solo a mí me se ocurren cosas así. Menos mal que no hemos ido a un piano bar. Ahí directamente se me habrían caído las bragas.

—Nunca había estado aquí —me obligo a decirle.

—¿Que nunca habías estado aquí?! ¿Cuánto hace que vives en Madrid?

—Pues unos... ¿trece años? Más o menos.

—¿Trece años y nunca habías estado en Los Torreznos? No me lo puedo creer. ¿Pero tú no salías con un madrileño?

—Bueno, sí, pero...

—¿Y nunca te trajo a comer torreznos?

Vale, empiezo a picarme.

—A ver, ¿qué tiene de especial este sitio?

—¿Bromeas? No hay nada más típicamente madrileño que esto. Esta gente lleva aquí medio siglo sirviendo cerveza y cerdo frito.

—Ah, ¿sí?

—Espera. Tengo que sacarte de la ignorancia. Eh. Aquí. ¿Hola? Tres cañas bien frías y tres torreznos, para ir abriendo el apetito de estas chicas. Y eche también dos raciones de bravas, que estamos de fiesta hoy.

Mi madre está encantada. Hay cerveza, patatas y cerdo frito. ¿Qué otra cosa se le puede pedir a la vida? Me dedica una mueca pícaro, pero finjo no reparar y me ensaño con mi cerveza. Nunca me había bebido una caña casi de un trago. No me iré a poner mala, ¿verdad? Necesito que acabe este día para que pueda analizar qué demonios es lo que me está pasando con Jaime. ¿Es la desesperación? ¿Me asusta la idea de acabar sola y por eso me comporto como si de repente me interesara de un modo romántico y muy, muy pasional? Debe de ser eso.

«Seguro que es eso. Es tan majo comparado con JP, y parece tenerle sincero afecto a tu madre.

Por no mencionar que se sabe los mejores sitios de cañas de Madrid. Eso confundiría a cualquiera.

Pero no te estás enamorando de él, porque ¡mírale! ¡Es Jaime! El que te mira con sonrisa condescendiente y te dice cosas como no te estás enterando de nada, Cristina. El repelente de Jaime. Nunca te ha caído bien. Cuando te lo presentó Noelia, te sacó de quicio que te dijera que solo los reyes y los emperadores llegan tarde y que si tú no perteneces a ninguna de esas categorías, no tienes derecho a retrasarte cuarenta y cinco minutos y hacer esperar a los demás. ¡Le odias desde el primer día!».

—¿Te pasa algo? Te veo muy callada.

«Ay, qué bien huele. Y tiene una boca perfecta, la clase de labios que a Botticelli le habría encantado pintar. Y ese entrecejo siempre hundido...

¡Venga ya! ¡No le mires poniendo ojitos!!

Sí, de acuerdo, es un tío atento y no es tan capullo como tú creías, pero eso no le convierte

en el hombre de tu vida. Espabila, Cristina».

—¿Qué? No, nada. Estoy bien. ¿Qué hora es? Deberíamos marcharnos en breve, no vaya a ser que mamá pierda el tren.

Jaime no se lo traga del todo. Parece desconfiar del nerviosismo con el que he soltado todo ese torrente de palabras.

A pesar de ello, compone una sonrisa torcida y asiente.

—Claro. Iré a pedir la cuenta.

Aaaayyyy. Le odio. ¿Por qué es tan guapo?

Atrapados en el ascensor

Se ha ido la puta luz y Jaime y yo nos hemos quedado atrapados en alguna parte entre la quinta planta y la sexta. Me estoy poniendo claustrofóbica. Y burra. Este tío huele demasiado bien. Me pregunto si se estará echando feromonas para que las tías se le echen encima. Seguro que es así como liga en el supermercado.

Estoy bastante segura de que a mí no me gusta Jaime. Solo son las feromonas, que no se han enterado de que detesto a los listillos como él.

—No te preocupes. Seguro que dentro de nada esto ya se pone en marcha.

«Ah, que encima va de hombre al mando de una crisis. Estupendo».

Me escurro espejo abajo y me siento en el suelo. Sin más remedio, Jaime me sigue y se sienta a mi lado.

—Tu madre es maja —comenta al cabo de unos segundos de profundo silencio.

—Le has caído bien.

—Y ella a mí.

—Quiere que te cases conmigo.

Jaime suelta una carcajada y noto su mirada clavada en mí. Ni siquiera sé por qué se lo he dicho. Cuando estoy cansada ya no filtro lo que sale por mi boca.

—No me digas. ¿En serio?

—Ajá.

—¿Cómo lo sabes?

—Oh, vamos. Si ha sido todo *Yeimi eso, Yeimi lo otro*. Dice que eres tan guapo como el Yeimi ese de los Siete Reinos.

Jaime calla un segundo.

—¿Crees que debería sentirme ofendido porque me haya tomado por un Lannister?

Le dedico una mirada seca.

—Creo que deberías sentirte halagado. A fin de cuentas, era el más guapo de toda la serie.

—¿Qué? ¡Pero si Jon Nieve era mucho más guapo!

Este hombre y yo nunca vamos a estar de acuerdo en nada.

—Cómo se nota que eres un tío.

Su carcajada me hace sonreír. Se produce otra pausa.

—¿Cómo te encuentras, Cris? Desde ayer te veo diferente.

«Y yo a ti, majo. Y yo a ti...».

Lo miro. O, al menos, miro la oscuridad desde la que me está hablando.

—Estoy bien. Es que... se me ha hecho raro ver a JP con su prometida, eso es todo. Pero estoy bien.

Me coge de la mano sin previo aviso y me aprieta los dedos para confortarme. Me tensó y tengo la impresión de que él puede oír cómo he dejado de respirar.

—Pasará —me susurra, compasivo.

Bajo los párpados, retiro la mano despacio y me obligo a respirar. Creo que deberíamos follar para poner fin a esta locura de una vez por todas. Después, podremos ser amigos, ya sin toda esta tensión sexual de por medio.

Estoy a punto de decírselo, pero las luces se encienden de golpe y, bajo el resplandor de un fluorescente, las ideas que nacen en la oscuridad parecen de pronto ridículas e inverosímiles.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Cristina? ¿Te encuentras bien?

«Ay. *La que has liao, pollito...*».

Fase IV: Aceptación

11

Sábado, telebasura, comida basura, vida basura

Hoy se cumplen tres semanas desde que JP y yo lo dejamos.

Lo de que lo dejamos es la forma políticamente correcta para decir *¡me ha abandonado!*, *¡me quiero morir!* y *¡capullo insensible, ojalá la palmes!* Todo esto desde el cariño y con el más profundo respeto, ¿eh?

Si miro por encima del hombro, el balance es desolador. He engordado cuatro kilos y doscientos gramos, me ha salido una arruga de disgusto entre las cejas, y me siento menos atractiva y más fracasada que nunca. ¡Tengo poros dilatados en las mejillas y patas de gallo cada vez más pronunciadas! Uf. Menos mal que no soy de esas mujeres que necesitan a un hombre para ser felices, que si no habría sucumbido al alcoholismo a estas alturas de la ruptura.

Lo que peor llevo es saber que él ha seguido adelante con su vida (maldito Facebook, que solo sirve para chivarse). Sé que el rencor es el sentimiento más rastrero al que puede entregarse un ser humano, pero no puedo evitarlo, porque termino haciendo comparación entre él y yo y comprendo que a él le va de perlas, mientras que yo sigo estancada, sin ninguna posibilidad o medio de mejorar mi vida personal o, ya puestos, la laboral.

Encima, en el trabajo nos han obligado a cogernos una semana de vacaciones, con lo que tengo mucho tiempo para comerme el tarro con tonterías. Martín se ha ido a Nueva York a pedirle matrimonio a su novia y ha cerrado la empresa.

Tengo la impresión de que a mi alrededor todo el mundo se casa. Todos, menos yo. Estoy deprimida. Y el tiempo es un asco. Lleva dos días lloviendo sin parar, y el hecho de que me haya pasado toda la mañana tirada en el sofá, viendo a los gemelos de las reformas, no ha elevado mi estado de ánimo, que, según avanza el día, se vuelve cada vez más decaído y sombrío. Necesito un propósito en la vida. No me canso de decirlo. No puedo seguir comiendo y engordando eternamente.

Pero ¿qué puedo hacer? Lo del blog ha resultado ser un fracaso. Solo he tenido cinco visitas. Es tan deprimente que ya ni lo miro. Otro proyecto que fracasa por el camino. Vaya año de mierda. Ojalá acabe ya.

—Se nos ocurrió hacer esta reforma cuando me diagnosticaron depresión —desvela Jessica, la chica en cuya casa están trabajando los gemelos—. El psicólogo nos ha dicho que un cambio en el entorno en el que pasas gran parte de tu tiempo ayuda a superar el bache.

Abro los ojos con un chasquido y me incorporo en el sofá. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Yo necesito un propósito y este piso necesita una reforma. ¡Es perfecto!

Así, si estoy entretenida, no puedo pensar en JP ni en lo sola e infeliz que me siento desde que me dejó.

Y poco a poco iré aceptando que no era mi alma gemela y podré pasar página. Todo, ¡por tan solo un par de cientos de euros!

Da igual lo que digan los libros de autoayuda. Ni meditación ni leches. Para superar una ruptura solo se necesita una cosa: la Mastercard.

—¡¡Jaime!! —chillo, echando a correr hacia su habitación. Como siempre, estamos solos en casa. Sandra se trasladó anoche a su nuevo piso y Noelia está todo el rato tirándose a Mark. ¿Cómo no me voy a deprimir con tantas bodas y sexo a mi alrededor?—. ¡¡¡JAI-ME!!!

Abro la puerta de sopetón y me planto en mitad de su cuarto. Jaime baja de golpe la tapa del portátil y sus ojos azules me lanzan una mirada censoradora. Está en la cama, tapado con la sábana. «Uy, uy, uy, ¿qué estaría haciendo?».

—Déjame adivinarlo. ¿Jovencitas?

Me pone mala cara.

—No estaba viendo porno.

—Sí, claro. Mm-hm —digo, para nada convencida.

—¿Qué quieres? ¿Y por qué no llamas a la puerta?

Está exasperado. Sin duda, era porno del bueno.

—Necesito un favor urgente. Si es preciso, puedo esperar a que acabes con la masturbación.

—¡QUE NO ESTABA VIENDO PORNO!

—Vale, vale. Yo solo lo decía.

Resopla fastidiado, deja en portátil en la mesilla y se cruza de brazos.

—A ver, ¿de qué se trata?

Pegando saltitos como los conejos

Jaime muestra una ligera pinta exasperada mientras empuja un carro de los grandes.

—Cambia esa cara, chico. —Me enerva verle tan gruñón—. Esto es divertido.

—¿Divertido? ¿Te has fijado en lo que ponía en la entrada?

—¿Ikea? —le propongo con una sonrisa de oreja a oreja.

—*¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!* —recita, tan melodramáticamente que no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Oh, vamos. Solo será un momentito. Cojo lo que nos hace falta y luego te invito a comer para compensártelo, ¿eh? ¿Te parece bien? Anda, coge papel y lápiz, que hay que apuntar cosas.

Refunfuña por lo bajo, pero hace lo que le pido y me sigue por un Ikea abarrotado de gente con carritos y niños.

—No sé por qué, siempre que voy al Ikea siento la necesidad de decir a la gente que haga el favor de controlar a sus mocosos. ¿También te pasa a ti?

Lo miro con las cejas en alto.

—No. Yo no soy el Grinch.

Sus dientes asoman bajo una sonrisa divertida.

—Hablando del Grinch. ¿Qué piensas hacer estas navidades? ¿Te vas a casa?

Lo niego y me distraigo mirando unos floreros.

—¿Por qué no? —insiste Jaime, cuyos ojos intento eludir.

—Porque le regalé un crucero a mi madre antes de que JP y yo rompiéramos y ahora no quiero estropearle los planes. Nunca ha ido de vacaciones y sé que lo del crucero le hacía mucha ilusión. Me sentiría fatal si lo cancelara para estar conmigo, así que le dije que me iba a esquiar con gente del trabajo.

—Oh. ¿Entonces...?

—Me quedaré en Madrid.

Se produce un repentino silencio que no sé cómo catalogar. Con nerviosismo, cojo otro florero y finjo estudiarlo muy atentamente. Soy consciente de que él no aparta los ojos de mí.

—¿Vas a quedarte sola? Porque sabes que Noelia y Mark se van a Londres.

—Ya lo sé. Tú te vas a Lanzarote, ¿no?

—Sí. Este año me toca con mi padre.

Dejo el florero en su sitio y me pongo en marcha otra vez.

—Guay. No, yo no haré nada. Me quedaré en casita, en pijama y con el control del mando a distancia. Es perfecto. El mejor plan del mundo. Si tampoco te creas que yo soy mucho de salir, ¿eh?

Jaime me sigue observando, pero desvío la mirada y finjo estar muy entusiasmada con mi plan.

—Ay, mira, ¡cojines! Voy a pillar un par. Los cojines lo cambian todo. ¿Qué te parecen estos?

Se me acerca con una sonrisa pesarosa y se obliga a mirar lo que le estoy mostrando.

—Los blancos con globos dorados me gustan más.

Sigo la dirección de su mirada.

—Hm. Tienes razón. Son bonitos. No los había visto. ¿Sabes qué? Podemos comprar tres de estos y dos de esos y los vamos combinando. ¿Qué te parece?

Se encoge de hombros.

—Lo que tú digas.

—Genial.

Menos mal que en algo estamos de acuerdo.

Le sonrío complacida, cojo los cojines y los guardo en el carro. Jaime, con cara de mártir, lo empuja en dirección a los sofás.

—Ya casi hemos acabado —le digo para animarle.

Me pone mala cara. Sabe que lo estoy engañando.

De vez en cuando me detengo, miro cosas y le pido que las apunte en el papel.

—Tendremos que recoger esto en la planta de abajo —digo, señalando unas sillas de comedor.

—Ya, ya. La planta de abajo. Pero ¿cuánto queda hasta la planta de abajo?

—Bah. En un periquete estaremos ahí. Ya lo verás.

Cuando por fin llegamos al almacén, Jaime ha dejado de estar exasperado y ahora me mira con una expresión que alude al homicidio. He comprado flores, maceteros, velas, dos lámparas, cojines, una manta y un cuadro enorme. Hemos tardado dos horas. Más que comer, voy a tener que invitarle a merendar. Son las tres de la tarde.

—Mira, recojo el resto de las cosas del almacén y nos vamos a comer, ¿vale?

Al cruzarse nuestras miradas, tengo la impresión de que está fantaseando con estrangularme.

—¿Me das el papel? —le pido con una sonrisa de dientes apretados.

Parsimonioso, mete la mano en el bolsillo, se saca el papel y me lo alarga con dos dedos. Cuando me mira así, parece un psicópata. ¿Es que no piensa parpadear?

—Gracias.

Le arranco el papel de entre los dedos, doy media vuelta y me voy a buscar las sillas y las estanterías que pretendo colgar en la cocina.

Tardo unos dos minutos en localizar las sillas y cargarlas en el carro de Jaime.

—A ver. Aquí están las estanterías, y ahora nos faltan... ¿*Chuminadas cocina*? —leo en voz alta y levanto la mirada hacia la suya—. ¿Qué quiere decir *chuminadas cocina*?

—Las cosas en las que pretendes guardar los botes de perejil y demás especies. Chuminadas

—dice como si fuera obvio.

Le dedico una mueca hastiada. Él se mantiene impávido a mi lado. Incluso sonrío, una sonrisa insufrible que me pone de peor humor.

—Se llaman baldas.

—Se llaman chuminadas.

Le pongo los ojos en blanco.

—No has apuntado la referencia.

—Porque no lo ponía.

—Estupendo. Ahora voy a tener que volver.

—Ni de puta coña, Cristina.

Uf. Me recorre un escalofrío. Es tan tajante...

—No me refería a *ahora mismo*, cálmate. Yo también tengo hambre. Venga, vamos a pagar antes de que se me ocurran otros cien modos de asesinarte.

Me dedica una mueca seca, de exasperación.

Enfurrñados, empujamos el carro hacia las cajas. Parecemos un viejo matrimonio.

Famélica y malhumorada

Jaime y yo nos comemos un perrito caliente en Five Guys. Lo hacemos en silencio y sin mirarnos.

—Tengo que pedirte un favor —me dice de pronto.

Levanto la mirada, asombrada, y dejo de masticar. Pensaba que había hecho voto de silencio.

—¿Qué favor?

—Que salgas esta noche.

—¿Contigo?

Su risita burlona consigue crisparme los nervios todavía más.

—No, no te estoy pidiendo una cita, Cristina. No te emociones.

—No estaba insinuando que...

—Tengo una cita.

Ugh.

—Vaya. ¿Con la del super?

Y ese *vaya* no ha sonado para nada resentido, ¿vale?

—Ajá.

—¿Vais en serio?

Tuerce los labios en plan pensativo.

—No lo sé. Puede. Quiero traérmela a casa.

—¿Para acabar lo que empezaste esta mañana? —le propongo, con las cejas arqueadas en un gesto provocador.

—Por enésima vez, ¡que no me estaba haciendo una paja!

Un matrimonio con hijos se gira hacia nosotros. Me encojo en la silla.

—Y si te la estabas haciendo, me parece bien —gruño, inclinándome sobre la mesa.

—Claro, como tú te lo haces sola en el baño...

—Ah, qué capullo eres.

Sonríe y se come una patata de las mías. Le doy un golpe en la mano.

—¡Eh! ¡No toques mis patatas! No somos tan amigos.

—¿Entonces...?

—Sí, me largaré. ¿Hasta qué hora quieres que esté vagabundeando?

—¿La una? —me propone.

¡¿La una?! ¿Qué pretende que haga yo hasta la una de la noche? ¿Y cuánto necesita este tío para echar un quiqui? Ni que fuera *Polvinator*.

—Vale —cedo malhumorada—. Todo sea para que eches un polvo y dejes de estar tan insoportable.

Jaime hace un gesto de picardía con las cejas. Una palabra, tres letras: UGH.

De puntillas por el pasillo

Yu-hu. He vuelto. Hace demasiado frío como para estar jode que te jode por la calle, así que he decidido volver antes de tiempo.

Pero vamos, que yo no molesto ni nada, ¿eh? Me meto en mi habitación y me pongo los tapones. De todas formas, lo que menos me apetece es escuchar a Jaime en plan dale que te pego. Por Dios, solo nos separa una pared. Sería el *ugh* supremo.

Sigilosa como un susurro, paso de puntillas por delante del salón y me digo a mí misma que voy a resistir la tentación. No, no voy a inmiscuirme en sus planes románticos. Voy derechita a mi habitación a ponerme los tapones. No tengo ni la más mínima curiosidad por saber lo que han estado haciendo.

En mitad del pasillo me admito a mí misma que la tentación es demasiado grande, y acabo dando media vuelta para echar un vistazo.

Sí, lo sé. Soy débil. Otro de mis innumerables defectos. «*Si solo es una ojeadita, hombre*».

Mis ojos, entornados de exasperación, empiezan a agrandarse conforme me adentro en el salón.

Hala. Ha montado una cena romántica, con velas, comida casera y música. ¿Espárragos? Uf, la cosa se está poniendo seria. Nadie cocina espárragos si no va en serio con esa relación.

Aunque lo mismo pensaba de las habas y al final me plantaron delante de un plato de habas...

Hm, me gusta la música. ¿Qué es? No nos escandalicemos. Solo voy a echar un vistacito rápido. No es para tanto. Nadie tiene por qué saber que estoy aquí.

Me acerco sigilosa al portátil, muevo el ratón y compruebo la lista de reproducción.

Iyeoka. *Simply Falling*. Muy romántico. Completamente desconocido, pero romántico.

Tengo que admitirlo, Jaime se lo curra bastante cuando quiere echar un polvo. Será que estaba muy necesitado el pobre.

Peino el salón con la mirada y asiento impresionada. Han tomado vino, las velas están aún encendidas... ¡Ay, no! ¡Mi pobre hámster lo ha presenciado todo desde su jaula! Me pregunto si mi deber como madre es llevarlo al psicólogo. Puede que haya visto cosas innombrables.

Me acerco de puntillas y lo miro con expresión preocupada.

—Hola, chiquitín. ¿Quieres que lo hablemos?—le digo en un susurro.

El hámster me contempla con sus brillantes ojillos de roedor. Uf. Se le ve traumatizado.

Me dispongo a darle un espárrago a la plancha, cuando oigo un ruido al otro lado del pasillo. Alguien ha abierto la puerta de la habitación de Jaime. ¡No, mierda! Se suponía que estaban echando un polvo.

«¡*Reacciona, Cristina! ¡Escóndete!*».

Aterrada, me vuelvo deprisa para salir pitando y esconderme detrás del sofá o en alguna otra parte, pero golpeo sin querer la botella de vino con el codo.

MIER-DA.

Me quedo en pausa, me encojo impotente y contemplo el desastre con los dientes apretados y los puños tapándome la boca.

La botella cae al suelo y rueda hasta la mitad del salón. No se rompe ni mancha nada, puesto que está ya vacía, pero hace un ruido espantoso. ¡Joder! ¿Me habrán oído?

—¿Cristina?

«*Vaya por Dios*».

Pues sí. Sí que me han oído, porque cuando levanto la mirada, Jaime está de pie delante de mí. Al menos lleva la ropa puesta...

—He comprado tapones —me apresuro a apaciguarle.

No hace falta que responda. Su mirada me lo dice todo.

—Ni siquiera sabrás que estoy aquí —continúo defendiéndome—. Lo prometo.

Aprieta la mandíbula y su rostro adquiere una expresión tan dura que me recorre un pequeño estremecimiento.

—Vale, me voy a dormir. Tú, como si yo no estuviera.

Sigue fulminándome con la mirada.

Paso por delante de él lo más rápido que puedo, echo a correr por el pasillo y no me detengo hasta que llego a mi habitación.

Ahí, cierro de golpe a mis espaldas, me apoyo desbordada contra la puerta y aprieto los párpados con fuerza. ¡La Virgen! Ahora seguro que me odia. Yo también me odio. ¿Qué me habría costado vagabundear dos horas más?

—Joder, Cristina —me regaño por lo bajo.

Disgustada, me subo a la cama y me hago un ovillo encima del colchón. Oigo voces al otro lado de la pared. No parece que estén follando. Como sea, no quiero oírlos, así que recurro a los auriculares que siempre guardo en una caja encima de la mesilla y me pongo a escuchar música en el móvil. Por algún motivo elijo Iyeoka. *Simply Falling*. Me gusta la sensualidad que desprende la voz de la cantante. Esta canción es perfecta para hacer el amor. Jaime tiene buen ojo.

Bajo los párpados, me tapo con la colcha y dejo que la música me envuelva. Ni siquiera abro los ojos cuando noto que alguien se tumba a mi lado. Me limito a cruzar los brazos sobre el pecho.

Jaime me coge un auricular y se lo pone. Aunque me niego a enfrentarme a su mirada, sé que está sonriendo. Puedo sentir su sonrisa y la paciencia con la que espera a que le devuelva la mirada. ¿Quiere eso decir que no está enfadado conmigo por haberle jodido el polvo del sábado por la noche? ¿Por eso ha venido? ¿Por qué no dice nada?

Ay, no lo aguanto más. Tengo que mirarle.

Separo un poco los párpados y lo sorprendo contemplándome. Como suponía, hay una pequeña sonrisa agazapada en sus labios.

No dice nada, pero me lanza una mirada larga y lánguida, me coge el móvil de entre las manos y empieza a trastear con él. Me mantengo a la expectativa, con el corazón dando batacazos entre mis costillas.

Jaime cambia la canción y eleva el sonido. Echo un vistazo rápido a la pantalla. Tengo que saber lo que ha elegido. Beth Hart. *I'll Take Care Of You*. Nunca la había oído. Tengo que acordarme del nombre para volver a escucharla.

Cierro de nuevo los ojos y me quedo quietecita. Es una canción tan lenta y tan sensual como la anterior, y por un momento me pregunto cómo sería hacer el amor con Jaime. No me cuesta nada imaginarme sus manos arrastrándose por mi piel, y esos ojos azul turquesa elevándose despacio hacia los míos para medir mi reacción, y sus labios, perfectos y suaves, buscándome, movidos por

la pasión de la que creo que es capaz.

¿Por qué me estoy imaginando esto? ¿Por qué no puedo sacarme esta idea de la cabeza?

Cuando levanto otra vez la mirada, los ojos de él están devorando la expresión de mi rostro. El tiempo corre más despacio que nunca y el mundo se difumina a nuestro alrededor.

—¿Has podido mojar? —le susurro, con la cara arrugada en un gesto de arrepentimiento.

Si bien intenta mantenerse serio, es evidente que mi pregunta le divierte. Entrecierra los ojos, sonrío y niega muy despacio.

—Lo siento —vuelvo a susurrar.

Se encoge de hombros. Me siento fatal. Parece tan triste ahora... ¿Por qué escucha esta música tan desgarradora? ¿Es así como es él? ¿Melancólico y abatido? ¿Cuál es su historia? ¿Por qué de repente quiero saberlo todo sobre este hombre?

Sin saber cómo consolarle, me acerco despacio y deposito un pequeño beso en su mejilla sin afeitarse. Jaime separa las pestañas y sus ojos azules buscan los míos. Hay en su mirada tal oscuridad que contengo el aliento.

—Acabo de romper con ella —me dice, con rostro inescrutable.

Me echo para atrás y frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—No es lo que estoy buscando. Estaba equivocado. O... ciego. ¿Te importa si me quedo aquí y escucho música contigo? No me apetece estar solo.

Digo que no con un gesto y él hace un amago de sonrisa y vuelve a bajar los párpados. No sé qué decir. ¿Acaba de romper con su novia? Pues a mí me parece muy sereno, aquí tumbado a mi lado en el colchón, con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho.

Lo contemplo por un período de tiempo inconmensurable. Recorro con la mirada todos los ángulos de su rostro, acaricio cada sombra, cada contorno, estoy pendiente de cada contracción. El surco entre mis cejas se vuelve cada vez más profundo y noto que mi mente se queda en suspenso, como si de pronto hubiese perdido la capacidad de pensar.

Cambia la canción y yo sigo mirándolo absorto. El corazón me late con tanta fuerza que me resulta ensordecedor. Beth canta: *esta noche me quedaré y jugaré con su fuego*, y sé que a mí me gustaría hacer lo mismo; que, en el fondo, me muero por encender esa cerrilla.

«Mierda».

Sigo pensando que deberíamos follarse, pero cualquiera se lo dice a Jaime. Casi que es mejor que me centre en lo de decorar el piso. Porque el sexo lo complica todo, y más aún si es con alguien con quien estás obligado a vivir. Lo de la decoración y las montañas de chocolate es mejor idea. Es más seguro. Yo ya no estoy para decepciones.

Seguro que él me decepcionaría, como a esa pobre mujer con la que acaba de cortar. A lo mejor ella tenía planes. Y esperanzas. A lo mejor estaba enamorada. Él le ha partido el corazón y ahora está aquí a mi lado, tan indiferente como si nada.

No es hombre para mí. No lo es. No puedo enamorarme de alguien tan fuera de mi liga.

Resolutiva, cierro los ojos, destierro las ideas eróticas de mi mente y me acurruco junto a él. Jaime me rodea con el brazo y me mantiene pegada a su costado. La ligera insinuación de colonia que percibo al hundir la nariz en su cuello me resulta tranquilizadora. Me aferro con los dedos a su jersey y me quedo muy, muy quieta, seducida por la música y el calor de su abrazo. Ni siquiera recuerdo cuándo me quedo dormida.

Fase V:

¡Que alguien llame al cuerpo de bomberos!

Viernes, oops

He ido al Ikea a arreglar lo de las chuminadas de la cocina.

Jaime se debe de sentir un poco culpable, porque esta mañana me prestó su coche sin rechistar. Es más, fue él el que se ofreció. Como tiene un evento literario este fin de semana, le era imposible acompañarme (*ejem, ejem*), pero me ha dejado su Golf, gran detalle por su parte, porque así he podido ir y volver en un santiamén, y sin cargar nada.

Ahora se supone que tengo que ir a recogerle a Fuenlabrada, pero me ha surgido un pequeño, minúsculo, problemilla de nada. Resulta que se me han caído las llaves del coche a una alcantarilla. *Plof!* y, acto seguido, el espanto y la taquicardia. Lo que viene siendo un viernes normal y corriente en la vida de Cristina Delgado. Pollito, pollito. No dejas de liarla.

—¡Noe, tía! ¡Menos mal! ¡No veas lo que me ha pasado! —chillo en cuanto me descuelga. Igual parezco un poco histérica, ¿no? Será porque estoy ¿LA LECHE DE HISTÉRICA?

—¡No me digas que te has dado una hostia con el coche de Jaime! —clama ella, aún más espantada que yo.

—Peor.

—¡¿Peor?! ¿Qué ha pasado?

—Se me han caído las llaves en una alcantarilla y tengo que estar en *Fuenla* en cincuenta minutos. ¡A recoger a Jaime!

—¡No me jodas!

«*Que no cunda el pánico*».

—Sí que jodo. Estoy abajo. ¿Puedes mirar si hay una segunda copia en alguna parte de su habitación? ¿Por favor?

—Vale. Te llamo en cinco minutos.

—Bien. Gracias.

«*Tú tranquila, Cristina. Seguro que Jaime, con lo maniático que es, tiene una segunda copia*».

Cuelgo y empiezo a dar vueltas por la acera. ¿Y si no la tiene? Ayyy. Me va a matar como no arregle esto de inmediato.

Desesperada, me tumbo en el suelo, cierro el ojo izquierdo e intento ver algo dentro de la alcantarilla. Maldigo al comprobar que no se ve nada.

—Ayyy. ¿Cómo ha podido pasar algo así? ¿Se puede ser más torpe?

Cambio de postura, por si mi enorme trasero está tapando la luz las farolas, y acerco la cara un poco más. Me da mucho asco, pero es una acción necesaria.

Casi chillo cuando suena el móvil dentro de mi bolsillo. Por un segundo temí que fuera una rata. O un ejército de ratas, a saber.

—Dime que las has encontrado.

—Nop.

—Mierda. ¿Qué hago ahora? Jaime me va a matar. Lenta y dolorosamente.

—Tranquila. Vamos a pedir ayuda. ¿A quién llamo, a la policía o a los bomberos?

Me lo pienso un segundo.

—A los bomberos, que están más buenos —resuelvo antes de colgar.

Voy a tener que llamar a Jaime y decirle que llego tarde. ¡Joder!

Aunque también puedo ponerle un mensaje...

Así, si se encabrona, no tendrá forma de gritarme. «*No es cobardía, es prudencia*», me tranquilizo a mí misma mientras tecleo deprisa un mensaje muy escueto en el que me limito a decir que... llego tarde.

Esta chica está que arde

Grrrr. Los bomberos. Grrrrrrr.

Se presentan dos. Altos. Fornidos. Si pollito llega a saberlo, la lía mucho antes.

Uno de ellos introduce un objeto no identificado dentro de la alcantarilla y el otro sujeta la linterna. En tres minutos tengo las llaves en la mano. Pues qué decepción. Casi que me dan ganas de tirarlas otra vez. Han tardado muy poco en rescatarlas. Era muy entretenido verlos en acción.

—Aquí tiene. Procure que no se le vuelvan a caer —me dice uno de ellos.

Su advertencia no engaña a nadie. Hay una sonrisa socarrona asomando en las comisuras de sus labios.

—¿Por qué? Me gusta que los bomberos me rescaten —respondo descaradamente.

«¡*Cristina, diablilla!*».

—Los bomberos tienen casos más graves que atender, señorita. No haga mal uso de los recursos públicos.

Ay, madre. Pensaba que estábamos coqueteando. ¿La he liado?

—Lo... lo siento —balbuceo, poniéndome colorada como un tomate—. No... no pretendía... Yo...

Su rostro mantiene el aire grave, inescrutable, de la autoridad. Ay.

—No obstante, en su tiempo libre, algún que otro bombero podría rescatarla —me vuelve a decir, ahora con una sonrisa.

Uf. Menos mal. Me había acojonado. Creí que lo había entendido todo al revés.

El bombero cachas se saca una libreta del bolsillo, apunta algo y rompe el papel.

—Ten. Llámame si quieres salir algún día a tomar algo. Cuando no esté trabajando, claro.

O sea, que sí estábamos coqueteando. Interesante.

Cojo el papel y lo miro embobada. He ligado. ¡Con un bombero!

Ay, ¡¡qué emoción!!

Tengo ganas de darle un abrazo, pero me contengo, no vaya a ser que piense que soy una demente.

«*Tienes que engañarle al menos durante un par de meses. Luego ya podrás comportarte como lo que eres: una loca de remate*».

Con ensayada tranquilidad, levanto la mirada hacia la suya y mis labios se pliegan en una sonrisa adorable al encontrarse nuestros ojos. Parezco cuerda. ¿Verdad?

—Vale. Gracias. Te llamaré.

Me guiña el ojo y se aleja en dirección a su coche. Uf, ¡qué bueno está!

Me quedo unos segundos clavada en la acera, me muerdo el labio inferior y niego mientras lo sigo con la mirada, una mirada hambrienta y casi ofensiva. Todavía no me lo creo. ¿Seguro que no es un sueño?

El teléfono suena dentro de mi bolsillo. Descuelgo sin mirar la pantalla. Solo tengo ojos para los bomberos.

—Cristina, ¿dónde coño estás? Acabo de ver tu mensaje. ¿Cómo que llegas tarde?

Ay, mierda, ¡Jaime! Se me había olvidado por completo su existencia.

—Ya voy —grito mientras corro en dirección al coche—. Estoy casi ahí.

La verdad es que estoy en la otra punta de Madrid, pero seguro que tardo un periquete.

Temo por mi integridad física

—¿Casi ahí?

—Es que había mucho atasco.

—Has tardado más de una hora desde que estabas *casi aquí*.

Alguien pita a mis espaldas. Pongo los ojos en blanco.

—¿Puedes montar, por favor? Estoy fastidiando el tráfico.

Jaime monta refunfuñando algo que no consigo entender y se acopla irritado el cinturón de seguridad. Carraspeo, enderezo los hombros y me centro en la conducción. Por culpa de la miopía, me cuesta mucho conducir de noche. No veo nada de lejos, con lo que tengo que ir muy despacio y casi subida encima del volante. Jaime no me habla.

—¿Qué tal tu evento? —me intereso al cabo de un rato. Este silencio es demasiado crepitante.

—Bien —escupe.

—¿Has vendido muchos libros?

—Unos cuantos.

—Qué bien.

No sé qué añadir a eso. Está demasiado gruñón como para intentar mantener una conversación con él. Creo que odia que la gente no sea puntual. Cuando le conocí, se puso hecho un basilisco porque llegué tarde. ¿Qué más da? Lo importante es que he llegado, ¿no?

—¿Quieres que pillemos algo para cenar? Es viernes.

Me dirige una mirada hastiada. Es evidente que no comparte mi entusiasmo.

—¿Y?

Ahueco las mejillas y resoplo.

—Nada. Era por si querías.

—No, gracias. Gira a la derecha y para en cuanto puedas.

—¿Tienes que hacer algo aquí?

—No.

—¿Entonces?

—Conduces como las abuelitas.

Hago una mueca y giro a la derecha. Paso de pelearme con él hoy.

Detengo el coche en doble fila y nos cambiamos de sitio sin decirnos nada más. Jaime echa para atrás el asiento, cambia el CD y conduce distante y deprisa, dejando claro que no le apetece hablar conmigo. Suena Black Sabbath. Ugh. Eso quiere decir que está de un humor de perros. Cuando está de buen humor escucha a Damien Rice. Empiezo a conocerle un poco.

Me dispongo a abrir la boca, pero usa el mando del volante para elevar la música. ¿Será

borde?

Lo miro insistente, pero no consigo que me devuelva la mirada.

No sé por qué está tan cabreado.

Y la verdad es que tampoco me importa. En cuanto llegue a casa, pienso escribirle al bombero. Ya basta de tonterías. Esta chica necesita estrenarse en el mundo de los solteros, y ¿qué mejor plan para elevar la autoestima que tirarse a un bombero cachas?

WTF?

Me acabo de levantar de la siesta y se me ha ocurrido mirar el blog, no sé por qué. Hace semanas que no lo compruebo y tengo una leve curiosidad por saber si alguien más lo ha leído. Lo he compartido en mi Facebook y me pregunto si JP lo habrá visto a estas alturas. El otro día no me mencionó nada, aunque, por el otro lado, es normal. Él estaba agonizante, y tampoco es que me quedara demasiado tiempo como para hablar de lo que ha hecho cada uno desde que nos hemos separado.

Más que nada porque su respuesta habría sido: *follarme a Cayetana* y sé que no me habría gustado eso ni un pelo.

Con el aire martirizado de una mujer a la que le han partido el corazón y ahora lo sabe todo sobre la vida, me preparo un café de sobre, me siento en la mesa de Noelia y tecleo mi clave y mi contraseña en su ordenador. Noelia no está, y cuando no está, tengo pleno acceso a su portátil.

Busco las estadísticas del blog y casi se me atraganta el café. ¡Quinientas ochenta visitas entre ayer y hoy! ¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué es lo que les ha llamado la atención? Solo he escrito una entrada y fue un fracaso. Estoy confusa.

El ordenador me avisa de que tengo un mensaje de alguien y dos comentarios. El corazón se me dispara entre las costillas mientras espero a que se abra el mensaje. Son los cuarenta y dos segundos más largos de mi vida. Vaya mierda de velocidad tenemos en esta casa.

El mensaje es de Irene. No sé quién es Irene.

¡Hola, Cris! Me ha gustado mucho tu blog. Recientemente he pasado por una ruptura y me he sentido muy identificada contigo. ¿Cuándo vas a publicar una nueva entrada? ¡¡Ya te sigo!! Besos.

¿La gente me sigue? ¡Dios mío! Mi vida acaba de adquirir sentido.

Me olvido del café y corro a mi habitación en busca del diario. En el pasillo me cruzo con Jaime. Freno en seco e intento aparentar normalidad.

—Hola —le digo, con bastante cautela. Todavía no sé qué esperar de él.

—Hola, Cris.

Bien. Me ha llamado Cris. Solo hace eso cuando le caigo bien. Cuando lo exaspero me llama siempre Cristina.

—¿Qué estás tramando? —Achina los ojos y recorre mi rostro con una mirada de lo más inquisitiva, como si supiera que hay algo distinto en mí. Qué olfato tiene este hombre.

—No te lo vas a creer. Mi blog empieza a arrancar.

Jaime sonrío taimadamente.

—Me alegro. Ya iba siendo hora.

—Espera. ¿Has tenido algo que ver con eso?

Vuelve a sonreír como si poseyera información que no está aún a mi alcance.

—Puede que lo mencionara ayer en el evento, delante de cuatrocientas personas.

—¿Conoces a cuatrocientas personas?! ¿Quién eres tú, Dan Brown?

Suelta una carcajada gutural.

—Ya. Más quisiera. No los conozco a todos, obviamente, pero estaba en una de las mesas y se me ocurrió mencionar tu blog. Me alegro de que haya funcionado. Los compañeros nos tenemos que echar un cable.

—Tío, ¡es alucinante! ¡Gracias!

Me dispongo a abrazarle, pero él se me adelanta y apoya la mano en mi brazo, lo cual me hace comprender que este es el único contacto físico permitido entre nosotros. Vale. Sí, es mejor así. Luego las líneas se desdibujan y uno ya no sabe qué esperar del otro. Es mejor no dar pie a ningún malentendido.

—Gracias —le digo otra vez, ahora mucho más calmada.

Me sonrío con amabilidad y luego me suelta el brazo y se marcha a su habitación. Me quedo mirando los anchos hombros que se alejan por el pasillo.

Guau. Ha recomendado mi blog. Eso quiere decir que de verdad le ha gustado.

Pues nada, habrá que seguir escribiendo. No me gustaría decepcionar a esas quinientas personas. Y, mucho menos, a Jaime.

Grrrrr

He quedado con el bombero en un bar de Malasaña y llego unos veinte minutos tarde. No me aclaraba con el atuendo. No quería ir desaliñada, aunque tampoco quería ir demasiado emperifollada y que él pensara que me he pasado toda la tarde preparándome para la cita. Las mujeres queremos que los hombres piensen que somos así de guapas de manera natural.

Tras largas meditaciones, me he decantado por un minivestido negro y unos tacones de vértigo. Definitivamente, soy Carrie Bradshaw.

Ahora que lo estoy pensando, puede que vaya demasiado emperifollada. No todos los días queda una con un bombero. Grrrr. No puedo decir bombero sin ponerme a cien. Creo que es mi mayor fantasía sexual. Aparte de lo de Zac Efron, por supuesto. Ay, debe de ser el mejor día de mi vida.

Estoy muy entusiasmada con esta cita. Espero que salga todo bien. ¡En nada se me va a pasar el arroz!

Expulso un largo suspiro para deshacerme de los nervios, empujo la puerta con las palmas y avanzo por el bar escudriñando la multitud con la mirada. Mi bombero está sentado en la barra, al fondo del todo. Solo y aislado. Qué penita.

Su cara se ilumina en una sonrisa al cruzarse nuestras miradas. Es guapísimo. Su rostro es una obra de arte, y resulta demasiado fácil perderse en las profundidades de sus ojos negros.

—Pensaba que me habías dado plantón —me dice, poniéndose de pie.

¿Plantón a un bombero? Por favor. No soy tan gilipollas.

Nos besamos en la mejilla. Aún es pronto para guarradas. Me tengo que poner de puntillas. Me saca al menos dos cabezas.

—Lo siento. No he conseguido pillar un taxi.

Lo cierto es que he venido en metro.

—Oh. Pues haberme llamado. Te habría recogido en tu casa.

—Bueno, otro día será.

Su sonrisa se amplía. ¡Tiene hoyuelos!

—Te tomo la palabra. Siéntate. ¿Qué quieres tomar?

Decido hacerme la sofisticada y me pido una copa de vino blanco. No lo suelo tomar mucho. Soy más de tinto. El vino blanco me da dolor de estómago. Hoy es una ocasión especial.

—Gracias —digo mientras coloco mi pequeño bolso negro sobre la barra.

—De nada. He reservado mesa en un restaurante cerca de aquí —me dice, con una sonrisa tan sexy que agita todas mis hormonas—. Espero que te guste el marisco.

Odio el marisco.

—¡Me encanta el marisco! —declaro con entusiasmo y, hacia mis adentros, mi expresión se tuerce en una mueca de desagrado.

Mal empezamos. Esto me recuerda un poco a mi relación con JP. Tenía que estar mintiendo todo el rato. *Adoro el golf. Me encanta tu madre. No, no llevo relleno en el sujetador.* Uf.

—Y cuéntame, Cristina, ¿qué haces? Quiero saberlo todo sobre ti.

«*Confía en mí. NO quieres*».

Tomo un sorbo de vino antes de contestar. Necesito armarme de valor. Lo de parecer interesante es un rollo. Odio las primeras citas.

—Soy administrativa.

—¿Te gusta tu trabajo?

¿Que si me gusta ser administrativa? Es un asco.

—Me encanta. Sí, es el trabajo de mis sueños. Muy motivador y emocionante.

—¿En serio? Creo que yo me aburriría de estar siempre en el mismo sitio.

«*Tú y todos*».

—Será porque eres un hombre de acción.

Se ríe. ¿Cómo puede ser tan guapo?

—Supongo que lo soy.

«*¿Guapo? Ya te digo yo que lo eres.*

Céntrate, Cristina. Pregúntale cosas. Los silencios son malos. Finge ser lista. ¿Qué haría Jaime?».

—¿Y tú? ¿Cómo es tu trabajo? Me pica mucho la curiosidad. Nunca he conocido a un bombero. ¿De verdad la gente os llama para que rescatéis a sus gatos?

—Sí, aunque a mí nunca me ha tocado un rescate de gatos.

—¿Cuál es el caso más extraño que has atendido desde que trabajas en el cuerpo de bomberos?

Se lo piensa unos momentos. Cuando piensa en algo, frunce el ceño y se pasa el dedo índice por encima del labio inferior. Dios mío. Es incluso más guapo que Gideon Cross. Echar un polvo con este tío tiene que ser la hostia. Mejor aún que el *Satisfyer*. Aunque, bueno, eso ha dejado el listón muy alto, así que no sé yo...

—Creo que el de un joven que se había pillado el pito con la cremallera de los vaqueros.

Suelto la patata que estaba a punto de comerme y lo miro de hito en hito. Estoy en shock.

—No jodas.

—Sip —dice solemnemente, y luego sonrío.

—¿Y no llamó a urgencias?

—Lo hizo, pero ellos no tenían las herramientas necesarias para solucionar el problema y nos llamaron a nosotros.

¿Herramientas? Cielo santo. Pobre chaval.

—¿Y el hecho de que te lo hayas tenido que pensar quiere decir que has atendido más casos

como este?

Hay una pequeña insinuación de sonrisa en las comisuras de su boca.

—Bueno, está el del niño que se quedó atrapado en la lavadora, pero lo del pito me pareció un rescate más complicado.

—¿Qué? ¿Disculpa? ¿Un niño en dónde?

El bombero se ríe. Uf. Mis pobres hormonas. Es el tío más guapo de este bar. No, ¿qué digo? ¡Es el más guapo de España!

—Por lo visto quería darse una ducha y se metió en la lavadora —me explica, risueño. ¡Qué dentadura tan perfecta!

—Madre mía.

—Sí. Así funciona la mente humana. ¿Te apetece otra copa? Aún es pronto para ir a cenar.

—Claro —murmuro, todavía estupefacta.

Se pone de pie, metro noventa de sensualidad en vaqueros y camisa blanca, arremangada, y me pide otra copa de vino. Él toma cerveza sin alcohol. Es un bombero cero cero.

El camarero me sirve la copa y unas aceitunas de aperitivo. Le doy las gracias con una sonrisa.

—Y cuando no rescatas... pitos —digo después de pensármelo un segundo—, ¿a qué dedicas tu tiempo libre?

Primero se ríe y luego tuerce los labios en un gesto meditabundo.

—No lo sé, hago senderismo, alpinismo, esquí... Soy un apasionado de la montaña.

—Oh. —«Ugh»—. Ya. Y que lo digas. Yo también.

Sí... Desde el spa de Andorra, la montaña se ve preciosa. Un espectáculo. Los picos nevados, y tú ahí, derritiéndote en aguas termales de treinta y tantos grados de temperatura.

—¿De verdad? Pues qué alivio. A mi ex no le gustaba nada. Al final tuvimos que romper porque, según ella, queríamos cosas diferentes de la vida. ¿Qué deporte practicas tú?

Puff. Uno de alto riesgo. Me zampo, de solo tres bocados, un Wooper doble con beicon y queso. Sin pepinillos. Odio los pepinillos.

—Pues... todos los que has mencionado tú.

Vale, no hemos empezado con muy buen pie, lo admito, pero seguro que puedo enderezar esto.

—¿Te importa si tomamos otra copa más antes de ir a lo de los mariscos?

Igual borracha...

—En absoluto.

—Bien. ¡Camarero!

Me tomo el vino de tres sorbos y me pido otro. Yo me enamoro de este aunque sea lo último que haga.

Enamorarse de alguien más cachas, a ser posible un bombero, es la última fase de una ruptura. No estoy completamente curada si no supero este reto. Lo superaré como que me llamo Cristina Delgado.

Tampoco tiene por qué costarme mucho esfuerzo. Es decir, solo hay que mirar al chico. Me entran sofocos siempre que sonrío. Esto está chupado. *Love is in the air.*

Una palabra: coma alcohólico. Oops. Creo que son dos palabras, ¿no?

Intento no menearme en la silla como un demonio de Tasmania, y finjo que esta conversación me resulta la mar de interesante y no soporífera, que es como me está resultando. Seguro que es culpa mía. Estoy un poco ebria y puede que eso me haya vuelto demasiado exigente. Llevo cinco copas

de vino, dos chupitos, y no he cenado casi nada.

—Estaba todo riquísimo —me dice el bombero. Alberto se llama. Estoy un poco preocupada por el futuro de nuestra relación. He constatado que no tenemos nada en común. Pero nada de nada. Yo soy de chocolate, él es de vainilla, yo soy de mayonesa, él es de ketchup, yo soy de café, él es de té, yo soy de la casa Stark, él es de los Targaryen. ¡Vamos en otra dirección! Él va a la montaña a trepar los picos y yo voy a la montaña a meterme en una piscina de chorros y a engullir comidas grasientas. «Ay, qué rica la fabada».

Lo he sometido a un sencillo cuestionario de unas doscientas preguntas y ¡ha contestado mal a todo! ¿Cómo puede ser eso posible?

Y, no es por poner pegatas, pero, además de eso, cuando habla no me quedo embobada como me pasaba con JP. O como me pasa con Jaime. No lo miro pesando: *¿Dios mío, cómo puede ser tan listo?*

No encuentro en su intelecto nada del otro mundo.

Estoy un poco decepcionada en este aspecto, la verdad. Esperaba algo más. Nunca pensé que diría esto, pero creo que el aspecto físico no lo es todo en los asuntos del corazón. Para enamorarse de una persona se necesita... más.

Guau. Estoy impresionada.

¡Y horrorizada! ¿Cómo que más? ¡Este tío está como un tren! ¿Pero qué me está pasando? SOCORRO. Que alguien llame a... ¡a quien sea! y haga un poco de *hocus pocus* en mi cabeza para que vuelva a comportarme como una persona normal.

¿Será que ha aflorado en mí una extraña necesidad por mejorar la especie humana y sé que, si llego a perpetuar la especie con el bombero, mis hijos serán guapos, pero simples?

Y, si es así, ¿cómo hago para detenerlo? ¡Me gusta el bombero! ¿Y qué si nuestros hijos no van a ganar el premio Nobel? ¡¿Desde cuándo me importa eso a mí?!

—Te veo distraída. ¿En qué estás pensando?

Decir que en nuestros hijos quizá sea demasiado precipitado para una primera cita, ¿no?

—En ti, en ti. ¿En qué iba a pensar si no? Estoy pensando en que ha sido un golpe de suerte que se me cayeran las llaves por esa alcantarilla justo el día en el que te tocaba turno.

—Ya lo creo que sí. De lo contrario, esta noche me habría quedado en casa, viendo la tele, y nunca te habría conocido.

Qué tierno.

Bueno, puede que la relación funcione, aunque no tengamos nada en común, ¿no?

Nos sonreímos el uno al otro y me sirve otro chupito. Justo lo que me hacía falta, seguir bebiendo.

Eso lo he dicho en modo irónico, para que quede claro. He constatado que el alcohol desata en mí una extraña agudeza mental y un don innato para la reflexión. Me gusto más cuando voy por la vida en plan atontado y me lanzo de cabeza a una relación sin pensar en gilipollices. Por Dios, ¡el tío es bombero! ¿Qué más se puede pedir?

—Estoy pensando en hacerme el camino de Santiago.

Me atraganto con el chupito.

—¡¿Andando?! —pregunto horrorizada mientras me limpio el alcohol que se me ha escurrido por la barbilla.

—Claro. ¿Cómo si no? ¿Te apuntas?

—Imposible. Me toca trabajar ese día.

—Pero si no te he dicho cuándo.

Es verdad. No adelantemos acontecimientos.

—Cierto, pero seguro que me tocará trabajar. Mi jefe me quiere disponible las veinticuatro horas del día.

—No sabía que fuera tan estresante el trabajo de administrativa.

—Es casi lo mismo que trabajar para la CIA. No puedo contarte más porque tendría que matarte.

Alberto se ríe y me pregunta si quiero algo de postre. Oh, sí. A él.

—Preferiría irnos, la verdad. Necesito que me dé un poco el aire.

—Vale. Tú mandas. Pago y te llevo a casa.

—Vale. Pero a la próxima invito yo. Soy feminista.

Una feminista malísima, ya que me preocupan cosas como estar atractiva y encajar en esta sociedad consumista y egocéntrica en la que la imagen lo es todo.

Aun así, feminista.

—Estupendo.

—Bien.

Si hasta le gustan las feministas. ¿No es perfecto? Nos sonreímos, él abona la cuenta y salimos a la calle.

—Mira, ahí está mi coche. ¿Tienes frío?

—No. No... Para nada...

¡Sí!

Uf. ¿Es que soy incapaz de decir la verdad?

Menos mal que el coche está a solo un par de pasos y no tengo que tiritar demasiado.

Compongo una sonrisa deslumbrante para disimular la hipotermia y me deslizo dentro. Es un Skoda Fabia. Muy pequeño para un bombero tan grande.

—Es... muy bonito. Parece nuevo.

—Es de mi madre. El mío está en el taller. ¿Música?

—Claro, claro.

Si no, vamos a tener que hablar de algo y a mí ya no se me ocurre nada que decirle.

Intercambiamos una sonrisa incómoda mientras él arranca el motor. Creo que tampoco se le ocurre nada que decirme.

A estas horas no hay mucho tráfico y, como a Alberto se le da muy bien callejear, en un cuarto de hora llegamos a mi barrio, donde, además, encuentra aparcamiento a la primera. ¿Será que el universo conspira para que me tire al bombero? ¿Es su manera de decirme *vas por el buen camino, Cristina, y tienes que desengancharte del vibrador?*

—Te acompaño hasta la puerta. Era por ahí, ¿no?

—Sí, ese edificio de ahí.

Caminamos a paso lento hacia el portal. Una luna abotagada brilla por encima de nosotros. La calle está llena de hojas doradas, que crujen bajo mis doce centímetros de tacón de aguja. Alberto me cuenta que es de Madrid y que siempre ha querido ser bombero.

Estoy a punto de decirle que yo siempre he querido tirarme a un bombero, pero las dos neuronas que aún no han entrado en coma alcohólico me advierten de que es mala idea y, en vez de eso elijo, sabiamente, cerrar el pico.

—Bueno, pues ya hemos llegado a tu casa.

Su capacidad para resaltar lo evidente es un poco irritante, la verdad.

—Sí. Mi casa...

«Deja de hablar como si fueras E.T.».

Alberto se detiene delante del portal con las manos en los bolsillos y su rostro adquiere un aire de profunda seriedad.

—Me lo he pasado muy bien esta noche.

Podría corresponder a su comentario y decirle que yo también me lo he pasado bien, pero prefiero ponerme de puntillas y acercar los labios a los suyos para demostrárselo. Es la primera vez que tomo la iniciativa en una primera cita. No tener ninguna expectativa en esta relación hace que me relaje y no piense en nada que no sea la satisfacción inmediata.

El bombero envuelve mi espalda entre sus brazos, me pega a su pecho y me besa. Uf. Es como esperaba que fuera. Un beso lento, apasionado, una confirmación de que el deseo es de vía doble.

Al notar la forma en la que se tensan sus músculos, mi cuerpo se revoluciona y pide más. Me gusta que sea tan receptivo.

—¿Subes? —digo cuando él pone fin al beso. Estoy un poco mareada. La cabeza me da vueltas, no sé si por la bebida o por su beso.

Alberto se limpia el pintalabios con dos dedos y me mira confuso.

—¿Ahora?

«No, mañana».

—Sí. *Ahora*.

—Es que... madrugo.

¿Es serio? ¿Va a decir que no al mejor polvo de su vida? Porque yo borracha pierdo los papeles. Ahí lo dejo.

—Madrugas —repito incrédula.

—Te llamo mañana, ¿vale?

Pero ¿qué...? ¿Para una vez que yo quiero una aventura de una noche, encuentro a un tío decente que quiere una relación seria en la que el sexo en la primera cita queda descartado? ¡Vaya mierda! ¡Me siento estafada! Esto no es cómo se suponía que iba a ser. Yo hoy tenía que estrenarme en el mundo de los solteros. ¡Lo ponía en mi agenda! Echar un polvo con un bombero. En MAYUSCULAS. ¿Cómo si no voy a pasar página después de JP?

—Bueno, que descanses, Cris. Bebe agua antes de irte a la cama, no vaya a ser que mañana despiertes con resaca.

Lo miro como si fuera un alien, un extraño fenómeno de la naturaleza que no sé cómo interpretar, pero él no lo nota y planta un beso rápido en mis labios.

—Mañana hablamos, ¿vale?

Se está marchando de verdad. Con una sonrisa en los labios.

Mi mirada se torna asesina. ¿Va a dejarme así? ¿En serio?

—¡Eh, tú!, ¡bombero! O subes ahí ahora mismo y me echas el polvo de mi vida, o no te molestes en llamarme mañana.

Se vuelve sobre los talones y me lanza una mirada estupefacta. Él y unos cuantos ciudadanos que pasan por la acera...

—¿Qué?

Despliego los brazos a ambos lados del cuerpo y pongo una expresión de lo más elocuente, para que entienda que voy muy en serio con este asunto. Me siento como una Miranda Hobbs con las ideas bien claras. Soy una mujer moderna y tengo las riendas de mi vida. El empoderamiento sexual de la mujer está muy de moda estos días (me lo han asegurado los que me vendieron el vibrador). Me gusta. Sienta bien tener el poder. Puede que sea buena feminista, después de todo.

—Vas a ser un hombre, ¿sí o no? —lo desafío, antes de que la actitud Miranda se convierta en actitud Charlotte.

Alberto me sigue mirando con aire grave, hasta que de repente sus rasgos se suavizan y una sonrisa sensual asoma en sus labios.

—Joder, me apunto.

¡Bien!

«Tranquila. Intenta aparentar normalidad, y no se te ocurra hacer la ola, que nos conocemos».

Dicho y hecho. Aguardo impasible, como si me diera igual. Soy una reina de hielo, una princesa de Invernalía. Inmutable e incommovible como una roca extremeña.

Él acorta en un santiamén la distancia que nos separa, envuelve mi nuca entre sus enormes palmas y su boca se funde con la mía en un beso brusco y arrasador.

Cuando nuestras lenguas se encuentran, primero me roza despacio, se retira y después toma todo el control.

Mis estúpidas convicciones de que debo permanecer impasible e indiferente desaparecen de golpe. Estoy perdida, y le devuelvo el beso con la misma ansia.

Sus dedos buscan mechones de pelo para aferrarse a ellos. A tientas, mis manos rodean su cuadrada mandíbula y clavo los dedos en sus mejillas. A lo lejos, el pitido de un coche y el apagado murmullo del tráfico madrileño se convierten en ruidos de fondo.

El beso se vuelve más carnal, todavía más necesitado. Las hormonas toman el control sobre mi cuerpo y la sangre empieza a bombear con fuerza en mis venas. Mi intelecto está planeando emigrar a tierras menos hostiles. Me siento como una adolescente en celo.

Apenas puedo coger aire ya. Alberto retrocede y me mira con ojos brumosos.

—¿Subimos? —me dice, y su voz suena rasposa al hablar.

No puedo hacer más que asentir.

En el ascensor no somos capaces de quitarnos las manos de encima. Su musculoso pecho me empuja hacia el espejo, y sus palmas me recorren febriles las caderas y el trasero mientras su boca devora a la mía.

Gimo cuando sus manos me aprietan con fuerza contra su erección, y echo la cabeza hacia atrás para poder respirar. Por cosas así vale la pena estar soltera.

Apenas consigo abrir la puerta. Lo tengo encima, manoseándome mientras giro la llave.

Armamos un poco de follón en el pasillo. Está todo a oscuras y él tropieza con el zapatero.

—Chiss —le digo, intentando sofocar la risa.

Está claro que he bebido más de la cuenta.

—¿Cuál es tu cuarto? —me susurra.

Me llevo un dedo a los labios para indicarle que siga manteniendo silencio y me lo llevo de la mano hacia mi habitación.

Por desgracia, antes de llegar, volvemos a tropezar con algo. Y esta vez es algo grande.

—¡Joder! —grito sobresaltada al chocar contra un cuerpo cálido y fibroso que no había visto en la oscuridad.

¿Jaime? ¿Qué hace a oscuras, como un psicópata? Estoy segura de que es él, porque Noelia no tiene tantos músculos ni es tan alta.

Y desde luego que no huele tan bien. Sería capaz de detectar a Jaime en un cuarto lleno de gente. Incluso con una venda en los ojos. Lo reconocería por el olor. ¿Será que soy como los perros del aeropuerto y él es mi cocaína? Una idea preocupante.

Su mano enciende la luz del baño y constato que me recibe con expresión adusta. Hay en él una dureza inquebrantable que me hace sentir como una oveja descarriada. ¿Por qué me tiene que mirar siempre con esa cara tan reprobatoria, como si el mero hecho de estar yo respirando lo sacara de quicio?

—Hola —me dice, todo severo.

—Hola. Lo... siento. No quería despertarte.

—No lo has hecho. Aún no me he ido a la cama. Estaba preocupado por ti.

—Ah, ¿sí?

«Ah, ¿sí?».

El bombero se mantiene a la espera. Aún no sabe quién es Jaime ni qué clase de relación mantengo con él.

—Sí. No me has avisado de que salías.

Ah, que tengo que avisarle cuando salgo. ¿Pero este qué se ha pensado?

—Hmmm, ¿y por qué debería avisarte?

Jaime abre y cierra la boca sin saber qué decirme.

—No sé, ¿quizá porque soy tu amigo y me preocupo por ti? —me propone cuando consigue encontrar las palabras.

Genial. Ahora me siento mal y todo.

—Tienes razón. Podría haberte dicho que salía.

—Podrías, en efecto. ¿Y este quién es?

Qué momento más embarazoso.

—Mmm, ¿este? Este es... es... Alberto —digo como si todo el mundo lo conociera. Alberto, el del quinto. Alberto, cariño. Ya conoces a Alberto. ¿Cómo no vas a saber quién es Alberto?

—*Alberto* —apostilla Jaime, y hay en su voz un toque de *yo qué sé, qué sé yo* que me enerva.

—Sí. Alberto —repito, ahora con voz seca—. Hemos tenido una cita. Este es Jaime, mi paranoico compañero de piso —le digo al pobre bombero, para que deje de mirarnos tan desconcertado.

—Ah. Ya comprendo. No sabía que compartieras piso. Encantado, tío.

Su alivio es evidente. Ha debido de pensar que se trataba de mi novio o algo por el estilo.

Jaime estudia muy atentamente a mi nueva conquista y su expresión se endurece con cada parpadeo. Tengo la sensación de que lo mira como si le estuviera buscando todos los defectos.

Alberto se huele algo raro. Se lo dice su instinto de bombero cachas. Pero no sabe identificar la amenaza, con lo que aprieta la mano de Jaime y nos sonrío a los dos. Con incomodidad, eso sí.

Tengo que tomar cartas en el asunto. Me siento como una esposa adúltera, lo cual es ridículo, porque no estoy engañando a nadie. Es Jaime, que siempre consigue hacerme sentir mal conmigo misma y cuestionarme cosas que no quiero cuestionarme, como: *¿estás segura de que la lujuria es buena idea, Cristina? ¿No te parece que estás eligiendo una existencia demasiado hedonista?*

«Maldito Jaime, ¡sal de mi cabeza!».

Estoy segura de que es su voz mental lo que escucho, porque yo jamás usaría conceptos como *hedonista*. Ni siquiera sé muy bien lo que significa...

—Bueno, pues Jaime ya se iba —suelto con un poco de nerviosismo—. ¿Verdad, Jaime?

Sus ojos se mueven despacio hacia los míos. No sonrío, su rostro es la pura definición de la imperturbabilidad, pero juraría que en las comisuras de sus labios asoma la clara sombra de una sonrisa burlona.

—Por supuesto. No quisiera molestar.

Detecto sarcasmo. ¿Qué le pasa?

Lo miro frunciendo el ceño y él me aguanta la mirada con aplomo. Es como si estuviera esperando algo. O como si me estuviera desafiando a algo. No entiendo lo que quiere de mí.

Así que compongo una sonrisa autosuficiente y cojo a Alberto de la mano. Mejor me voy yo.

—Buenas noches —le digo.

Una sonrisa de lado, socarrona, se materializa en su rostro.

Sin embargo, sus ojos no sonrían. Sus ojos están teñidos de decepción. Me mira como si pensara que he tomado la decisión errónea. ¡Me da igual! Es mi vida y hago con ella lo que me da la gana.

Paso junto a él intentando no mirarle y abro la puerta de mi habitación con gesto decidido.

En cuanto cierro (he comprobado que él sigue en el pasillo, mirándome con esa expresión que no consigo descifrar), Alberto me envuelve entre sus brazos y empieza a besarme. Correspondo a su beso e intento que mi cuerpo se relaje, pero soy incapaz de sacarme de la cabeza la mirada de Jaime.

Ni siquiera cuando las manos del bombero se arrastran por mi piel y su cuerpo se funde con el mío consigo concentrarme al cien por cien. Me siento como si una parte de mí, una parte imprescindible, se hubiese quedado en el pasillo, aún anclada a la oscuridad que titilaba en los ojos de Jaime. Esto no puede estar pasándome. Toda la vida soñando con tirarme a un bombero y, cuando por fin lo consigo, no soy capaz de disfrutarlo. Odio a Jaime. ¿Por qué hace que me lo cuestione todo? Yo era muy feliz siendo ignorante y... ¡hedonista!, lo que sea que eso signifique.

13

Viernes, y vuelvo a ser yo

Hoy he comprobado que adelgazar sin esfuerzo es posible. Peso tres kilos menos que el sábado pasado. No he hecho nada para adelgazar, salvo tirarme al bombero y tener remordimientos de conciencia después. Parece que funciona. Estoy encantada. Hoy es Halloween y puedo ponerme mi disfraz de gatita sexy para la fiesta de la oficina. Alberto no puede acompañarme, le toca turno de noche. Desventajas de salir con un bombero entregado a la causa.

—En realidad, no estamos saliendo en serio —le digo a Noelia, la cual me está subiendo la cremallera del vestido de látex que compone mi disfraz—. Solo me lo estoy tirando.

—No te reconozco. Tú antes te enamorabas con un guiño.

—Ya. Pues con el bombero no funciona ese *hocus pocus*. En la cama nos va de maravilla, pero cada día tengo más claro que nunca vamos a salir de ella.

—¿Lo has hablado con él?

Me aparto y la miro como si pensara que se le va la cabeza.

—¿Qué? NO. Por supuesto que no.

Noelia se acerca al espejo y desenrosca la tapa de un pintalabios oscuro, muy gótico, adecuado para su disfraz de diablesa.

—¿Por qué no? —dice mientras limpia los grumos que se han formado en el aplicador.

—Pues no lo sé. ¿Qué le digo?

Frunce los labios y empieza a pintárselos.

—Dile que quieres fuegos artificiales y truenos.

Suelto una risa burlona.

—Claro. Ya. Porque la vida es como una novela de Jodi Ellen Malpas.

Noelia hunde el aplicador en la tinta y aprieta los labios para esparcir el producto.

—No tiene por qué no serlo. No te conformes. Mark y yo tenemos todo eso, de modo que es posible. Y si es posible...

—Mark es británico, no cuenta. Alberto es de Carabanchel.

—¿Y los de Carabanchel no follan?

—¿No te acabo de decir que el sexo no es un problema?

Noelia deja el pintalabios en el lavado y se enfrenta a mi mirada. Se ve que esta charla la exaspera.

—Y entonces ¿cuál es el problema, princesa del drama?

—Pues no lo sé. ¿Yo?

—Tú.

No lo se traga en absoluto. Tiene cara de no tragárselo.

—Creo que he cambiado.

—En un mes.

Su afirmación es el cénit de la incredulidad. Tampoco hay que ponerse así, ¿no? Es decir, yo puedo cambiar, si me place.

—Dios construyó el mundo en siete días —arguyo en mi defensa.

—Seis. Y tú no eres Dios.

—¡Ay, deja de agobiarme! No sé lo que está pasando ni por qué. Solo sé que no consigo conectar con él a nivel mental. Puede que me haya vuelto insensible después de la ruptura.

—¿Y no será que estás enamorada de otro?

—Por favor, que ya no estoy enamorada de JP. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—No me refería a JP.

—¿Ah, no?

«¿Ah, no?».

—Me refería a alguien con quién últimamente has estado pasando mucho tiempo.

—¿Jaime?

—Bingo. ¿Lo ves? Siempre le tienes en tus pensamientos.

—Anda, anda, no digas tonterías. A ese no puedo ni verle.

—No es esa la sensación que tengo yo cuando estoy en la misma habitación que vosotros.

Me cruzo de brazos. Soy consciente de que empiezo a ponerme a la defensiva.

—¿Y qué sensación tienes, Noelia?

Vale, sí, he hablado con demasiada acritud. Es que me saca de quicio.

—Pues que parece que solo tenéis ojos el uno para el otro. Os estáis buscando con la mirada todo el rato. Nunca he visto a nadie que tenga tanta química como vosotros dos.

«Oh, por favor».

—Oh, por favor. No estoy enamorada de Jaime.

—Vale.

—¡No lo estoy!

—¡Vale! No me chilles. Te he oído la primera vez.

Noelia recoge sus maquillajes y sale del baño encabronada. Me quedo delante del espejo, contemplándome.

—No lo estoy —me digo a mí misma, y asiento, porque sé que yo *siempre* tengo razón.

Martín tintintintintintin

Ay, no, el *jefísimo* está borracho y viene a darme la brasa. No me apetece.

—Hola, gatita.

Aarrggghhh. ¿O debería decir chhhhhhh, como un gato que bufa?

—Hola, Martín.

Estoy sentada en una silla alta, toda yo muy modosita, y bebo a sorbitos de mi copa de Martini.

Hala. Martín, Martini. ¡Es una emboscada!

Mi jefe hace un esfuerzo por trepar a otra silla de estas. Le cuesta. Ha bebido demasiado. Va reptando como el conde Drácula.

—¿Cómo estás? —dice cuando ha conseguido sentarse como una persona normal.

«¡SOCORRO!»

—Bien. Aquí.

—Te veo muy guapa.

—Es lo que tiene vestirse de gatita sexy.

—Miau.

«Chhhhhhhhh».

—¿Cómo estás tú, Martín? ¿Cómo va el compromiso?

La expresión de su cara cambia instantáneamente.

—¿Qué compromiso?

—El tuyo...

Me coge la copa de las manos y la vacía de golpe.

«¡No toques mi aceituna!».

Martín se la come. Le odio. Me la estaba guardando para el final.

—Dijo que no.

El aire homicida de mi rostro se suaviza de golpe.

—¿Qué?

Mi jefe se encoge de hombros.

—Cogí un vuelo hasta Nueva York solo para escuchar que se está tirando a otro desde hace dos meses. Que si la distancia, que si la diferencia horaria, que si no tiene pensado volver a España porque la vida en Nueva York es mucho más cosmopolita...

Ay, qué penita. Pobre *Martinator*.

—Vaya. Lo siento mucho, Martín. Menuda putada.

Tiro de él para abrazarle, pero Martín pierde el equilibrio y acaba con la nariz enterrada en mi escote.

Un momento. Esto no es así cómo se suponía que debía ser.

Lo miro con aire de extrema severidad.

«Martín, ¿qué hace tu nariz entre mis tetas?».

Sus ojos cachorriles se elevan despacio hacia los míos. Ay, no. ¿Por qué me mira así?

—Perdona... —musita, confundido.

Se endereza, se pone serio y me mira a los ojos como si fuera la primera vez que me ve. Nunca me había fijado en que tiene ojos de rata almizclera.

—¿Martín? —farfullo, aún más confundida que él.

De pronto, su rostro empieza a acercarse y sus labios van encaminados hacia los míos. Estoy paralizada en la silla. ¿Qué? «¿Qué?»

Mis ojos se agrandan conforme lo tengo más cerca. Noto su aliento golpeando contra mi boca. Mierda. ¡Va a besarme! Chhhhhh. Chhhhhhhhh. CHHHHHHHH. ¡¡SO-CO-RRO!!

Pongo una mano en su pecho y lo empujo hacia atrás segundos antes de que sus labios se encuentren con los míos.

—¡Martín! ¡Por Dios! ¡Contén tu entusiasmo! ¡No puedes besarme! ¡Soy la ex de tu primo! ¡Y trabajamos juntos!

De hecho, todos nuestros compañeros están aquí.

Y nos están mirando boquiabiertos...

Martín se aparta de mí y se siente obligado a dar una explicación, ya que nos han pillado *in fraganti*.

—Siempre he querido acostarme con ella —confiesa con una expresión de lo más solemne.

¿QUÉ? ¡No era esa la explicación que se suponía que debía dar! ¡Debía decirles que está borracho y que ha sido un error!

—Me voy a casa. No aguanto más estos tacones.

—Pero... ¡Cris! ¡Espera! Te acompaño.

Se dispone a bajar de la silla para alcanzarme, pero pierde el equilibrio y se cae. Aprovecho el desconcierto general para recoger mi bolso y mi abrigo del guardarropa y salgo pitando antes de que la rata almizclera me atrape. Por Dios. ¿Desde cuándo me he vuelto tan irresistible que convierto a los hombres en acosadores? Está claro que me he pasado años enteros desaprovechando mi potencial. Las relaciones serias son la muerte del espíritu.

«¿Las relaciones serias son la muerte del espíritu? Qué lista soy, coño».

¿Miau?

—Mira qué tiernos —me mofó nada más entrar en el salón.

Noelia y Jaime están en el sofá, viendo la tele. Ella tiene la cabeza apoyada en su hombro. Si no lo supiera mejor, diría que estoy un poco celosa. Pero eso no puede ser, porque a mí no me gusta Jaime. «¿VERDAD?».

—Hola, Cris. —Los ojos azules de Jaime se iluminan con una sonrisa al encontrarse nuestras miradas—. ¿Qué tal la fiesta?

Seguro que mis ojillos se han iluminado también. ¿Qué está pasando aquí? Es como si mi estúpido corazoncito estuviera latiendo de repente el doble de rápido que antes.

—¿Qué tal la vuestra? —repongo sin aliento.

—Beah —Noelia frunce los labios con desdén—. Más de lo mismo.

—Ya. Igual que la mía, entonces.

Ellos han ido a una fiesta de antiguos compañeros de la universidad. Noelia y Jaime estudiaron juntos, en la Complu. Se conocen de eso. De no haber sido por la estúpida fiesta del trabajo, los habría acompañado. Casi que habría sido mejor. Menos traumático. Ugh, Martín. Aún no sé cómo vamos a dar la cara el lunes.

—¿Te sientas a ver *American Gods* con nosotros?

Levanto la mirada del suelo y miro a Jaime fijamente, hasta que, de algún modo, me pierdo en sus ojos azules. Va disfrazado de gánster, y está tan guapo, tan jodidamente sexy que... ¡Alto ahí! «¿Qué estás diciendo?»

Me enderezo y sacudo la cabeza.

—¡Imposible! No, no, no puedo. Mañana quiero publicar en el blog y aún no he escrito la entrada.

Mi voz suena histérica, aunque nadie parece notarlo.

—¿Cuál es el tema?

Hago un esfuerzo por mirar a Jaime sin parecer idiota.

—Lo que más de moda está ahora mismo: *hashtag me too*.

Frunce el ceño.

—¿Va sobre acoso?

—Algo así. Cuando eres famosa, los hombres se te tiran encima. Bueno, hasta mañana, chicos. Mi famoso trasero se va.

—Hasta mañana, nena —me responde Noelia. Está distraída por la tele.

Jaime se limita a seguirme con la mirada. Se le ve confuso, preocupado por lo del acoso.

Le sonrío brevemente para indicarle que no hay nada por lo que preocuparse y corro para atrincherarme en mi habitación. ¿Cómo he podido pensar que Jaime es sexy? Solo es Jaime, el mismo Jaime de siempre, aunque lleve un traje diferente. «*Ding, ding, Cristina. Piensa un poco*».

Ugh. Bah. Chhhhhh.

—Martín.

—Cristina.

—Buenos días.

—Buenos días.

¿No resultan muy incómodos los ascensores, tan pequeños y cerrados, y tú sola con el perverso de tu jefe?

—¿Qué tal...?

No sabe qué preguntar.

—¿El fin de semana? Bien, bien. Mi novio y yo fuimos al circo.

Ay, qué buena soy en esto de las mentiras. A lo mejor debería dedicarme a ello. Cristina Delgado, improvisadora de medias verdades. Suena bien y todo.

—Respecto a lo del viernes...

—No me acuerdo de nada. Bebí demasiado Mar-ti-ni.

Dios mío, soy buena, ¿eh? Estoy desperdiciando mi talento trabajando en esta empresa de mierda.

—No, te quería preguntar si pagaste las copas. Me dijo el barman que una chica se fugó sin pagar.

Ah, que no eran gratis. Puto tacaño.

—Yo siempre pago mis deudas. Soy una Lannister.

Martín se queda colgado un momento. No creo que sepa qué significa ser una Lannister.

—Oh. Vale. Si no has sido tú...

—Anda, mira, me está llamando mi madre. Mamá, puede que se corte. Estoy en el ascensor.

—Escucha, acabo de echar las cartas y no te lo vas a creer. A tan solo un par de cartas de distancia de ti está ¡el amor!

Hago una mueca. Martín me mira con una sonrisa amable. Chhhhhh.

—No me digas.

—Un hombre de ojos claros. Verdes o azules. Y vas a elegirle, Cris. Aunque veo aquí un par de trabas. Y muchas dudas.

Siempre ve trabas, muchas dudas y caminos entrecruzados. Es parte del lenguaje.

—Mamá, me pillas en mal momento.

—Escucha, haz lo que haz, elige al hombre de ojos claros —se apresura a concienciarme.

Miro de reojo a Martín. Sus ojos son claros. CHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH.

—El hombre de... Vale, vale. Yo me lo apunto.

—Ah, y Cris...

—Se está cortando.

—También veo un camino de noche y...

—Ma... Miii. ZZZZZZ.

Hala, se ha cortado.

Cuelgo complacida y me guardo el móvil en el bolsillo.

—¿Le acabas de colgar a tu madre?

Mi sonrisa se borra al instante. Se me había olvidado que la rata almizclera estaba aquí.

—No, qué va. Problemas técnicos. En este edificio nunca hay cobertura.

Los domingos y la estúpida idea de encontrar otro novio

Tengo que romper con el bombero.

Lo sé, lo sé, sé que me he pasado un mes entero lloriqueando porque no tenía novio y ahora estoy lloriqueando justo por lo contrario, pero es que esta relación es *too much* para mí. Anoche, en un momento de debilidad (post coito, cuando una tiene las defensas bajas), Alberto me hizo prometerle que iremos a los Pirineos después de Año Nuevo. No sé cómo he podido decir que sí a eso.

A ver, que a mí me encantan los Pirineos, no nos hagamos líos, pero este quiere treparlos, lo cual ya no me parece tan bien. Yo necesito a un tío casero, alguien al que le gusten los jacuzzi, y comer hasta reventar, y el vino en cantidades moderadas (excesivas algún que otro fin de semana). No pido demasiado, ¿no?

Al principio me pareció *guay* salir con un bombero cero cero. ¡Porque yo era joven e inexperta! Ahora me doy cuenta de que este tío es un muermazo. No puedo hacer nada con él, aparte de follar. Irnos de copas no, porque no le gusta trasnochar. Chocolate no come porque le horrorizan las grasas saturadas. No toma Coca Cola porque le da gases. (¿En serio? ¿Y a quién no? ¡Y no por eso lo dejamos de hacer! Si hay que tirarse una ventosidad, pues uno se la tira, con mucha discreción, ¿no?). El vino está descartado porque el alcohol engorda. Siguiendo esa teoría, yo debería tener obesidad mórbida, no te jode.

No, no soy yo. Clarísimamente, es él. Es muuuuy soso. A veces pienso que es mejor quedarse soltera. Estar con él es como un verano sin vermú. Como una fiesta sin música. ¡Como palomitas sin Lacasitos, coño! Y ya está, no se me ocurre nada peor que eso.

Esta mañana he tenido que ir a la Feria del Chocolate con Jaime, porque mi novio no hace catas de productos cancerígenos y llenos de aditivos. Palabras textuales. Si tengo que hacerlo todo con Jaime, ¿se puede saber para qué necesito yo al bombero? ¿Para follar?

«*Porque eso también podría hacerlo con Jaime...*» pienso mientras mis ojos se arrastran despacio por su figura.

Hum.

—¿No te parece que Jaime se da un aire a lo Zac Efron?

Noelia, ceñuda, busca a Jaime con la mirada y se le queda mirando. Él no nos hace ni caso, está ocupado ordenando los botes de especias por orden alfabético. Al final han servido para algo las chuminadas de la cocina. ¡Para que Jaimito se nos vuelva aún más maniático!

—Puede que se le parezca un poco en la mirada. Y en los labios. Sí, definitivamente en los labios se le parece bastante. ¿Por?

Me encojo de hombros.

—No, por nada. Se me ha ocurrido que se parecían.

—Pero antes de que Zac Efron se tiñera el pelo.

—Desde luego.

—Estaba mucho mejor antes.

—Divino. El hombre de mi vida.

Jaime levanta la mirada y pone cara de ratón confuso al descubrir que lo estamos observando. Noelia y yo le dedicamos una sonrisa de lo más inocente y fingimos mirar la tele.

¿De cañas? ¿Un domingo?

El bombero no tiene horarios como el resto de la población que trabaja de lunes a viernes. Él sale cuando no trabaja, y si no trabaja un domingo, quiere ir de cañas conmigo y con sus amigos. Da igual que yo mañana tenga que trabajar.

Intento ser simpática, pero eso es bastante complicado cuando no tienes nada en común con sus amigos y, además, su actitud cuando está con ellos deja mucho que desear. Resulta que, en este grupo, los hombres se sientan aparte, para hablar de *sus cosas*, mientras que las mujeres hacen piña en la otra punta del local. *WTF?* La última vez que miré, estos eran de Carabanchel, no de Arabia Saudí.

—¿Hace mucho que sales con Alberto? —me pregunta una de las chicas en uno de los momentos más tontos de la noche.

—Pues... —*¿Cuánto hace?*—. Dos semanas.

«*¿Solo? Pues sí que se me ha hecho largo.*»

—Ah. Pensaba que llevabais más tiempo juntos.

—¿Por qué? ¿Porque me ha dejado aquí sola y se ha apiñado con sus amigos?

La chica (no recuerdo su nombre) parpadea azorada. Sé que he sonado resentida. No puedo evitarlo. Me disgustan estos micro machismos.

—No, es por la confianza que parecéis tener.

—Ya. Es que follamos mucho. Lo nuestro es muy físico. Todo el día dale que te pego.

Consigo que todas las chicas se ruboricen. Estupendo.

Tuerzo la boca en un gesto disgustado y me acabo la cerveza de un solo trago. Como no me haga caso en los próximos cinco minutos, me largo.

Se acabó

—Cris. ¡Cris! —El bombero me atrapa la muñeca cuando paso junto a él—. ¿Adónde vas tan decidida?

—A casa.

—Pero ¿por qué?

Tengo que dejar de caminar para poder mirarlo a la cara. Este tío es tonto.

—¿Que por qué me voy? Mira a tu alrededor. Nada más llegar, me has abandonado en un rincón y te has ido con tus amigos. Si quieres estar con ellos, me parece estupendo, macho, pero no me arrastres a mí hasta la otra punta de Madrid, ¡porque yo mañana trabajo, COJONES!

Varias cabezas se giran hacia mí. El rostro me arde de ira.

Y me da igual que parezca arrepentido. A mí, arrepentimientos no, ¿eh? No. Porque esta no es forma de tratar a una novia. Y vale que yo estuviera tanteando la opción de cortar con él, solo porque me gusta saber que tengo opciones, pero eso no le da derecho a comportarse como un cretino.

—Lo siento. Ni siquiera me he dado cuenta. Es algo que hacemos siempre y...

—Nadie se queja —termino la frase por él, y mi voz suena aún más corrosiva que antes—. ¿Es eso lo que intentas decir? ¿Que como las demás no se quejan, esto es normal?

Alberto me coge por los brazos y suspira frustrado. Estoy de morros. Da igual lo que haga. Le odio. Odio a todo el mundo.

—No, no es eso, Cris. Lo que estoy diciendo es que lo hemos normalizado tanto que ni siquiera me he parado a pensar en lo mal que se ve desde fuera. Mira, lo siento. Deja que te acompañe a casa y lo hablamos.

Le diría que me voy en taxi, pero estoy demasiado lejos de casa y tampoco me apetece irme en metro.

—Vale —cedo. Eso sí, de mala gana, para que vea que tengo principios.

—Vale. Voy a despedirme de los chicos y nos vamos.

—Despídeme también a mí. Dado que ninguno se ha esforzado en conocerme, no creo que se ofendan porque no haya ido personalmente a decir adiós, ¿no?

Alberto coge aire en los pulmones, lo suelta despacio y su delgado rostro se vuelve hacia el mío con una lentitud exasperante. Me mantengo impasible ante su mirada de *tampoco te pases de lista*.

Conmigo no cuentes, macho. Estoy hecha una furia. Ni siquiera los amigos pijos y ricachones de JP me habían tratado nunca con tanto desdén.

Silencio mortuario

Hemos llegado a mi casa sin intercambiar ni una triste palabra. Alberto ni siquiera lo ha intentado. Pues muy bien. Supongo que es el fin. Ya está. He tocado fondo y lo último que me queda es abrirme una cuenta en Tinder. Casi que es mejor así. Sin preguntas. Sin dramas. Sin lloriqueos. Como una muela que te la arrancan de golpe. Duele, pero al mismo tiempo es un alivio. ¿Para qué prolongar la agonía si está claro que cada uno rema en dirección contraria? Yo ya no estoy para perder otros dos años en una relación sin futuro. Se mire como se mire, acabar ahora es lo mejor.

Con la resolución de un mártir, cojo aire en los pulmones y abro la puerta tan pronto como el coche se detiene junto al bordillo.

—Gracias por traerme —me despido con frialdad.

Él se mantiene en silencio. Ni una palabra de despedida siquiera. Pues nada, me largo. Me alegro de haber tenido suficiente sentido común como para no hablarle a mi madre de él. ¿Para qué encariñarla otra vez a lo tonto?

Respiro hondo, me apeo del coche toda digna y dejo caer la puerta a mis espaldas. Fuera está lloviendo. ¿Por qué siempre que rompo con un tío llueve, joder? Me he hartado de ser un cliché.

Lanzo una mirada enfurecida al cielo, me cierro de golpe la cremallera del abrigo y me interno en la niebla.

—Cris, un momento.

El bombero se baja del coche y me sigue a través de los charcos y los bancos de niebla.

Me vuelvo de mala gana. Bajo la lluvia, mi rostro muestra una expresión parecida a la de Grumpy Cat.

—¿Qué? —lo enfrento desafiante.

Durante unos momentos, se limita a contemplarme en silencio.

Sin saber qué otra cosa hacer, me fijo en las gotas de agua que se escurren por su pétreo rostro, en su pelo revuelto, en los ojos brillantes que buscan a los míos a través de la neblina. Es verdaderamente guapo. Es un fastidio no tener nada en común.

—¿Qué tal si mañana comemos con mis padres? —dice de pronto.

«¿Disculpa? ¡Pero si estábamos rompiendo!»

—Tus ¿padres?

—Prometo no dejarte sola ni un segundo.

Siento que la tensión alrededor de mis hombros empieza a desvanecerse y cierto sentimiento de ternura aleja la furia que hace tan solo un segundo ardía en mis ojos. ¿Nos estamos dando una segunda oportunidad? ¿Quiero yo una segunda oportunidad con él?

—¿Por favor? —me susurra Alberto, suplicante.

Una contracción de confusión estalla por todo mi rostro. Parece tan arrepentido, tan vulnerable... Tan jodidamente guapo. Y es bombero. BOMBERO. Lo que siempre he querido para mí. Porque lo de Zac Efron no era muy realista, ¿no?

—Vale —musito, con los ojos aún clavados en los suyos.

Incluso en la oscuridad puedo ver cómo se le ilumina la cara. Hunde las manos en los bolsillos, sonrío y asiente agradecido.

—Vale. Buenas noches, Cris.

Me resisto a marcharme y me quedo quieta bajo la lluvia, mirándolo a la cara unos segundos más de la cuenta.

Ay. Me gusta mucho, aunque no tengamos nada en común. También hay matrimonios que se casan sin tener nada en común, ¿no? Ahí están Melania y Trump, una historia de princesas y villanos. Seguro que lo nuestro puede funcionar. Igual, si me paso borracha los próximos veinticinco o treinta años, podría conseguir algo.

Con las esperanzas reavivadas, sonrío a modo de despedida, le doy la espalda y me alejo en dirección contraria.

Pero hay algo que no puedo sacarme de la cabeza, una vocecita que me dice que empiece a aprender de mis propios errores. Suena como la voz de Jaime.

«¡La Virgen!».

—Alberto —lo llamo en un impulso.

Cuando me giro, constato que él no se ha movido ni un centímetro. Sigue en el mismo sitio, clavado en la acera, con las manos en los bolsillos y los ojos enfocados en mí.

—¿Sí?

Hago una pausa y luego me encojo de hombros.

—Odio la montaña, no practico ningún deporte, me encanta la comida basura y ahora mismo llevo relleno en el sujetador.

Aunque intenta contenerse, una pequeña sonrisa empieza a elevar poco a poco las comisuras de sus labios.

No espero a que replique. Me vuelvo a girar y camino con paso resuelto hacia el portal.

Domingo, piruletas y algodón de azúcar

Durante un mes entero, vivo dentro de una película romántica. Largos paseos por el parque, los dos cogidos de la mano, compartiendo una piruleta. Noches de cine y muchas risas. Pies desnudos, enredados bajo las sábanas de su apartamento. Su boca buscando a la mía en la oscuridad. Palmeras de chocolate compradas en una tienda llamada *Buenos días, princesa*. Es todo tan idílico que casi da asco. Yo, de vez en cuando la cago, que si no, no sería yo. Pero vamos, nada grave. Tan solo pequeñas reyertas sin transcendencia.

Mi madre está encantadísima ante la idea de un próximo matrimonio.

—¿Te lo dije o no te lo dije? Mis cartas nunca me engañan.

—Sí, mamá. Tenías razón.

—¿A que tiene los ojos claros? Azules o verdes.

Visualizo los preciosos ojos marrones de Alberto y sonrío reconfortada.

—Ajá.

¿Para qué preocuparla?

—¿Y el trabajo qué tal?

—Pues...

Jaime entra en el salón y mis ojos aterrizan sobre él. Va en chándal y tiene el pelo alborotado y aún mojado de la ducha. Se le ve muy hogareño, con los pies descalzos encima del parqué y el pantalón gris colgándole por las caderas. No puedo retener una sonrisa débil, y me doy cuenta de que una lenta oleada de calor desciende sobre mí y me envuelve como un abrazo. Siempre me pasa cuando le veo. De algún modo, mi mente relaciona a Jaime con el hogar, un sitio calentito en el que acurrucarse, comer y ver la tele. Es muy reconfortante.

—Mamá, te dejo. Alberto estará a punto de llegar.

—Vale. Llámame mañana y me cuentas qué tal tu cita.

—Lo haré. Te quiero. Adiós.

—Y yo, hija. Adiós. Dale un beso a Jaimito y a Noelia —añade, antes de colgar.

—De tu parte.

Suspiro, cuelgo y me vuelvo hacia Jaime. Se ha sentado en el sofá y ha puesto Netflix.

—¿Qué tal está Puri? —me dice, sin mirarme.

—A punto de irse de crucero. Te manda un beso.

Nuestras miradas se cruzan por un segundo y él me sonrío.

—Lo mismo para ella.

Elige una serie que lleva toda la semana viendo y aparta los cojines para tumbarse. Me quedo mirándolo meditabunda. No tengo muchas ganas de salir a la calle hoy. Al otro lado de la ventana se insinúa un diciembre tan frío, tan desapacible, que me resulta mucho más atrayente la idea de acurrucarme en el sofá junto a Jaime y ver juntos esa serie española sobre tráfico de droga en

tiempos del régimen franquista que yo finjo no seguir, aunque siempre le presto atención cuando él la pone.

—¿No te ibas?

Incluso sin mirarme, ha notado mi escudriño.

—¿Eh? Sí. Es que estoy esperando a Alberto.

Arranca los ojos de la pantalla y los gira hacia los míos.

—¿Te quieres sentar un rato? ¿Te hago sitio?

Niego, perdida en la mirada de él.

—Tranquilo. Estoy bien así.

Jaime frunce el ceño. Por lo que sea, no me cree. Pone la serie en pausa.

—¿Te pasa algo? Te veo rara.

Intento sonreír. Ni siquiera sé por qué estoy tan ñoña. Será la regla otra vez.

—Nada. Estoy un poco cansada, eso es todo.

No parece muy convencido. Me sigue observando, con un gesto tan concentrado que siento la repentina necesidad de salir a que me dé el aire.

—Bueno, me voy. Alberto ya está abajo —miento.

Jaime asiente, se humedece los labios y, cabeceando, se vuelve otra vez de cara a la pantalla. No me dice que me lo pase bien ni que salude a Alberto de su parte. Nunca lo hace.

Con aire tristón, agarro el bolso y el abrigo y enfilo hacia la puerta. No tengo nada de ganas de irme.

—Jaime —me detengo en el último momento, con la mano encima del pomo y el abrigo ya puesto y cerrado.

Se vuelve para mirarme por encima del respaldo del sofá.

—¿Hmmm?

—¿Qué tal va todo?

Mi pregunta lo asombra tanto que levanta las cejas.

—¿En mi vida, quieres decir?

—Sí. ¿Cómo te va? Últimamente apenas hablamos.

Su boca se eleva en una media sonrisa socarrona.

—¿No será que me echas de menos?

—Bah. Me voy.

—Me va bien.

Dejo caer los brazos alrededor del cuerpo y lo miro, menos beligerante. Él se ha puesto serio.

—¿Sí?

—Sí, claro. Me va muy bien.

—Vale. Solo quería saber eso. Buenas noches.

—Buenas noches.

Nos miramos otros tres segundos más. No entiendo por qué aún me resisto a marcharme. Soy como el perro del hortelano, ni como ni dejo comer.

—Adiós —digo con brusquedad.

Una leve sonrisa pícaro aparece en su rostro. Ha notado que no quiero irme.

—*Ciao*.

Me mira expectante. Divertido. Cariñoso.

Turbada, aprieto los puños con nerviosismo y me precipito sobre la puerta.

Entro en el ascensor, me apoyo contra el espejo, cierro los ojos y me deshago en un

interminable suspiro.

«*Estás tú muy gilipollas hoy, Cristina*».

Levanto los párpados y me fijo en mi rostro descompuesto y pálido.

«*Pero muy gilipollas*».

Abajo, tengo que esperar a Alberto otros quince minutos más. Maldigo y empiezo a dar vueltas por la acera. El termómetro de la esquina indica seis grados. Aun así, algo muy dentro de mí se derrite de calor.

Ay, cómo odio estas cosas.

En su cama

Desde esa primera noche, no he vuelto a traerme a Alberto a casa. Siempre nos acostamos en su piso. Es mejor así. Vive solo y no hay que preocuparse por los ruidos. Ni por Jaime. No sé por qué, la idea de acostarme con Alberto estando Jaime a tan solo un tabique de distancia de nosotros me incomoda.

—¿Estás bien así? —me susurra Alberto mientras me echa el pelo por encima del hombro con dos dedos y me acaricia la clavícula, la única parte huesuda de mi cuerpo.

Estoy desnuda, abrazada a su pecho. No tengo ganas de moverme. Me ha entrado el bajón.

—Sí. Muy bien.

—He estado pensando.

Ay, madre. *He estado pensando* es casi tan malo como *tenemos que hablar*. Ojalá tuviera energías para alterarme.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—En nosotros.

—Oh. ¿Y has llegado a alguna conclusión?

Va a cortar conmigo, ¿verdad?

Frunzo los labios al constatar que, en el fondo, me trae sin cuidado. Guau. ¿En serio? ¿Cuándo me he vuelto tan insensible? ¿No será que me estoy masculinizando? Ya me parecía a mí que mis tetas están cada día más pequeñas.

—¿Qué te parece si un día de estos me presentas a tus compañeros de piso?

Francamente, no esperaba que me dijera eso, por lo que necesito unos segundos para asimilarlo. Y para dejar de pensar en mis tetas.

—¿Mis compañeros? Pero si ya los conoces. Al menos, a uno de ellos.

—Sí, lo recuerdo. Fue un momento muy raro en el que prefiero no pensar. Me refería a presentármelos de manera formal.

—Ah. ¿Qué propones?

—Tengo cuatro entradas para el estreno de una película de terror. ¿Por qué no vamos todos mañana por la tarde y así matamos dos pájaros de un tiro?

Sé que tengo que decir que sí, y lo hago, pero, para que conste, no me apetece nada este plan. Tengo un mal presentimiento.

El gran día

Estoy un poco nerviosa. Me siento como si tuviera que pasar un examen o algo. Aunque todos tienen una actitud correcta, siento que me están observando. Noelia, para ver cómo me comporto

en presencia de Alberto. Alberto, para ver cómo me comporto en presencia de Jaime. Jaime, para ver cómo me comporto en general. ¿Por qué son tan pesados? Centrémonos en la película.

Estamos sentados en la última fila, por este orden: Alberto, yo, Jaime y Noelia. La puñetera lo ha hecho aposta, para que yo me sentara en el medio. Se ríe y todo. *Capulla*.

—¿Alguien quiere palomitas? —pregunta Alberto. El cubo lo tiene él.

Jaime alarga la mano y aguarda paciente. Comprendo de pronto que no quiere palomitas. En realidad, esto va mucho más allá de un simple pisco-labis. Se están disputando el cubo y, con él, todo lo demás. Es como presenciar una silenciosa pelea entre dos gatos callejeros. Se miran a los ojos. La tensión crepita en el aire. No hay necesidad de palabras. Sus gestos lo dicen todo.

Alberto, de mala gana, cede y se lo da. Jaime sonrío satisfecho, se hunde en su asiento y finge prestar máxima atención a la película que acababa de empezar. Ni siquiera toca las palomitas.

Recibo un *wasap*. Lo miro. Es de Noelia. Solo pone *Machus ibericus*. Le respondo con el emoticono de los ojos en blanco. Ella me envía tres emoticonos desternillándose. La censuro con la mirada en el mundo real. Me lanza un guiño y se sigue tronchando de la risa.

«*Capulla*», me reitero hacia mis adentros.

—¿Te gusta la peli? —me susurra Alberto, cuya mano se apoya en mi rodilla de forma posesiva. Jaime nos mira y pone los ojos en blanco.

—Oh, sí. Mucho.

No me estoy enterando de nada.

Cuadro los hombros en la butaca y me obligo a mirar la pantalla. Ya está bien de tonterías.

La película va avanzando entre giros dramáticos y sobresaltos. La música está demasiado alta, y la oscuridad que nos envuelve no ayuda para mitigar mis sentimientos de ansiedad. En uno de esos sobresaltos, grito y me aferro a la mano de Jaime. El puñetero niño, ¿por qué se tiene que acercarse al pozo?

Jaime, sin mirarme, dobla los dedos sobre mis nudillos y sujeta mi mano. No me doy cuenta de lo que estamos haciendo hasta que cruzo una mirada con Noelia y comprendo que, si tengo miedo, al que tengo que acudir en busca de consuelo es a Alberto, *mi novio*, no a Jaime, *mi amigo*. Mierda.

Suelto la mano de Jaime de golpe y, para disimular, ya que él me mira sorprendido, me engancha el pelo detrás de la oreja y pongo una sonrisa titubeante y muy escueta. El móvil se enciende en mi regazo. Miro el mensaje.

Te lo dije.

Me doblo hacia adelante y le pongo mala cara a Noelia. No contesto a su mensaje.

¡Virgen Santísima!

Jaime hace un esfuerzo por ser amable con Alberto, pero está claro que el bombero no le cae nada bien, animosidad que también mostraba hacia JP. Solo coincidieron una vez y se estuvieron bufando como dos gatos durante toda la noche. Estropearon la fiesta a todo el mundo. Creo que fue en Halloween el año pasado. O puede que en Carnavales. Sé que íbamos disfrazados. Jaime era Darth Vader. No recuerdo de qué iba JP. Solo recuerdo que le dije a Noelia que ir de Darth Vader era lo más acertado para Jaime, ya que él ES el lado oscuro. ¿Será que cuando bebo me sale una vena melodramática?

—Cristina, ¿quieres otra caña? —me pregunta Jaime en medio de una conversación sobre los toros. Un tema muy conflictivo. No hay que tocarlo así a la ligera. Ojalá alguien se lo hubiese

mencionado a él.

Alberto se interrumpe y nos mira mosqueado. No creo que sea tanto por la interrupción, como por el hecho de que Jaime esté tan pendiente de mí. Supongo que considera que esa atribución le corresponde a él.

Para no echar más leña sobre el fuego, digo que no, e insto a Alberto a seguir exponiendo las razones por las cuales no tocar las corridas de toros debería ser una prioridad máxima para el gobierno español.

Jaime aguarda paciente a que Alberto acabe su alegato, y solo después se dispone a intervenir. Primero da un sorbo a su caña. Se ve que necesita ordenarse las ideas.

—O sea, que a ti te parece bien que sigamos torturando a los animales en pleno siglo XXI, porque es tradición y las tradiciones no pueden ser cambiadas ni adaptadas a los tiempos modernos. ¿Es eso lo que llevas diez minutos defendiendo?

Alberto aprieta las mandíbulas y le lanza una mirada fulminante a Jaime.

—Ya veo que tú eres uno de esos animalistas que irrumpen con pancartas y cócteles molotov en plenos festejos taurinos. Pero eso no te da derecho a condenar a los que disfrutan de la fiesta.

—La tortura no es una fiesta, amigo. ¿Te gustaría a ti que te cortara yo una oreja?

—Ay, madre —A Noelia se le dilatan los ojos—. ¿Quién ha sacado el tema de los toros?

—Jaime —gruño entre dientes.

—El muy capullo —refunfuña Noelia por lo bajo—. Si es que lo hace aposta. Eh, chicos. ¿Pedimos unas bravas, así nos vamos a casa cenados?

Nadie hace caso. Los dos *machus ibericus* siguen enzarzados en la polémica taurina.

—Es decir, que piensas que deberían prohibir los toros —se indigna Alberto.

—Desde luego. ¿Por qué atormentar al pobre animal?

—Sabes, me he fijado en que comes carne. No sé si te das cuenta de que, para que tú puedas comer carne, un animal ha tenido que morir.

—Soy perfectamente consciente de eso.

—Pero eres tan hipócrita que no te parece mal.

Uf. Insultos.

—Bravas, ¿eh? ¿Pedimos unas bravas?

Noelia está desquiciada. Aunque nadie repara en ella. Jaime sonrío y apaga la sonrisa.

—Nuestra raza no habría sobrevivido de no haber sido porque nuestros antepasados eran cazadores. Entiendo la necesidad del ser humano de matar, siempre y cuando sea para alimentarse. Lo que no entiendo es la matanza a modo de diversión. Es abyecto.

—¿Es entretenido! —clama Alberto, enervado.

—Leer es entretenido —repite Jaime sin alterarse en lo más mínimo—. Apuesto a que nunca lo has probado. Inténtalo y ya nos cuentas la próxima vez.

A Alberto se le suben los colores por culpa de la rabia. Los miro impotente. ¿Por qué no pueden fingir que se llevan bien?

—Para tu información, yo sí leo.

—¿Ah, sí? ¿El qué? ¿El último ejemplar de *Caza y Pesca*?

—¿Te crees gracioso o qué coño te pasa?

Oh, no... Las cosas empiezan a subir de tono. Si es que sabía que esto era mala idea.

Noelia me da una patada por debajo de la mesa. Traslado la mirada hacia la suya y hago una mueca. Entiendo su mensaje. *Haz algo*, claman sus ojos marrones. Ya, ya. Algo. Pero ¿qué?!

Me lo pienso un segundo y luego apoyo la mano en el muslo de Jaime para instarlo a la calma.

Alberto, sentado en el otro lado de la mesa, no puede ver lo que estoy haciendo. Tan solo ve la mirada confusa de Jaime, que busca a la mía.

Nos miramos unos segundos a los ojos, hasta que él entorna los párpados y su pecho dobla de volumen por culpa de la bocanada de aire que está cogiendo en los pulmones.

—Lo siento —farfulla al espirar. Pone fin a nuestro contacto visual y mira a Alberto con cara de mártir—. Me he pasado. No debería juzgarte por tus convicciones o creencias. España es un país libre. Si te gustan los toros, pues vale. No lo apoyo, pero lo respeto.

Le doy dos palmaditas en el muslo. Buen chico.

Ahora le toca al otro.

Le dirijo una mirada de sondeo a Alberto, pero él sigue mirando a Jaime con saña.

Abro los ojos en un gesto de lo más elocuente y me escandalizo al ver que él finge no reparar en mí.

—Así es el extremismo, *amigo*. Juzga a los demás por sus convicciones y creencias. Apuesto a que tú eres de Podemos. Das el perfil. No haces nada útil y esperas a que venga el gobierno y te saque las castañas del fuego.

¡La madre que lo parió! ¿Por qué no se calla ya? Lo que faltaba, meter la política en esta conversación. Como no era lo suficientemente conflictiva...

Jaime, para mi alivio, no pica, y en vez de replicar esas cosas ingeniosas que solo a él se le ocurren, compone una sonrisa socarrona y se lleva la mano al bolsillo. Pues menos mal.

—Me voy a ir. Mañana madrugo. Aunque no te lo creas, yo también trabajo. No espero a que nadie me saque las castañas del fuego.

Pone sobre la mesa un importe bastante superior al precio de la consumición y se pone de pie. Lo miro y de pronto siento una punzada de simpatía por él. Podía haber seguido con el ataque, pero no lo ha hecho. Porque yo se lo he pedido.

Me invade una oleada de gratitud, y algo más, algo anhelante y cálido, algo que hace que tenga ganas de abrazarle.

—Nos vemos en casa, chicas —dice, con los ojos azules sosteniendo burlonamente a los de Alberto.

Le echo una mirada oblicua por debajo de las pestañas. Él baja la mirada hacia la mía y reprime una sonrisa. Vale, no está enfadado conmigo. Menos mal. La idea de enfadar a Jaime me... disgusta.

—Compra café —le pide Noelia, aún empeñada en fingir normalidad.

—Vale. ¿Necesitamos algo más? —Noelia dice que no con un gesto, y los ojos de Jaime me enfocan a mí—. ¿Cristina? ¿Necesitas tú alguna cosa? ¿Tampones o algo?

Me tengo que morder la lengua. Sé que esto lo ha hecho aposta, solo para cabrear a Alberto.

—No. Nada. Muchas gracias por tu amabilidad.

Esboza una sonrisa de lado que desaparece al punto, coge la chaqueta y, con ella en la mano, enfila hacia la salida.

Bajo los párpados al ver que se detiene junto a la puerta y que se vuelve para añadir algo más. Oh, no. ¿Por qué pensé que se iría sin dar guerra?

—Ah, y Alberto. Ser de Podemos no tiene nada de malo. No juzgues a los demás por su orientación política, *amigo*. Y no caigas en los estereotipos. Eso está muy pasado de moda. El mundo ya no se divide en izquierdas o derechas, perroflautas o fachas. Solo son personas, independientemente de su ideología o raza. Si quieres que los demás respetemos tus creencias, empieza tú respetando las ideas de los demás. Hala, pasadlo bien.

Sé que no debo sonreír, pero no puedo evitar que las comisuras de los labios se me tuerzan en un gesto divertido. Me encanta su manera de zanjar las conversaciones. Siempre consigue estar por encima. Como diría mi madre, el que es un señor, lo es.

—Creo que va siendo hora de que pidamos las bravas.

Mira que es cansina. No deja de insistir en lo de las bravas.

Mini pelea

—¿Es que no lo ves? ¡Está enamorado de ti! Si es que me di cuenta desde el principio. ¿Cómo puedes no verlo?

Alberto da vueltas por la acera. Está cabreadísimo.

—¡Por favor! Que no hay nada entre Jaime y yo. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

¿En qué momento se ha subido Noelia a casa y nos ha dejado aquí solos, para que nos saquemos los ojos el uno al otro?

—Yo no he dicho que haya algo. He dicho que *él* está enamorado de ti.

—Si ni siquiera me aguanta.

—Sí, claro. Ja. Como si yo no hubiera visto cómo te miraba. Ha estado todo el rato pendiente de ti, de si querías otra cerveza, de si te gustaban los boquerones en vinagre...

—¡Intentaba ser amable! —exclamo exasperada.

—¡Para meterse en tus bragas! —me grita Alberto.

Retrocedo y mi rostro se tuerce en un gesto de grima.

—Ugh. Qué expresión más fea.

—Pues te parecerá fea, pero es cierto.

Pongo los ojos en blanco. No me apetece seguir con esta pelea. Mañana madrugo.

—Me voy a la cama. Buenas noches. Que tengas buen viaje.

Mañana se va de vacaciones con sus amigos. Está todo planificado desde antes de conocernos. Aun así, me molesta que me deje sola hasta enero.

Vale, sí, soy un poco egoísta. Quiero a un hombre que me cuide y me mime y pase la Nochevieja conmigo. ¿Es eso un crimen?

—No me voy tranquilo, Cris.

«*Pero te vas a ir igualmente, ¿no?*»

Me detengo junto a la puerta del portal y lo miro irritada. Los pensamientos se me transparentan en el rostro.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Es que no voy a estar cómodo ahí, en la República Dominicana, sabiendo que estás bajo el mismo techo que él. ¿Por qué no te quedas en mi piso estas dos semanas, hasta que vuelva yo? Y luego ya veremos cómo lo solucionamos.

—¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo?

Calla y se encoge de hombros. De repente, todo adquiere un aire demasiado serio.

—Bueno... ¿sí?

Suspiro, me acerco y apoyo las palmas en sus hombros.

—Alberto, escúchame. Cuando nos vayamos a vivir juntos pasará porque ninguno de nosotros será capaz de aguantar la idea de estar lejos del otro, no porque tú te sientas amenazado por mi compañero de piso, con el que, por cierto, no mantengo ninguna PUTA RELACIÓN.

Me mira como si lo hubiera abofeteado.

—Pero es que no puedes comprender que la simple idea de que...

—Solo puedo comprender que no estás siendo nada razonable, que tengo sueño y que me voy a la cama. ¡Buenas noches! —puntualizo, antes de franquear la puerta con ademanes enervados.

No es así cómo había planeado despedirme de él. ¿Cómo ha podido torcerse todo de esta manera? ¿Será que he visto demasiadas películas en las que los hombres pierden o cogen un vuelo solo para estar con la mujer a la que aman y mi subconsciente está castigando a Alberto por no plantearse esa idea?

Oh, no...

Jaime está sentado en el pico de la mesa de la cocina. Es evidente que me estaba esperando. No veo a Noelia por ninguna parte, y el sonido de la ducha me garantiza que no voy a verla en breve. Lo que faltaba, una pelea con Jaime para rematar la velada.

—Me cae mal —se ve obligado a notificarme tan pronto como entro en el pasillo.

Ya estoy bastante tensa por culpa de mi reyerta anterior. No me apetece tener que pelearme también con él.

—¿Por qué? —El enfrentamiento me hace alzar la barbilla—. ¿Porque le gustan los toros? Su expresión divertida se vuelve más acusada por culpa de mi pregunta.

—No. Sin más. Lo de los toros solo era por el mero placer de tocar las pelotas.

Asiento, quizá de forma un tanto errática.

—Ya. Pero es mi novio y quiero que le respetes.

Una irresistible sonrisa de lado cruza su cara al sostenerle yo la mirada como una hiena que defiende a su cachorro.

Con aplomo, abandona la mesa, viene hacia mí y me coge por los hombros.

—Tú mereces algo mucho mejor, Cristina. —Clava los ojos en los míos y hace una breve pausa—. ¿Por qué no encuentras a alguien que esté a tu altura?

—Porque no me gustan los bajitos.

—Ja. Muy buena.

Hago una mueca de disgusto.

—Y te recuerdo que antes yo tampoco te caía bien.

—Antes no te conocía.

—Bueno, pues dale un voto de confianza a Alberto. A lo mejor él también termina gustándote.

Jaime me suelta, se aparta y un largo suspiro de frustración brota a través de sus labios.

—*Alberto*. Si es que hasta su nombre me saca de mis casillas. Me recuerda a uno que me daba capirotazos en el colegio porque me pasaba el recreo leyendo a Jane Austen.

Mi expresión se suaviza, y cuando lo vuelvo a mirar, un brillo de diversión resplandece en mi mirada.

—Buenas noches, Jaime.

Sin esperar una respuesta por su parte, me giro y me encamino hacia mi habitación.

—¡Me preocupo por ti! —grita a mis espaldas—. ¡No quiero que tengas que escribir otro diario de una ruptura!

Sonríó para mí, dejo de caminar y me tomo unos segundos, antes de volverme y echar a andar hacia él.

Jaime me mira parpadeando. Tiene cara de sospecha.

—¿Qué haces? —murmura desconfiado.

Retrocede un paso al ver que estoy invadiendo su espacio personal.

Intercepto su mirada y me quedo anclada a ella. El silencio se prolonga mientras nos observamos como si nos faltara el aire.

—¿Cristina? —titubea, cada vez más incómodo por mi proximidad.

Sonrío, me pongo de puntillas y deposito un beso en su mejilla sin afeitado.

—Gracias por preocuparte. Buenas noches.

Enmudece. Su rostro cambia, y una expresión de desconcierto se enciende en su mirada. Juraría que está respirando más deprisa que antes.

Sí, sí, sí

Estoy oficialmente de vacaciones y dentro de un par de horas tendré la casa solo para mí. Sé que acabaré deprimiéndome antes de Año Nuevo, pero de momento estoy muy entusiasmada con mi plan. He comprado cinco botellas de vino en las rebajadas del Carrefour y seis cajas de trufas de chocolate. Soy el alma de la fiesta.

Tengo planeado ponerle un gorro festivo al hámster. Nos los pasaremos en grande los dos aquí solitos, escuchando a Rosalia y bailando una conga.

Ay. Creo que empiezo a deprimirme ya.

Doy una vuelta por el piso para recuperar el espíritu navideño con el que venía de trabajar.

Aunque es difícil. En este piso no hay nada que aluda a la Navidad. Vivo con los Grinch. En cuanto se marchen, iré a comprar adornos navideños. Incluso podría traerle un regalo de Papá Noel al hámster. La verdad es que se ha portado muy bien ese año.

—¿Qué? ¿Lo tienes todo listo? —le pregunto a Jaime, con el que me cruzo en el salón.

Se ha vestido con una camisa tropical y acaba de traer una maleta pequeña de su habitación. Está hecho un cuadro. ¿No debería llevar un jersey de renos, como Mark Darcy? A fin de cuentas, es Navidad.

—Sí. Llevo el DNI, el billete de avión, gayumbos limpios...

No puedo evitar soltar una sonora carcajada.

—Lo de los gayumbos es lo más importante.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Chicos, creo que nosotros ya no nos vamos.

Mi expresión divertida se esfuma al instante y en su lugar se instala un ceño fruncido y una mirada de incompreensión que le lanzo a Noelia.

Acaba de irrumpir en el salón, toda ella pálida y despeluchada, y nos mira con cara de pánico. Tiene el móvil apretado contra el pecho.

Jaime y yo nos acercamos preocupados.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, cogiéndola por el brazo.

Está a punto de llorar. He de decir que no pinta nada bien el asunto.

—Nada, que la residencia de perros ha cometido un error y ahora dicen que no pueden quedarse el perro de Mark —nos explica, con la voz a punto de quebrársele.

Oh. Y yo pensando que alguien se había muerto...

—¿Y no podéis encontrar otra residencia? —intenta Jaime aportar una solución.

Noelia niega y los ojos se le llenan de lágrimas.

—Solo faltan cuatro horas para nuestro vuelo. No da tiempo.

Ay, no. Se va a echar a llorar en cualquier momento. Empieza a temblarle el labio inferior como a los niños.

—Yo me lo quedo —reacciono antes de que sus berridos espanten a los vecinos.

Por algún motivo, el salón se sume en un silencio sepulcral.

¿Será que es la primera vez que llevo a cabo un acto altruista y nadie sabe cómo reaccionar ante eso? Hum.

—¿Qué has dicho? —murmura Noe al asimilarlo.

Me encojo de hombros. Me siento mal y todo. ¿De verdad he sido tan egoísta que nunca le he hecho un favor a mi mejor amiga? Vaya.

—Que yo me lo quedo. Vete a Londres y disfruta de tus vacaciones. ¿Qué son un par de días, eh? Y, además, ni siquiera trabajo. Martín ha cerrado la empresa para ahorrarse lo de la cena navideña y la cesta regalo. Ya ni os menciono las pagas extras. Puto tacaño.

Noelia se precipita sobre mí y me envuelve en un abrazo.

—Tía, ¡gracias! ¡Me acabas de salvar la vida! Te traeré un regalo de Londres. ¡Lo que sea!

—¿A Luke Evans? —le propongo cuando me suelta.

Jaime se ríe.

—A ese no le gustas tú.

Justo cuando empezaba a caerme bien, va y lo estropea otra vez.

—¿Por qué? ¿Porque estoy gorda?

—Porque es gay.

Cierro la boca de golpe. Vaya manera de zanjar un enfrentamiento.

—Oh. ¿QUÉ? ¡¿El buenazo de Luke Evans es gay?! —grito al asimilarlo.

Jaime ríe entre dientes y niega divertido.

—Pero no hagas morritos. Tú tienes a tu novio.

Le dedico una mueca de exasperación.

—¿Y eso qué más dará? Siempre hay sitio para uno más.

—Me preocupas, Cristina. No te veo muy centrada en esto de tu relación.

—Oye, que yo estoy muy comprometida con...

—Le digo a Mark que traiga el perro aquí, ¿no? —me interrumpe Noelia, la cual está ya al teléfono con su novio, dándole las buenas noticias.

Dejo de acuchillar a Jaime con la mirada y vuelvo el rostro hacia el suyo.

—Sí. Y que traiga todos sus cachivaches. Así no se aburre el pobre.

—¿Contigo? Imposible.

La mirada risueña de Jaime me hace ponerle mala cara otra vez.

Ya solos

Se han ido todos al aeropuerto, con lo que *Chuchix Pedorrix* y yo estamos solos en el sofá. He decidido que el nombre científico (en latín) de este perro solo puede ser *Chuchix Pedorrix*, porque tiene un importante problema con los gases.

—Tío, no me extraña que estés soltero —le digo, frunciendo la nariz en un gesto de desagrado. Una nube maligna, cargada de olores que no son de este mundo, se ha cernido sobre el salón. Noto que empiezo a ponerme amarilla.

Pedorrix me mira con cara de pena, sus cachorriles ojos marrones buscan a los míos y su hocico parece torcerse en un gesto de lo más afligido. Sin duda, se arrepiente de lo que ha hecho.

—Pero, tranquilo, seguro que Mark te quiere igualmente —le digo mientras le acaricio la cabeza a modo de consuelo—. A saber las marranadas que hace él cuando nadie le mira. Si es que

eso de desayunar judías...

Me estremezco solo de pensarlo.

—¿Y tú, qué? ¿No dices nada, bicho?

Me he traído también la jaula del hámster y la he dejado sobre la mesa, muy cerca de nosotros. No quería que se sintiera ignorado, ahora que hay un nuevo animal en casa. Pobre bichito. Ya bastante traumático es haber nacido en una familia desestructurada y, encima, no tener un nombre propio.

Un día de estos pienso bautizarle, lo prometo. De momento, su nombre es *El Bicho*. Hasta que se me ocurra algo digno. No quiero precipitarme.

Y, sí, soy consciente de que lleva conmigo algo más de un año. Es que me gusta tomarme las cosas con calma. Tengo una regla de oro que respeto a rajatabla: yo solo me precipito a la hora de enamorarme. Cada cual con sus manías, oiga.

—Bueno, ¿qué os apetece ver? —pregunto a los bichos—. ¿Qué tal si vemos *Hache* con la cuenta de Jaime? Ese Javier Rey está tremendo sin barba ni bigote.

Como los bichos no dicen nada, doy por hecho que están conformes con lo de Javier Rey y pongo la serie desde el principio. Así me entero bien.

Día indeterminado, hora desconocida

Primero siento la oleada de calor que envuelve mi cuerpo, y luego a alguien hociquear cerca de mí. Su aliento me da de lleno en el rostro.

Sorprendentemente, no es fétido. Creo que los palitos mentolados han funcionado. La alimaña huele bien. Pero ¿por qué está encima de mí?

—Ay, *Chuchix*. Estate quieto —murmuro, tan adormilada que lo empujo hacia atrás sin molestarme en abrir los ojos.

Chuchix se ¿ríe? ¿Eing?

—No es *Chuchix*. Soy yo.

Abro un ojo.

—¿Jaime? ¿Ya es enero? Jolines, pues sí que le he dado al vino. Me he perdido todas las navidades.

Jaime suelta una carcajada ronca, me levanta del sofá y, conmigo en brazos, echa a andar hacia mi habitación.

—No es enero —me tranquiliza—. Es que no me he ido.

Me insta a rodearle el cuello con los brazos y yo obedezco de forma mecánica. Incluso sujetándome, noto que el culo se me escurre hacia abajo. A Jaime le va a dar una hernia de disco como siga cargando conmigo.

—¿Que no te has ido? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Un terremoto ha borrado Lanzarote del mapa? ¡La Virgen!, ¡y yo sin enterarme!

Su pecho se agita al soltar él otra risita. Baja los ojos hacia los míos y cabecea divertido.

—Siempre te pones en lo peor, ¿eh? Cómo sabía que era mala idea que vieras San Andrés.

—Venga, dime qué ha pasado.

—¿Qué va a pasar? Que no te he querido dejar sola, con el perro y el vino, así que me he vuelto del aeropuerto.

Vale, ahora estoy del todo lúcida. ¿Ha dicho lo que a mí me ha parecido escuchar?

—¿Has cancelado tus vacaciones por mí?

«¿No es esa la cosa más romántica que hemos oído nunca decir a un tío?».

Al ver mi mirada de cordero degollado, Jaime tuerce los labios para restar importancia a lo que ha hecho.

Me da igual que ahora me venga con su actitud de cabrón insensible. Estoy impresionada. Y conmovida. Y ¿cachonda?

Mi ojo mental, el de la sabiduría, se abre y me lanza una mirada cruzada.

«Chiss. ¿Alguien ha oído algo? Yo no».

El ojo de la sabiduría no parece demasiado convencido, pero lo deja estar y se encierra de nuevo en su retiro espiritual.

—De todos modos, no me apetecía irme —sigue Jaime bajándome los humos—. La mujer de mi padre es muy cargante. Siempre me espera con una bandeja de palmeras de chocolate.

—Ugh. Qué madrastra más odiosa. Al menos las envenenará, ¿no?

—Qué va. Les echa solo alimentos saludables. Nada de grasas trans ni azúcar en exceso.

—Menudo espanto. ¿Cómo lo aguantas?

Nos miramos el uno al otro y nos echamos a reír. Jaime abre la puerta de mi habitación y me lleva hasta la cama. Me gusta la sensación que me embarga cuando estoy cerca de él. Me gusta cómo huele, y me gusta notar sus brazos rodeándome protectores.

Pero no sé por qué lo está haciendo y eso me confunde.

—Sabes que soy capaz de andar, ¿no?

Enciende la lámpara y puedo ver que está reteniendo la sonrisa.

—Sí.

—¿Y me traes en brazos por qué...?

—Estabas dormida. Todos sabemos que te despiertas un poco grogui, y no quería que te cargaras los floreros de camino a tu habitación.

—Ah. Ya.

—Dejar que duermas en el sofá no era una opción. Ya sabes, las cervicales.

—Ya. Sí. Claro. Las cervicales. Mm-hm. No mola nada.

Me insta a tumbarme en la cama y me coloca bien la almohada. No me trataban así desde los cinco años. Mis ojos se arrastran por su rostro en silencio.

—Gracias —digo cuando parece que ha acabado con los mimos.

Levanta la mirada hacia la mía y me sonrío torciendo la boca.

—De nada. Bueno, te dejo dormir. Que descanses.

Lo sigo con la mirada. Todavía no me creo que esté aquí. ¿Por qué no se ha ido? Hace meses que tenía planeadas estas vacaciones.

—Por todo —continúo, haciendo que se detenga en el hueco de la puerta—. Gracias por haber vuelto.

Pasan unos segundos hasta que su inescrutable rostro se gira hacia el mío.

—No lo he hecho por ti. En realidad, odio volar.

—Mentira. Has vuelto del aeropuerto por mí. Admítelo.

Me pone mala cara.

—No te me pongas tierna. No me van los sentimentalismos.

—Muy bien...*cretino* —arrastro la palabra despacio, con mirada desafiante.

Jaime arquea las cejas y una sonrisa de lado empieza a insinuarse en la comisura derecha de su boca.

—*Pesada* —replica, igual de desafiante.

Asiento con los labios fruncidos en un gesto apreciativo y apago la luz de la mesilla. Jaime sale y yo sonrío en la oscuridad.

A dos días de la Navidad

Pedorrix, que estaba plácidamente durmiendo a mi lado, hecho la rosca, se incorpora en el sofá como si alguien le hubiese dado una descarga eléctrica.

Un segundo después, se abre la puerta de la entrada y un gran estrépito de cristales vuelve a sobresaltar al perro. ¿Qué estará haciendo este hombre ahora? ¿Por qué entra como un huracán?

—¡Cristina! —ruge.

—¿Qué? —rujo de vuelta, poniendo la serie en pausa.

—¡Ven!

Ya estamos.

Empiezo a tenerle cariño, pero eso no quita que me parezca una criatura de lo más exasperante. ¿Qué querrá ahora?

Molesta por la interrupción (Javier Rey estaba sin camiseta), me planto en el pasillo con la intención de cantarle las cuarenta.

—¿Qué coñ...? —me callo y abro los ojos de par en par conforme los estímulos visuales empiezan a llegar a mi cerebro. Jaime y un abeto enorme están atascados en el umbral—. Pero ¿qué has hecho?, ¿atracar una rotonda?

—Querías que esto tuviera un aire navideño, ¿no? Venga, échame una mano. Esta maceta pesa como su puta madre.

Es que no me lo creo. ¿Ha comprado un abeto natural? ¿Se ha vuelto loco?

—¡Cristina!

—Vale, tranquilo. Tú aguanta. ¿Por dónde empiezo? ¿Tiro de la punta?

Uf, qué mal ha sonado eso.

—De momento, mete la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saca la bolsa de churros. Como se abran los vasos de chocolate, se me acabarán abrasando los... ejem, gayumbos.

Intento mantenerme seria.

—¿Qué te pasa? —Jaime me lanza una mirada hosca—. Tienes pintas de haberte tragado una guindilla.

—Nada, nada. Es que... No estabas pensando en los gayumbos, ¿a que no?

—No.

—¿Estabas pensando en los...?

—¡Cristina! ¡Al lío!

—Sí, sí, el chocolate. Vale, ya lo cojo. Hay que ver cómo te pones cuando peligra tu descendencia, ¿eh?

Con aires de extrema seriedad, introduzco la mano en su bolsillo y saco muy despacio la bolsa de churros.

—Ya está. ¿Contento?

—Extasiado. Ahora deshazte de la bolsa y échame una mano con esto.

Lo miro y arqueo una ceja. ¿Qué está pasando aquí?

Es decir, un abeto natural, chocolate con churros... ¿No será que se ha enamorado de mí?

Porque lo cierto es que, al mirarnos, ya no percibo ese aire de hostilidad en él. Uf. Si es que

últimamente estoy tremenda. No me sorprende que los hombres no puedan resistirse a mi encanto, ni a mi...

—¡¡Cristina!! ¡Espabila! Se me va a caer el abeto encima.

—Ay, perdón, perdón. Voy.

Me deshago de la bolsa de churros y de los elogios dirigidos, sin nada de modestia, a mi persona, y me agarro a la punta del árbol con las dos manos.

—Venga, que yo lo arrastro. Tú intenta salir de ahí.

—Con cuidado, que no quiero que se rompa. A la de tres. —Sus ojos azules ejercen tal presión sobre los míos que me disperso un poco—. Uno. Dos. —Yo tiro—. ¡Cristina!

—Perdón, perdón. Es que me puede la impaciencia.

—Venga, va. Centrémonos.

—Vale. Estoy centrada. Muy centrada. Soy como Rocky Balboa antes de un combate.

Me pone mala cara y yo dejo de fingir que soy una boxeadora.

—A la de tres. Uno. Dos. ¡¡Cristina!! ¿Qué te acabo de decir?

—Lo siento. Me he puesto nerviosa. Mejor cuento yo, ¿vale?

—Si es lo que quieres...

—Venga. Uno. Dos. Ay, ¡lo siento!

Jaime me mira exasperado. Por su soplido airado, diría que en este momento está deseando, con todas sus fuerzas, que el árbol lo aplaste.

—Vale. A la de dos, si tanto insistes. Uno. Dos. YA.

Yo tiro, él empuja y consigue salir.

Uf. Mira que es difícil ponerse de acuerdo.

Nos desplomamos los dos en el pasillo. Suspiro agotada. Jaime me mira y luego sus bonitos ojos azules registran el abeto de arriba abajo.

—Igual tenía que haber comprado uno más pequeño, ¿no?

—Pero vamos. Te has pasado siete pueblos.

Hunde los hombros con aire de derrota y exhala un suspiro hondo.

—Bueno... A lo hecho, pecho. ¿Qué tal si primero nos comemos los churros y luego ya lo arrastramos al salón?

—Hombre, yo mal no lo veo...

Tuerzo los labios en un gesto de desdén, me estiro para coger la bolsa que he dejado encima del zapatero y la abro. Ñam. Ha comprado media docena de churros. Tienen una pinta deliciosa.

Los reparto en dos servilletas y le doy su parte, junto con un vaso de chocolate caliente.

—Gracias. —Coge el vaso con cuidado de entre mis dedos y lo apoya en el suelo.

Yo, sin más preámbulos, le hincó el diente a un churro.

—El 1 de enero me pongo a dieta —informo después de comerme los primeros dos. Me siento culpable por el festín que me estoy dando estas vacaciones.

—¿El 1 de enero? ¿Estás loca? Vas a perderte el roscón de Reyes.

—Uy. Es verdad. No había pensado en eso. Mejor lo dejo para febrero, ¿no?

—O incluso para marzo. Seguro que tu novio te trae bombones el 14 de febrero. Tiene pinta de ser así de cursi.

—Uf. Pues seguro. Y con lo que me gustan a mí los bombones. Pero marzo es muy mal mes. La Semana Santa está a la vuelta de la esquina. No puedo dejar de comer de repente, porque perdería el entrenamiento y luego acabo con indigestión.

—Cierto. Muy mal mes. ¿Qué tal mayo?

—No sé yo. Demasiados puentes. El 1 de mayo, San Isidro... Y es prácticamente verano. Ya sabes que el verano es mala época para ponerse a dieta, porque con el calor todo el mundo retiene más líquidos. Luego también hay que echarle la culpa al vermú, y las croquetas que se zampa una para acompañar el vermú... Las aceitunillas... Las patatillas... A todo esto, lo mejor es que lo deje para septiembre.

La firmeza de mi resolución le arranca una carcajada a Jaime.

—Apoyo la moción. Toma. —Me ofrece uno de sus churros al ver que ya me he comido los míos—. A ti te gustan más que a mí.

Qué tierno. Me ha dado uno de sus churros. Si estuviésemos en el cole, los demás niños cantarían: *a Jaime le gusta Cristina, a Jaime le gusta Cristina*.

—Puff. No sé si debo. —Miro titubeante su mano. El perro del hortelano ataca de nuevo—. Ya he subido de talla con esto de la ruptura.

—Venga, Cris. La vida es demasiado corta como para andar preocupándose todo el rato por la talla.

Ostras. Eso es lo más sabio que he oído nunca. Este hombre es un genio.

—Bueno, trae. Me sacrificaré. Si yo lo hago por no tirarlo, ¿eh? Que me da mucha pena tirar la comida.

Ejem, ejem.

Sinatra (White Christmas)

—A este árbol le falta algo.

Jaime me dedica una mirada seca. Puede que incluso asesina. Llevamos desde las seis adornando el árbol.

—No le falta nada. Está perfecto.

—Le falta algo. Es como un tío que se ha depilado los cataplines y, sin embargo, se ha dejado el pelo de las piernas intacto.

Primero, se le frunce el ceño.

Luego, sus ojos se giran hacia los míos.

Por último, su rostro se tuerce en un gesto de grima.

—¡Por Dios! ¿Esa ha sido la mejor metáfora que se te ha ocurrido?

—También me sé la de *oh, querida mía, cuando te vi por primera vez, el sol se ocultó detrás de las nubes como la mosca detrás de una mierda de vaca* —recito con cara solemne—. Pero no venía a cuento. ¿Con el contexto? No. No encajaba.

Jaime me mira y estalla en carcajadas. Lo contemplo con las cejas en alto, sin entender muy bien por qué motivo se dobla sobre sí mismo y se troncha de la risa. Es una metáfora tan válida como cualquier otra.

—Dios mío. Y yo empeñándome en que seas escritora.

—Si es que no sé a quién se le ocurre.

Se endereza, se peina las facciones con la palma y se obliga a tranquilizarse. Le cuesta, le cuesta.

—Venga, va —se dice a sí mismo, y luego me mira, un poco más serio—. ¿Qué tal va el blog?

Me encojo de hombros.

—Bah. Empiezo a tener un poco de visibilidad, pero vamos, que tampoco es que haya triunfado.

—Con esas metáforas, no me sorprende.
Le pongo mala cara.
—No me distraigas, Don Metáfora. Sigo pensando que a este árbol le falta algo.
Jaime se deshace en un soplido y, con aire displicente, cruza los brazos sobre el pecho.
—Vale. A ver, cansina, ¿qué le falta al árbol?
—No lo sé. Más adornos.
—¿Quieres que vayamos a por más adornos?
—¿Hola? Pensaba que era obvio.
Su mueca deja bien claro lo poco que le apetece volver a salir.
—Bien. Pero me llevo al perro. Así hace sus cosas y ya no salgo luego.
Si eso le hace sentir que se ha salido con la suya...
—Vale, llévate a *Chuchix*. Yo no me opongo.
Siempre me siento generosa cuando le gano una competición a Jaime.

Enzarzados en otra pelea

Los hechos son los siguientes: el chucho ha evacuado. En la acera. Y Jaime y yo no nos ponemos de acuerdo sobre quién debe deshacerse de las pruebas incriminatorias.

—El zurullo lo coges tú.

—No, no, lo coges tú, que es a ti quién se le ha ocurrido la genial idea de salir. Además, desde que tienes al perro, siempre lo he sacado yo. Te toca, princesa.

—No estoy de acuerdo. Te toca a ti. Eres el hombre al cargo de esta crisis. ¿No es lo que hacéis los hombres?, ¿rescatar a las damiselas en apuros?

—Pero si tú no te hartas de decir que eres feminista.

—Feminista, macho, no gilipollas. No sé si pillas la diferencia.

Una expresión divertida empieza a asomar en las comisuras de sus labios. Se dispone a decirme algo.

—¿Cristina? ¿Eres tú?

Jaime cierra la boca ante la interrupción y sus ojos se dilatan un poco al girarse hacia el hombre que hay a mis espaldas.

Frunzo el ceño y me vuelvo con toda la lentitud de la que soy capaz. Mi corazón ha dejado de latir, solo para poder desbocarse al cruzar una mirada con él.

—¿JP? —murmuro, intentando que el pánico no se haga notar en mi voz. ¿Por qué siempre que llevas unas pintas horribles te tienes que cruzar con algún conocido?

JP y Cayetana (ugh, ¡Cayetana!) sonrían de oreja a oreja, como recién sacados de un anuncio de Oral B.

—¡Cris!

Mi ex parece tan contento de descubrir que la loca de los zurullos soy, en efecto, yo, que se olvida de las formas, de su novia y del zurullo que hay en la acera y viene a envolverse en un abrazo.

—¡Me alegro de verte! —exclama, con una euforia un tanto fuera de lugar.

—Eh...

Cuesta encontrar las palabras cuando el amor de tu vida te asfixia con su colonia de YSL y tú te sientes tan bien entre sus brazos, tan cómoda, tan... en casa.

—Vaya. Cris. Cachorrilla. ¡Eres tú de verdad! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

¿Por qué me mira tan profundamente a los ojos?

—Pues...

—¡Estás estupenda! —asegura, retrocediendo para analizarme mejor.

Tengo que abrir la boca y decir algo, lo sé.

Y más vale que sea bueno. Hay tres pares de ojos clavados en mí.

—¿JP? —me aclaro la voz dos veces antes de continuar—. Creo que has pisado el zurullo —informo con toda seriedad.

Su rostro se tuerce en una mueca de incompreensión.

—¿Qué?

—El zurullo. Del perro. Lo acabas de pisar.

Es casi cómico ver de qué forma se le dilatan los ojillos a medida que su cerebro asimila el mensaje.

—¡Me cago en la...!

Deja la frase a medias y, con el rostro rojo de furia, corre a limpiarse el zapato en un bordillo.

—¡Joder!

Cayetana y yo intercambiamos una sonrisa tensa.

—Hola —me saluda ella al ver que yo no digo nada. Se ve que está incómoda, no sé si es por el abrazo, por mi mera presencia o por el terrible olor a zurullo aplastado. Podrían ser las tres cosas juntas.

—Hola. Cayetana, ¿verdad?

«*Eso. Como si no te importara. Fría y altiva como Cersei Lannister*».

—Sí. Hola, Cristina. ¿Cómo estás?

Se esfuerza por sonreírme, pero su sonrisa solo desvela bochorno. Lo cual me hace sentir mejor. Porque comprendo que no soy yo la que se tiene que avergonzar. Es ella. Yo no le he robado el novio a nadie ni he dejado huérfano a un pobre hámster por culpa de un calentón. ¿Puede ella presumir de lo mismo?

—Pues ya ves, aquí estamos, dando una vuelta por el barrio —respondo con retintín. Su culpabilidad me ha hecho venirme arriba.

A mi lado, Jaime se mantiene circunspecto. Se limita a dedicarle una sonrisa rígida y fugaz a Cayetana.

—Hay que joderse. —JP, la leche de cabreado, regresa junto a nosotros, lo cual pone fin a mi parca conversación con su novia—. ¿Desde cuándo tienes perro?

—Pues desde...

—¿Y este quién es?

¿No ha reconocido a Jaime? ¿En serio?

—¿Quién?, ¿este?

—Sí, *este* —subraya irritado.

Miramos todos a Jaime. Noto que los seis ojos me apremian a contestar.

—Pues este es... es... ¡Cuchi-cuchi! —se me ocurre de pronto.

Los ojos de Jaime se abren con un chasquido.

—¿Qu...?

Con gesto brusco, lo agarro del brazo y lo arrastro hacia mí para hacerle callar. Lo pillo tan por sorpresa que tropieza con el bordillo y casi aterrizo encima del zurullo aplastado. Consigue enderezarse en el último momento.

Para disimular, despliego los labios en una sonrisa adorable. Jaime me imita. Parecemos dos

imbéciles. Dos imbéciles muy torpes.

—¿Cuchi... cuchi has dicho?

La expresión de JP es de lo más cómica, una mezcla de desconcierto e incredulidad.

—Cuchi-cuchi —reitero, y extendiendo los labios en otra sonrisa de manual.

JP pasea la mirada de un rostro al otro. Espera una confirmación por parte de Jaime. Mantengo la sonrisa para guardar las apariencias y le doy un discreto codazo entre las costillas a mi supuesto novio.

—Sí, soy Cuchi-cuchi —reacciona Jaime, y le alarga una mano que JP aprieta con gesto atolondrado—. Encantado. Señorita. —Atento, le tiende la mano también a Cayetana. Ugh. ¿Por qué la saluda? La odio. Es demasiado guapa como para caer bien.

—Un placer conocerte —corresponde ella, con una voz cantarina y un pestañeo tan seductor que me hace pensar seriamente en nuevas técnicas de vudú.

—Lo mismo digo. *Un placer*. —Jaime retiene su mano un segundo más de la cuenta y le dedica una sonrisa de lo más encantadora.

Presencio su flirteo boquiabierto e incrédula. ¡Estoy horrorizada! ¿Están coqueteando delante de nosotros?

«*Oh, no, ni hablar*».

Furiosa, agarro del brazo a Jaime y lo arrastro de vuelta a mí. No estoy dispuesta a dejar que Cayetana me robe otro novio. Ni siquiera un novio ficticio.

—¿Y qué os trae por aquí? —la voz de JP suena más áspera que antes.

Me obligo a mirarle.

—Es que vivimos en ese edificio de ahí.

—¿*Juntos*?

Tengo la impresión de que esto no le está sentando nada bien. Siempre ha sido bastante territorial.

—Sí. Juntos —confirmo, devolviéndole una mirada desafiante. Me encanta que esté celoso. Eso quiere decir que aún siente algo.

«*Aún sientes algo, ¿verdad, egocéntrico hijo de puta? No aguantas la idea de que esté con otro*».

La mirada de JP se torna oscura mientras sostiene a la mía. Solo tiene ojos para mí. Estamos teniendo un momento como los de antes, antes de las Cayetanas y las excursiones a Suiza. Cómo le echo de menos...

—¡Es fantástico, Cristina! —exclama Cayetana, a la que sí le está sentando bien lo mío con Jaime—. ¡Y tenéis un perro monísimo! Hola, chiquitín. ¿Cómo se llama?

Interrumpido mi contacto visual con su novio, traslado la mirada hacia la suya y mi rostro se llena de fastidio.

—*Chuchix Pedorrix*.

—*Churchill*.

Jaime y yo nos miramos aturdidos. Tardamos un segundo en comprender que estamos dando información contradictoria.

—*Churchill* —me corrijo, al mismo tiempo que Jaime farfulla *Chuchix Pedorrix*

—¡*Churchill Pedorrix!* —clamo, desquiciada. Jaime se calla esta vez.

JP y Cayetana intercambian una mirada de muda confusión.

—Todavía no nos ponemos de acuerdo con el nombre —opto por decirles, y estoy tan incómoda que me enganchó el pelo detrás de las orejas solo para tener algo con lo que distraerme.

—Oh. Ya. *Churchill* es muy buen nombre.

«Sí, *Mark* pensó lo mismo...»

Finjo una sonrisa para Cayetana.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

El sarcasmo de mi voz devuelve la ansiedad a su rostro. Mi sonrisa se vuelve más afilada.

De acuerdo, lo he hecho aposta. Sé que es rastrero. Me da igual. La odio. *Quiero* que se sienta incómoda.

—¿Y vosotros? —pregunto, aprovechado el impulso que me da la maldad—. ¿Qué os trae por Tetuán?

—Hoy tengo la cena de Navidad —me dice JP, el cual está tan tenso que se aclara la voz por lo bajo y se afloja varias veces el nudo de la corbata.

Mi expresión se hace añicos y un punto de dolor empieza a latirme entre las cejas. Él me sigue mirando, y frunce el ceño. En la oscuridad de sus ojos veo que se ha percatado del cambio.

—Ah.

De repente, me da igual fingir que estoy liada con Jaime. Me da igual que piensen que lo he superado y que soy feliz. Lo único que quiero es irme y dejar de verlos.

Jaime, que debe de notar una alteración en mi rostro, me agarra de la mano y me atrae hacia él, al refugio de sus brazos. Noto el calor de su cuerpo, la firmeza de su abrazo, sus labios en mi pelo, pero... no siento nada. Estoy congelada hasta la médula.

—Nosotros ya nos vamos. Tenemos la cena en el horno —dice Jaime a modo de disculpa.

JP le dedica una mirada glacial y bastante hostil.

—Ya. La cena, claro. Sí, nosotros también nos tenemos que ir. No queremos retrasarnos. Bueno, adiós, Cristina. Supongo que nos veremos todos en la boda.

—Mm-hm —consigo farfullar.

¿Acaba de incluir a Jaime en la invitación? Mierda. Eso quiere decir que ya no puedo llevarme a Alberto y presumir de su impactante aspecto físico. Ay, ¿por qué nos hemos tenido que cruzar precisamente hoy?

—Adiós, chicos —se despide Cayetana con una sonrisa de alivio.

—Adiós —responde Jaime por mí.

Los primeros en marcharse son ellos. Jaime y yo nos quedamos unos momentos inmóviles en la acera y, después, cogidos de la mano, nos alejamos en dirección contraria. Delante de nosotros, *Chuchix* corretea feliz, olisqueando todas las marcas de pis que se encuentra por el camino.

Agradezco que Jaime se mantenga en silencio. Lo que menos me apetece ahora es que se burle de mí.

En el ascensor, me observo las uñas y jugueteo nerviosa con mi anillo de plata. Jaime me observa de refilón. Noto que quiere decirme algo, pero no se acaba de decidir.

Entramos en casa envueltos en esa mudez y yo cuelgo el abrigo en el pechero del pasillo. Él deja la bolsa de adornos encima del zapatero y me sigue con la mirada.

—Oh, por favor. Dilo ya —espeto, cansada de ver ese brillo de lástima en sus ojos.

—¿Estás bien? —musita, acercándoseme lentamente.

Cojo aire en los pulmones y el silencio se prolonga unos segundos más. Niego, giro el rostro hacia el suyo y hago un gesto de impotencia con los hombros.

—Nunca me llevó a la cena de Navidad. Siempre decía que no estaba permitido llevar pareja. Ahora me doy cuenta de que... se avergonzaba de mí.

Guau. Decirlo en voz alta duele todavía más. No creí que eso fuera posible.

—Puede que antes no permitieran traer pareja. Las cosas cambian —intenta Jaime consolarme con torpeza.

Niego otra vez y esbozo un gesto de dolor.

—Ya. Sabes, ha sido *tan* estúpida, pensando que algún día él iba a casarse conmigo. Todos sabían que eso nunca iba a pasar. Su madre, sus amigos, Noelia... Seguro que tú también lo sabías. Yo solo era la penúltima parada antes del final del trayecto.

Mi rostro se vuelve a torcer y tengo que parpadear con fuerza para retener las lágrimas que pugnan por salir. Jaime acorta la distancia que nos separa y me abraza en un intento por levantarme el ánimo. Me aferro a él con las dos manos y rompo a llorar.

—Venga, Cris, no digas eso. Tú no has sido estúpida. El estúpido ha sido él, por dejarte marchar. Nadie sabía lo que iba a pasar.

Mi sonrisa es tan incrédula que se aproxima más al dolor que a la diversión. Jaime me frota despacio la espalda y los brazos y me mira con ternura.

—Da igual. —Me aparto y arrastro furiosa las lágrimas que se me deslizan por los pómulos—. Estoy bien. Solo ha sido... el impacto.

No consigo ser convincente y él lo nota de inmediato.

—Ya sé lo que hace falta para animarte —dice, y una sonrisa traviesa le cambia las facciones.

—Estoy cansada, Jaime.

Solo quiero acurrucarme en la cama y llorar.

—De eso nada. No puedes estar cansada si te has pasado el día tumbada en el sofá. Además, nadie está demasiado cansado para tomarse unos margaritas.

Lo miro con displicencia.

—Margaritas. ¿Me vas a decir ahora que *tú* sabes hacer margaritas?

—Desde luego. Y me salen de muerte. Les pongo una florecilla y todo.

—Eso habrá que verlo.

—¿Me estás desafiando, señorita? Porque me encantan los desafíos.

Arquea las cejas en un gesto travieso y sus ojos se dilatan por momentos. Me lo quedo mirando con incredulidad. En serio, ¿cómo lo hace? ¿Cómo consigue hacerme sonreír incluso cuando lo único que me apetece hacer es llorar?

Because I've had the time of my lllllifeeee...

Estoy borracha y estoy obligando a Jaime a ver *Dirty Dancing* conmigo. No le hace ninguna gracia. No ha dejado de refunfuñar desde que nos sentamos en el sofá.

—No sé qué tiene de especial esta película.

—Eh, ¿hola? ¿el baile? Y que Patrick Swayze lleva vaqueros ajustados...

—El baile no tiene nada de especial. Cualquiera podría hacerlo.

—Sí, claro.

—No, en serio. Yo sé hacerlo.

Le pongo mala cara.

—Anda, anda, no digas tonterías. ¿Qué vas a saber tú bailar así?

—¿A que te lo muestro?

—¿A que no tienes huevos?

Nos inclinamos el uno hacia el otro y nuestros ojos se batan en duelo hasta que Jaime enarca una ceja con aire divertido y compone una sonrisilla autosuficiente que resulta irresistible a estas

horas de la noche.

—Pues vale. Prepárate para flipar, Cristina.

Delante de mi mirada aturdida, se pone de pie y se acerca a la estantería.

—Alexa, pon la canción de *Dirty Dancing* —ordena mientras se arremanga con tranquilidad la camisa vaquera.

Para navidades se ha auto regalado no sé qué cachivache de Amazon cuya función aún no me ha quedado demasiado clara. De momento solo sé que tiene buen dominio de las aplicaciones musicales.

Alexa hace caso a su dueño y la canción empieza a sonar. El rostro de Jaime se vuelve hacia el mío. Incluso en la penumbra puedo ver que sus ojos brillan con intensidad.

—Vamos. Ven aquí.

Me levanto, pero me empiezan a entrar las dudas.

—Me da a mí que yo no sé bailar esto, ¿eh?

—Yo sí. Es fácil. Déjame que te guíe. Solo tienes que saltar.

—¿Qué? ¡Ni de coña voy a saltar!

—Confía en mí. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—¡Desnucarnos!

—No seas melodramática. Te acabo de decir que lo domino. Lo he hecho decenas de veces. Tú confía en mí. Salta.

Sus ojos, clavados en los míos, resultan convincentes, pero no las tengo todas conmigo. ¿Y si no puede cogerme? Peso demasiado.

—¡Que no quiero saltar, Jaime! —me altero—. No sé hacer esto.

—¡Pero yo sí! Soy de Salamanca, coño.

—¿Y eso qué tendrá que ver?

—Pues que he tomado clases de baile.

Me lo quedo mirando con cara de pocos amigos y él me insta a saltar con un gesto.

Sé que es muy mala idea, pero parece hablar en serio cuando dice que lo domina. Y ¡qué demonios! A lo mejor lo que debo hacer es lanzarme y no pensar tanto en las consecuencias.

Frunzo el ceño y me lo vuelvo a replantear. ¿Qué es lo peor que puede pasar, aparte de desnucarnos? Nada.

—Está bien. Voy a saltar. Pero tienes que cogerme. ¿Preparado?

Lo miro profundamente a los ojos. Su rostro está muy serio.

—¿Preparado? —insisto al ver que sigue contemplándome en silencio.

—Siempre —responde con aire grave.

Me muerdo el labio. No puedo retener una sonrisilla.

—Vale. Allá voy.

Ay, Dios. No puedo creer que esté haciendo esto. En el instituto habría matado por bailar con un tío que supiese hacer el *Dirty Dancing*.

«Venga, Cristina. Tú puedes. Baby tampoco es que fuera anoréxica, y bien que la sujetaba Johnny».

Agito las palmas con nerviosismo, suelto el aire de golpe, echo a correr y, de un salto, me lanzo a sus brazos.

—¡¡Ay, Dios!!

Jaime me agarra la cintura con las dos manos e intenta sostenerme a un par de centímetros de altura del suelo. Lo consigue durante un instante, pero su equilibrio es tan frágil que empezamos a

tambalearnos y, tras un corto forcejeo, aterrizamos los dos encima de la alfombra, él primero y yo en sus brazos.

Auuuuchhhh. ¡Menudo golpe!

Quiero quejarme, pero mis labios han caído casi encima de los suyos y es como si todo empezara a perder importancia.

Lo miro y nos internamos en un corto momento de incertidumbre, en el que nuestros ojos se devoran llenos de ansia. Noto sus manos en mis caderas y me invade la certeza de que estamos a punto de besarnos.

Hasta que Jaime estalla en carcajadas y la magia se hace añicos.

—Pero ¿qué cojones...? ¡Embustero! —Le doy un golpe en el brazo para que deje de troncharse—. ¡Deja de partirme el culo! ¡Dijiste que sabías hacer esto!

—¿Y tú te lo tragaste? —repone, riéndose aún más alto.

Lo miro con la esperanza de que la fuerza de mi ira lo aplaste como a la cucaracha que es.

—¡Dijiste *confía en mí!* —le grito.

Deja de carcajearse por un momento y me mira con expresión risueña.

—Cristina, un sabio consejo: jamás confíes en un hombre que te dice *confía en mí.*

—¡Increíble!

Riéndose, pone la mano en mi nuca y me abraza. Su pecho no deja de sacudirse a causa de la risa. Noto cada contracción de su abdomen, que se tensa y se destensa por debajo de mí al son de sus carcajadas.

—Lo siento. Solo quería hacerme el gallito.

—Qué capullo.

Niego, y no puedo evitar reírme.

Jaime me levanta el rostro y se me queda mirando con ojos serios. Hipnóticos. Me mira como si estuviera luchando contra el impulso de besarme.

—¿Qué pasa? —musito titubeante.

Niega con la cabeza y se recompone de inmediato.

—Nada. Me gusta verte reír.

Me muerdo el labio inferior por dentro y mi boca se mueve en una sonrisa que no puedo reprimir.

Domingo, un día antes de Navidad

—Pues esta que te digo va de una chica que vuelve a su pueblo natal y...

—Cristina, que no vamos a ver ese bodrio. ¿No ves que estoy mirando el campeonato ruso de ajedrez de 1957?

—En mi vida había oído un plan más soso. Ni más *vintage*.

—Soso o no, a mí me gusta. ¿Te importaría dejarme en paz hoy?

—Sí, sí que me importaría. Me aburro. Hagamos algo divertido.

Los ojos azules de Jaime se giran por un segundo hacia los míos.

—¿Por qué no vas a darle el coñazo al bombero Alberto? ¿Qué pasa?, ¿que no hay Skype en la República Dominicana?

—Claro que lo hay. Pero es que me gusta darte el coñazo a ti.

—No te me pongas zalamera. Estoy ocupado.

—Venga, no seas carca. Hazme caso.

Doy dos tironcitos a su camisa, por si funciona.

—Chiss. La competición está en su apogeo. Ahora sé buena chica, deja mi camisa en paz y cállate de una vez. Esta es la última jugada. Solo dura tres horas.

—Tres h... ¿QUÉ?

—Chiss. Silencio. El maestro Smyslov va a hacer un movimiento. Es el ganador. Aunque aún no ha ganado. Como te acabo de decir, faltan tres horas para la victoria.

—Pero...

Me acalla, eleva el brazo para subir el volumen de la tele y se repantiga en el sofá. Tiene los ojos clavados en la caja tonta.

Está bien. No quería llegar a esto. Él se lo ha buscado.

Me coloco delante de la tele y empiezo a berrear mientras salto de una pierna a la otra:

—*Creo que Jaimito es un elfo. Sí, lo es. Sí, lo es. Eeesss un eeeelll-fffooo.*

Jaime me mira boquiabierto.

—Cristina, ¿qué cojones estás haciendo?

Plantea la pregunta con un aplomo que sin duda no siente.

—Joderte el campeonato. O me haces caso, o cantaré las tres horas restantes.

—No serías capaz.

—¿Que no? *Creo que Jaimito es un elfo...* —canto, y empiezo a bailotear otra vez.

Exasperado, Jaime sube el volumen de la tele hasta que ya no puede hacerlo más. No pasa nada. Soy capaz de berrear aún más alto.

—*Sí lo es, sí lo es. ES UN EL-FFFOOOO.*

—¡CRISTINA, ME CAGO EN LA PUTA HOSTIA! ¡CÁLLATE YA!

Meneo los brazos y las caderas y bailo un can-can.

—*CREO QUE JAIMITO ES UN ELFO. SÍ, LO ES. SÍ, LO ES...*

Jaime suelta un inarticulado gruñido de furia y apaga la televisión.

—Ya está. ¿Contenta? Por favor, cállate antes de que me quede sordo.

—Trato hecho. Ahora hagamos algo divertido.

—¿Y qué es lo que propones que hagamos?

—No lo sé. ¿Qué hacéis los de Salamanca para pasarlo bien?

—Mirar el JODIDO CAMPEANATO DE AJEDREZ.

—Uf, mira que eres aburrido. Juguemos a verdad o atrevimiento.

—¿Pero qué tienes, doce años?

—O eso, o la canción del elfo. Tú eliges.

Frunce el ceño mientras cavila.

—Me lo pones fácil. Voy a por el licor de hierbas.

—Me gusta cómo piensas.

Me siento en la alfombra y espero a que regrese con la botella y las copas. Ante la demora, frunzo los labios y empiezo a tamborilear los dedos impaciente. Parezco el malvado señor Burns, de los Simpson.

Escondo las manos a la espalda cuando veo a Jaime asomar por la puerta.

—Empieza tú —concedo, nada más sentarse él delante de mí, en postura de meditación, con las piernas por debajo del cuerpo—. ¿Verdad o...?

—Verdad.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué soso eres. Está bien. Hmmm... ¿Cuándo perdiste la virginidad?

Suspira con acritud y me dedica una mirada a medida de su estado de ánimo.

—¿En serio?

—Contesta. Has elegido verdad.

—No me lo recuerdes. De acuerdo. Si tanto te interesa, tenía catorce años.

—¿¿Catorce?? Ostras, qué jovencito. ¿Con quién?

—Ya has perdido el turno, señorita. Me toca. ¿Verdad o atrevimiento?

—Verdad —digo, solo para tocar las pelotas.

Pone los ojos en blanco ante mi sonrisilla arrogante.

—¿Cuándo perdiste la virginidad?

Suelto una carcajada. Supongo que me lo merecía.

—A los diecinueve.

—¿Diecinueve? ¿Y estaba todo bien ahí abajo?

Le doy un golpe en el brazo.

—Oye. No seas capullo. Pues claro que estaba bien.

—Hum. No sé yo... Bebamos.

—No podemos beber. Hemos elegido verdad, sosainas.

—¿Qué más dará? Bebe, Cristina.

—Está bien. —Doy un buen trago y hago una mueca—. Madre mía. ¡Socorro! Me arde el estómago. ¿Qué licor es este?

Suelta una carcajada.

—De los buenos. Bebe más despacio. ¿Con quién?

—Con quién, ¿qué?
—¿Con quién perdiste la virginidad?
Suelto un suspiro melancólico.
—Ay, Guille, la estrella del equipo de fútbol local... Era maravilloso.
—Era un gilipollas.
Lo censuro con la mirada.
—No te pases. Guille era maravilloso.
—Todos los futbolistas son gilipollas, Cristina. Creo que les han dado demasiados golpes en la cabeza.
—Pues este se salía de la regla.
—Está bien. ¿Y qué paso con tu maravilloso Guille?
—Me dejó a las tres semanas de hacerlo. Se coló por una que trabajaba en la tienda de quesos de la tía Reme.
—Porque era un gilipollas.
Me encojo de hombros.
—Bueno...
—¿Y después?
Me echa otro traguito y yo me lo bebo.
—¿Cuándo hemos dejado de jugar? Esto parece un interrogatorio sobre mi vida amorosa.
—Tú contesta. Si es por hablar.
—Después salí con otros tíos.
—¿Cuántos?
—Normalmente, no admitiría más de tres.
—¿Tres de cuántos?
—Tres de siete.
Guau. He dicho la verdad. ¡¿Por qué?!
Jaime tuerce la boca con indiferencia.
—Siete, ¿eh? ¿Y qué pasó?
—Supongo que tienes razón. Eran gilipollas.
Su rostro se contrae al esbozar una imperceptible sonrisa burlona. Toma un trago de licor y me mira, con los ojos entrecerrados, como si estuviera cavilando.
—Hum. Indudablemente.
—Se ve que he saltado de gilipollas en gilipollas, como esa ardilla que cruzó España de árbol en árbol, hasta que conocí a JP. Creí que ya se habían acabado las malas citas y los malos tragos. Parecía el definitivo, pero...
—Se folló a Cayetana.
—Tú lo has dicho, amigo. Se folló a Cayetana. Ugh, ¡Cayetana! No me la recuerdes. ¿Y tú qué? ¿Cuántas?
—Veintinueve —esclarece mientras rellena nuestras copas.
Me quedo boquiabierta.
—¿Disculpa?
—A ver, no todas eran novias —me tranquiliza, elevando la mirada hacia la mía—. Con algunas me he acostado solo una vez.
—Dios mío. Eres un... Espera. ¿Cuál es la versión masculina de pelandrusca?
Se ríe y cabecea.

—Lo que pasa es que no he encontrado a la adecuada. La media naranja, ya sabes.
—Pues, joder, será que eres exigente. Porque sí que te has dedicado a buscar...
Esboza una sonrisa burlona.
—Neah. Lo normal.
—Ya, ya.
—¿Y ahora qué? ¿Cuáles son los planes para el nuevo año? ¿Te vas a casar con el bombero?
—Se llama Alberto.
—Lo siento. Hoy no llevo mi camiseta de *me importa su estúpido nombre*.
Le pongo mala cara.
—¿Por qué odias tanto a Alberto?
—¿Por qué te gusta Alberto?!
—¿Estás de coña? ¡Es bombero!
—¿Y eso te parece excitante?
—¿A ti no?
—No. Yo puedo ser lo que quiera, y eso sin moverme del sofá. Solo me hace falta un teclado.
Tuerzo los labios en plan pensativo.
—Visto así...
—Incluso puedo ser Batman, si quiero —añade, me guiña el ojo y me sonrío con gran regocijo
—. A las mujeres les encanta Batman. Es atractivo, es inteligente y tiene un punto de antihéroe que enloquece a las chicas buenas. Batman es el Heathcliff de DC.
—Ya. Pero no recuerdo que *Batman* me haya pedido que sea su novia, así que no veo el porqué de esta conversación.
—¿Quieres que te pida que seas mi novia?
La sonrisa empieza a desaparecer de mis facciones y, de pronto, los dos estamos serios, nos miramos a los ojos y contenemos el aliento.
—No —digo, aunque no muy convencida.
Jaime sonrío, asiente y tuerce la boca.
—Vale. ¿Sabes lo que te digo? ¡Competición de chupitos!
No sé muy bien si hay que sonreír, preocuparse o desquiciarse por completo.

EEESSS UN ELLFOO

Los hechos son los siguientes: la botella de licor de hierbas, ya vacía, está en el suelo, languideciendo junto a *Chuchix*. Jaime y yo, los dos la mar de contentos, nos hemos sentado en el sofá y, abrazados, nos mecemos despacio mientras ensayamos un dueto navideño. Yo llevo la voz cantante. Él solo me da la réplica y me acompaña en el último verso, para que el estallido de la canción tenga más potencia.

—*Creo que Jaimito es un elfo.*

—*No lo soy...*

—*Sí lo es...*

—*EEESSS UN ELLFOO* —Y nos volvemos a mecer, abrazados, al ritmo de la canción.

El perro abre un ojo y nos lanza una mirada cruzada. Nadie le hace caso. Lo de ser músico no es tarea fácil. No se puede uno distraer así como así.

—Otra vez, que hay que perfeccionarlo para Nochebuena. Sigue el ritmo de mi pie, ¿vale? Venga. Un, dos, tres y: *Creo que Jaimito es un elfo...*

—No lo soy...

—¡Eh! ¡Pedazo de gilipollas! —ladra un hombre mientras golpea nuestra pared con ira—. ¡Callaros de una puta vez, que me tenéis hasta la polla con los elfos!

Jaime y yo nos miramos ojopláticos y estallamos en carcajadas.

Concierto de Navidad de ~~Viena~~ Tetuán

Estamos de pie del salón, cogidos de la mano, y nos miramos a los ojos con afecto, en plan Albano y Romina Power. Esta vez cantamos de forma suave, para no molestar. *Piano*, como lo llaman los italianos.

—Creo que Jaimito es un elfo...

—No lo soy...

—Sí lo es. *ES UN ELLLFOOOOO* —rujo, viniéndome arriba con la pasión del momento.

—¡¡VOY A LLAMAR A LA GUARDIA CIVIL, PUTOS PSICÓPATAS!!

Ops. ¿Será que el vecino gruñón odia a los elfos? Qué gente más tiquismiquis. No tiene ningún espíritu navideño.

—Mejor nos vamos a la cama, ¿no? —le digo a Jaime.

—¿Cada uno a la suya? —repone con una sonrisa de lo más sensual.

Palidezco, se me borra la sonrisa y me lo quedo mirando sin aliento. Él se da cuenta de lo que ha dicho, parpadea y hace ademán de abrir la boca y rectificar.

—Bueno, yo no... Eh... Joder. Olvídalo. No quería decir eso.

Se vuelve sobre los talones con brusquedad y se dispone a marcharse a su habitación. Está muy cabreado consigo mismo. Tan cabreado que no se ha dado cuenta de que se me han dilatado las pupilas y que hace medio minuto que ya no soy capaz de respirar como es debido.

—Oye. —Lo cojo de la manga y lo detengo junto a mí. El alcohol me ha insuflado valor. Y creo que esto ya ha ido demasiado lejos y hay que aclararlo—. ¿Quieres decirme qué te pasa y por qué llevas días mirándome así?

Se rostro, congelado en un rictus pétreo, se vuelve despacio y se inclina sobre el mío. Mi corazón se desboca cada vez que le tengo tan cerca, aunque juraría que esta vez late como nunca. La presión sanguínea es tan alta como ensordecedora. Tengo que abrir la boca para dejar salir el aire, y recordar inhalar cada cierto tiempo se convierte en una necesidad vital.

Los momentos mueren con lentitud y voy camino de perderme en sus etéreos ojos azules, que ejercen el efecto de un imán sobre los míos, puesto que soy incapaz de eludir su contacto. Me tiene atrapada, con los labios a tan solo un par de centímetros de distancia de los suyos.

Se me acelera la respiración y me empieza a sonar de pronto jadeante, una reacción que también parece estar experimentando él.

—¿Y de qué modo te estoy mirando, si puede saberse? —Cuando habla, lo hace con un perfecto aplomo. Sin embargo, sus ojos no parecen aplomados. Sus ojos abrasan allá donde se posan.

Me obligo a respirar antes de hablar. Temo que la voz me suene tan desfallecida como me siento.

—Lo sabes perfectamente, Jaime. Me miras como si quisieras besarme. Ya basta de juegos.

Sonríe y apaga la sonrisa.

—¿Piensas que quiero besarte? —repone, alzando las cejas en un gesto burlón.

—No lo sé. Puede. ¿Quieres?

Su máscara de indiferencia se mantiene intacta, pero sus ojos azules se están oscureciendo con cada momento que pasa.

—Que si quiero ¿el qué?

—BESARME. No te hagas el tonto. No es lo tuyo.

Se encoge de hombros y tuerce los labios con despreocupación. Durante unos segundos, sus ojos enfocan con intensidad mi boca. Después, vuelven a alzarse hacia los míos.

—No lo sé. Puede —responde con indiferencia—. ¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Quieres que te bese?

Su timbre es bronco. Gutural. Algo se incendia dentro de mí y me descubro farfullando:

—No lo sé. Puede...

Cierra los ojos y suspira frustrado.

—De acuerdo. Esto es estúpido. Voy a besarte.

Debería decir: *¡no, Jaime, atrás! No puedes besarme. Es una locura.*

En vez de eso, me encojo de hombros y levanto el rostro hacia el suyo, expectante. ¿Para qué seguir luchando contra lo inevitable?

—Vale. Me parece bien.

—Vale.

«Vale».

Como si fuera un trato comercial.

Intento mantenerme serena y decirme a mí misma que esto no es nada, que no tiene por qué afectarme, que solo es un experimento para comprobar lo incompatibles que somos.

Aun así, el corazón se me vuelve a desbocar. Ay.

La espera me está llenando de ansiedad. Me mordisqueo el labio inferior. No puedo con tanta presión, y la rapidez de mis inhalaciones desvela lo nerviosa que me está poniendo su proximidad.

Él, una cabeza más alto que yo, no aparta los ojos de los míos. Yo tampoco soy capaz de apartar la mirada. Dios mío, voy a besar a Jaime. ¡A Jaime!, cuyos ojos se arrastran despacio por mi rostro y se nublan mientras devoran mi expresión hambrienta. Ay. Jaime.

Nuestros labios siguen acercándose. La atmosfera cambia, como si el tiempo corriera de pronto más despacio y el mundo hubiese dejado de importar. Incluso mi respiración suena mucho más pausada que antes.

Esto es lo que quiero, me digo.

Sin embargo, en un segundo lo echo todo a perder. Tropiezo, a los dos nos invade la torpeza y, en vez de besarnos, acabamos dándonos un golpe en la frente y otro en la nariz.

—Ay.

—Auch.

¡Qué falta de coordinación!

Retrocedemos, cortados, y nos miramos en silencio. Está claro que lo nuestro no funciona. He demostrado mi teoría de que somos incompatibles.

—Yo...

—Mejor nos vamos a la cama, ¿no?

Frunzo los labios y asiento. La frustración se respira en el aire.

—Justo lo que iba a decir. Mejor nos vamos a la cama.

—Vale. Buenas noches, Cristina.

—Bien. Buenas noches.

Hago ademán de marcharme. Él hace lo mismo, y entrechocamos otra vez. Me detengo y lo miro con aire displicente.

—Perdona —me dice, bajando los párpados por un segundo—. Tú primero.

Su mano me abre paso.

—No, tú primero.

—Insisto.

—Joder. Vale. ¡Yo primero!

Trago saliva y paso enfurecida por delante de él. No sé por qué estoy tan cabreada. ¿Qué esperaba?, ¿fuegos artificiales?

Él aguarda un segundo, clavado en el suelo, y después echa a andar detrás de mí con un soplido irritado.

Dios mío. Esto es una puta locura. ¿Qué demonios he intentado hacer? Menos mal que la hemos pifiado antes de pasara algo de lo que arrepentirse mañana.

Niego, mosqueada conmigo mismo, y camino más deprisa. Necesito irme a la cama ya y dejar de liarla.

—Cris —me detiene la suave voz de Jaime cuando estoy a punto de entrar en mi habitación.

Con un nudo en la garganta, suelto la manilla de la puerta y me vuelvo despacio para encararle.

—¿Qué? —urjo al ver que no dice nada.

—Tenías razón.

—¿En qué?

Su rostro se contrae de desconcierto y una sonrisa agónica vibra en las comisuras de sus labios.

—En todo...

Hay tanta derrota sus palabras que lo miro demudada.

Tiene los ojos nublados, llenos de oscuridad. Mi corazón vuelve a latir deprisa.

—¿A qué te refieres exactamente?

En un impulso, su rostro, aristado, escultural, bellísimo, baja y se acerca al mío con un gruñido de disgusto. Se detiene el último instante, como si se hubiera estado replanteado lo de besarme.

Contengo el aliento y me quedo congelada, a escasos centímetros de sus labios. Sus relucientes ojos azules me miran como si no hubiera nada en el mundo aparte de mí, y no soy capaz de reaccionar. Quiero decirle que se detenga. Quiero entrar. Quiero apartarme de él. Pero no hago nada, no muevo ni un solo músculo. Me limito a sostener su mirada y a aguardar con la respiración acelerada.

De pronto, una mano en mi nuca me arrastra hacia él y, antes de que me dé tiempo a pensar, mi boca se estampa contra la suya. El impacto es tan fuerte que todo empieza a girar. Casi puedo sentir la vibración de los fuegos artificiales que estallan a nuestro alrededor, pequeñas chispas de electricidad que nos envuelven a ambos.

Sin ser consciente de lo que estoy haciendo, separo los labios de forma instintiva y la lengua de Jaime se abre paso en círculos y empieza a dar vueltas por mi boca, a buscarme con desesperación. Sus manos se hunden en mi pelo y me mantienen pegada a sus labios mientras nuestras bocas se encuentran y se funden en un beso devastador. Mi respiración se vuelve más brusca al notar que me está apoyando contra la pared y que me agarra por el pelo con más fuerza que antes. Sé que esto está mal, pero no puedo dejar de besarle. Lo necesito cada vez más. Soy como una adicta en busca de una dosis cada vez mayor.

El cuerpo de Jaime se apoya en el mío, haciéndome ver lo excitado que está, y su boca cubre de nuevo la mía. Las oleadas de calor que traspasan su pecho repercuten en mi vientre y me estremecen por dentro. Me pego a él buscando más, hundo los dedos en las mangas de su camisa y tiro con los dientes de su labio inferior.

Al notar mi agresividad, me coge el rostro entre sus largos y delgados dedos y me besa con una mezcla de rabia y pasión que me hace sentir cada vez más pequeña, más frágil, más suya que mía. Me tengo que agarrar fuerte a su camisa para seguir de pie.

Jaime se fija en mi rostro descompuesto y su beso se torna más violento. Somos como dos hienas hambrientas que luchan por la primera presa en meses. Me lastima los labios y yo lo lastimo a él.

Me provoca y luego se aparta. El juego es así. Si quiero recuperarlo, tengo que ir a por todas, lo cual hago sin dudar.

La presión de sus brazos se ha convertido en acero a mi alrededor. Su boca me absorbe hasta el último soplo de aire, para luego devolvérmelo como si nada hubiese pasado.

El mundo más allá de él se apaga, todo queda reducido a la nada, y mi mente empieza a ralentizarse, hasta que los pensamientos se convierten en un vendaval de incoherencias. Ya no me importa el pasado. Ni el futuro. Solo importa este momento, este singular y único minuto en el que nuestra conexión es tan absoluta que nuestras almas parecen estar atadas la una a la otra.

No voy a engañarme. Esto es mucho más que un beso. Es el comienzo de algo y, al mismo tiempo, el fin de todo lo demás.

Pollito, pollito

Miro a Jaime a los ojos, sus preciosos e insólitos ojos de color turquesa. No sé ni qué decirle. Hemos dejado de besarnos y su frente se ha apoyado contra la mía. Parece devastado. Y, sin embargo, tranquilo. En paz, como un hombre que sabe que ha hecho lo correcto, incluso si lo correcto no era lo más adecuado en ese momento.

No me atrevo a moverme. Tengo miedo de que, si lo hago, algo acabe, o cambie. Sé que una parte de mí no está preparada para afrontar ese cambio.

—Lo siento —musita, y traga saliva.

—No... —Cojo su cabeza entre las manos para retenerle a mi lado y lo obligo a mirarme—. No lo sientas.

Baja la mirada al suelo y sigue negando.

—Sí que lo hago. No tenía que haberte besado.

Lo suelto, retrocedo un paso y mi rostro adquiere un aire herido.

—¿Te arrepientes de haberme besado?

Jaime entreabre los labios, pone cara de confusión y vuelve a negar.

—No, joder, no. De lo que me arrepiento es de haberlo hecho ahora. No quería que esto pasara así. Hemos bebido y...

Presiono un dedo contra sus labios, lo cual lo hace callar.

—Chiss. No importa. Ha pasado lo que tenía que pasar y ya nada de eso importa ahora.

Sus ojos buscan a los míos y su expresión se suaviza. Aparta mi mano y me sonrío. Muy poco. Con ternura.

—¿Tú crees que esto tenía que pasar?

Asiento despacio y su sonrisa se vuelve más pronunciada.

—Hace tiempo que lo pienso.

—Vale —susurra, sonriendo cada vez más.

—Vale —susurro, y también sonrío.

Nos ponemos de acuerdo con un gesto y retrocedemos a la vez.

Sin embargo, nuestros ojos se niegan a separarse. Sé que lo que estoy pensando es muy mala idea y que lo mejor que puedo hacer es poner fin a esto de inmediato. Hay líneas que no hay que cruzar, porque puede que no haya vuelta atrás.

—Buenas noches, Jaime —me obligo a decirle, si bien no es eso lo que quiero en este momento.

Durante unos segundos le cuesta asimilarlo, veo el desconcierto en su mirada, pero luego comprende que es lo mejor y asiente con aire abstraído.

—Vale. Sí.

Se despide esbozando una sonrisa triste y entra en su habitación. Me quedo en el pasillo, con la mirada perdida en la nada. De repente, me siento como si hubiese perdido algo tan importante que el impacto me ha dejado sin aliento.

Miro su puerta y entrecierro los ojos. Quiero seguirle, no hay nada que desee más. Es como si no fuera capaz de pensar en otra cosa.

Son las dos y media de la madrugada y yo lo único que necesito, lo único en lo que puedo pensar, es... él. ¿Cómo hago para detenerlo?

Pasan los segundos y yo sigo mirando la puerta, esperando verle asomar; esperando y rindiéndome lentamente, admitiéndome a mí misma que decirle adiós ha sido una de las cosas más estúpidas que he hecho nunca. Porque solo se tiene una vida, ¿no? Y uno tiene que vivirla y seguir los impulsos y todo ese bla blabla que te suelta la gente en momentos así, lo de dejarse llevar y, en fin, ese rollo de la mortalidad, la pasión y el no tener miedo a dejar entrar a alguien. Porque, en el fondo, todo gira en torno a eso, ¿no? Nos da miedo que, si dejamos entrar a gente en nuestras vidas, no podamos llenar el vacío que dejan al marcharse. Por eso preferimos cerrar la puerta y ponernos a salvo. Las cosas se vuelven difíciles cuando te involucras, y algunos elegimos vivir con muros de protección a nuestro alrededor.

El problema de los muros es que no solo te protegen. También te aíslan. Y te dices a ti mismo que está bien, que la soledad es lo que buscas; que *es seguro*. Y de esa forma mantienes intacto tu corazón.

Pero ¿para qué sirve tanta precaución? Un corazón congelado es tan inútil como un corazón muerto.

Válgame el Señor. Cómo me odio a mí misma cuando estoy borracha. Toda esta parafernalia, para echar un puto polvo. Si es que la reflexión es una gilipollez. Tanto comerse el tarro, para luego hacer lo mismo que una descerebrada que se lanza de cabeza, sin pensárselo. A partir de ahora, mi nuevo lema en la vida va a ser: *Carpe Diem*. Lo que se traduce en: *echa el polvo hoy y arrepiéntete mañana*.

Sin pensármelo más, irrumpo en la habitación de Jaime para hacérselo saber cuanto antes.

Vaya. No esperaba encontrármelo así.

Está en mitad de la habitación, sin camisa y con el pantalón colgándole por las caderas. Guau. Porque no sé silbar, que si no...

Sin duda, he tomado la decisión correcta.

Sus ojos se alzan de golpe al escuchar ruido y, al cruzarse nuestras miradas, se queda tan

impactado como yo.

—¿Qué...?

—Esto no significa nada —le prometo, y luego me abalanzo sobre él, rodeo su nuca con las dos manos y atrapo sus labios en un beso.

Jaime no tarda en reaccionar. Me coge la cabeza con una sola mano y se hunde en mi boca con ira. Dejo escapar un gemido y me aferro a él con más fuerza. Sus dientes se clavan en mi labio inferior y tiran un poco de él mientras su mano se desliza por debajo de mi jersey y se arrastra por mi costado y mi estómago, una línea de chispas que avivan un fuego que hace mucho que se consume en silencio. Me arqueo contra él, boqueo en busca de aire y entierro los dedos en su pelo. Su boca baja por mi mandíbula y mi garganta y resbala hacia mi clavícula.

—¿Nada? —pregunta, deteniéndose por un segundo, con el aliento áspero de excitación.

Agunto la fuerza de sus preciosos ojos azules y cuelo la mano entre nuestros cuerpos para desabrocharle el botón del vaquero. No hay tiempo para delicadezas.

—Nada —respondo, con las cejas arqueadas de manera desafiante.

Jaime me sostiene por la nuca y me sonrío, una sonrisa lenta que solo roza la mitad de su rostro.

—Como quieras.

Me muerdo el labio, me enderezo y tomo su boca otra vez, buscando su lengua. Jaime contiene un gemido y me devuelve el beso. Nuestros cuerpos se apoyan el uno en el otro. Encajan a la perfección.

Mientras nos besamos febriles, su mano empieza a relajarse en mi nuca, a acariciar y a masajear mis músculos agarrotados de tensión, y poco a poco pierde fuerza y se arrastra, junto a la otra, por mis hombros y mis brazos.

Interrumpe el beso y, sin apartar ni un instante los ojos de los míos, me quita el jersey y los vaqueros y se baja el pantalón por las caderas. Lo observo embobada mientras se termina de desnudar con gestos impacientes.

Completamente desnudo, se me acerca, coge mi mano y la apoya en su pecho. Si bien lo único que hace es mirarme, me siento como si me tocara de la manera más íntima posible. Sus ojos me alteran la sangre.

—Aunque para ti esto no signifique nada —me dice, con el rostro inclinado sobre el mío—, para mí significa algo.

Me pierdo en sus ojos y la necesidad de poseerle empieza a descontrolarse. Tiemblo de deseo. ¿Por qué no me toca? Mi piel necesita sus caricias más de lo que cualquier desierto ha necesitado nunca la lluvia.

Miro sus labios y me los imagino arrastrándose por mi cuerpo, bebiendo de los míos. No puedo seguir fingiendo que solo somos amigos. Nunca hemos sido solo amigos. Incluso cuando reñíamos, había algo sexual en todo aquello. La pasión siempre ha estado ahí, solo que durante un tiempo ha adquirido una forma diferente. Ahora lo sé. Ahora lo entiendo. Por fin veo lo que los demás veían cuando nos miraban. Veo la conexión. La química. ¿Cómo he podido ignorarla hasta ahora?

Cojo su mano y froto la mejilla contra sus nudillos. Él esboza una sonrisa tan débil que ni siquiera estoy segura de que sea real. A lo mejor me la he imaginado. A lo mejor me estoy imaginando todo esto.

—¿De verdad quieres hacer esto?

Sus ojos buscan en los míos una confirmación. Asiento, y su mano empieza a moverse despacio

en dirección a mi boca. Permanezco quieta, desnuda, temblando de deseo, y lo miro. Parece tan concentrado, tan dedicado a esto...

Primero me pasa los nudillos por los labios como si quisiera comprobar su textura, y luego me roza el labio inferior con el pulgar. Entreabro la boca y respiro más fuerte, pero él no me besa, sino que su mano se aleja otra vez en dirección a mi nuca.

Cierra los dedos en torno a mi cuello y, despacio, me acerca a él. Cuando nuestros pechos se rozan, inclina el rostro y cubre mi boca con un beso lánguido. Tengo la impresión de que todo parece borroso e irreal; de que todo me desborda.

—Ven —susurra, pegado a mis labios.

Dejo que me lleve a la cama, nos tumbamos encima del colchón y de nuevo me acerco a él.

—Si vas a replanteártelo, hazlo ahora —me susurra.

Subo las manos hasta encerrar su rostro entre las palmas y pongo los ojos a la altura de los suyos.

—Jaime, no voy a cambiar de opinión. A lo hecho, pecho, ¿no?

Sonríe, a pesar de que intenta reprimir la sonrisa, baja el rostro y me abre la boca con la suya. Su lengua entra a través de mis labios, y su mano desciende hasta encontrar mi pecho. Me tensó y noto cómo el pezón reacciona y empuja contra su palma.

Jaime me besa más fuerte, el beso se torna febril. Nuestras bocas se devoran con más y más necesidad. Muevo la rodilla y empiezo a frotarla contra sus piernas. Mis palmas bajan y suben por sus brazos.

Él deja escapar un gruñido, me levanta en vilo y me coloca encima de sus caderas. Su rostro exhibe una expresión tan hambrienta que me aprieto aún más a su cuerpo, lo envuelvo entre las piernas y estrecho con fuerza los muslos para sentirle más cerca.

—Oye... —susurra, empleando la mano para obligarme a mirarle—. Me alegro de que estés aquí y de que... no te lo hayas replanteado.

Su respiración jadeante se cruza con la mía al encontrarse nuestras miradas.

Sin responder a eso, bajo el rostro sobre el suyo y busco sus labios otra vez. Su forma de besar me hace perder la cabeza.

Mientras nuestras lenguas se deslizan la una contra la otra, sus palmas se agarran a mis caderas y empiezan a mecarme encima de su erección. Noto que empuja para entrar, aunque finalmente no lo hace, se limita a provocar. Le gusta jugar y darme migajas. Clavo los dedos con fuerza en su pétrea mandíbula y le doy un beso rudo.

Jaime sonrío divertido y, con asombrosa agilidad, se gira y me aprieta contra el colchón. Ahora lo tengo encima de mí, con los ojos azules planeando sobre los míos. Su sonrisa tiene un trasfondo de oscuridad que me hace estremecer por dentro. ¿Qué está tramando? Me agarra por las muñecas, me levanta las manos por encima de la cabeza y me sujeta así mientras su boca baja por mi cuerpo y cubre uno de mis pechos. Sus labios envuelven mi pezón. Gimo cuando lo lame y tira de él con la boca, y me arqueo hacia sus labios en busca de más.

Aunque Jaime no parece tener prisa por concedérmelo. Se entretiene besándome y lamiéndome los pechos y luego su boca baja y se arrastra despacio por mi abdomen. Sus ojos buscan a los míos y retienen mi mirada durante unos segundos más de la cuenta. Bajo los párpados, me muevo por debajo de él y mis manos se hunden en su cabello. La boca de Jaime sigue bajando y estoy bastante segura de que no ha dejado de mirarme.

Abro la boca para respirar y lo sujeto con más fuerza por el pelo mientras sus labios me buscan como si quisieran descubrir todos los secretos que encierra mi piel. Mis labios, húmedos

después de sus besos, se entreabren de forma involuntaria y dejan escapar un pequeño gemido. Levanto los párpados y los ojos de Jaime se clavan otra vez en los míos para medir mis reacciones. Debe de estar contento con los resultados, puesto que deja de lamerme, coge mi mano y la presiona suavemente contra su erección. Su miembro brinca al notar mis dedos apretar a su alrededor, y sus ojos se oscurecen aún más. Noto que le cuesta respirar y, le sonrío.

No me devuelve el gesto. Su rostro se ha endurecido y sus ojos me observan de una manera estremecedora, con fuego, hambre y otras mil emociones que sé que le gustaría ocultar.

Aguanto su mirada y el corazón se me contrae en el pecho al comprender que, en realidad, no tengo forma de controlar esta conexión y esta pasión que ruje entre nosotros. No puedo apagarla sin más, y eso me asusta, porque siento que estoy a punto de perder el control.

Pasada una eternidad en la que nuestras miradas no han hecho más que acariciarse, su mano me busca otra vez, y su boca coge a la mía. El tiempo se ralentiza, y el deseo en mi vientre empieza a volverse líquido y ardiente. La boca de Jaime le hace el amor a la mía. Despacio. Desquiciante. Ninguno de los dos tiene prisa por irse a ninguna parte. Nos veneramos, nos alimentamos el uno del otro. Yo soy su debilidad. Él es la mía.

Sus dedos me rozan el sexo muy por encima y su lengua vuelve a llenar mi boca. Algo muy dentro de mí se tensa y emite una descarga eléctrica que se propaga hacia mis mulsos, arrolladora y brutal. Ya no soy capaz de respirar. Es como si Jaime estuviera absorbiendo todo el oxígeno que hay en mis pulmones.

Estoy confusa, desbordada... absorba en él. Noto sus palmas en mis costillas y en mis caderas y se me eriza la piel.

Sin soltar mis labios, me aprieta contra él y busca el camino para entrar en mí. Lo aferro por los brazos y sostengo su mirada, un instante demasiado largo en el que lo único que hay es él.

Se detiene, baja el rostro y me besa, un beso largo y necesitado que me sume en más turbación. Su pecho se agita con la fuerza de su gruñido y, de una estancada, se abre paso dentro de mí. Cierro los ojos y él rompe el beso y baja su hambrienta boca por mi mentón y mi clavícula. Mis manos encuentran sus caderas y las puntas de mis dedos se clavan en su piel. Jaime respira con esfuerzo y su estómago se tensa bruscamente mientras embiste otra vez.

De nuevo tengo sus labios encima los míos y suelto un suspiro cuando su lengua invade mi boca y se desliza sobre la mía. Puedo sentirlo dentro de mí. Está en todas partes, en mi cuerpo, en mi boca, en mis venas. Estoy a la deriva, cada vez más lánguida entre sus brazos.

Roza mi mentón con los dientes y me aprieta contra el colchón. Sus brazos me estrechan con fuerza contra su pecho, me aplastan contra él, como si temiera perderme si me suelta. Deslizo los dedos por encima de los tendones que se marcan en sus muñecas y beso una y otra vez la dureza en su rostro.

Jaime flexiona las caderas para penetrarme más profundamente y yo me aferro a él y lo rodeo con las piernas. Nuestros movimientos son rudos. Secos. La pasión nos eleva cada vez más arriba. Hay oscuridad en sus ojos, una oscuridad impresionante que arde detrás de sus pupilas como un fuego fuera de control. Me aferro con las dos manos a su apuesto rostro y me tomo un momento para evaluar su mirada. Ahora lo sé. Por fin comprendo la verdad. Esto era inevitable. Cada paso que he dado me ha conducido hasta aquí.

Lunes, Grinchina

Madre. De. Dios. Bendito.

Cierro los párpados de golpe, con la esperanza de que todo desaparezca en la oscuridad, mis pensamientos, los recuerdos, las sensaciones...

Ojalá cuando abra los ojos descubra que toda la pasión de anoche no ha sido más que una pesadilla, una de esas intensas, bonitas y delirantes fantasías que mueren ante el primer rayo de sol. Dejan atrás un bonito recuerdo y una sonrisa nostálgica en tus labios, pero ninguna cicatriz en el corazón.

«Dios, haz que sea una fantasía. Esto no puede ser real. Mi cuerpo no puede estar lleno de huellas tuyas. Lo que noto en mis labios no puede ser su sabor».

Tomo aliento y cuento hasta diez.

Pasa toda una eternidad hasta que reúno suficiente valor como para levantar los párpados y enfrentarme a lo que he hecho.

Algo se quebranta dentro de mí mientras mis ojos se arrastran por su hermoso rostro. Jaime duerme pacíficamente y yo estoy desnuda. Abrazada a él.

«No, no, no, no, no. ¡No, joder! ¿Cómo he podido dejar que esto pasara? Ay, Alberto. ¿Cómo te explico yo esto? ¿Cómo te digo que tenías razón al sentirte amenazado?».

Mis ojos, llenos de horror, dan una vuelta circular por la habitación mientras mi mente intenta trazar un plan de retirada. A la luz del amanecer, las ideas de anoche parecen de repente estúpidas e irresponsables. Nunca he puesto los cuernos. Nunca. ¿Qué cojones pasa conmigo últimamente? Lo estoy echando todo a perder. Precisamente yo debería saber cuánto daño hace una infidelidad.

Me empieza a escocer la garganta. Trago saliva, bajo los pies de la cama y me deslizo poco a poco por debajo de la sábana. Necesito salir de aquí cuanto antes y pensar en una forma de arreglar esto. Si es que todavía se puede arreglar algo.

—¿Te ibas?

La voz de Jaime, ronca tras el sueño, me paraliza junto a la mesa escritorio. Bajo los párpados en un gesto vencido y vuelvo a tragar saliva. Noto cómo mi expresión se vuelve cada vez más y más rígida, más desencajada. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano por fingir frialdad.

—¿Es que esperabas una nota de agradecimiento?

Me vuelvo impasible y me enfrento a él. Es mejor ponerle fin de golpe. Menos doloroso.

El rostro de Jaime no esboza gesto alguno. Me contempla de manera fría e impersonal.

—Ya veo. Hablabas en serio al decir que esto no significa nada.

Su voz suena como de costumbre, aunque yo detecto una nota de aspereza en ella. Me lo quedo mirando un segundo más de la cuenta y se me contrae el abdomen. Está desnudo de cintura para arriba, con el pelo cayéndole despeinado sobre el rostro. Me obligo a no fijarme en lo guapo que está recién levantado.

—Si no te lo llegaste a creer, es culpa tuya. Yo no podía ir más en serio.

—Así que un polvo de una noche.

—Y un bonito recuerdo.

Mira arriba, hacia mis ojos, y una sonrisa medio irónica cruza su cara.

—Odio los recuerdos. Son un recordatorio de algo que no puedo tener.

Aprieto la mandíbula en un gesto obstinado.

—Pues escribe otro puto libro y cámbiale el final. ¿No es esa tu más asombrosa habilidad?

Sonríe, apaga la sonrisa y su expresión se vuelve inescrutable.

—Ya. Bueno, puede que lo haga.

—Bien. —Me dispongo a marcharme, pero cambio de opinión y me vuelvo a girar—. Ah. Una cosa más. Nunca he estado aquí. Lo de anoche no ha pasado.

Sus labios se mueven en una sonrisa lenta y estremecedora. El recuerdo de su boca en mi piel me hace sentir una intensa oleada de placer sexual, pero intento ignorarla.

Sus ojos, tranquilos y serenos, se quedan anclados en los míos durante unos segundos y tengo la impresión de que se ha dado cuenta; ha visto que se me han dilatado las pupilas y que, de pronto, respiro de forma artificial, acompasada.

—Da igual lo que hagas creer a los demás, Cristina. Muy en el fondo de tu corazón sabrás que es mentira.

—Puedo gestionarlo.

Enarca una ceja. Por debajo de ella, sus ojos se tornan sardónicos.

—¿Puedes?

No me digno a responder a eso. Pongo cara larga, pesco mi ropa del suelo y me largo lo más rápido que puedo. Dentro de unas cuatro horas vuelve Noelia y tengo hasta entonces para borrar los recuerdos de mi mente; cuatro horas para fingir que lo de anoche no ha sido más que un mal sueño.

Está chupado.

Navidad, estúpida, estúpida Navidad

—Para Cristina, unos calcetines navideños del Primark londinense y una caja de bombones rellenos de whisky escocés. Luke Evans no está en venta. Y, para Jaime, un libro de Ken Follet ¡en inglés! A ver si practicamos, majo, que me sangran los oídos cada vez que hablas con Mark.

Intento poner una sonrisa en mis labios y fingir que nada ha cambiado desde la última vez que nos vimos.

—Tía, me encantan. Con estos sí que no se pasa frío, ¿eh?

—Guau. Ken Follet. Gracias.

Jaime envuelve a Noelia en un abrazo. Siento una punzada en el estómago. Me digo a mí misma que solo son gases, y me doy prisa por abrazarla también.

—¿Y qué tal tus vacaciones? ¿Cómo son los padres de Mark?

—Británicos —refunfuña disgustada—. No saben lo que es el buen comer.

Me río sin ninguna gracia. Estoy demasiado inquieta como para reírme. Jaime está aquí y mi corazón ha alcanzado un ritmo tan frenético que escucho la sangre bombear en mis oídos. Podría alargarse la mano y rozarle, una idea demasiado tentadora, ante la cual intento resistir.

Pese a mi empeño, mis ojos lo buscan de manera involuntaria y se me contrae el estómago cuando él me devuelve la mirada. Inhalo. Exhalo. Aun así, no consigo la tranquilidad que estoy

buscando. Todas las emociones que se han mantenido en silencio durante estos años empiezan a brotar de golpe y mi ensayado equilibrio parece cada vez más débil.

—¿Y vosotros qué? Has vuelto antes, ¿no, Jaime?

La pregunta de Noelia me congela el aliento. Jaime vuelve la mirada hacia la mía, me contempla unos segundos en silencio y después sus ojos regresan al rostro de nuestra amiga. Una sonrisa indiferente tuerce sus labios.

—Sí. Tengo trabajo que hacer.

Creo que todo el mundo ha oído mi suspiro de alivio. Intento decir cualquier cosa para desviar la atención.

—Bueno, chicos, ahora que estamos todos, ¿qué tal si hacemos algo fuera de casa para celebrar la Navidad?

«*En un sitio con mucha, mucha gente*».

El rostro ceñudo de Jaime se vuelve hacia el mío.

—Conmigo no contéis. Tengo un libro que escribir. Un encargo especial.

Sé que se refiere a nuestra conversación de esta mañana y se me seca la garganta.

—Este chico es el Grinch —se ríe Noelia.

—No, va a ser que el Grinch soy yo...

Cuando me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta, es demasiado tarde. Los dos me miran ceñudos.

—¿Os habéis peleado otra vez?

—Eh...

Jaime me mira intensamente. Me obligo a enfocar a Noelia.

—No. Es que está enfadado conmigo porque... he bebido... a morro... de su... —«*Dios mío*»—... zumo.

—¡Tía!

—Lo siento. No he podido... contenerme.

Jaime aprieta los labios para retener una sonrisa.

—Sé que no has podido. El zumo es irresistible. La pregunta es, Cristina: ¿vas a seguir bebiendo?

Virgen Santa.

—No, de ninguna de las maneras —niego, toda digna.

—¿Por qué no?

Lo reprendo con la mirada. Él me sonrío socarrón.

—Tengo mi propio zumo.

La sonrisa de Jaime se desvanece poco a poco, hasta que sus ojos azules se vuelven del todo serios. Ya no hay ni rastro de su mueca irónica.

—Y te parece que tu zumo es mejor que el mío —afirma en tono seco.

—Me parece que es... lo más correcto.

—*Lo más correcto* —apostilla con un retintín irónico, y luego tuerce los labios en plan meditabundo—. Hum. Muy bien. Bueno, ¿qué se le va a hacer? Me voy, señoras. Si queréis algo, estaré en mi habitación. Cristina, si quieres más *zumo*, ya sabes dónde encontrarlo.

«*Cretino*».

Mis ojos lo siguen por el pasillo como cuchillos que se clavan en su espalda.

—¿Te has follado a Jaime?!

Vuelvo la mirada hacia Noelia y abro los ojos con horror.

—¿Qué?
—Oh, por favor. ¿El zumo? Estabais hablando en clave.
—No, qué va.
—Anda que no. Te lo has follado, zorrón. A mí no me mientas, ¿eh?, que hace mucho que te conozco. Y, además, mientes como el culo.
—¿En serio? Yo siempre he creído que lo hago muy bien.
—Te tienes en muy alta estima, me parece a mí.
Entorno los ojos.
—Vale, sí, me acosté con él. Una vez.
—¿Solo?
—¿Por qué parece tan divertida? ¿No deberías decirme que soy una petarda y que he cometido el error de mi vida?
Noelia sonrío y niega con la cabeza.
—Nop.
—¿Por qué no?
—No puedo afirmar algo que no pienso.
Me la quedo mirando incrédula. Conque esas tenemos, ¿eh?
—No irás a decirme ahora que lo que he hecho está bien.
—Espera. ¿Tú piensas que está mal?
—¿Estás de coña?! —clamo en susurros—. ¡Pues claro que está mal! Ha sido un error. Anoche vi a JP y me entró el bajón. Esto no volverá a pasar. Por Dios. Tengo novio.
—Oh. Ya. Tu novio.
—¿Por qué pones esa cara y ese tonito?! ¡Sí, mi novio!
—Voy a hacerte una pregunta, Cris, y quiero que te lo pienses muy bien antes de contestar. ¿Le querías si no fuera lo que es?
—¿A qué te refieres?
—A que es bombero. ¿Si fuera, no sé, fontanero, pensarías lo mismo?
—¡Sí!
«Sí, ¿verdad?».
—¿En serio?
—Que sí, pesada. Que a mí me gusta Alberto por ser quién es, no por ser lo que es.
—Venga ya, tía. Si os vi juntos. ¿A quién intentas engañar?
—Si vas a decirme que me pasé la noche mirando a Jaime...
—¡Es que te pasaste la noche mirando a Jaime y riéndole las gracias!
—Sí, pero porque es listo y dice cosas interesantes. Y graciosas.
—¿Y no te gustaría pasar la vida con alguien listo que dice cosas interesantes y graciosas?
—¡NO!
—¿Por qué no?
—Pues porque... porque... ¡Porque no y ya está! ¡Deja de atosigarme!
—Porque sabes que te importa y te da miedo que alguien vuelva a importarte de esa manera, ¿verdad? Por eso prefieres estar con un tío por el que no sientes nada. Porque es más seguro. Porque si algo no te importa, es imposible que te haga daño.
Me levanto del sofá y la miro echando chispas.
—Vete a la mierda, tú y tu psicoterapia barata.
—¡Sabes que tengo razón! —grita detrás de mí—. Por eso te enfadas. ¡Ni siquiera estás

enfadada conmigo! ¡Estás enfadada contigo misma! ¡Porque sabes que lo único que te gusta de Alberto es su profesión!

Resoplo como un caballo furibundo, doy un portazo y me lanzo a la cama boca abajo. Creo que acabo de joderle las navidades a todo el mundo. Por mí, estupendo. De todos modos, empiezo a odiar las estúpidas navidades.

Enervada, cojo el móvil de la mesilla y lo miro. Tres llamadas perdidas de Alberto. Cierro los ojos, hundo la cara en el colchón y vuelvo a gruñir con fuerza. Ser infiel requiere demasiado esfuerzo. No me apetece ser adulta hoy.

Lista de propósitos

La Navidad pasa sin pena ni gloria, al igual que el Fin del Año. Lo celebramos en casa, nosotros tres, el perro y el hámster. Mark no vuelve hasta el día 3.

Jaime y yo nos comportamos de manera distante. Todo contacto físico está prohibido entre nosotros. Si me tiene que pasar la sal, la deja encima de la mesa y yo la cojo sin riesgo de rozarle. Antes, al menos éramos amigos. Ahora no somos nada. Eso duele.

Después de las campanadas no hay acercamiento. Me da una palmadita en el brazo y me dedica una sonrisa escueta. Nada más.

No estoy de humor para recibir con entusiasmo el concepto de nuevo comienzo. Estoy triste. Nada me complace estos días. Ni siquiera las pizzas tamaño familiar del Telepizza. O sea, que estoy peor de lo que pensaba. Yo nunca hago ascos a una pizza tamaño familiar.

Me he visto todas las películas relevantes de Netflix y ahora estoy liada con mis propósitos de Año Nuevo. En realidad, no me importa demasiado, solo lo hago para tener algo con lo que mantener mi mente ocupada. Jaime me ha regalado para Navidad una agenda de Puterful, muy cuqui ella, con su mensaje solidario (*el truco está en ser menos sentimental y más hijaputa*), y la estoy usando para confeccionar mi lista de intenciones. Por ahora solo tengo una:

NO VOLVER A ACOSTARSE CON JAIME.

Lo he subrayado decenas de veces, para recalcar su importancia.

Al no tener un objetivo claro en la vida, mi único cometido estos días es escuchar en bucle 9 *Crimes* de Damien Rice y evitar a Jaime. Soy consciente de que mi estúpido corazón late desbocado cada vez que estoy con él, y también de lo que significa ese latido. Es mejor no tentar a la suerte y quedarme en mi habitación, delante de la ventana. Es más seguro.

Fuera está lloviendo. Es de noche y las gotas que golpean contra el cristal se deslizan hacia abajo. Me siento sola. Puede que sea la música. O la lluvia. Puede que sea yo...

Suelto el bolígrafo, me froto los párpados con aire cansado y miro al exterior sin ver nada. Damien canta: *es el tipo de lugar perfecto para estar engañándote*. Hundo la cabeza entre las manos y expulso un largo suspiro. Mañana vuelve Alberto. Puta mierda de vida.

Mimimimimi

Alberto regresa el mismo día que recibo el e-mail.

Cayetana y Juan Pablo.

Nos casamos y queremos compartir este día tan feliz contigo. El evento tendrá lugar el próximo

25 de febrero en nuestra finca de Cantabria. ¡Te esperamos!

Mimimimimimi.

Puaj. Lo considero un mal presagio, aunque no tengo tiempo de pensar mucho en ello. Alberto está aquí y tengo que poner la mejor de mis sonrisas para fingir que lo he echado de menos, aunque sea un poquito.

—¡Cris! Dios, cómo te he echado de menos.

—¡Yo también!

Uf.

Me abraza tan fuerte que apenas puedo respirar. Hm. Huele bien.

—¿Qué tal el vuelo?

Niega como para decir que ya no importa, me levanta el mentón y me besa con avidez. Le devuelvo el beso e intento componer una sonrisa cariñosa cuando se aparta de mí.

—Ojalá te hubieses venido conmigo, cariño. Sin ti no ha sido lo mismo.

¿Cariño? Ay, madre. No me lo merezco.

—Sí... Ojalá. ¿Quieres que cenemos algo?

—No tengo hambre. Nos han dado un sándwich en el avión. Además, tengo demasiadas ganas de ti como para pensar en comida.

—Oh. Vale.

Sus ojos se entrecierran al ver mi sonrisa tensa.

—¿He dicho algo fuera de lugar?

—No, no. Yo también tengo ganas de ti. Vayamos a tu casa.

Mis palabras y mi sonrisa fingida parecen convencerle.

Se cuelga la maleta del hombro, me coge de la mano y echamos a andar hacia la salida. Es tan guapo que todas las mujeres con las que nos cruzamos lo miran. Tan alto, tan fornido, tan masculino... Es el hombre perfecto. Eso debería ser suficiente.

—¿Has pensado en lo que te dije?

Trago en seco y mis ojos se elevan hacia los suyos.

—¿Qué? Ah. ¿Lo de vivir juntos, dices?

—Ajá.

—Pues...

—No intento presionarte, ¿eh? Ni mucho menos.

—No, ya lo sé, tontorrón.

—Es solo que... —Se para en la puerta del aeropuerto y la gente tiene que esquivarnos—. Me gustaría tenerte solo para mí.

Ay.

—Prometo pensármelo en serio, ¿vale? He estado ocupada pensando en... —«¿Jaime?»—... propósitos de Año Nuevo.

—Pues deberías incluir este en tu lista —me dice con una sonrisa guasona.

—Sí. Buena idea. No sé cómo no se me había ocurrido —rezongo con falso entusiasmo. Creo que mi sonrisa se le parece un poco a la de Chucky, el muñeco diabólico.

Alberto planta un beso en la punta de mi nariz y me vuelve a coger de la mano.

—Vayamos a buscar un taxi.

—Vale...

¿Huellas?

Los labios de Alberto se arrastran despacio por mi mentón. Su mano descansa en mi cadera. Me muevo por debajo de él por enésima vez, como si de algún modo intentara apartarme de sus caricias.

—¿Estás incómoda?

—No, no. Estoy bien.

—No dejas de moverte.

—Es que me duele la espalda.

—Entonces, estás incómoda.

—No. Ahora estoy bien. Sigamos.

Su rostro se aparta un poco. Está ceñudo. No me gusta cuando me mira así de concentrado.

—Estás rara.

—No, qué va. Es que ha pasado algo de tiempo y me he puesto un poco nerviosa. Estás tan...

—«¿Cerca?»—...guapo...

Mi respuesta parece complacerle. Sonríe cariñoso y vuelve a tomar mis labios entre los suyos. Esta vez me dejó besar. Su lengua presiona para entrar y yo se lo permito y le ofrezco la mía.

Mientras nos besamos con languidez, su mano se mueve por mi muslo y se desliza entre mis piernas. Pego un brinco y pongo la mano encima de la suya de manera instintiva.

—No... Lo siento, no puedo hacer esto ahora.

Alberto me muestra una mirada confusa.

—¿Qué te pasa? Estás rara de narices.

—La espalda. Me duele más de lo que creía. ¿Te importa si nos limitamos a dormir?

Sí, le importa, sí. Veo la decepción en su mirada. Pero es un gran tipo y se recompone de inmediato.

—No. En absoluto. ¿Quieres un calmante o algo?

—Solo quiero que me abrace.

Una sonrisa mortecina se insinúa en las comisuras de su boca.

—Eso está hecho.

Se tumba en el colchón, me acerca a su costado y me envuelve con el brazo. Apoyo la cabeza en su musculoso pecho desnudo y él me acaricia el pelo con los dedos. Suspiro hondo. Es la primera vez que dormimos juntos sin hacerlo. Esto no puede estar pasando. Todo esto es culpa del cretino de Jaime, cuyas caricias se han grabado en mi mente a fuego vivo. ¿Por qué, por qué, por qué toda esta culpabilidad?

—¿Cómo es la República Dominicana? —susurro después de un largo silencio.

—Colorida. Algún día quiero volver contigo. Te gustará.

Sonrío, cierro los ojos y espero a que el sueño me venza. Finalmente, lo hace, aunque no es un sueño tranquilo ni pacífico. Es un sueño que me atormenta con recuerdos que pretendo olvidar. En mis sueños siempre veo sus ojos clavados en los míos, atrayéndome hacia él. ¡Ay, la Virgen! Me he convertido en Anna Karenina.

Por la mañana Alberto tiene turno, con lo que me libero de dar muchas explicaciones sobre mi ficticio dolor de espalda y me voy a casa muy temprano.

Viajo en el metro con los cascos puestos, aislada de todo lo que pasa a mi alrededor. El metro está abarrotado. Siempre lo está a estas horas.

Apoyo la cabeza contra la puerta y escucho otra vez *9 Crimes*. No puedo sacarme esta canción de la cabeza. Creo que Jaime la ha hecho sonar demasiadas veces y ahora estoy enganchada a ella. La letra y la suavidad de las notas de ese piano me hacen pensar en cosas. No sé qué clase de

cosas. Cosas extrañas. Sentimientos que ni siquiera soy capaz de comprender. Añoranza. Tristeza. Desaliento. Derrota... Y pérdida. Pérdida por todas partes, por encima de todo, impregnando lo que hay a mi alrededor. Parece que no hay forma de que me quite de la mente la intensa sensación de pérdida que siento desde hace días. Haga lo que haga, el vacío está ahí, cada vez más hondo.

Entrecierro los párpados, me aferro a la barra metálica y me paso la punta de la lengua por los labios. Solo me quedan tres paradas.

—¿Vas a bajar? ¡Eh! ¡Tú, gorda! ¿Bajas aquí?

Me quito los cascos y miro aturrullada al chico que me ha hablado.

—¿Qué?

—Que te quites, tía petarda. Estás bloqueando la puerta.

Menudo gilipollas.

Me aparto con mala cara y contraigo las pupilas. Fantaseo con el día en el que los jóvenes en el metro sean educados, cedan el asiento y pidan las cosas de manera amable y diciendo por favor. Quizá tenga demasiadas expectativas. Así me va.

Cuando llego a mi parada, bajo del metro y subo por las escaleras mecánicas con mirada ausente. Me aferro a la banda y veo a Jaime diciéndome: *¿estás loca? ¿Tienes idea de la cantidad de microbios que hay ahí?* Sonríe sin poder evitarlo. Menudo maniático. Jamás podría estar con un tío así. Me sacaría de quicio. ¡Lleva un desinfectante de manos en el bolsillo! Aunque es bastante útil, porque ahora empiezo a pensar en los microbios y... Uf.

«¿Qué me has hecho, Jaimito?».

Por la calle camino envuelta en un abrazo. Mi única compañía es la música, el viento y el frío.

Para cuando llego al portal, estoy congelada, aunque no sé si por dentro o por fuera.

Me cruzo con Jaime en el ascensor. Yo entro y él sale. Es muy pronto para que esté aquí fuera. No son ni las ocho. ¿Adónde va? ¿Y por qué me importa tanto?

—Hola —me dice, bastante cortado.

Siento una contracción de dolor. Es la primera vez que estamos a solas después de... aquello.

—Hola.

—Vienes de...

—Sí.

—Ya.

Asiente y me doy cuenta de que no sabe muy bien cómo comportarse conmigo. Yo tampoco sé cómo comportarme con él.

Los dos tragamos saliva y nos miramos unos segundos a los ojos, como resistiéndonos a aceptar una realidad.

—Me tengo que ir —susurra Jaime al ver que se prolonga el silencio y la incomodidad.

—¿Ah, sí? ¿Adónde vas? —pregunto, hambrienta de sus palabras.

—Tengo cosas que hacer.

—Oh. Nos vemos luego, ¿no?

—Claro. *Ciao*.

—¡Ten cuidado!

«¿Ten cuidado? ¿Desde cuándo dices cosas así? ¡Dios!».

—Sí.

Jaime se marcha sin mirar atrás. Me quedo en la puerta del ascensor y lo sigo con la mirada hasta que desaparece detrás de la esquina del edificio. No puedo hacerlo. No es que no quiera. Es que no puedo ir detrás de él. No puedo convertirme en alguien como JP. Puede que Noelia tenga

razón. He estado buscando el amor durante toda mi vida y puede que ahora esté, sencillamente, demasiado cansada como para intentarlo con alguien.

No puedo seguir a Jaime hacia lo desconocido. Tengo una vida. Tengo un novio. No puedo dejarlo todo por una aventura de una noche. Ha sido un error y no pensaré más en ello. Incluso si duele. Incluso si echo de menos a mi amigo. Me apartaré, antes de que *mi amigo* me haga pedazos. Porque, de todos ellos, él es el único que verdaderamente podría romperme. El hombre que me importa es el único con el que de ninguna de las maneras puedo estar.

Mi madre me lo ha dicho demasiadas veces: que ellos te quieran a ti más de lo que los quieres tú a ellos. Porque el que menos quiere, es el que gana siempre. Es mejor vivir con muros a tu alrededor y que los demás se rompan contra ellos mientras intentan derrumbarlos.

No dijo *más sencillo*, dijo *mejor*, así que supongo que debe de serlo.

Martes, demasiados Lacasitos

Mi mirada se pierde en los Lacasitos esparcidos sobre la mesa de la cocina. Cojo aliento y cuento hasta diez. No me esperaba esto al volver del trabajo. ¿Qué posibilidades hay de rebobinar y fingir que nada ha pasado?

—¿No vas a decir nada?

«*Por lo visto, ninguna...*»

Levanto la mirada hacia la suya y lo miro atónita. Necesito casi medio minuto en encontrar las palabras.

—Eeehhh... ¿Has usado Lacasitos para preguntarme si quiero ser tu novia? ¿Qué tienes, cinco años?

Jaime se encoge de hombros. Se le ve sorprendentemente tranquilo, dada la pregunta que acaba de plantear y las implicaciones de dicha pregunta.

—Pensé que te molaría.

—¡No!

Hace un gesto desconcertado con la mirada y cabecea.

—¿Ya no te molan los Lacasitos?

No me lo puedo creer. ¿Pero este qué se ha creído? ¿Que hemos follado una vez y eso ya le da derecho a volverse territorial? ¿Los hombres todavía no han comprendido que las mujeres nos hemos emancipado y masculinizado? Ahora echamos un polvo y adiós muy buenas. Vamos, lo mismo que ellos. No veo dónde está el problema.

—La respuesta es no. NO quiero ser tu novia.

Jaime frunce el ceño y me recorre el rostro con una mirada inquisitoria.

—¿Por qué no?

La serenidad de su pregunta me causa tal sorpresa que abro y cierro la boca varias veces, sin saber qué responder. Parezco un besugo.

—¿En serio me preguntas que por qué no? ¡Pues porque no y punto!

—Eso no me vale. Si rechazas a alguien, has de tener motivos para hacerlo. Motivos serios.

—¡Motivos! —exclamo, sintiéndome tan presionada que pongo los brazos en jarras—. El señorito quiere motivos, oiga. Pues muy bien. Te diré los motivos, Jaimito. Lo nuestro jamás funcionaría porque...Pues porque...—«*Eso. ¿Por qué?*»—. Puff, todo el mundo lo sabe.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Es que yo... Vamos, que yo... Yo... ¡Detesto tus rarezas! —se me ocurre de pronto, y sonrío triunfal.

—¿Rarezas? ¿De qué estás hablando? Yo no tengo ni una sola rareza.

—¿Una? No, no tienes una. ¡Tienes mil!

—Dime cuáles son —exige sin alterarse, y coloca los brazos sobre el pecho con una

tranquilidad que me saca de quicio.

—¡Ordenas los botes de especias por orden alfabético! ¿Y qué me dices de tu... —chasqueo los dedos mientras busco la palabra—... de tu estúpida manía por limpiar el baño con lejía hasta quitarle el brillo a la porcelana?

En absoluto contraste con mi actitud desquiciada, Jaime sostiene mi mirada con aplomo y arquea las cejas.

—¿Estás en contra de la higiene, Cristina?

—Eso no es higiene. ¡Es obsesión!

—De modo que piensas que el orden y la limpieza son rarezas.

—¡Lo que pienso es que sufres de un trastorno obsesivo compulsivo que dificultaría mucho una relación sentimental entre ambos, ya que yo soy de todo, menos ordenada!

—Cierto es que me diagnosticaron uno hace años, pero lo mantengo bajo control.

—¡Ja jaja! ¿En qué puto universo?

Hace una mueca de exasperación.

—Está bien, aparte de mi trastorno obsesivo compulsivo, ¿qué más rarezas tengo?

—Tienes demasiadas. Ni sé por dónde empezar.

—Define una.

—Hmmm...

Mi incapacidad para expresarme le hace curvar las comisuras de la boca en una media sonrisilla sardónica.

—¿Y bien? —presiona, complacido por mi silencio—. ¿Nada que decir al respecto?

Empiezo a removerme inquieta, a cambiar el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—No puedo pensar cuando me miras de ese modo—confieso después de varios titubeos.

—¿Y de qué modo te estoy mirando?

—Como si quisieras besarme.

Una expresión burlona suaviza la masculinidad de sus rasgos.

—¿Piensas que quiero besarte?

Lo miro sin pizca de diversión.

—No empecemos.

—Si eres tú, que no te estás quieta —me dice, falsamente consternado.

Suelto el aire en un soplido, tiro del respaldo de una silla y me siento delante de él, con la mesa de la cocina haciendo de barrera entre nosotros.

—Mira, Jaime, te seré sincera. No busco una relación ahora mismo.

—Sería absurdo. Ya tienes una.

—Pues eso.

—Pero tú y yo sabemos que no vas en serio con esa relación —repite, con un tono de voz desdeñoso, como si lo diera todo por sentado—. Y también sabemos que lo que ha pasado entre nosotros...

—Fue un error que no puede repetirse —acabo la frase antes de que lo haga él.

Me mira con la condescendencia con la que miraría a un niño ingenuo.

—Dices cosas que no piensas.

—Al contrario. Pienso las cosas que *no* digo.

Se queda colgado un segundo, y luego frunce el ceño.

—Vaya. —Suelta un silbido burlón—. Te has vuelto un tanto profunda. ¿Qué ha sido del sol que se ocultaba detrás de las mierdas de vaca?

Lo miro con expresión crispada.

—No intentes desviar la atención. Lo que pasó entre nosotros estuvo bien, pero, aparte de que tengo novio, *que lo tengo*, tú y yo no tenemos nada en común. Pero nada de nada. Estaríamos juntos un par de meses y luego todo acabaría en drama y frustración. Dejemos las cosas como están, ¿eh? Es más sencillo.

«*No mejor, sino más sencillo, coño*».

—¿Cómo sabes que no tenemos nada en común? Nunca te has esforzado en conocerme.

—Y dale. Vale, te lo demostraré. Te someteré a un sencillo cuestionario para que veas que somos polos opuestos que se repelen.

—Una pequeña corrección, Cristina. Los polos iguales se repelen. Los polos opuestos se atraen.

—Aaarrggggghhhh. ¿Lo ves? Nada en común. Tú eres listo y yo no. ¡Superémoslo!

Pone los ojos en blanco y su expresión se vuelve de nuevo condescendiente.

—No me vengas ahora de humilde. Eres igual de lista que yo. ¡Te sabes el nombre de todas las Kardashian! Eso tiene mucho mérito.

—¡La Virgen! Bien pesadito que eres. Venga, hagamos el cuestionario para que dejes de dar el coñazo de una vez. Tengo sitios a los que ir y gente a la que ver.

Jaime trata de refrenar una sonrisa. Sabe perfectamente que no tengo nada que hacer.

—Vale. Estoy listo.

Me enderezó en la silla, carraspeo para aclararme la voz y adopto un aire severo.

—Muy bien. Empecemos. ¿Dónde te ves dentro de cinco años?

Sus ojos dan una vuelta completa sobre sus órbitas y luego se giran hacia los míos y me dedican una mirada de irritación.

—¿Pero esto qué coño es?, ¿una entrevista de trabajo?

—Tú contesta.

Vuelve a entornar los ojos, resopla y medita unos segundos antes de responder.

—En Benidorm, en una terraza con vistas al mar. Con una caña bien fría y compartiendo contigo una ración de croquetas.

Mecachis. Pero seguro que va a contestar mal a todo lo demás, así que no tiene sentido preocuparse.

—¿Chocolate o vainilla?

—¿Estás de coña? Chocolate, siempre.

No pasa nada. Estoy tranquila. Hay muchas preguntas a las que contestar mal. Puff, mogollón. Lo demostraré.

—¿Mayonesa o ketchup?

Sus ojos se clavan en los míos y de pronto me cuesta respirar.

—Mayonesa.

«*Chhhhhhh*».

—¿Café o té?

—¿Me tomas el pelo? Café, por supuesto.

«*Ay, ¡la Virgen!*»

—¿Stark o Targaryen?

Nuestros ojos se encuentran de nuevo y él esboza una sonrisa de lado de lo más perturbadora.

—*Cuando cae la nieve y los vientos blancos soplan, el lobo solitario muere, pero la manada sobrevive.*

Sí, está claro. No hay más que hablar. Es el hombre de mis sueños.

Empujo la silla hacia atrás, me levanto con aplomo y me marcho sin decir nada.

—¿Ya está? —grita detrás de mí—. ¿He pasado tu estúpido test?

—Nop. Has contestado mal a todo.

¡Joder! ¿Cómo podemos ser tan compatibles? Esto no está pasando.

—Estoy enamorado de ti. Si sientes lo mismo, dímelo ahora. Solo... dilo.

Me detengo en el hueco de la puerta y me vuelvo demudada. Él permanece sentado en la silla, con la espalda recta y los ojos levantados hacia los míos.

—Somos amigos —musito, aunque mi voz tiembla al hablar.

—Pues estoy enamorado de mi amiga.

—Jaime...

No sé por qué estoy suplicando, si estoy suplicando para que me deje, o si estoy suplicando para que me convenza de que somos perfectos juntos.

—Una noche contigo. Es todo lo que he necesitado para confirmar algo que, en el fondo, creo que siempre he sabido. Estoy enamorado de ti —repite, más derrotado de lo que nunca lo he visto.

—Estábamos borrachos.

Sus ojos evalúan a los míos como si intentaran leer mis pensamientos.

—Me tomé dos chupitos. Estaba sobrio —me dice después de toda una eternidad.

—¿Qué? —susurro, con la voz ahogada de emoción.

Jaime guarda silencio unos momentos. Tiene el rostro endurecido y los ojos oscuros, llenos de tormento.

—Sabía lo que estaba haciendo, Cristina. A diferencia de ti, no puedo achacárselo a la bebida. Trascurre una pausa, en la que intento reunir suficiente valor como para mirarlo a la cara.

—Ojalá no fueras mi amigo —musito después de un silencio casi abismal.

—¿Por qué no?

Me lo quedo mirando unos segundos más de la cuenta y un brillo doloroso relampaguea en mis ojos. Me escuece la garganta y tengo que hacer un enorme esfuerzo por abrir la boca y formular una frase.

—Me sería más fácil partirte el corazón. Porque yo no estoy enamorada de ti. Solo fue... un bajón y... el licor de hierbas.

Sus iris azules me contemplan fijamente y por un instante me siento conmocionada por el brillo de desesperación que se refleja en su mirada. Pero no me quedo a contemplarlo por mucho más tiempo. Doy una vuelta brusca sobre los talones y me encamino hacia mi habitación.

A medida que me alejo de él, las lágrimas empiezan a inundar mi mirada más y más, hasta que el mundo a mi alrededor se vuelve tan turbio que ya no veo nada salvo esa expresión derrotada que se reflejaba en sus perfectas facciones antes de darle la espalda.

En mi habitación, me desplomo en la cama y me echo a llorar. No por haberle perdido a él. Si lloro es porque siento que me he perdido a mí misma.

Fase I: La ruptura

Jueves, sobredosis de tomates cherry

Se lo digo durante la cena. No ha sido premeditado. Incluso a mí me ha pillado por sorpresa. Un segundo antes de que mis labios formularan esas palabras, estaba ahí, contemplando ausente los tomates cherry de la ensalada y preguntándome si los tomates cherry los había inventado alguien que estaba a dieta y no podía comerse un tomate normal.

—¿Qué has dicho?

Alberto suelta los cubiertos, tensa la mandíbula y sus ojos se enfrentan a los míos, duros y fríos como esquirlas de hielo.

Se produce un largo silencio en el que nada se mueve, tan solo su mirada, que se pasea por mi rostro como si pretendiera despedazarlo. Empiezo a acobardarme.

—Me he acostado con Jaime —repito, y mi voz suena ahora débil y apagada—. Lo siento. Tenía que decírtelo. No... Solo ha sido una vez y... te he elegido a ti, así que...

Como no sé qué otra cosa añadir, me callo y lo miro en silencio, a la espera del veredicto.

—Así que ya está, ¿no? Así de simple. Me has elegido a mí y lo que tengo que hacer es fingir que no lo he oído y pasar página.

Aguantar la fuerza de sus ojos oscuros requiere un esfuerzo sobrehumano. Estoy cada vez más dispersa.

—No, por supuesto que no. Yo solo... Alberto, lo siento muchísimo. No... no tengo palabras.

Alberto da un puñetazo en la mesa. Me pilla tan por sorpresa que brinco en la silla y cierro la boca de golpe. Desearía no haber dicho nada; haber vivido con la culpabilidad.

—¡Soy *tan* gilipollas! —musita, hundiendo la cabeza entre las manos. Tiene los dedos torcidos como garfios—. Y pensar en lo culpable que me sentí después de acostarme con esa tía cuando tú y yo solo llevábamos una semana juntos...

Mi corazón deja de latir.

—¿Qué? ¿Qué tía?

Alberto levanta la cabeza y me lanza una mirada áspera y cortante.

—No me mires así. Lo mío fue un error. Salí con mis amigos, bebí más de la cuenta y... me lie con una piba. Tú te comportabas como una pedorra en esa época y, de todos modos, no íbamos en serio. Pero tú... Tú lo has hecho cuando... cuando... Joder, Cris, me veía casado contigo, y tú...

Las palabras se consumen en su garganta, y niega para descartarlas de su mente. Yo permanezco en la silla, con la espalda recta y las manos apoyadas en la mesa, a ambos lados del plato de ensalada. Estoy helada.

—Comprendo —murmuro, tan turbada que desvío la mirada hacia un punto más allá de él.

Sus ojos me evalúan con dureza. Lo que sea que esté transparentando mi rostro, lo pone aún más furioso. Da otro puñetazo en la mesa, aunque esta vez no me inmuto. Tan solo traslado despacio la mirada hacia la suya.

—Ya te he dicho que no me mires así —murmura, y la agresividad que empapa su voz me pone los pelos de punta.

—¿Cómo te estoy mirando? —repongo con aplomo.

—*Herida*. La que lo ha jodido todo eres tú. No te atrevas a echarme a mí la culpa.

El desapego, de algún modo, retrocede dentro de mí y noto una llamarada de furia encenderse en mi mirada.

—Claro que no. Lo tuyo no tiene importancia, ¿no? Como no íbamos en serio y yo era una pedorra...

Alberto contrae tanto la mandíbula que su rostro se convierte en una mueca demente. Hace un gran esfuerzo por no estallar.

—¿Qué quieres que te diga, Cristina? ¿Que te perdono?

—¿Por qué coño das por hecho que quiero tu mierda de perdón?

—¿Y qué cojones quieres de mí, si no?

A pesar de que hablamos en voz baja, la violencia que arrastran nuestras palabras es inconfundible.

Lo miro unos momentos en silencio.

—Nada.

Al decirlo en voz alta, sé que es cierto. En realidad, no quiero nada de él. Ya no quiero nada de nadie.

Nuestros ojos siguen despedazándose unos segundos más, después de lo cual nos internamos en otro período de silencio. No me atrevo a respirar hasta que no deja de mirarme.

—¿Por eso no hemos follado desde que volví?—me dice, sorprendentemente más calmado—. ¿Te sentías culpable?

—Es posible. Ya veo que tú no tuviste ese cargo de conciencia después de ponerme los cuernos.

Asimila mis palabras en silencio, asiente y levanta los ojos hacia los míos con una lentitud escalofriante. En las comisuras de su boca tiembla una sonrisa cruel y desafiante.

—Vete de mi puta casa —gruñe entre dientes.

Niego incrédula, me apoyo en la mesa con los puños y me levanto.

—Vale. Sí, comportémonos como adultos.

Recojo mis cosas lo más deprisa que puedo y me encamino hacia la puerta.

Pero no puedo irme sin más. Estoy demasiado furiosa. Siento que aún no he dicho todo lo que quería decirle.

—¿Sabes qué? —Giro sobre mí misma para encararle y se produce una pequeña pausa, en la que sus ojos taladran a los míos—. Me alegro de haberlo hecho. De haberme acostado con Jaime, digo.

Alberto tensa los puños y la mandíbula y golpea la mesa, esta vez con las dos manos, haciendo sonar los platos y los cubiertos.

—¿Me estás provocando o qué te pasa? —Su voz es lenta, pero la agresividad que destila resulta estremecedora.

—No. En absoluto. Solo quería que lo supieras. No me arrepiento de nada. Porque, verás, Alberto, si yo no hubiese metido la pata ahora, nunca me habría enterado de lo que *tú* hiciste, porque soy así de gilipollas. Y está claro que comportarte como un adulto y asumir la responsabilidad de un error no es lo tuyo. Así que nos habríamos casado, habríamos tenido hijos y, un día cualquiera, yo habría estado de tan mal humor que tú te habrías follado a otra, porque esa

es tu manera de reaccionar ante un problema. Y ahí sí que me habría enterado, y se me habría partido el corazón. De modo que es mejor haberme equivocado acostándome con Jaime que haberme equivocado casándome contigo.

Sus ojos, llameantes de cólera, atraviesan a los míos.

—Largo.

Asiento despacio.

—No necesito que me lo repitas.

Abro la puerta enfurecida y me voy dando un portazo.

Fuera hace sol, para variar.

Busco dentro del bolso el paquete de cigarrillos y me enciendo uno. Solo fumo cuando estoy muy nerviosa o muy aburrida. No sabría decir por qué fumo ahora. ¿Qué más da?

Con el cigarrillo encajado entre los labios, echo a andar en dirección al metro. Mi madre tenía razón. No llegas a conocer de verdad a un hombre hasta que te separas de él. Nunca pensé que acabaríamos así. Hoy he visto una faceta suya que no me ha gustado nada. Creo que he tomado la decisión correcta apartándome ahora, antes de que las cosas se vuelvan aún más complicadas.

Delante de la boca de metro, me ahueco el pelo con los dedos, doy una última calada y lanzo el cigarrillo al suelo. Tras apagarlo con la punta de la bota, me agacho, lo cojo y lo lanzo a un cubo de basura.

Cuando rompes con alguien, al principio sientes excitación. Tu cuerpo ha producido suficiente adrenalina durante la pelea y tienes la impresión de que has hecho lo correcto. Te sientes liberada y no hay lugar para remordimientos.

Tiene que pasar cierto tiempo hasta que llega el pánico. En algún momento tu cuerpo deja de chorrear adrenalina y entonces te pones a pensar fríamente en lo que has hecho, y empiezas a dudar de si era lo correcto o no.

«¿Y ahora qué?», te preguntas, de pie en el andén. ¿Y si me he equivocado? ¿Y si me sale el tiro por la culata? ¿Y si acabo sola, vieja y amargada? ¿Tenía que habérmelo callado y haber seguido con el Neanderthal, porque es mejor estar con alguien que estar sola?

Gracias a Dios, llega el metro, lo cual te permite distraerte con preguntas mucho más entretenidas, como: ¿quién ha sido el marrano que se ha tirado el pedo?

Te sientas en un rincón, miras a tus compañeros de vagón uno a uno, con cara de suspicacia, y empiezas a especular. Seguro que ha sido el de las gafas. Se ha puesto nervioso cuando lo he mirado. Está claro que esconde algo.

Para cuando llego a casa, se me ha caído la venda de los ojos y he comprendido que solo hay una persona a la que quiero ver en este momento. ¿Cuándo nos hemos convertido en las gemelas Olsen? ¿Y qué será lo siguiente?, ¿trenzarnos el pelo y hacernos confidencias íntimas el uno al otro?

—Hola. ¿Dónde está Jaime?

Noelia y Mark dejan de darse el lote en el sofá y me miran ceñudos.

—Oh-oh —Mark me mira, mudo de espanto.

Mi corazón se hiela.

—Oh-oh, ¿qué? ¿Qué significa oh-oh en inglés? ¿Qué... qué... qué quiere decir Mark con oh-oh?

—Tía...

—¿Sí?

Noelia no sabe cómo decírmelo, lo cual resulta todavía más preocupante.

—¿No te lo ha dicho?

Sacudo la cabeza con horror.

—¿Decirme el qué? ¿Qué? Yo no sé nada.

—Pues que... se ha ido.

—Se ha ido —repito, con voz inexpresiva, y luego me enfrento otra vez a sus miradas—.

¿Adónde?

—A... Lanzarote.

—Ah. Bueno. Si es solo eso... ¿Y cuándo vuelve?

—Pues...

—¿No vuelve?!

Ay, madre. Creo que me está dando un patatús.

«Uf, la Virgen. Soy muy joven para morir.

QUE ALGUIEN LLAME A LOS...

No, a los bomberos va a ser que no, que luego se líe la que se líe».

—Que no, mujer. Que tú no te preocupes. Seguro que vuelve —intenta tranquilizarme Noelia—. No hay que ponerse en lo peor. Solo necesita un tiempo. Dice que no puede escribir en Madrid. Que es el aire. Los niveles de contaminación disminuyen su creatividad. Ya sabes cómo es de tiquismiquis. En cuanto acabe la novela, volverá. Estoy segura.

—Pero... ¡Pero yo no puedo esperar tanto! —exclamo aterrada.

—¿Porque acabas de descubrir que estás enamorada de él y se lo tienes que notificar de inmediato?

El tono de mofa de Noelia me hace ponerle mala cara.

—No, listilla. Porque mañana tengo que estar en Cantabria, para la boda de JP, y... no tengo acompañante. Acabo de romper con el bombero.

—Oh-oh —repite Mark, incluso con más pánico que antes.

Lo miro ceñuda. ¿Será que es lo único que sabe decir en castellano?

Demasiados maletones

Ay, Cantabria, con sus verdes prados, sus adorables ternerrillos y sus deliciosos chuletones... Cantabria, con el mar atemperando el aire y... ¡la estúpida boda de mi ex novio jodiéndonos el paisaje!

Ugh.

De repente, la región ya no me parece tan idílica. Por favor, que sea rápido y poco doloroso.

—Odio Cantabria —mascullo mientras avanzo por el andén cargada como una mula.

Como no era capaz de decidir lo que iba a ponerme para la *boda roja*, me he traído medio armario. Noelia solo lleva una pequeña maleta con ruedas.

—No digas tonterías. Te encanta Cantabria.

—No desde que JP se casa aquí.

—Mira el lado bueno de las cosas. Nos están pagando unas vacaciones gratis en un hotelazo de cuatro estrellas.

—En realidad, las he pagado yo, y muy caro además. Con treinta y tres monedas de plata.

—¡Por favor, qué bíblica estás! Venga, busquemos un taxi. Necesito una copa.

Hago otra mueca, sujeto las cuatro maletas como buenamente puedo y la sigo por la estación.

Por mucho que me fastidie admitirlo, el hotel es una maravilla. Hay spa, bar con chimenea y

nuestra habitación tiene vistas al río y al desfiladero. En la almohada nos encontramos una pequeña caja de bombones con el nombre de los novios.

—Ugh, bombones con forma de corazón.

Hoy todo me parece mal.

Noelia me pone mala cara y me arranca la caja de la mano. Me resulta todo tan deprimente que me desplomo sobre la cama.

—¿Qué más da? Nos los comeremos igualmente.

—No podemos. Creo que el corazoncito simboliza su profunda unión romántica.

—Pues a la mierda —dice mientras despedaza el papel, coge un bombón para ella y me lanza uno a mí—. Escucha. Esta noche hay una fiesta en Santander, se reúnen todos los amigos de los novios.

Con la vista alzada, la sigo por toda la habitación. No tengo fuerzas para moverme.

—Hay Red Bull —se entusiasma al abrir la nevera—. ¿Quieres?

—No. ¿Y cómo sabes lo de la fiesta?

—Lo ponía en el folleto.

—¿Qué folleto?

—Me lo han dado en recepción mientras tú estabas meando.

—Ah. Qué organizados son.

—Ya lo creo. Estoy impresionada. Nunca había ido a una boda de pijos. Me alegro de que me hayas invitado.

—Seee.

—Cuidado, chica. No vaya a ser que se te atragante tanto entusiasmo.

—Lo siento. No es por tí. Tengo ganas de vomitar desde que he pisado esta provincia.

—¿Quieres ir a la fiesta?

—No. Ve tú si quieres. Cuanto menos me cruce con ellos, mejor.

—Sigo sin entender qué hacemos aquí.

—Todavía hay una ligera posibilidad de sabotear su boda —declaro mientras me contemplo aburrida las puntas de las uñas—. Y si hay una posibilidad...

Noelia cierra el cajón y se vuelve de cara a mí con ojos dilatados de horror.

—¿Sigues pillada por él?

La miro, ahueco las mejillas y cabeceo impotente.

—¡Tía, había elegido el vestido de novia y el ramo de peonías! —exclamo, como si eso lo fuera a explicar todo.

—¡Pero se ha follado a otra! Y luego tú te has follado a un bombero y a Jaime y... ¿Te has follado a alguien más?

—No.

—Pues deberías. Vente a la fiesta y te buscamos a algún Borja. O a un Cayetano. Eso tendría gracia.

—La misma que una fabada sin compango.

—Estás muy amargada, ¿eh?

—Ay, mira, me voy a ir un rato al spa, así me relajo, y luego me meto en la cama. Menudo madrugón nos hemos pegado. No estoy yo para muchas fiestas.

—Pues yo voy a ir. Hay un autobús para trasladar a los invitados.

—Cómo no.

—Tienes que admitir que son muy hospitalarios.

Entorno los ojos y me echo hacia atrás en la cama con aire melodramático.

—Me quiero morir.

—¿Pero no te ibas a ir al spa?

—Uf. Me ha entrado el bajón.

—Venga, no te me deprimas aún, que solo es viernes. Todavía falta hasta el domingo, y te quiero entera para la ceremonia de mañana.

Me incorporo sobre los codos para ponerle cara de pocos amigos.

—Si esa es tu manera de animarme, se te da de pena.

—¿No será que echas de menos a Jaime?

—Ay, mira. Me voy.

Sonríe triunfal.

—¿Ves como sí sé animarte?

Con una mueca de fastidio, agarro la mochila en la que me he guardado el bañador y el gorro de nadar y recorro a grandes zancadas la distancia que me separa de la puerta.

Noelia me despide con un gesto de la manita.

—Adiós —canturrea burlona.

Mi única contestación es cerrar la puerta de golpe a mis espaldas.

Uf, ¡¡ el gorro!!

Lo único que tengo que decir respecto a los spas es que los gorros de nadar no sientan bien a nadie. Parezco un espermatozoide. Uno de culo gordo. Menos mal que Jaime me ha dado plantón. De lo contrario, hubiese tenido que renunciar al spa, porque ni de coña sería capaz de presentarme delante de él con estas pintas espantosas. Soy la pura definición de lo antierótico.

Intentando no pensar en Jaime ni en nada remotamente erótico, salgo de puntillas de los vestuarios y me dirijo prácticamente corriendo a la piscina de chorros. Mis rollizos muslos, pálidos y flácidos después del largo invierno, se agitan como gelatina mientras brinco. Tengo la sensación de que todo el mundo me está mirando. Me gustaría tener el spa solo para mí. No veo la hora de llegar a la piscina y esconderme bajo el agua.

—¿Cristina?

No me jodas.

«¿En serio?».

Bajo la mirada con cara de mártir y compongo una sonrisa falsa para JP y Cayetana. Están abrazados en el jacuzzi. El día empeora por momentos.

—Hombre, los novios. ¿No deberíais estar recibiendo a vuestros invitados?

—Nos hemos escabullido —confiesa Cayetana con sonrisilla culpable.

Ugh, ¡Cayetana!

—¿Y tu novio?—me pregunta JP con ojos brillantes de diversión.

—No ha podido venir, así que me he traído a Noelia.

—Oh. ¿Pero estáis bien? Es decir, ¿seguís juntos?

—Que sí, cojones. Es que tenía mucho trabajo atrasado. Es un escritor de mucho éxito.

Ambos parecen sorprendidos.

—No me digas. ¿Ha escrito algo que yo haya podido leer?

«¿Y a este qué le importa? Cómo le gusta cuchichear. Es peor que la Reme».

—¿Y yo cómo voy a saber lo que lees tú? Me voy a la piscina, que me estoy enfriando.

Les doy la espalda y camino mosqueada hacia la gran piscina de chorros. Estoy segura de que me están contemplando el culo celulítico. Puto *Kinder Bueno*.

Me refugio lo más rápido que puedo bajo el agua y me pongo a bucear. Me parece que me he equivocado en algo. Los gorros de nadar sí que sientan bien a alguien. ¡¡A Cayetana!! Cómo odio a esa hija de puta. Ojalá el agua del jacuzzi le produzca urticaria.

Complacida por la imagen de una Cayetana desfigurada el día de su boda, empiezo a nadar como las ranas y me distraigo con una pregunta muy importante. ¿Si alguien se hiciera pis en la piscina, el agua se teñirá de amarillo?

Hum. ¿Y si lo pruebo y así salgo de dudas?

Me pongo de pie, alargó el cuello como un cisne y miro hacia el jacuzzi. Nop, siguen ahí. Será mejor que me esté quieta.

El chiste de la gallina

Son casi las diez de la noche cuando bajo a recepción en albornoz. Ya no hay riesgo de cruzarme con nadie. Los invitados se han ido a Santander a una especie de fiesta de despedida de los novios. Noelia me ha enviado una foto desde el autobús. Aquello parecía muy animado. Me alegro de haberme quedado en el hotel. Me espanto cada vez que pienso en las miradas de compasión que me dirigirían los amigos de mi ex. *Ay, pobre Cris, a la que se la han estado pegando durante meses. Todos lo sabíamos y ninguno dijimos nada. Pobre, pobre Cris.* Cómo odio a esos pequeños hijos de puta.

—Hola —le digo a la mujer de recepción en cuanto esta asoma por la puerta, alertada por mi desquiciada manera de tocar el timbre—. Quiero hacerle un par de preguntas.

—Claro. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy de... la boda.

—Lo sé. El hotel ha sido reservado en exclusividad para los invitados.

—Oh. No lo sabía. Qué nivel, ¿no?

Se produce una pausa incómoda. La recepcionista se limita a sonreír.

«*Al grano, Cristina*».

—Bueno, lo que quería preguntar es si el *room service* se lo cargáis a los novios o...

—Por supuesto. Han dado instrucciones muy precisas respecto a los gastos. Todo corre a cuenta del novio.

—¿Todo?

—Absolutamente todo. No quiere que a los invitados les falte de nada.

—Vale. Pues vaya apuntando. Quiero una pizza con jamón, queso, beicon y champiñones, una botella de dos litros de Coca Cola, un enorme bol de palomitas, una bolsa grande de Lacasitos y hmmm... una peli de pago. O mejor dos, que la noche es larga. Y alberga horrores —añado, riéndome. Ella no lo pilla, así que me recompongo de inmediato y carraspeo incómoda.

—¿Alguna preferencia en cuanto a las películas?

—Algo que me haga llorar. Así agoto hoy las lágrimas y mañana no moqueo en la boda de estos dos gilipo... de los encantadores novios, quiero decir.

—Muy bien. Se lo subiremos a su habitación.

Guau. ¿Me lo van a traer todo? ¿Incluso las palomitas y los Lacasitos? Vaya nivel. Menudo braguetazo podría haber pegado. Pero aquí estoy, esperando a que se me pase el arroz. Qué vida más cruel.

Suelto un soplido disgustado y arrastro las zapatillas de peluche hacia el ascensor.

—¿Cristina?

—¡Ay, la Virgen! Qué susto me has dado, *jodío*. ¿Qué haces aquí escondido? ¿Por qué no estás en tu despedida de soltero?

JP, en vaqueros y camisa blanca arremangada, sale de entre las sombras y se encoge de hombros.

—¿Francamente? No me apetecía. ¿Qué estás haciendo?

—Nada. He ido a recepción a por... una película y unas palomitas.

Mi contestación parece divertirle.

—Muy típico de tí. ¿Sabes qué? Me apunto a tu plan.

—Hala, hala, ¿qué dices? A ver si tu novia se lo va a flipar.

—Cayetana está en Santander, con sus amigas. Venga, te hago compañía. He visto que Noelia ya se ha marchado. Nos hemos cruzado antes en el pasillo.

¿No será por eso por lo que se ha quedado aquí?, ¿para estar conmigo?

Lo miro con suspicacia, aunque tengo que admitir que esa teoría no parece demasiado probable. ¿Por qué iba a hacer JP algo así? El que cortó conmigo fue él. Además, a su novia le sienta mucho mejor que a mí el gorro de nadar y, encima, tiene el cuerpazo de Irina Shayk.

Ahora que lo pienso, se parece bastante a Irina Shayk.

Bueno, al grano, ¿no?

—Verás. Es que... he pedido una película estúpida. No creo que te guste demasiado.

—No importa. Me apetece ver una película estúpida hoy.

Vaya por Dios. Cojo aire, lo suelto y me encojo de hombros con impotencia. Nadie puede acusarme de no haberlo intentado. Soy como la gallina de aquel chiste. Dicen que el gallo quería trincarse a la gallina, pero la gallina no sabía cómo reaccionar ante tamaña declaración de intenciones. Si se quedaba, el gallo podría tomarla por una pelandrusca. Si corría, sin duda la tomaría por estúpida.

Así que la gallina tropezó.

Yo acabo de tropezar.

—Vale. Si es lo que quieres...

JP me mira profundamente a los ojos.

—Lo es.

Uf. Qué guapo está. Y es la clase de tío que sabe diferenciar una madalena de un *muffin* y te trae una caja de Ferrero cuando estás con la regla. ¡La caja de 32 unidades! Es, sencillamente, perfecto. ¿Por qué me tuvo que dejar? ¡Yo era muy feliz! Uf.

Intercambiamos una sonrisa rígida y subimos en el ascensor en silencio. De repente, la atmosfera se ha cargado de incomodidad.

—Mañana...

—¿Cómo...?

Nos miramos aturullados.

—Tú primero.

—No, no, dime.

—No, tranquilo. Era... una tontería.

—Ya. Sí, lo mismo iba a decir yo.

Ay.

Abro la puerta de la habitación y lo invito a pasar.

—Disculpa el desorden. Es que aún no sé lo que voy a ponerme mañana.

JP entra, se sienta en el borde de la cama y sus ojos me recorren de arriba abajo, despacio, como una caricia.

—Cualquier cosa que te pongas, estarás estupenda —declara con voz ronca.

Se me seca la garganta.

—Ya. Aun así, me gustaría no llevar *cualquier cosa*.

—El vestido azul —dice después de unos segundos de silencio.

—¿Qué?

—¿Hm?

—¿Qué has dicho?

—Oh. El vestido azul que llevabas la última vez que salimos te sentaba genial.

—¿Quieres que me ponga el vestido que llevaba cuando cortaste conmigo?

Sería complicado. Ya no me cabe...

—Oh, mierda. No. Oye, yo...

—Mira, mejor vete, que ya no estoy de humor para películas.

—Venga, Cris.

—Ni Cris ni pollas. Necesito estar sola.

Al ver mis ojos chispeantes de furia y lo tajantes que han sonado mis palabras, coge aire, abandona la cama y viene hacia mí. Su rostro muestra un aire de lo más grave.

—Siento si te he hecho enfadar.

Me cruzo de brazos.

—No me has hecho enfadar. Solo que he comprendido que... no podemos fingir que somos amigos.

—No quiero fingir que somos amigos.

—Bien. Porque se nos da de pena.

Se detiene a escasos centímetros de mí y me sostiene la mirada. Me mira como hacía mucho que no me miraba.

—Lo que verdaderamente quiero en este momento es besarte —musita, sin que sus ojos se aparten de los míos.

Por un segundo pienso que estoy flipando. Parpadeo, y lo vuelvo a mirar. ¿No será que me he pasado demasiado tiempo en la sauna y se me han derretido algunas neuronas?

—¿Qué?

—Cris, desde que te vi con él no hago más que pensar en ti. Día y noche. No puedo centrarme, no puedo trabajar...

«¿QUÉ?».

—JP...

—Chiss. No hables, cariño.

«¿¿CARIÑO??».

Se me acerca, me coge el rostro entre las manos y me atrae hacia él. El corazón me da un brinco ante la idea de besarle.

—Pero...

La gallina ataca de nuevo.

—Chiss —me acalla con dulzura—. Déjate llevar, Cris. Estoy harto de las cosas planeadas minuciosamente. Por una vez, quiero hacer una locura.

Estoy pálida y demudada, débil como después de una larga convalecencia. ¡Voy a besar a JP!

Madre del amor hermoso.

Nos miramos un segundo a los ojos, nos acercamos y su boca cubre con suavidad la mía.

Uf. Llevo meses soñando con esto. Imaginándome este momento. Y es... es...

Decepcionante, la verdad.

«¡Vaya mierda!».

¿Pero esto qué es? Sufrí tanto al perderle que creí que, si la vida me ofrecía otra posibilidad de estar con él, mi corazón se iba a desbordar de emoción. Creí que cada fibra de mí ansiaría desesperadamente su contacto.

Y, sin embargo, ahora no noto nada, salvo un ligero hormigueo en la piel, y puede que eso se deba a que su lengua ¡me está haciendo cosquillas!

Ugh. ¿Cuándo perdimos la magia? ¿Hubo magia alguna vez?

Encojo bajo mis alarmantes ideas y, mientras nos besamos, intento responder a esas dos sencillas preguntas. ¿Qué coño ha cambiado desde la última vez? JP parece el mismo. ¿Soy yo la diferente?

Él tiene los ojos cerrados y está muy entregado a esto, a diferencia de mí. ¿Será que soy tan irresistible que los hombres no pueden evitar echármese encima? Hum.

Mis ojos se pasean por todo el techo. «*Espero que las telarañas estén incluidas en el precio de la habitación*».

Alguien llama a la puerta y JP rompe el beso y se aparta espantado.

—*Room service* —anuncia una mujer.

Miro a mi ex, él me mira a mí y los dos negamos a la vez.

—¡Hos-tia! —exclama, conmocionado.

Me llevo una mano a los labios y le indico que guarde silencio.

—Déjelo en la puerta —le digo a la camarera—. Gracias.

Aguardo unos momentos para concederle a la mujer la posibilidad de que se marche, y luego abro y peino el pasillo con la mirada.

—Despejado —le digo a JP.

—Lo siento, tengo que irme —farfulla, sin aliento.

El pobre está desbordado por la infidelidad que ha cometido una noche antes de casarse. La historia de su vida.

Mi rostro se arruga cuando por fin lo comprendo. Este capullo nunca va a cambiar. Es de esas personas que siempre quieren lo que no pueden tener.

Me aparto y le abro paso con una sonrisa encantadora. De pronto me siento bien. Liberada.

—Gracias por pasarte. Ha sido... interesante.

Soso. Aburrido. Sin chispa. Nada que ver con...

«*¡Con nadie! Cállate, Cristina*».

—Sí —musita él, perdido en sus pensamientos—. Voy a... a echarme un rato.

—Mm-hm. Que descanses.

—Y tú, y tú.

—Ajá.

JP arrastra los pies por el pasillo sin salir de su conmoción y yo cierro la puerta detrás de él con una larga sonrisa de satisfacción. Tengo que pensar en qué voy a hacer con mi vida, ahora que soy tan tremendamente irresistible que los hombres pierden la cabeza por mí. Alberto, Jaime, JP, Martín...

Ugh, Martín. Seguro que voy a encontrarme con mi jefe mañana en la boda.

«Ay, no».

—Necesito vodka—me digo a mí misma, y luego caigo en la cuenta de otra verdad como una casa. Aparte de irresistible, también soy sumamente inteligente. Sigo sin explicarme por qué estoy soltera. ¡Si soy todo un partidazo! Creo que intimido a los hombres. Se sienten amenazados por mis innumerables cualidades.

—Debe de ser por eso —me digo mientras me agacho delante de la mini nevera y retiro una botellita de vodka.

Sábado, chissssstt

—Cris. ¡Cristina!

—¿Eh? ¿Qué? ¿Por qué me pegas, so bruta?

—Estabas roncando.

—Es que las ceremonias y yo...

—¿No será por el vodka?

—¿Qué vodka?

—El que te trincaste anoche. No te hagas la loca. Encontré las botellitas en el cubo de basura del baño.

—Oh. ¡Ese vodka! Haberlo dicho antes.

—Chisssstt —nos sisea un tío, amigo de la novia.

Noelia y yo, vestidas como las duquesas de Sussex y Cambridge, con sombreritos y todo (odio las putas bodas de los pijos), nos giramos hacia atrás y siseamos a nuestra vez a una pareja de ancianos, que no han dicho ni mu desde que nos hemos sentado.

Después, me vuelvo hacia el amigo pijo y cabeceo escandalizada.

—No se callan ni debajo del agua —me lamento con gran consternación.

Él asiente, participe de mi indignación, y se vuelve otra vez de cara al altar.

—Un sermón precioso —le susurro a Noelia unos momentos después.

Me aburro. Es todo tan *mimimimi*...

—Desde luego.

—Anoche besé al novio.

—¿QUE ANOCHE BESASTE AL NOVIO?

Varias cabezas se giran y nos acallan. Alguien tose con ímpetu en alguna parte de la iglesia. Nosotras, de lo más dignas, nos giramos y acallamos a los pobres ancianos.

—¡Tía! —me riñe Noelia cuando se han calmado las aguas.

—Me besó él a mí, en realidad.

—MENUDO HIJO DE... del Señor —se corrige cuando una mujer muy emperifollada se vuelve y le lanza una mirada cruzada—. ¿Crees que va a casarse? —me susurra unos momentos más tarde.

—¿Con lo que se han gastado en el bodorrio? Seguro.

—No me puedo creer que sea tan cabrón. ¿Cómo estás, tía?

Me encojo de hombros y tuerzo la boca en un gesto de desdén.

—Bah.

Hay palabras que lo resumen todo. Bah es una de ellas.

Mister Darcy y yo

Horas más tarde, JP está legalmente casado y yo me estoy inflando a canapés y a Martinis. Como corre todo a cuenta del novio...

—Hola, Cris. ¿Por qué estás aquí escondida?

—Hombre, Martín. —Me atraganto y toso. Creo que se me ha indigestado el paté—. No estoy escondida. Es que... no he pillado sitio delante. La gente se empuja sin ningún pudor en esta clase de eventos. Incluso la gente pija. Escuchan la palabra *barra libre* y pierden la compostura.

Mi jefe sonríe, se apoya contra una silla y hunde las manos en los bolsillos del pantalón. Va muy bien vestido, y es guapo, a pesar de sus ojillos de rata almizclera.

—Me alegro de verte. Aunque no creí que fueras a venir.

—¿Por qué? ¿Porque me tiré al novio?

—En parte, sí.

—Bah.

—¿Has venido sola?

—No, qué va. Me he traído a mi novia.

Martín se atraganta con el champán y se pone a toser. Yo aprovecho para darle un par de hostias en la espalda. No todos los días se te presenta la ocasión de pegar a tu jefe sin que parezca maltrato.

—¿Novia?!

Busca mi mirada y enarca las cejas. Tiene el rostro encendido de tanto toser.

—¿Nunca te has preguntado por qué rompimos JP y yo?

Su rostro se arruga de confusión.

—Creí que era por Cayetana.

—Qué va. Es porque me van las mujeres.

Primero me dirige una mirada de duda y luego se lo replantea.

—¿No me estarás tomando el pelo, como otras veces? Nunca he comprendido tu extraño sentido del humor.

—Qué sentido ni qué sentido. ¿Ves a esa piba de ahí, la del vestido amarillo? Es mi churri. Noelia se llama. Está buena, ¿eh?

Martín parpadea histérico. Escandalizarle es mi pasatiempo favorito.

—Sí, sí. Guapísima. ¿Me disculpas un momentito?

—Claro, hombre. Faltaría más.

Se marcha sin mirar atrás y yo sonrío complacida. Un lío menos. Ahora ya puedo centrarme en los canapés.

—Cris. Pst. Cris.

Hostia puta. Atacan como moscas, ¿eh? No le da tiempo a una ni de acabarse los canapés.

—Hombre, JP. ¿Cómo tú por aquí?

—Es mi boda.

—Es verdad.

Sonríe.

—¿Bailas?

—¿Y tu novia?

—Mi mujer, querrás decir.

—Eso.

—¿Qué importa? Quiero hablar contigo.

—Pero si no me he acabado los canapés...

—Te prometo que nadie se comerá tus canapés.

—Lo quiero por escrito. Que luego la gente es muy buitre. Incluso la gente pija.

Ríe abiertamente y cabecea como diciendo *no tienes remedio, Cristina Delgado*.

—Tus canapés están a salvo. Ven.

Me alarga la mano y yo, si bien entorno los ojos, me aferro a ella y dejo que me arrastre a la pista de baile. Suena una canción lenta, una versión del *Stop!* de Sam Brown. Muy adecuada para bailar con un ex.

JP me abraza y me acerca a su pecho. Carraspeo incómoda y enderezo la espalda. Todo el mundo nos está mirado. Sobre todo su mujer, su suegra y su madre. A las tres les caigo de fábula.

—Tenemos que hablar de lo que pasó anoche —dice, con los labios pegados a mi oreja.

—Bueno, tampoco te creas que es preciso.

—Te habrá desconcertado esto de la boda.

—Qué va. Si me enteré hace meses. Me lo dijo Martín. Al principio, me pareció un poco raro que te casaras con una piba con la que llevabas dos minutos, pero oye. Así es el amor.

—Es decir, nos damos un beso tan intenso como el de anoche y luego voy yo y me caso al día siguiente. Estarás confusa.

—Hambrienta más bien.

JP sigue hablando como si no me hubiese escuchado. Está en su mundo.

—No podía no casarme, Cris. Entiéndelo. No podía dejarla en el altar.

—Hombre, faltaría más. No, si entender, lo entiendo.

—Es mejor dejarla un par de meses después de la boda.

—Claro, claro. Espera. ¿¿Qué?? —grito aterrada.

—Casarse y divorciarse. Lo he estado pensando y es lo mejor.

—Espera, espera. ¿De qué estás hablando? ¿Vas a dejar a Cayetana?

Me detengo, pero él me insta a seguir bailando.

—Cris, te quiero.

—¿QUE ME QUIERES?

«¿Será hijoputa?».

—Hoy me he casado solo para que la gente nos dé los regalos y así poder recuperar parte de la inversión que he hecho en la boda.

Encima, ¡tacaño! ¿Qué habré visto yo en este tipo? Está claro que soy más miope de lo que pensaba.

—A ver, a ver, a ver, alma cándida, que te estás desquiciando un poquito. ¡No puedes dejar a Cayetana!

JP está perplejo.

—¿Por qué no? Pensaba que eso era lo que querías. Lo dijiste tú misma.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—En el video que mandaste. Dijiste: *soy Cris, el amor de tu vida, aunque tú, capullo narcisista, no lo sepas aún*. Pues ahora lo sé.

Vaya por Dios, qué melodramática soy a veces. Sabía yo que ese estallido de dramatismo me iba a pasar factura algún día.

—Bueno, es que había bebido un poco más de la cuenta.

—¡Pero tenías razón!

—¿Y cuándo coño se te ha ocurrido eso? ¿Entre el *sí quiero* y el *felices para siempre*?

JP, exasperado, me coge por los brazos y pone los ojos a la altura de los míos.

—Cris, cachorrilla, escúchame. He estado cegado por esa mujer, pero ahora veo las cosas con claridad. No quiero estar con ella. Quiero estar contigo. Me da igual lo que piense mi madre. O mis amigos. Me da igual que seas irreverente, inútil y que estés gorda. Te quiero.

El mundo no ha visto una declaración igual desde que Mister Darcy le soltó a Elisabeth Bennet lo de su inferioridad social.

—No —me empecino. Tengo mi orgullo, cojones.

—¿No?

—No —remato, complacida.

—¿Cómo que no?

Esto sí que no se lo esperaba, ¿eh?

—Que no. ¿Qué pasa, que estás sordo? Me niego a permitir que dejes a Cayetana por mí.

—A ver, Cris. ¿Te has vuelto loca? Aclárate, que yo no te sigo.

—JP, el que se tiene que aclarar eres tú, porque está claro que se te va la pinza si sopesas siquiera la posibilidad de dejar a Cayetana. Esa mujer es perfecta para ti.

Su mirada se tiñe de desconcierto.

—¿Lo es?

—Claro, hombre. Tu vida sin ella sería como un verano sin vermú.

—Pero si a mí no me gusta el vermú.

—Vaya por Dios. Te pondré otro ejemplo entonces. Ella... te hace reír incluso cuando lo único que quieres es llorar.

Me está quedando un alegato precioso.

—¿Ah, sí?

JP se está sumiendo en más incertidumbre. Vamos por el buen camino.

—¡Sí! Y te lanza un salvavidas cuando estás a punto de hundirte. Incluso si ese salvavidas va en forma de blog y a ti se te dan de pena las metáforas... Pero eso no importa, porque ella, *ella*, ahí dónde la ves, ¡es perfecta para ti!

—¿Tú crees?

—¿Cómo no va a serlo si es la clase de persona que comprende la importancia de combinar las palomitas con los Lacasitos? Y, cuando estáis juntos, no es que seas tú mismo, sino que eres la mejor versión de ti mismo, porque siempre quieres impresionarla y ser mejor de lo que eres en realidad. Y, no sé si lo has notado, pero con ella casi siempre dices la verdad, por muy vergonzosa que sea, porque sabes que no va a juzgarte nunca por lo que has hecho. Al contrario. Intentará ayudarte a mejorar. Porque ella es así. Se involucra en todo lo que hace. Es pasional, y divertida, creativa, un poco capulla... Oye, todo hay que decirlo, no van a ser solo méritos y virtudes. Tiene sus defectillos, como todo el mundo, pero de repente eso ya no te importa tanto, porque solo te fijas en lo bueno.

—Cris, ¿de qué estás hablando?

—Y es normal que te dé miedo —prosigo, con la mirada perdida en la nada—, porque nunca has sentido nada igual y temes que te partan el corazón. Pero la vida son tres días, JP. ¿De verdad vale la pena desperdiciar el tiempo solo porque te asusta lo que sientes por ella?

—Ahora sí que me he perdido.

Vuelvo en mí, agito la cabeza y lo miró como si acabara de caer en la cuenta de algo muy importante. Tengo que dejar de beber, sí. Pero aparte de eso.

—Escucha —digo, aferrándolo enérgicamente por la solapa del traje—. Apenas sé nada de la

vida, pero sí sé que, si tienes la inmensa suerte de encontrar a la persona ideal para ti, tienes que hacer todo lo posible por conservarla.

Su exquisito rostro se tuerce de confusión.

—Tú no estás hablando de Cayetana, ¿a que no?

Lo medito un segundo.

—Nop. Pero es extrapolable. Disculpa, tengo que marcharme. Que seáis muy felices. ¡VIVA LOS NOVIOS!

—¡VIVA! —rugen los demás.

JP no se lo puede creer. Está tan perdido como un perro en una estación de trenes.

—¡Pero, Cris! ¡Yo te quiero!

Bah. ¿A quién coño le importa su estúpido amor?

Cojo los bajos del vestido con las dos manos y salgo corriendo sin mirar atrás. Mi corazón late como loco. ¡Por fin, por fin, por fin lo he comprendido! ¡Y no hay tiempo que perder!

Paso corriendo por delante de Cayetana, de su madre, de la madre de JP, de sus amigos, de mi jefe y, por último, de Noelia, y corro sin detenerme, sin rumbo, sin pensármelo siquiera. Solo sé que tengo que correr. Soy como Forrest Gump. Espero no detenerme en Iowa. ¡Mi inglés es espantoso!

Cruzo corriendo las puertas de la finca y ahogo una exclamación cuando embisto de lleno contra un hombre que se disponía a entrar. Estas deben de ser las trabas que veía mi madre en las cartas. Dudas que se interponen entre mí y el hombre de ojos claros en un camino de noche. ¡Ay, la Virgen! ¡Mi madre es una bruja de verdad!

Los ojos azules de la traba se elevan hacia los míos y me descubro conteniendo el aliento.

—¿Jaime? Pues sí que le he dado al Martini, ¿eh?

—¿Cris? —farfulla la aparición—. ¿Adónde vas?

—¿Puedes hablar?

—¿Por qué no iba a poder?

«*Hostia puta, ¡que es real!*».

—Ah. No, no. Por nada... ¿Qué haces aquí?

—Siento llegar tan tarde. No iba a venir, pero anoche me llamó Noelia y me dijo que no tenías acompañante para la boda y, bueno, aquí me tienes, un hombro sobre el que llorar. Una promesa es una promesa.

—¡Ay, la Virgen! No puedo creer que hayas cogido un vuelo solo para venir a consolarme.

Me pone los ojos en blanco.

—Tampoco te emociones. Lo pillé en rebajas. ¿Adónde ibas tan deprisa?

—Pues... a verte.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque... Uf. Qué difícil. Está bien. Te lo diré. Jaime, creo que te quiero —informo con toda seriedad.

—¿A mí? ¿Pero no quieres a tu novio?

Lo pienso un segundo.

—¿A cuál de ellos?

—Pues... ¿a cualquiera?

Es normal que esté tan desconcertado. He sido el perro del hortelano durante demasiado tiempo.

—Pues va a ser que no. Con Alberto nunca fue amor. Es que siempre quise tirarme a un

bombero. Lo siento. No me lo tengas en cuenta. Y con JP... Con JP es más complicado. Solo después de varias elucubraciones he llegado a la conclusión de no le quiero a él, sino al ideal que yo misma he creado en torno a él. Es muy complicado de explicar.

Jaime tiene cara de querer decir algo muy importante. Aguardo con el corazón en un puño a que esté dispuesto a abrir la boca. Seguro que va a decir algo de vital importancia para nuestro amor.

—Cris, échame el aliento —me pide, de lo más serio.

Me desinflo como un balón.

—Que no, coño. Que estoy sobria. Bueno, más o menos. Verás, Jaimito. Resulta que, mientras él me pedía matrimonio, de rodillas, fue muy emocionante, tenías que haberlo visto, he comprendido que, en realidad, te quiero a ti. Me ha sorprendido un poco, porque eres un capullo insufrible y me impones normas ridículas y me obligas a ver campeonatos de ajedrez del año catapum y a limpiar el baño como si estuviéramos esperando una inspección sanitaria, pero da igual, porque te quiero. A pesar de tus manías, de mí misma, de tu inferioridad social y...

—¿Estás parafraseando a Mister Darcy?

Ay, se me había olvidado que este leía a Jane Austen en los recreos. Con tantos novios es normal que me haga líos.

—Era extrapolable —alego en mi defensa.

Una sonrisa divertida cruza lentamente su cara.

—Entonces, ¿ya está? ¿Eres mi novia?

—Por algo había que empezar, ¿eh? —digo desencantada. Creí que se pondría de rodillas y pediría mi mano en matrimonio aquí mismo. Clarísimamente, paso demasiadas horas en Netflix.

La cara de Jaime se pliega en otra sonrisa.

—Deberías estar orgullosa. No le pido a alguien que sea mi novia desde hace veintidós años.

—Uh. Estoy paralizada de emoción.

Riéndose, me agarra el pelo entre los dedos, arrastra mi rostro hacia el suyo y su boca cubre la mía.

Me olvido de lo de la boda, cierro los ojos y me entrego a las sensaciones. Su beso es dulce.

Tierno.

Hambriento.

Pasional.

Desquiciante.

Aumenta de intensidad con cada segundo que pasamos abrazados. Me deja sin aliento.

Me siento tan bien. Tan colmada de amor.

Pero noto que falta algo y me aparto de él con el ceño fruncido.

—Oye, Jaime.

Sus preciosos ojos de color turquesa se abren y se clavan en los míos.

—¿Hm?

—¿No vas a llorar?

La confusión de Jaime aumenta y su rostro se arruga en una mueca de desconcierto.

—¿Qué?

—Para que esto sea perfecto, creo que deberías llorar. A ver, no como una Magdalena, pero así, un par de lagrimillas...

—¿Por qué iba a llorar?

—Porque los hombres siempre sueltan una lagrimilla en las novelas. Como Christian Grey cuando vieron el amanecer y comprendieron que no habría más sombras ni oscuridad.

—Cristina, no hagas que me replantee lo de ser tu novio.

—Vale, vale. Jolines, qué poco romántico es este chico.

Jaime se muerde el labio, cabecea divertido y vuelve a atraer mi rostro hacia el suyo. No ha llorado, pero el beso que sienta las bases de nuestro amor es todo lo que esperaba que fuera.

Así que supongo que eso es suficiente.

De momento. Para empezar.

Epílogo

Sábado, primer (¿y último?) aniversario

—Mamá, creo que voy a dejar a Jaime.

—¡Virgen Santísima!—se indigna Puri al otro lado de la línea—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Ese es el problema. Llevamos juntos un año y esta relación no va a ninguna parte. Yo quiero casarme y tener hijos. ¡Ya tengo el vestido! Y Jaime no dice ni mu. Mamá, ¡se me va a pasar el arroz!

—Bueno, dale un poco de tiempo al pobrecico, ¿no? Si tampoco eres tan mayor. Además, hoy es vuestro aniversario.

—Sí, y no vamos a hacer nada, porque ni se ha acordado, el muy capullo.

—Bueno, hija. A veces pasa. Yo solo digo que no te precipites —insiste Puri en tono conciliador—. Estará estresado en el trabajo.

—Ya, ya.

—No hagas nada tonto, ¿eh?

—Mm-hm.

—Llámame mañana.

—Vale, mamá. Te quiero.

—Y yo. ¡Y Jaime también te quiere! —se da prisa por concienciarme.

Cuelgo, me miro en el espejo y hago una mueca. Qué depresión.

Y yo que esperaba una cenita romántica y, no voy a decir habas, que luego trae mala suerte, pero unos espárragos a la plancha, qué menos, ¿no? Y lo único que ha planeado Jaime es ir al Mercadona a comprar galletas. ¿Cuándo perdimos la magia? ¡Si solo llevamos juntos un año! ¡Todavía follamos! Mucho, duro y pasional. ¿Cuál es el problema entonces?

—¡Cris! —me grita desde el salón—. Venga, que van a cerrar.

Hundo los hombros con aire vencido, resoplo y salgo del baño arrastrando los pies.

—Que sí, que sí. Que ya voy. Putas galletas.

El Mercadona nos pillá cerca, con lo que nos vamos andando. Creo que ha notado que estoy de mal humor, porque no ha soltado ni una palabra desde que hemos salido de casa.

—¿Cojo carro?

—Lo que quieras. Eres tú el que quiere comprar cosas.

Jaime no dice nada y se va a por un carro.

El supermercado está hasta arriba de gente. Mi mal humor aumenta por momentos. Lo sigo por los pasillos intentando no montar un cirio por lo del aniversario. Aunque es difícil.

Cuando por fin llegamos a la caja, ardo de ira. ¿De verdad no se ha acordado de que hoy es nuestro aniversario? ¿Cómo puede ser tan cretino? ¡Ni una triste caja de bombones me ha comprado! Y luego tendrá huevos de venir a pedirme sexo. JA. Se va a enterar este capullo. Esto sí que va a ser la ley seca, sí.

—Joder, me he dejado las naranjas. ¿Será posible? Ten. Sujétame esto un momento.

Sin concederme la posibilidad de una reacción, Jaime coge mi mano y deposita algo en mi palma.

Helada, bajo despacio la mirada la pequeña caja de terciopelo rojo y trago saliva. Mi corazón ha dejado de latir.

—¿Qué es esto?— apenas consigo farfullar.

Jaime se encoge de hombros. Está sonriendo.

—Ábrela, ¿no?

Con dedos temblorosos, abro la caja y retengo un chillido. ¡Ay!

—¿Y bien? —me pregunta Jaime con una sonrisa divertida—. ¿Quieres?

—¡Ay, ay, ay! ¡Dios, Dios, Dios!

Empiezo a brincar como una loca. Todo el mundo me mira. Seguro que mañana estaré en YouTube. *Stupid spanish woman...* El título empezará por ahí.

—¿Eso es que sí o que no?

—¡Ay, ay, ay!

—¿Llamo al 112?

—Cállate, coño. ¡Sí! ¡Sí, quiero! ¡Sí, sí, sí!

Jaime se ríe, me abraza y me besa, delante de todo un supermercado de gente conmocionada. Seguro que vamos a salir en las noticias.

Bloguera famosa y su poco famoso novio se comprometen en la caja de un Mercadona.

Lo de bloguera famosa solo lo he dicho porque sonaba bien. El blog no me ha sacado de la pobreza. Sigo trabajando para Martín. Ugh, ¡Martín!

—¿Eres feliz? —me pregunta Jaime cuando nuestros labios se despegan.

No puedo dejar de sonreír.

—¿Feliz? Me va a dar un patatús.

—¿Ya no estás de morros?

Oops. Pues sí, sí que puedo dejar de sonreír.

—No sé qué decir, salvo que estoy avergonzada.

—Normal. Te has comportado como una desquiciada estos días. Deberías tener un poco más de confianza en mí.

Empequeñezco y aprieto los dientes.

—Lo siento. ¿Me perdonas?

—Bueno... Venga, vámonos. Hoy te toca limpieza del baño.

—Mira, mira.

Me endezco y lo amenazo con el dedo. Él se ríe y me pasa el brazo por los hombros en actitud conciliadora.

—Que es broma. Ya he limpiado yo por ti. Venga, paguemos la compra y larguémonos de aquí. A las diez tenemos reserva para cenar.

Junto las palmas en un gesto angelical y lo miro con cara de cachorro apaleado.

—¿Has preparado una cenita romántica? ¿Con espárragos?

—Pero no te emociones. El restaurante estaba de oferta en el Tenedor.

—Tú sí que sabes seducir a una mujer.

Jaime ríe y yo me abrazo a él y espero a que nos atiendan en la caja. No hay atardeceres ni lagrimillas ni besos de película. Y, sin embargo, yo veo magia por todos lados.

«¡Ay, que me caso, hijos de puta! ¡Os vais a enterar! Llevo toda la vida planeando este momento. Aunque yo no soy de esas novias que se desquician, ¿eh? No, qué va. Yo soy muy razonable. Si las bodas tampoco tienen por qué ser tan traumáticas, ¿no?»

Levanto el rostro hacia el de Jaime y le pongo mi mejor sonrisa de gremlin malo. «Ay, la que te

espera, criatura».

Agradecimientos

A ti, por haber elegido esta historia. GRACIAS por ayudarme a cumplir un sueño.

A Joana, por la corrección.

A Marien, por la portada.

A Noelia (L@a Auténtic@as Devoralibros), por estar siempre ahí.

A las Trolls, por haberme acogido en el grupo, a pesar de que no soy precisamente el alma de la fiesta.

A las blogueras que, de manera desinteresada, me habéis ayudado con la promoción en vuestras redes sociales: Patricia, Pilar, Ale y Vero, Mari Carmen, Macarena, Maribel, Marta, Leyna y Lourdes.

¡MUCHAS GRACIAS!

Si queréis estar al tanto de novedades, sorteos, promociones de libros gratuitos y demás, podéis encontrarme en las redes sociales.

Facebook: <https://es-es.facebook.com/people/Isabella-Marín/100010294145248?pageid=945879758824928&ftentid=2090147424398150&padding=0>

Instagram: isbellamarinblk

Si os apetece escribirme para comentarme cualquier cosa, ya sabéis dónde encontrarme.

Si os ha gustado el libro y os apetece dejarme vuestra valoración en Amazon, yo os estaré muy agradecida.

Si no os ha gustado y, aun así, habéis llegado hasta aquí, SOIS MIS HEROES. Siento mucho que la historia no haya sido de vuestro agrado. Si queréis comentar conmigo lo que no os ha gustado, lo dicho, sabéis dónde encontrarme.

¡Un besazo!

Bella.

Otros trabajos de la autora

ISABELLA MARÍN

*Te elijo
a ti*



Te elijo a ti
Isabella Marín

Otra vez en el mismo cruce de caminos

El presente de Ophelia

—Cómo pega el sol, ¿eh?

Mis ojos dejan de errar por el cielo lechoso y bajo la mirada hacia el hombre que está agachado junto a la rueda trasera de mi coche. Suspiro derrotada cuando constato que todavía le falta un buen rato para acabar.

—Sí, achicharra —coincido secamente al ver que me mira con las cejas en alto, a la espera de que le dé conversación.

Si en vez de distraerse con tonterías hubiese apretado esas tuercas como Dios manda, ya habríamos acabado hace un rato.

No puedo evitar sentir cierta oleada de irritación y tengo que esforzarme para que no se me note. Parece que hoy nada está saliendo como debería. No es el mejor día de mi vida.

—Va a haber tormenta —predice, para nada impaciente por acabar el trabajo—. Ya lo verá. Los nubarrones siempre vienen de la nada por estos lares. ¿Es su primera vez en Virginia?

—No.

Es obvio que espera a que le dé más detalles, pero no estoy de humor para eso. Solo quiero que me cambie la rueda pinchada, para que pueda salir pitando de aquí cuanto antes. Tengo sitios a los que ir y gente a la que *no* ver.

—Va a Marion, ¿verdad? Esta carretera solo lleva a Marion.

Que una carretera solo lleve a un pequeño rincón del mundo es un poco deprimente, la verdad.

Y, sin embargo, Marion es un sitio tan encantador... Huele a bosque y a las endorfinas del primer amor, a fresas silvestres y a besos robados, a sabiduría y a lágrimas a medio secar; huele a gotas de lluvia y caricias que te consumen en el silencio de la noche, culpables, febriles y tan ansiadas que incluso duelen.

Tantos recuerdos, tantos sentimientos embotellados y guardados durante años y años.

Ha pasado mucho tiempo desde *aquello*. Doce años sin volver a Marion. Casi una vida.

Miro a mi alrededor con ojos ansiosos y los nervios se descontrolan en mi estómago. No me gusta tener que volver, y detesto las circunstancias que han propiciado mi retorno.

A pesar de todo, de la inquietud y del nerviosismo, del dolor y de la amargura de las lágrimas que intento reprimir, hoy más que nunca siento la vida correr por mis venas, cada vez más rápida, más burbujeante, como si esta naturaleza paradisiaca me hubiese devuelto el soplo de aire que me robó cuando me marché corriendo con la intención de no volver jamás.

Cierro los ojos por un segundo y todo regresa como un búmeran, porque en realidad nunca se

marchó del todo. Tan solo estaba enterrado bajo una colosal capa de polvo que yo he apartado sin tan siquiera darme cuenta. Volviendo a Marion he conseguido que el olvido dé un paso atrás, y ahora mi corazón vuelve a bombear la sangre deprisa, abrumado por lo vivos que permanecen aún mis recuerdos. ¿Es posible que, después de tantos años, aún recuerde el sabor de esos besos, y el fuego de esas caricias? ¡Jesús! Aún quema por dentro.

Pero no, no voy a pensar en eso. Debo apartarlo de mi mente. Hoy no es un buen día para pensar en los viejos tiempos.

—Sí, voy a Marion —confirmando tras toda una eternidad, y en esa sencilla afirmación se percibe un pequeño ápice de derrota que no he conseguido reprimir a tiempo.

Me obligo a respirar. La intranquilidad es cada vez más fuerte. Para disimularla, me apoyo contra la puerta del conductor y cruzo los brazos sobre el pecho. De todos modos, no sabría qué otra cosa hacer con las manos. Me siento rara. Algo está vibrando dentro de mí y no sé qué hacer para detenerlo.

Noto la garganta seca. Por enésima vez, compruebo el reloj. Maldita sea. Voy a llegar tarde. Ya no cabe duda.

—¿Tiene familia ahí?

Resoplo con fuerza y, aunque sé que solo pretendo ser amable, me empeño en decirme que me molestan tantas preguntas, que mi irritación está justificada. Ni que fuera esto el tercer grado, joder.

Pero incluso mientras lo pienso, en el fondo, muy en el fondo de mi corazón, sé que lo hago para evitar lo otro, lo que no me atrevo a nombrar.

—*Tenía* —subrayo con una voz hosca que espero que le deje claro que no estoy de humor para charlas.

—¿De veras? Conozco a todo el mundo de Marion, ¿sabe?

—Apuesto a que sí —bisbiseo con los ojos clavados en las copas de los árboles. Necesito enfocar algo, algo ahí arriba, para que las lágrimas no empiecen a derramarse.

—¿Cómo se llaman sus familiares?

—Rosetti. Eleonor Rosetti —contesto sin que ninguna especie de emoción se filtre a través de mis palabras.

La llave deja de girar de golpe, un crujido brusco que deja paso a un ominoso silencio.

Despacio, el rostro curtido de sol se eleva hacia el mío. Sus ojos marrones me miden con cautela, como si intentaran leer algo en mi expresión. En su lugar, no me tomaría tantas molestias. Lo único que queda es un conjunto de rasgos duros, inflexibles. Delicados rasgos que no desvelan nada. Sé que si vuelvo la mirada atrás estoy perdida, y me esfuerzo por mirar de frente, siempre de frente, no hacia el pasado sino hacia el futuro. Siempre, siempre, mirando al futuro. No dejo de repetírmelo. Si vuelves la mirada atrás, estás perdida.

—Oh.

—Sí.

Pensaba que mi vestido negro le había dado alguna pista al respecto.

—Me daré prisa, entonces.

Le invito a ello con una sonrisa relámpago.

—Eso estaría muy, pero que muy bien.

Cumple con su palabra, y al cabo de un par de minutos mi Mercedes CLK ya está listo para trazar las curvas de la estrecha carretera que solo lleva a un sitio: Marion, en pleno corazón de Virginia.

—Bueno, pues ya está —anuncia el mecánico al tiempo que se yergue y se limpia las manos en un trapo que guarda en el bolsillo trasero de su peto azul manchado de aceite de motor—. ¿Seguro que no quiere que le arregle el pinchazo? Podría pasarse mañana a por la rueda.

—No. Ya lo arreglaré más adelante.

—Comprendo. No es un buen momento, ¿eh?

—No, no lo es. Aquí tiene. —Le alargo el dinero pactado y recupero mis llaves—. Gracias por todo. —Hago el esfuerzo de componer una sonrisa escueta.

—Para eso estamos.

Mis ojos se mueven deprisa hacia la derecha, como diciéndole que vaya hacia ahí para que pueda mover el coche. No es por meter prisa, pero llego tarde. Horriblemente tarde.

El hombre me observa unos segundos más y noto que le gustaría decirme algo, brindarme alguna especie de consuelo. Tiene unos cincuenta y muchos años. Quizá sesenta. Lleva aquí toda la vida, en este polvoriento cruce de caminos. Sé que no se acuerda de mí. Yo a él sí le recuerdo. Era el jefe de Connor Davis. Una vez averié mi propio coche solo para que Connor pudiera arreglármelo. Pasó justo aquí. En este mismo rincón olvidado de la mano de Dios. Parece mentira que haya sido hace tanto tiempo, porque nada ha cambiado desde entonces. Incluso el muñequito oxidado sigue en el mismo lugar, saludando con la mano a los recién llegados. Resulta bastante irónico haber pinchado la rueda precisamente en este cruce. Si no lo supiera a ciencia cierta, diría que lo he hecho aposta, solo para volver a ver a Connor.

Claro que yo no he tenido nada que ver. Habrá sido el destino, la mala suerte o...

—Eleonor Rosetti —escuchar el nombre de la abuela me arranca de mis pensamientos. Levanto la mirada de golpe y observo al señor Jones a través de las lentes oscuras que velan mi mirada—. Era una gran mujer. Le acompañó en el sentimiento.

Pinceladas de tristeza hacen temblar mi sonrisa.

—Se lo agradezco.

Aunque me resisto, el dolor empieza a apretar contra mis costillas. *«Si miras atrás, estás perdida»*.

Él asiente apenado y se aparta para que pueda seguir mi camino.

«Si miras hacia el pasado, estás perdida».

Me monto en el coche sin alargar más la despedida, arranco el motor y salgo en medio de una nube de polvo.

Por el retrovisor veo al señor Jones despedirse con la mano, al igual que el muñeco oxidado que hay junto a la puerta. Arrastro furiosa la lágrima que asoma por debajo de mis gafas de sol y piso el acelerador con fuerza. Es agradable conducir. La sensación de tener el control sobre algo me aporta cierta tranquilidad.

La carretera serpentea entre las colinas. Los árboles se inclinan a ambos lados, como si quisieran rodearme en un abrazo. Quizá se hayan percatado de lo desesperadamente que necesito que alguien me consuele.

Conforme pasan los kilómetros, el paisaje se vuelve cada vez más espectacular. Está todo tan verde y tan lleno de vida. Y, sin embargo, Eleonor...

—No lo digas —me exige gruñendo—. No se te ocurra decirlo.

Bajo los párpados por un segundo y aprieto la mandíbula con fuerza para expulsar ese pensamiento de mi cabeza.

«No, no vas a llorar. Ella no lo aprobaría. Siempre te decía que tus ojos eran demasiado bonitos para verter lágrimas; que solo podías usarlos para engatusar a los demás. Eres la

única de toda la familia que ha heredado sus ojos. Verdes. Profundos. Tan vivos. ¿Recuerdas cómo eran sus ojos? Pues mírate en el espejo».

Mis ojos buscan el retrovisor. Me fijo en las lágrimas que nublan mi mirada e intento sonreír para desafiarlas. Tengo que sonreírle a Eleonor, donde quiera que esté. Sé que ella odiaría verme triste ahora. Me diría: *la muerte no es gran cosa, niña. Todos nos enfrentamos a ella al menos una vez. Así que a ver esa sonrisa tuya tan bonita.*

Sí, voy a sonreír por Eleonor, y voy a recordar lo que tuve, no lo que perdí.

La carretera se vuelve más estrecha, empinada, medio oculta entre las colinas. El mundo se divide ahora entre luces y sombras, y tengo la impresión de que las sombras me resultan mucho más atractivas. Es como si estuvieran llamándome. *Ven, Ophelia. Descansa tus huesos en este lugar.* Puede que haya algo dañado en mí.

Clavo la vista en las líneas amarillas que enmarcan las curvas y siento como, poco a poco, los densos bosques de Marion empiezan a adquirir contorno y vida, imponentes, llenos de sombras y susurros. No puedo evitar sentir un tirón en el estómago y el fino roce de un sentimiento que va más allá de mi comprensión. Quizá solo sea un escalofrío. ¿O son mis raíces, que me reclaman de vuelta? Todos mis antepasados están aquí. Es como volver a una casa que, si bien nunca fue mía, siempre me ha estado esperando, acechando, preparándose para mi regreso, con un despliegue de ropas de luto y un colgante de lágrimas a medio derramar. Me siento como si hubiese regresado a una prisión que empieza a cerrar sus puertas a mis espaldas, pesadas puertas de acero, oxidadas por el correr de los siglos. Este lugar lleva toda una vida esperándome, y ahora soy toda suya.

Marion... Hogar dulce hogar. Eso diría Eleonor. Pero Eleonor ya no está aquí, ¿verdad?

Cuadro los hombros en el asiento, elevo el volumen de la radio con mano trémula y me pongo a pensar en aquel trimestre que me quedé con ella en el pueblo. Me siento afortunada de haber tenido esa oportunidad. Ahora la he perdido, pero el recuerdo de los momentos que pasé a su lado siempre permanecerá vivo dentro de mi corazón.

Si vuelves la mirada atrás, estás perdida

Ophelia, doce años atrás

Primer día de clase. Bienvenido último curso. Diez meses de exilio voluntario en este pueblo en mitad de la nada y después se habrá acabado todo, pondré punto final a toda una era. Iré a la universidad, en algún lugar apartado de lo que una vez formaba mi vida. Nueva ciudad, nuevos horizontes. ¿Importa siquiera? Supongo que no. Nada volverá a ser igual. Por mucho que me aleje, siempre habrá algo quedándose atrás.

Mis amigos, mi vida, todo ha seguido adelante sin mí, lejos, en la soleada California, donde el mundo no parece un lugar tan terrible porque el sol siempre brilla con fuerza y el perezoso mar humedece la arena blanca con templadas olas de color turquesa; California, que a mí, personalmente, siempre me ha parecido arrancada de una postal divina. Tanta belleza no podía ser verídica. Y, sin embargo, lo era.

Hay días en los que aún evoco lo que sentía años atrás cada vez que contemplaba absorta esa estampa paradisíaca que se desplegaba ante mi ventana, la bahía, con las blancas embarcaciones meciéndose al son de la brisa, la marea de turistas que venían de todos los rincones del mundo para conocer nuestras espectaculares aguas, el sonido de las olas que se fundían con la tierra...

Eso era estar en paz con el mundo, interminables atardeceres en la playa, la calidez de la arena bajo mis pies, el murmullo del océano... Para mí, escuchar el mar durante horas y horas era sinónimo a estar en casa.

Ahora, a más de dos mil quinientas millas de distancia de ahí, el aborrecible sonido de las olas rompiendo se ha apagado por completo.

—*Toto, me parece que ya no estamos en Kansas* —me digo a mí misma, y la impasibilidad de mi rostro se funde en una sonrisa triste, medio irónica.

Estoy de pie delante del macilento cristal de un antiguo tocador y no hago más que mirarme. Llevo veinte minutos mirándome, buscando incesantemente algo que ya no consigo encontrar. Es como si no pudiera reconocer a esta chica; como si fuera incapaz de ver el reflejo de este presente. El aquí y ahora no existe para mí. Se ha difuminado y, en su lugar, aparece el pasado, una y otra vez, la chica que una vez fui, lo que dejé atrás; una imagen eterna y obsesiva de la que no hay forma de escapar, ni siquiera en la otra punta del país.

El espejo no deja lugar a dudas. Los espejos nunca mienten. He cambiado. Una parte de mí ha muerto para siempre. Y solo el espejo lo sabe. A él no puedo engañarle, no puedo mentirle como he hecho con todos los demás.

Él conoce el verdadero motivo por el cual mis padres me han desterrado aquí, para pudrirme

en la tormentosa Virginia, lejos de mis amigos, las fiestas en la playa y los cócteles tropicales que bebíamos sin cesar todas las noches en el garrito de Joe. Aquí ya no puedo bailar hasta el amanecer ni contorsionarme alrededor de esas impresionantes hogueras que los universitarios encienden cada noche a orillas del mar.

Aquí no puedo hacer nada salvo morirme.

Pero no me compadeceré por ello. Virginia no está tan mal. Siempre me digo a mí misma que Virginia no es el peor sitio del mundo.

Si la vida te da limones, debes hacer limonada, ¿o no?

Decidida a impedir que la lacerante tristeza de los últimos meses vuelva a abrirse paso a través de mí, cojo aire en los pulmones y, mientras practico una sonrisa exultante, me afano por olvidar toda la carga del pasado. Ahora soy una nueva persona. Más responsable. Más estable. Mayor.

Y puedo ser feliz. *Debo* ser feliz. Seré feliz.

—Puedes hacerlo —le aseguro a la chica que me contempla, muy poco convencida, desde el otro lado del espejo—. Y vas a hacerlo.

Ella hunde los hombros con aire de derrota. Evalúo con fijeza los iris verdes que me devuelven esa antipática mirada que, si bien he puesto todo mi empeño, no he conseguido reavivar desde esta primavera, y me entran ganas de darle un puñetazo al cristal.

—No pongas esa cara —resoplo, irritada conmigo misma por desear rendirme tan pronto—. Puedes ir, fingir una larga sonrisa y decirles que estás encantada de mudarte aquí. Que Marion es un pueblo maravilloso. Te llamas Ophelia. Ophelia Rosetti. Y estás encantada de conocerlos. Tampoco es tan difícil. Ni que fuera tu primera mentira.

Me he convencido a mí misma de que nada malo puede pasar en un sitio tan pequeño como Marion. Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo desde hace cinco generaciones. Será como vivir en el seno de una enorme familia.

—¡Ophelia! —se eleva el grito de Eleonor por el hueco de la escalera—. Baja ahora mismo o no llegamos. ¡No me hagas subir!

O quizá algo malo sí que está a punto de ocurrir en el apacible Marion de Virginia. A la abuela Rosetti no se la puede cabrear. Todo el mundo lo sabe.

—¡Ya voy, abuela!

—Lo mismo dijiste hace siete minutos. Tic tac, Ophelia. Tic tac.

Pongo los ojos en blanco, me recojo la melena pelirroja con una cinta amarilla —me hago una coleta alta que se balancea de un lado al otro cada vez que giro el cuello— y, complacida por el aspecto pretencioso que me devuelve el espejo, agarro la mochila y salgo corriendo por la puerta.

—Encantada de estar aquí. Es un pueblo maravilloso —me mentalizo mientras corro escalera abajo.

La madera de los escalones cruje de un modo bastante siniestro por debajo de la suela de mis manoleínas color melocotón. Eleonor Rosetti, la madre de mi madre, vive en una vieja mansión colonial, prácticamente engullida por el bosque que se alza como un desorbitado muro, desde el lado izquierdo y dando la vuelta a toda la casa.

Tanto la finca como el bosque colindante pertenecen a mi familia desde siempre. Nuestros antepasados, los primeros colonos de este pueblo, construyeron la vivienda allá por el mil ochocientos cincuenta y tantos, y la conservamos en perfecto estado desde entonces. Es el orgullo de la familia. Ojalá me importara.

—Encantada de estar aquí. Es un pueblo maravilloso.

—¿Qué estás balbuceando?

Niego con la cabeza y le sonrío a Eleonor, que me contempla interrogante desde la cocina. Mantiene la espalda apoyada contra el mueble fregadero y sujeta una descomunal taza de café entre las manos. Sus ojos, tan verdes como las esmeraldas, no desvelan ninguna huella de sueño, señal de que ya lleva bastante tiempo paseándose por la casa, enredando como siempre hace. La abuela Rosetti es un estallido de energía. No me la imagino de otra manera que no sea haciendo cosas. Es muy activa. Hasta el hartazgo.

Tiene el pelo de color violeta y hoy se lo ha recogido en un moño informal. Reparo en los mechones rizados que caen sueltos sobre su todavía firme y atractivo rostro, en sus vaqueros ceñidos, su camiseta roquera y las decenas de pulseras que adornan sus muñecas, y me pregunto cómo es posible que una abuela que vive en un aislado pueblo del oeste de Virginia tenga este aspecto de hippie sesentera. ¿Las abuelitas no deberían ser criaturas entrañables que preparan mermelada y tarta de manzana? A Eleonor no me la imagino yo haciendo nada que pudiera ser definido como *entrañable*.

—Buenos días, abuela —saludo con esa sonrisa que hace meses que intento perfeccionar—. Estoy rememorando la lista de los presidentes. Ya sabes, Washington, Adams, Jefferson, Madison...

—¿Y por qué, si se me permite la osadía de preguntar, estás rememorando la lista de los presidentes en un lunes a primera hora?

Me encojo de hombros con ensayado desdén, cojo una manzana verde del cesto que descansa encima de la pequeña nevera y, tras limpiarla un poco en la camiseta, le doy un buen mordisco. Con la excusa de comer gano unos cuantos segundos para poder confeccionar una respuesta creíble. No me apetece compartir mis temores con ella, ni decirle lo mucho que me sudan las palmas o lo nerviosa que me está poniendo todo esto. Empezar de cero es lo más complicado que he tenido que hacer nunca. ¿Y si no puedo llevarlo a cabo?

—Por si alguien me lo pregunta —contesto por fin, después de tragar—. Ya sabes lo mucho que me gusta impresionar a la gente con mis vastos conocimientos de historia.

—Nadie te lo preguntará jamás —me tranquiliza Eleonor, que se acerca la taza a los labios y apura el café—. Esto es Marion, niña. Lo único que preocupa a los habitantes de este pueblo es cómo mantener a raya la reciente plaga de mofetas.

Su elevado sarcasmo me hace esgrimir una pequeña sonrisa. La abuela siempre ha sido severa con sus vecinos.

Supongo que por eso apenas tiene amistades en el pueblo. Cuenta con el aprecio y el respeto de todo el mundo, pero, para que quede claro, nadie la invita a las barbacoas dominicales.

—Gracias por el chivatazo. Dios, odiaría no estar a la altura de toda esta gente —me burlo con la boca llena.

Eleonor suspira, me vuelve la espalda y guarda la taza vacía en el lavavajillas.

—Vamos, no te quedes ahí parada. Llegarás tarde en tu primer día. Voy a sacar el coche del garaje mientras desayunas.

—Prefiero ir andando.

Eleonor se vuelve hacia mí para escudriñarme con esa mirada suya que podría significar cualquier cosa.

—¿Andando? ¿Sola? No fue ese el trato, Ophelia. Estás aquí porque...

—Ya sé por qué estoy aquí, abuela —interrumpo, frenándola con las palmas—. No hace falta que me recuerdes el trato cada dos minutos. Lo conozco a la perfección. Accedí a ello.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema —me detengo para tragar— es que tengo dieciocho años. No puedo dejar que me lleves al instituto. A no ser que pretenda que mi reputación esté para siempre hundida, claro.

—Los críos y sus estupideces —rebuzna Eleonor para sí.

—¿Por qué estás tan gruñona hoy? Nada malo puede pasarme en un pueblo de seis mil trescientos cuarenta y siete habitantes, donde el mayor peligro lo supone la creciente plaga de mofetas. Así que relájate. Estaré bien.

Y, para respaldar mis palabras, le muestro mi más convincente sonrisa fingida. Eleonor se cruza de brazos y enarca una ceja morada. Vaya. No parece muy convencida.

—Teníamos seis mil trescientos cuarenta y *nueve* habitantes en el último censo. Esos dos habitantes restantes lo cambian todo. Y hay más peligros en Marion, aparte de las malvadas mofetas.

—Déjame adivinarlo. ¿Plaga de mosquitos? —le propongo sin poder evitar cierto matiz burlón, que le arranca a Eleonor otra mueca de exasperación.

—Las fiestas en el lago, Ophelia. No pienses ni por un segundo que no estoy al tanto de eso. Hace cinco generaciones que...

—Sí, sí, sí. Te has hecho entender. No puedo escabullirme del instituto para ir a emborracharme al lago. ¿Lo ves? Lo he pillado a la primera. Soy una chica lista. Ahora, con tu permiso, tengo que marcharme. Como bien acabas de señalar, estoy a punto de llegar tarde en mi primer día.

Antes de que le dé tiempo a seguir protestando, me vuelvo sobre los talones y salgo escopetada hacia la puerta.

—Ophelia, no me des la espalda cuando te estoy hablando.

—Yo también te quiero, Eleonor.

—Al menos, ¡desayuna!

Levanto la manzana por encima de la cabeza para que pueda ver que le he dado tres mordiscos.

—Lo estoy haciendo. Las vitaminas son importantes, ¿no? ¡Que tengas un buen día!

—Gracias a ti, eso parece cada vez más difícil de conseguir —grazna disgustada.

Pongo los ojos en blanco y, afortunadamente, la puerta se cierra a mis espaldas. Exhalo una profunda bocanada de aire y mis labios componen una sonrisa de falsa satisfacción. Bien. Puedo hacerlo. No creo que sea tan complicado integrarse en un lugar como este. Seguro que la gente es encantadora en Marion. Por ejemplo, ese chico que se acerca por la acera. Sí, parece todo un encanto. Iré a saludarle.

Un entierro algo escandaloso

El presente de Ophelia

Hace un día espléndido. A Eleonor le encantaría estar aquí sentada, en estas sillas blancas, y contemplar el mullido verdor de los prados y las puntas de los abetos que se mecen en el viento. Solía decir que la brisa del verano la hacía sentir joven y desenfrenada. Aunque los entierros le resultaban deprimentes.

Al suyo ha venido mucha gente. Mucha más de la que yo pensaba. A lo lejos veo a mis padres y a mi hermana. Parecen ajetreados. Iré a ver si puedo echar una mano con algo.

Me acerco a ellos con paso vacilante. Se me hunden los tacones en el césped. Debió de llover anoche. Me cuesta mantener el equilibrio.

—Llegas tarde, Ophelia.

—Hola, mamá. Yo también me alegro de verte. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos? ¿Tres años?

—Haz el favor de ocupar tu asiento. Y lee este folleto de instrucciones. Necesitaremos tu ayuda un poco más adelante.

—A la orden, mi señora.

Mi madre me pone su cara más reprobadora. Vale, no es un buen momento para un toma y daca familiar. Lo pillo.

Mi hermana Kitty se me acerca con una sonrisa triste. Nos abrazamos. La he echado de menos. Qué bien huele esta chica siempre. Abrazar a Kitty es como entrar en una tienda de chuches de fresa y nubes de azúcar.

—¿Cómo estás, Oph? Lo debes de estar pasando fatal. Sé que le tenías mucho cariño a Eleonor.

Suelto un suspiro y disuelvo el abrazo.

—Ya. Bueno. Sobreviviré. Al menos me consuelo con la idea de que no ha sufrido ni un segundo. Se fue a la cama y... no despertó.

Kitty me da un golpecito en el brazo, me dedica una sonrisa compasiva y se va a atender a una pareja de recién llegados. Miro a mi alrededor por si veo a alguien conocido con el que pueda juntarme. No hay nadie. Mi madre se ha esmerado en organizar un funeral por todo lo alto. Sé que Eleonor detestaría toda esta formalidad, lo elegante que va la gente, los cestillos de flores blancas, más propios de una boda que de un entierro. Demasiado pomposo todo. Mi abuela se sentiría insignificante y fuera de lugar.

Pensar en Eleonor como alguien insignificante y fuera de lugar me hace estallar en llanto. Hundo la cara en un pañuelo y me voy a ocupar mi sitio antes de que me empiecen a fallar las rodillas. Aún no la he visto. No sé dónde la tienen. Aquí abajo, al sol de julio, está claro que no.

Me siento e intento calmarme. Estoy abrumada. Eleonor ya no está. Cuando era pequeña, no tenía relación con ella. Apenas la conocía. Pero ese trimestre que pasé aquí... Oh, lo cambió todo.

Eleonor me comprendía. Era la única que me comprendía de verdad. Era mi mejor amiga.

Y la he perdido.

No dejo de repetírmelo desde hace dos días. Eleonor ya no está. Se han acabado las llamadas en mitad de la noche y llevármela de copas por San Diego; se han acabado sus visitas relámpago y la locura de pintarnos las uñas en mi balcón a las tres de la madrugada mientras le dábamos a la botella de jerez y contábamos viejas historias de miedo. Se acabó. Está todo muerto, descansando en el féretro junto a Eleonor.

—Por favor, si no les importa sentarse. ¿Hola? ¿Os podéis sentar? Estamos a punto de comenzar.

Mi madre se ha convertido ahora en una maestra de ceremonias que da instrucciones a través de un micrófono emplazado delante del altar. Increíble.

Aunque he de admitir que le va mucho más este papel que el de hija desconsolada. Además, la gente la obedece.

De hecho, todo el mundo está sentado cuando arranca la música. A mi madre le encanta la precisión. Es tan distinta a Eleonor, tan rígida, tan formal... Si no lo supiera, diría que nunca se ha soltado el pelo, porque solo hay que verla, la rectitud moral con la que se mueve por la vida, la censura que late en su mirada cuando alguien se comporta de una forma que ella tacha de inapropiada.

¿Y por qué ha tenido que elegir precisamente *Amazing Grace*? La abuela odiaba esta canción. Le hubiese gustado algo menos... deprimente. Esto parece un entierro militar. Solo falta la bandera de los Estados Unidos y que alguien entone el himno nacional.

Gruñendo irritada, me vuelvo en mi asiento y miro cómo se acerca el coche fúnebre. Eleonor está dentro. ¿Por qué no me dejan verla? ¿Por qué no puedo estar un momento a solas con ella? ¿Qué hace toda esta gente aquí? Debería ser algo íntimo, solo para la gente que ella quería. ¿Dónde está esa gente ahora? Me estoy ahogando en un océano de caras desconocidas.

«Respira, *Ophelia*. Respira hondo».

Mi madre ha colocado incluso una alfombra roja, por encima de la cual avanza el féretro, llevado a hombro por ocho hombres vestidos de traje negro, supongo que empleados de la funeraria. El féretro está cerrado. Hay un pequeño cristal, pero no veo a Eleonor desde aquí. Espero poder acercarme más tarde. Hay tantas cosas que aún tengo que decirle...

Nos estamos poniendo todos de pie. Me levanto yo también y miro a Kitty con el ceño fruncido. Mi hermana se encoge de hombros como diciendo *ya conoces a mamá*.

Depositán a Eleonor detrás del altar, sobre una mesa rodeada de jarrones de rosas blancas, y todo el mundo toma asiento. Empieza la ceremonia, con una solemnidad digna de un entierro papal.

Me afano por comprender algo de todo esto, pero es en vano. Ni entiendo la parábola ni me apetece entenderla. Eleonor, si estuviera aquí, pediría la botella de jerez. Casi me la imagino repantigada en la silla, bostezando a más no poder y diciendo: *que me cuelguen si esto no es el mayor coñazo jamás presenciado por un ser humano*. Llevaría escote y vaqueros ajustados al trasero. Muy en la línea de Eleonor.

—Descansa en paz, Eleonor —concluye el sacerdote.

—Descansa en paz —murmuramos los demás.

—Amén.

Y ya está. Se acabó. Ahora se la llevarán y no volveré a verla nunca más. Mi madre pensó que un entierro aséptico y elegante era suficiente para despedir a Eleonor. Tengo ganas de chillar. Tenía que haber llegado antes. A lo mejor podía haber convencido a mi madre para organizar algo más al estilo de la abuela. Esto es un asco. Ochenta años sobre la faz de la tierra y te despiden con una mierda de ceremonia.

—*There is a house in New Orleans. They call the rising sun...*^[11]

La voz es tan pura, tan potente, tan vibrante, que el prado es invadido por un desconcierto general. Nos giramos todos en nuestros asientos, intentando identificar el origen la melodía. No tardamos nada en descubrirlo. Hay un chico que se ha puesto de pie en mitad de una fila de sillas y ha empezado a cantar. Sin más.

«¿Qué demonios?».

Miro a Kitty con aire interrogante y ella niega desconcertada. No me da tiempo de decir nada. A mi izquierda, otro chico se pone en pie y sigue la letra, con una voz igual de estremecedora:

—*And its been the ruins of many a poor boy. And God I know I'm one.*^[12]

Nadie entiende lo que está pasando.

Un momento.

Juraría que conozco a este chico. Está un poco más mayor, claro, pero ¿no es...?

—*My mother was a tailor*^[13] —Estalla la canción, y la potencia de ese timbre roto, diez veces más pasional que los dos anteriores, me pone la piel de gallina. Porque sé a quién pertenece. Reconocería esa voz en cualquier momento, en cualquier lugar—. *She sewed my new blue jeans. My father was a gambler, man. Way down in New Orleans*^[14].

Giro en redondo y durante unos segundos el mundo se queda atrapado en una bonita estampa que tarda menos de un instante en hacerse añicos cuando Connor Davis avanza hacia mí por la alfombra roja que separa las dos filas de sillas. Con la guitarra colgada del hombro y los ojos azules clavados en el ataúd de Eleonor, canta y acompaña la canción con unos acordes tan melancólicos que te llegan hasta lo más hondo del alma.

—Hay que joderse —bisbiseo en medio de mi asombro.

«Dios, Eleonor, no podías irte sin armar un poco de barullo, ¿eh?».

Se me escapa una carcajada que atrae una mirada de censura por parte de mi madre. Finjo toser, busco una mejor postura en la silla y me obligo a permanecer seria.

Pero es desternillante. *The House of the Rising Sun*. ¡Sí, señor! Esto sí que es Eleonor en toda su magnificencia. En medio de un funeral, ¿interpretar una canción que alude a un viejo burdel de Nueva Orleans? Me quito el sombrero, abuela. Me has impresionado incluso a mí.

Negando con la cabeza, miro al cielo y me doy cuenta de que se ha nublado de repente. Jirones de nubes oscuras se han cernido sobre nosotros en algún momento durante la ceremonia y, por cómo se mueven los árboles en el bosque, diría que la tormenta es inminente. El aire huele a peligro y a electricidad.

«Ay, Eleonor, no puedes estarte quieta ni siquiera ahí arriba, ¿verdad? Tenías que mandar un aguacero para estropear el vestido nuevo de mamá y su pomposo peinado».

Me rodeo en un abrazo y sonrío con todo el corazón, porque, por primera vez en dos días, siento su presencia como si ella aún estuviera aquí.

Y eso es muy reconfortante.

Connor y su grupo siguen cantando y tocando para desesperación de mamá, que arde de rabia a mi lado.

—¿Qué demonios es todo este circo? Menuda vulgaridad. ¿Y qué hace Connor Davis aquí? No estaba en mi lista de invitados.

—Relájate, mamá. Era el último deseo de Eleonor.

—¿Tú sabías algo de esto, Ophelia?

—¡Mamá, acabo de volver de París! —me defiende indignada—. ¡Claro que no!

—No sé yo. Mira cómo te está mirando. Seguro que estáis los dos compinchados, como siempre.

El Diablo me impulsa a girar el cuello y, al instante, mis ojos caen presa de la intensa mirada de Connor. El aliento se me atasca en alguna parte del pecho y noto la tirantez de un rostro que parece convertirse en piedra. Dios mío. Connor Davis está de pie delante de mí, después de tantísimo tiempo, me está mirando fijamente, y yo no puedo apartar la mirada de la suya.

El mundo pierde todo el sentido para mí. Se me olvida dónde estoy. Con quién. Solo puedo verle a él. Como me temía. Sus ojos se han convertido en un enorme imán, y mirarle duele. Duele muchísimo. ¿Por qué creía que estaba curada? ¿Durante años me he estado mintiendo a mí misma?

El ceño de Connor se hunde en una arruga tan profunda que acelera mi corazón. Quizá se haya percatado de la rigidez de mis facciones o de la palidez cadavérica de mi piel.

—*Oh, mother, tell your children*^[5] —se lamenta al son de la guitarra mientras sus ojos hacen trizas a los míos—. *Not to do what I have done. Spend your lives in sin and misery. In the House of the Rising Sun.*^[6]

Un trueno explota por encima de nosotros, y ese es el sonido que desata el caos. El agua empieza a derramarse a cántaros, sembrando el pánico entre los asistentes y, sobre todo, en mi madre, que se vuelve loca cuando las cosas no salen según las ha planeado. Hay que ser comprensivo con ella. Una tormenta no se incluía entre los planes de mamá para un entierro de revista.

Mi padre me grita que me ponga en marcha y ayude a recoger, pero los ojos de Connor siguen ahondando en los míos con toda la fuerza de ese profundo, oscuro, azul que nunca ha dejado de atormentar mis sueños, y no me siento capacitada para mover ni un solo músculo.

Así que me quedo sentada en medio del aguacero y aguanto su mirada como si no me importara nada aparte de él.

^[1] Letra canción *The House of the Rising Sun*. Trad. *Hay una casa en Nueva Orleans. La llaman el Sol Naciente.*

^[2] Trad. *Y ha sido la ruina de muchos chicos pobres. Y Dios sabe que yo soy uno de ellos.*

^[3] Trad. *Mi madre era saste*

^[4] Trad. *Cosió mis nuevos jeans azules. Mi padre era un hombre de apuestas. Abajo en Nueva Orleans.*

^[5] Trad. *Oh, madre, dile a tus hijos.*

^[6] Trad. *Que no hagan lo que yo he hecho, gastar sus vidas en pecado y miseria, en la casa del sol naciente.*